

Ciencia *y* Espíritu

Encuentro Inevitable

Antonio Lledó Flor

2026



Antonio Lledó Flor es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Alicante. Casado y con dos hijos, ha ejercido como ejecutivo de entidad financiera y actualmente se encuentra jubilado.

Escritor, orador y divulgador, durante casi cuatro décadas viene estudiando e investigando el campo de la espiritualidad, la filosofía y la psicología relacionada con la trascendencia del alma humana y su continuidad después de la vida.

Ha formado parte como presidente, directivo y miembro asociado de la extinta Asociación Parapsicológica Villenense y en la actual Asociación de Estudios Espirituales "Grupo Villena".

Fue director de la revista "Amor, Paz y Caridad", que comenzó a editarse en agosto de 1982 y que hoy continúa su edición en formato digital en la web <https://www.amorpazycaridad.es>, donde colabora como redactor.

Ciencia y Espíritu

Encuentro inevitable

Antonio Lledó Flor

Ciencia y Espíritu

Antonio Lledó Flor

Impreso por: La imprenta CG

Corrección ortográfica: Jesús Fernández Escrich

Diseño de la portada por: Esther Fuster

Maquetación: Benjamín Durán Sánchez

Distribuido por: Antonio Lledó

Correo electrónico: alledo58@gmail.com

Depósito legal: A 90-2026

ISBN: 978-84-09-82297-3

Primera edición febrero 2026

Esta obra no puede ser reproducida en todo o en parte por ningún medio, sin permiso del autor.

Todos los derechos reservados © 2026 por Antonio Lledó

Para Reme:

*Por cuatro veces en el pasado
y una quinta en el presente,
agradezco a Dios tu compañía,
ahora y en el futuro, para siempre.*

INDICE

PRÓLOGO	1
INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA PARTE - ORIGEN, CIENCIA Y CAUSA PRIMERA	17
Capítulo I - Contradicciones del materialismo científico	19
Capítulo II - Mentes interconectadas	29
Capítulo III - Ciencia y alma	37
Capítulo IV - Una guerra que termina	45
Capítulo V - Del instinto a la conciencia social	55
Capítulo VI - Enigma desvelado	67
SEGUNDA PARTE - HOMBRE TRANSCENDENTE	77
Capítulo VII - Buscando la inmortalidad	79
Capítulo VIII - Un cuerpo desconocido	89
Capítulo IX - Instrumentos del alma	99
Capítulo X - Mente lúcida y mente perturbada	107
Capítulo XI - Conciencia: La gran desconocida	115
Capítulo XII - Inteligencia y pensamiento	125
TERCERA PARTE - PROPÓSITO Y EVOLUCIÓN	135
Capítulo XIII - Sentido y propósito	137
Capítulo XIV - Evolución simultánea	147
Capítulo XV - ¿Importa algo la moral?	159
Capítulo XVI - Fenómenos psíquicos	169
Capítulo XVII - Muerte inexistente y amor permanente	179
Capítulo XVIII - Herramienta imprescindible	191
CUARTA PARTE - ENCUENTRO INEVITABLE	199
Capítulo XIX - Biología del espíritu	201
Capítulo XX - Psicología del espíritu	213
Capítulo XXI - Matemáticas, física y espíritu	221
Capítulo XXII - Salud, emociones y espíritu	229
Capítulo XXIII - Felicidad y espíritu	241
Capítulo XIV - Encuentro con la realidad	253
EPÍLOGO	261
APÉNDICE - ¿ES POSIBLE UN PLANETA DIFERENTE?	267
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA	275

PRÓLOGO

Comenzar una obra sin tener en cuenta los antecedentes históricos que avalan los argumentos que en ella se expresan es arriesgado y a la vez peligroso, pues puede dar lugar a falsas interpretaciones y desvirtuar el sentido de la misma y la intención del autor al escribirla.

No obstante, cuando se trata de conceptos tan amplios y de tanta relevancia cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos en cuanto al progreso de la ciencia y la espiritualidad, es preciso, necesario e imprescindible sintetizar, resumir y concretar las ideas para desarrollar en profundidad el aspecto que interesa, y en este caso concreto todavía más bajo el foco actual del desarrollo científico y espiritual en los albores del siglo XXI.

Para aquellos con espíritu inquieto por el saber, la ciencia, la espiritualidad y el avance y progreso de la humanidad de una forma integral, presentaremos algunas respuestas de palpitante actualidad en las últimas tres décadas acerca de cómo está evolucionando el paradigma científico, y de qué forma esto mismo confirma principios y postulados filosóficos y espirituales tan antiguos que se presentan acordes con la realidad misma que nos toca vivir.

Como nos demuestra la historia de la humanidad, los planteamientos ortodoxos, en cualquier campo de investigación científico, filosófico o espiritual, siempre llegan tarde a la comprensión de los nuevos avances que el progreso y la

investigación ponen de manifiesto. Esto es debido, sin duda, al falso concepto de creer que ya se sabe todo lo que puede saberse. Esta falta de humildad, que es la mayor falacia del pensamiento racional y científico, invalida los argumentos reduccionistas, anclados en épocas pasadas y que están siendo desvirtuados por la realidad de las nuevas investigaciones en los campos de la física, la biología molecular, la psicología transpersonal o la genética, por ejemplo.

Por todo ello y desde hace algunas décadas, hay un cambio de paradigma científico al que le cuesta penetrar en las academias, las universidades y los centros de investigación. La resistencia al cambio presenta otro gran obstáculo: la financiación de los proyectos de investigación, que normalmente viene marcada por intereses espurios, que priorizan más el beneficio económico e inmediato y el sistema implantado que la búsqueda de la verdad en el avance de la ciencia, marginando las nuevas conquistas que algunos científicos están poniendo de manifiesto a riesgo de ir contra lo “políticamente correcto” en la ortodoxia del academicismo y la investigación.

Los avances que hace setenta años supuso la Teoría de la Relatividad de Einstein, donde se prueba que estamos en un universo inmerso en campos de energía, que el tiempo es una dimensión física y que la materia no es más que energía en distintos grados de composición atómica, deberían haber influenciado y modificado no sólo el concepto físico de Newton respecto al mecanicismo, sino también tendrían que haber afectado a todo el espectro de ciencias y disciplinas de investigación, desde la medicina, la biología, la psicología, la genética, etc. Y a pesar de que esto último progresa, lo hace muy lentamente.

Comprender que el universo no presenta cuerpos físicos independientes separados por un espacio muerto es ya indiscutible, y que la energía y la materia están relacionadas de tal forma que es imposible considerarlas elementos independientes, es algo indispensable, puesto que el vacío no existe en el Universo físico ni espiritual. Esta es una de las premisas que está propiciando el cambio de paradigma dentro de la

ciencia, pues cada vez más se considera que la materia no es lo importante, y que la fragmentación es perjudicial en el estudio e investigación de las causas que originan la realidad. Tanto es así que, desde un punto de vista espiritual, lo primero es la energía, de la que deriva la materia, y no al contrario como hasta hace muy poco se venía considerando.

Estamos pues ante un cambio de paradigma reduccionista (mecanicista-materialista) por otro holístico, integral, cuántico y sistémico, donde se contempla la intercomunicación entre la parte física y los campos de energía que conforman el todo. Está demostrado que el flujo de información en los campos cuánticos no es lineal sino holístico (todos con todos) y esto afecta las interacciones existentes entre materia y energía. Un todo que es el sistema del que derivan otros subsistemas cuyos elementos están relacionados y que son a su vez sistemas que comportan sus propios elementos interrelacionados entre sí.

Aristóteles, en su obra metafísica, a la hora de definir la estructura de la naturaleza y el universo lo explicaba así hace ahora 2400 años:

“El Todo es mayor que la simple suma de sus partes”

Quizás para el lector pueda suponer una sorpresa el hecho de que estas nuevas Ciencias de la Complejidad (Teoría General de Sistemas, Pensamiento Holístico, Teoría de Cuerdas, Biología Cuántica, etc.), que ahora se desarrollan y se aplican con fuerza en muchas disciplinas científicas, son capaces de llegar a cambiar el paradigma científico. Pero debemos afirmar que no es un anhelo sino una realidad manifiesta desde hace algunas décadas, tanto es así que se introducen nuevos campos de investigación como la biología de sistemas, la física de sistemas, etc.

El cambio ya está en marcha, y tarde o temprano se abre paso hasta en las instituciones más reticentes, arrasando las voluntades soberbias y orgullosas de algunos investigadores que toman su propio pensamiento como el dogma verdadero y único de su especialidad científica.

Es aquí donde podemos comenzar a unir los puntos de

contacto entre ciencia y espiritualidad, religión o filosofía. Desde siempre, contemplar un universo inmaterial, donde la energía y no la materia es la fuente subyacente de la realidad, donde los campos electromagnéticos y cuánticos sustentan la vida y modifican las condiciones de la naturaleza en general y del propio sistema celular del hombre, nos abre infinitas posibilidades de interconectar las dimensiones físicas con todas aquellas que no son visibles a los sentidos, pero tan reales o más que las primeras.

Einstein dio el primer paso al afirmar que nos movemos en un universo de cuatro dimensiones, largo ancho, alto y... la cuarta dimensión: “el tiempo”. Hoy la física cuántica contempla once dimensiones en la Teoría del Todo, que pretende unificar el gran dilema de la mecánica cuántica (universo microcósmico de las partículas) con la Teoría de la Relatividad Especial (universo macrocósmico de funcionamiento de las Galaxias y Planetas).

El físico Richard Con Henry de la Universidad John Hopkins en Estados Unidos ha ofrecido esta sencilla y nueva definición sobre la naturaleza del Universo que reproducimos y nos parece significativa:

“El Universo es inmaterial, mental y espiritual. Vive y disfruta” (Henry 2005)

Admitir la existencia real, comprobada y cierta de dimensiones y de campos electromagnéticos y energéticos que no vemos pero que nos afectan biológica, psicológica y socialmente, no es otra cosa que **presentar como cierta la posible realidad trascendente del alma inmortal como una entidad energética**, que se desprende del cuerpo cuando este muere, y que mientras está encarnada se ve igualmente afectada por esos campos de fuerza y de energía que la afectan, pues ella misma es la dinamo que vitaliza la materia y la sustenta, permitiendo la vida.

La biología molecular ya confirma que la bioenergía es una realidad, y que los campos energéticos que afectan las proteínas de la membrana celular son tan o más importantes que el ADN insertado en los genes, pues estos son la memoria

que contienen elementos de la herencia genética, pero que pueden verse modificados por el entorno energético cambiante y en permanente transformación que rodea a la célula.

Esto ocurre con los billones de células que forman el cuerpo humano y de forma rutinaria y constante. Permanentemente nuestras células están transformándose debido a este proceso, y millones de células mueren y otras nacen o se regeneran. Podríamos afirmar que cada cierto tiempo estrenamos cuerpo físico, debido a la transformación que se produce por la influencia de la energía que llega a la membrana celular.

Cuando cambia el entorno, cambia la estructura celular y esta se vitaliza o enferma, en función de las condiciones del entorno, no de los genes que se encuentran en el núcleo. Esto supone un auténtico avance en genética y destruye el famoso mito de que *“somos los herederos de nuestros genes”*. La falacia del determinismo genético tiene así los días contados.

Los elementos que modifican nuestra estructura celular no son tanto bioquímicos como electromagnéticos. Estos últimos son capaces de destruir la salud de las células, enfermarlas o sanarlas y revitalizarlas. Y la fuerza principal de la que está compuesta esta energía deriva de nuestros pensamientos, sentimientos, emociones e incluso creencias. Es la influencia de la epigenética el otro factor fundamental del funcionamiento celular.

De aquí otro punto de unión con la espiritualidad cuando, desde siempre, los filósofos, religiosos, espiritualistas y místicos a lo largo de la historia nos han recomendado pensar bien, sentir bien y no hacer a otros lo que no queramos para nosotros si queremos mantener una buena salud y bienestar biológico, psicológico y espiritual.

El mayor psicoterapeuta de la humanidad propuso una terapia infalible para el equilibrio celular, psicológico y espiritual: **la terapia del Amor**, aquella que perdona y no devuelve mal por mal sino bien. Con ello se adquiere el hábito de la armonía y el equilibrio energético que redundará en una mente sana y un cuerpo energético revitalizado por los

pensamientos nobles y altruistas. Hoy la ciencia viene a confirmar la sabiduría y verdad de estas enseñanzas.

Hemos colocado algunos ejemplos de la física y de la biología. No obstante, podríamos ofrecer otros muchos en distintas disciplinas que ya son una realidad. Otro también muy interesante que une a la psicología, la neurología y la física es el “*problema de la conciencia*”. Este es un tema del que daremos la información necesaria y donde mejor que en ningún otro se pone de manifiesto la realidad trascendente del alma, como manifiesta el físico y psicólogo británico Peter Russell, en su libro *Ciencia, Conciencia y Luz*.

Debemos invitarles a que los descubran por ustedes mismos, mediante la lectura de esta humilde y sencilla obra, que lo único que pretende es poner de manifiesto el cambio en la investigación que ya se viene operando desde hace décadas.

Este cambio tiene un resultado inevitable y nos es otro que **descubrir la realidad del hombre integral**, su aspecto trascendente, confirmado por la ciencia, afirmando así sin ningún género de duda la inmortalidad del alma y su conexión integral con la Vida. Pues esta última nunca cesa, ni siquiera con la muerte del cuerpo físico, ya que lo único que se desintegra es la materia celular que compone nuestro traje físico, mientras que nuestra verdadera *naturaleza espiritual-energética* sigue viviendo por siempre, como elemento eterno que se modifica y crece en la búsqueda de la autorealización personal y la plenitud que nos aguarda en desarrollo de las potencialidades que llevamos innatas.

La unión de la ciencia y espiritualidad no es ya un anhelo del hombre, una aspiración religiosa, filosófica o idealista, es una certeza cada vez más evidente, y que en las próximas décadas quedará confirmada para siempre. Es por ello que les sugerimos la lectura que viene a continuación sin considerar ningún tipo de pretensión dogmática o de verdad absoluta. Simplemente nos limitaremos, además de ofrecer nuestra sencilla opinión, a presentar argumentos, hechos e investigaciones realizadas por notables investigadores de todos los campos de la filosofía, la ciencia y la espiritualidad, dejando

a ustedes su propia valoración acerca de las interpretaciones que todo ello supone para el avance de la humanidad.

“La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; una revela las leyes del mundo material, la otra, las leyes del mundo moral. Pero teniendo las unas y las otras el mismo principio, que es Dios, no pueden contradecirse...”

Allán Kardec. Libro: E.S.E., cap. I

A la hora de escoger el enfoque adecuado para establecer los paralelismos y la visión espiritual necesaria que se coordine con lo que la ciencia está descubriendo, nos apoyaremos en la más avanzada filosofía espiritual y de base científica acerca de los aspectos que tienen que ver con el alma humana. Y esta no es otra que la obra de Allán Kardec, donde con más de siglo y medio de antigüedad encontramos las respuestas adelantadas a su tiempo que le fueron ofrecidas para responder a los interrogantes que en la actualidad se están presentando en el área de la investigación integral del hombre y su naturaleza.

Comprobaremos, con absoluta fascinación, cómo es posible que la visión espiritualista de la realidad y de la vida sea confirmada con cada avance, con cada descubrimiento, con cada innovación tecnológica o científica en este siglo XXI. Tan sólo la resistencia numantina de los prejuicios, los orgullos inmovilistas y los intereses espurios de aquellos que financian el desarrollo científico actual están frenando el imparable avance de la comprensión científica de la realidad trascendente de la vida.

“Triste época la nuestra; es más fácil desintegrar el átomo que destruir un prejuicio”

Albert Einstein

Más pronto que tarde, como afirmaba Max Planck, el padre de la física cuántica, el nuevo paradigma científico se abre paso porque una nueva generación de investigadores

sustituye a la anterior, inmovilista y cerrada en sus concepciones absolutas de la verdad. Y estos nuevos adalides, buscadores de la verdad dentro del mundo de la ciencia, la filosofía y la espiritualidad, enfrentan los prejuicios con valentía, anteponiendo la honestidad intelectual y la verdad, a pesar de las críticas del sistema y del enorme conglomerado de intereses materiales que intentan cercenar o acallar las voces críticas con el materialismo, el reduccionismo o el fisicalismo que está ya dando sus últimos estertores sin percatarse de ello.

Será preciso un cambio de generación, o quizás no tanto al ritmo en que se desarrollan los acontecimientos actualmente, pues como afirmaba Planck, el padre de la física cuántica en la frase de abajo, la llegada de la verdad es lenta, y la resistencia numantina de sus oponentes no cesa hasta que estos no desaparecen.

“La verdad nunca triunfa, sus oponentes simplemente se van muriendo”

Max Planck, Nobel de Física

Como es lógico, daremos nuestra opinión al respecto; sin embargo, esta última no es lo más importante, sino las conclusiones que ustedes mismos puedan entresacar de todo aquello que está aconteciendo en el progreso de la ciencia, la filosofía y la espiritualidad.

Esto nos afecta a todos, queramos o no, pues son confirmaciones y evidencias que están desterrando el pensamiento materialista, positivista y reduccionista de la realidad para abrirnos a otra visión inmaterial, espiritual e infinita, de carácter holístico y sistémico que abarca la afirmación de una Mente y Causa Primera que da origen al Universo y a la inmortalidad del Alma del hombre.

Este nuevo paradigma ya está instalándose, y sin ninguna duda transformará para siempre la realidad social, científica y espiritual de nuestro planeta.

Les invitamos a acompañarnos en este sencillo trabajo de recopilación, esperando sea de utilidad para despertar in-

CIENCIA Y ESPÍRITU

quietudes y conciencias a la nueva realidad que ya está aquí, deseando sirva para responder a multitud de interrogantes que todos, en algún momento, nos hemos planteado con sincera inquietud en nuestro interior.

Fraternalmente,

Antonio Lledó Flor

Villena, Enero, 2025

ANTONIO LLEDÓ

INTRODUCCIÓN

Un resumen sintetizado de la obra que vamos a presentar se hace necesario para ayudar a comprender mejor algunos de los aspectos que se desarrollan. Por ello he dividido este trabajo en cuatro bloques. El primero de ellos, y bajo el subtítulo de “**Origen, Ciencia y Realidad**” intentará abordar en varios capítulos el espinoso tema del origen del universo y el hombre, en las dos cosmovisiones existentes que mayor predicamento ostentan: la materialista y la espiritualista.

Abordaremos para ello el debate filosófico-científico sobre la “**existencia o no existencia de Dios**”. Este es un punto culminante para vislumbrar luego nuevos apartados acerca de la realidad, pues como todos sabemos, la ciencia tiene por objetivo descubrir la realidad de la vida, la naturaleza y el hombre, pero hay algunos aspectos a los que no puede llegar pues no todas las evidencias son reproducibles a voluntad en un laboratorio, y no por ello significa que no sean realidades confirmadas que vivimos y experimentamos a diario.

La experiencia directa, clave del método científico basado en la observación, los datos y los hechos interpretados por la razón, no siempre es plausible, pues existen materias que no permiten un análisis semejante con lo cual se comprueban algunas limitaciones de la auténtica investigación científica. Lógicamente para los científicistas (que no científicos) que son reduccionistas y materialistas este aspecto del método científico no tiene para ellos valoración positiva, pues, negando la realidad, afirman sin rubor que aquello que no es

“observable” no existe. Siguen anclados en el pensamiento positivista del siglo XIX que Albert Einstein ya denunció el pasado siglo XX al afirmar:

“El positivismo afirma que sólo existe lo que observamos, lo cual es evidentemente falso”

La filosofía, como la ciencia, tiene también sus limitaciones, pues se concretiza en el desarrollo y justificaciones de argumentos racionales procedentes de mentes humanas, también limitadas, por lo que sin duda ninguna en el conocimiento de la realidad, la Ciencia y la Filosofía deberían ir unidas en la observación, experimentación y argumentación de los hechos y los datos disponibles. Esto, lamentablemente no ocurre. **Sería preciso encontrar una filosofía con base científica que pudiera dar las respuestas adecuadas al conocimiento profundo de la realidad y que fuera plenamente lógica, científica y razonada.**

¿Existe ese tipo de filosofía? Sí. Afirmamos con rotundidad. Existe desde hace siglo y medio y en ella se basa el estudio comparado que realizamos en esta obra y al que le invitamos sinceramente a profundizar. El Espiritualismo moderno, también llamado doctrina espírita, codificado por el profesor Allán Kardec, es una filosofía con base científica que explica la realidad en concordancia con los valores demostrados por la ciencia actual. Profundizaremos en este aspecto en esta primera parte de la obra.

En un segundo bloque de este libro intentaremos abordar los aspectos que tienen que ver con la naturaleza humana, su trascendencia e inmortalidad. Bajo el subtítulo: **“Hombre integral y trascendente”**, analizaremos de qué está hecho, las características esenciales de la trilogía que le dan forma: Alma, Periespíritu y Cuerpo Físico. Su aspecto integral y parapsíquico, los instrumentos de los que se vale para su manifestación física (mente, cerebro y conciencia). La importancia de su aspecto biológico-psicológico-sociológico y espiritual. Su carácter gregario. La importancia de la fuerza de su pensamiento y emociones como base de su desarrollo de vida y comportamiento, de su salud y de su bienestar integral.

Abordaremos el tema respecto a la importancia de las creencias y la conducta, pues esta última viene a veces condicionada por las primeras y junto al inconsciente profundo determinan prácticamente la forma de comportamiento al 90% en nuestra vida diaria. Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, lo definió así:

“El inconsciente es el círculo más grande que incluye dentro de sí el círculo más pequeño del consciente..., este es como una cáscara de nuez en el inmenso océano del inconsciente que condiciona la conducta humana”

Valoraremos al respecto una variable importantísima en este campo como es la de la “reencarnación”, que aporta las experiencias pretéritas de las que el inconsciente profundo también se nutre a la hora de condicionar nuestro temperamento y conducta.

Una vez analizados los dos bloques anteriores para comprender qué somos y de dónde procedemos, llega el turno a otro grupo de capítulos titulados como: **“Propósito y Evolución”**. En este apartado el sentido y propósito de la Vida centrará nuestro interés, así como el crecimiento personal en la búsqueda de la autorealización, iluminación o progreso al que todos estamos destinados en la búsqueda del fin último de la existencia humana, que no es otro que alcanzar la felicidad. La evolución simultánea bio-psíquica del ser humano, el aspecto de la muerte inexistente y la reencarnación, junto a la importancia de la ética y la moral en el desarrollo de los recursos internos del hombre, ocuparán nuestra atención.

Y por último, cerraremos con un bloque dedicado al paralelismo del avance de la ciencia de vanguardia con los postulados de la espiritualidad más genuina. Bajo el subtítulo: **“Encuentro Inevitable”** analizaremos el origen de la misma fuente que ocupa a la ciencia y a la fe; la necesidad del encuentro entre ambas así como la mútua interdependencia que se deben para configurar, de una vez y para siempre, el complemento e integración de estas dos palancas del progreso humano.

Pues del análisis que se presentará y de las conclusiones que ustedes mismos podrán deducir, este es el punto de inflexión que está priorizando el nuevo paradigma de **encuentro entre la Ciencia y el Espíritu**.

Gracias a ello, nos adentramos en una nueva era de profunda repercusión para la civilización humana; pues la certeza de la vida inmortal después de la muerte y la deducción de una Mente Superior que es el origen del Universo Físico y Espiritual despejará nuestra mente de miedos absurdos (la muerte, la incertidumbre, la falta de significado o de propósito, etc.) y nos llevará a entender el orden de las Leyes físicas y espirituales que rigen la realidad bajo los parámetros de la perfección, el orden y la justicia que ahora ignoramos.

Todo esto iniciará de forma definitiva el término de la confrontación de la cosmovisión de la ciencia y de la espiritualidad, confirmando así las enseñanzas de muchos grandes maestros espirituales a lo largo de la historia respecto a la naturaleza espiritual del hombre, su sentido en la vida y, por deducción, la existencia de un Dios atemporal, inmaterial, eterno, perfecto e indefinible para la mente humana y al que sólo podemos conocer mediante sus obras.

P: ¿Dónde podemos encontrar la prueba de la existencia de Dios?

R: *En el axioma que aplicáis a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no sea obra del hombre y vuestra razón os responderá.*

Allán Kardec L. E. It. 4

Uno de los principios esenciales que preconiza la filosofía espírita codificada por Kardec es la lucha contra el materialismo y el escepticismo radical sin fundamento, además de la demostración empírica de la inmortalidad del alma confirmada por la mediumnidad. Aspectos perfectamente alineados con los nuevos vientos de apertura, libertad y nuevo pa-

radigma en el que muchos investigadores están postulándose. Sin ser una creencia, la filosofía de Kardec presenta una base científica, y muchos de sus aspectos son demostrables en laboratorio, como acontece hoy con la psicología traspersonal o la parapsicología (telepatía, clarividencia, precognición, psicoquinesia, curación psíquica, etc)

Ojalá, estimado lector, consiga despertar la inquietud e interés en su mente a la hora de leer esta sencilla obra. El único anhelo que me anima a ello es compartir con usted algunos conocimientos adquiridos durante algunas décadas de estudio y comparaciones.

Si en algo puede servir este libro es para poner de relieve que, las informaciones que recibimos a menudo por los medios de comunicación acerca de las investigaciones que la ciencia realiza no son siempre exactas ni veraces. Y que hoy mismo, en estos primeros veinte años del nuevo siglo, muchos investigadores nobles y valientes se atreven a publicar sus investigaciones a riesgo de perder prestigio personal en sus correspondientes disciplinas.

Todo ello con la dificultad añadida de no poder divulgar suficientemente sus logros, al no contar con la financiación necesaria que está en gran parte secuestrada por los intereses inmediatistas y económicos de grandes compañías. Por otro lado, encuentran de frente el inmovilismo del reduccionismo científico materialista (cientifismo) que colapsa las cátedras e instituciones universitarias y científicas de gran parte del mundo. El premio nobel Sir John Eccles nos ilumina al respecto:

“El reduccionismo científico ha degradado el misterio humano con sus pretensiones de un materialismo capaz de explicar el mundo espiritual en términos de actividad neuronal. Esta creencia ha de ser calificada como superstición”

Como vemos, científicos supersticiosos, otros materialistas y otros negacionistas conforman el “sacerdocio científico” como hoy se considera al “cientifismo”, y que no es más que un **cuerpo de creencias** instaladas en el paradigma

científico que muchos investigadores aceptan como la verdad absoluta e incuestionable. Aquí el prestigio de la ciencia se diluye notablemente al mantener principios inalterables y dogmáticos que no admiten discusión y que nada tienen que ver con la ciencia esencial que prioriza, por encima de cualquier otra cosa, el estudio y afirmación de la realidad en base al cuestionamiento y la investigación honesta de mente abierta junto al noble deseo de la búsqueda de la verdad.

Si añadimos a ello los prejuicios y el orgullo de aquellos científicos ortodoxos que se niegan a estudiar nuevos aportes de la investigación, desarrollando un escepticismo radical y una postura anticientífica al negar a priori y sin analizar las investigaciones realizadas por muchos colegas animados por la búsqueda de la verdad, encontramos las dificultades por las que transita la ciencia esencial, honesta, honrada y fiel a la verdad y al método científico que desafía la ortodoxia. El gran filósofo Francis Bacon lo definió de esta forma:

“La verdad es hija del tiempo y no de la autoridad”

Mucha Paz, estimado lector.

Primera parte

Origen, Ciencia y Causa primera

*“De entre todas las cosas,
el origen es lo más excelso”*

Platón, Filósofo griego, s. IV a. C.

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO I

CONTRADICCIONES DEL MATERIALISMO CIENTÍFICO

Supuestos y creencias no son evidencias

“Mantengo que la ciencia está reprimida por supuestos que tienen siglos de antigüedad y que se han consolidado como dogmas... El sistema de creencias que gobierna el pensamiento científico convencional es un acto de fe, encallado en la ideología materialista del siglo XIX”.

Dr. Rupert Sheldrake- Biólogo y Genetista - Libro: “El Espejismo de la Ciencia”

Desde que en el siglo XIX el pensamiento materialista de las corrientes positivistas comenzó a influenciar el pensamiento científico, hoy podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que este es el “*pensamiento predominante*” en la mayoría de universidades, instituciones y sedes que investigan y desarrollan el avance de la ciencia en este mundo.

Sin embargo, es curioso observar la paradoja entre las posturas oficiales de muchos científicos que se consideran materialistas y herederos de la más pura tradición ortodoxa de ese pensamiento, negando la existencia del alma o de cualquier ser trascendente como origen de todo lo que existe y la permanente

contradicción con las posiciones personales que muchos de ellos mantienen en sus propios sistemas de creencias religiosas.

Salvo aquellos que se declaran ateos o agnósticos, los científicos que son auténticos buscadores de la verdad no niegan ni afirman nada. Antes al contrario, partiendo de una idea o planteamiento de búsqueda, desarrollan sus investigaciones, elaborando a continuación una tesis sobre las mismas para apoyarse en el método científico que les permite contrastarla con la antítesis adecuada, a fin de elaborar una hipótesis final y definitiva que tendrá que ser refrendada y justificada por las evidencias.

No siempre sucede así. Las evidencias son certezas que ayudan en la consolidación de una hipótesis dada, pero nunca deben ser tomadas como dogma de fe; de lo contrario, la ciencia se convierte en aquello que los ateos materialistas denuncian: **una creencia**, o un mito basado en supuestos y no en pruebas fehacientes de la realidad.

“A pesar de que la ciencia no ha resuelto los misterios del origen de la vida y la naturaleza de la conciencia, el materialismo científico se basa en que todo lo que existe surge de la interacción entre materia y energía. Esta idea es una creencia, no un hecho demostrado, es un dogma de fe, es el credo de los miembros de la iglesia del materialismo científico”

Dr. Joseph Selbie - Físico

Lamentablemente, el retroceso del pensamiento materialista dentro de la ciencia se produce muy lentamente. Y, sin embargo, existen poderosas razones para que esto se produzca más aceleradamente en función de los avances de disciplinas como la física, la biología, la medicina o la psicología. Fundamentalmente, el pensamiento materialista afirma que todo es materia, que la conciencia no existe independiente del cerebro y, por tanto, la realidad que observamos no sólo carece de propósito o sentido alguno sino que la experiencia personal y lo que nuestros sentidos captan no es más que una ilusión.

Este planteamiento es eminentemente determinista, pues si **“todo es materia muerta, sin sentido ni propósito algu-**

no”, si solamente somos máquinas celulares dirigidas por genes ciegos que actúan aleatoriamente, ¿dónde queda el libre albedrío y la conciencia? Para los materialistas está muy claro, el libre albedrío no existe y la conciencia no es más que una ilusión de nuestros sentidos.

Sin embargo, la realidad nos demuestra otra cosa. Usted, como yo y todos los seres humanos, somos conscientes y muy capaces de cuestionarnos a nosotros mismos. Desde un primer momento podemos tener pensamiento abstracto, capacidad de autorreflexión, vivencias, experiencias subjetivas y memoria que guardamos, aflorando a cada momento en nuestro diario vivir. La experiencia y la capacidad de pensar sobre nuestro propio pensamiento es la conciencia de uno mismo, de su ser y existir, independiente de su cuerpo físico, y con ello el pensamiento materialista que niega la experiencia interna del hombre queda totalmente invalidado.

¿Pensamos realmente que nosotros mismos no somos más que una maquina compleja? La teoría mecanicista de la vida, que considera el universo como un gran mecanismo y al hombre como una máquina, es una de las bases en las que se asienta el pensamiento materialista.

La contradicción es cada vez mayor cuando los materialistas científicos, considerando al ser humano como una máquina sin control ni dirección alguna salvo la que le marcan sus propios genes aleatoriamente, afirman que somos seres sin libertad propia, pues el determinismo que nos afecta por causa de esos tiranos llamados “genes ciegos” confirma -dicen ellos- que, al no poseer libre albedrío, nada puede surgir bajo la propia voluntad o la experiencia de una decisión personal.

“La vida de una célula está regida por el entorno físico y energético, y no por sus genes. La ciencia está a punto de desintegrar el viejo mito de que no somos más que máquinas bioquímicas controladas por genes, comprendiendo que somos los artífices de nuestras propias vidas y del mundo que vivimos”.

Dr. Bruce H. Lipton - Libro: “La Biología de la Creencia”

Como muy bien afirma Lipton, el determinismo biológico es una falacia, un mito que, de ser cierto, anularía la mayor característica del ser humano y que le define como tal: la libertad de elegir. Somos seres con libre albedrío y no esclavos de ningún automatismo biológico.

¿Cómo puede avanzar la ciencia si los propios científicos niegan la capacidad humana de una mente independiente que es determinada de forma ciega y aleatoria? ¿Es esto realmente lo que ocurre? La respuesta es: No.

Y aquí viene otra contradicción. El científico de militancia atea considera el materialismo como doctrina de cabecera, pero a la hora de aplicárselo a sí mismo, en cuanto a su capacidad de investigar, crear o indagar mediante su libre albedrío, establece una distinción curiosa: parece ser que en ellos la capacidad de razonar, ejercer su propia voluntad y desarrollar una creatividad propia, no están influenciadas por esos aspectos aleatorios o determinismo genético sin sentido, que gobiernan la mente y el cerebro de su máquina corporal, y que sí nos afectan a todos los demás seres humanos.

En la práctica, la teoría mecanicista sólo es posible si coloca a la mente no mecanicista dentro del cerebro humano. De lo contrario, cuando un científico elabora una hipótesis o propone una teoría, ¿está operando mecánicamente? Lo que ninguno dice es que se considera una excepción al determinismo, creyendo firmemente que progresa en su investigación y no se limita a hacer lo que le dictan su cerebro y sus genes ciegos y tiránicos.

Dentro de la ciencia y del auténtico espíritu científico es imposible ser un materialista coherente. A no ser que desterremos el mito de la materia muerta o inanimada, convirtiéndola en algo que ahora muchos científicos ateos se empeñan en modificar y subrayar para salir del laberinto en el que el propio pensamiento materialista los coloca, y que no es más que otra contradicción. Se trata de camuflar y sustituir un concepto por otro, para no tener que aceptar ninguna entidad inmaterial (Dios, El Alma, La Mente, La Conciencia, etc.).

El pansiquismo (la psique está en todo) es la respuesta que se les ocurre, una teoría retomada (viene de antiguo) por estos científicos actuales para dotar a la materia muerta, ciega y sin propósito, de un principio energético inmaterial que permite la evolución de los organismos.

Esa energía que algunos defienden encontrar ya en las moléculas y átomos elementales no es más que un disfraz que, lejos de conseguir lo que pretenden, les enfrenta a un nuevo dilema que lógicamente destruye el pensamiento materialista mediante **la gran contradicción: admitir que “la materia animada contiene un principio energético inmaterial”**. En este caso, ya no podemos hablar de materialismo ni de que la única realidad del universo es la materia. Tampoco podríamos hablar de que la materia carece de experiencia, pues esta forma energética que perdura y se transmite a través de los seres vivos perdura en el tiempo y el espacio (memoria).

Esto último significa que esa energía tiene memoria, que puede replicarse, perdurar y sobrevivir. Y lo más importante, si tiene estas características, posee igualmente experiencia y vivencia que se traslada a las formas evolutivas que derivan de ella, con lo que no sólo confirma la evolución sino que está aceptando así mismo una proto-conciencia en todos los seres vivos. Ya nunca más podrán argumentar que la experiencia y la subjetividad no existen, o es una ilusión en los seres vivos.

Y con ello, el empeño de **“negar la naturaleza inmaterial de la conciencia”** -fruto de los prejuicios y sistemas de creencias que algunos científicos mantienen -queda de nuevo en evidencia. Una excelente respuesta a esta incógnita nos la ofrece la refutación de otro mito materialista muy extendido, el de la contradicción entre el mundo de la ciencia y la espiritualidad o religión. No existe esta lucha inventada por los beligerantes ateos científicistas para denostar la religión y ensalzar a la ciencia como la única verdad. Esto es otra falacia más de aquellos que ignoran, desconocen o no desean siquiera investigar acerca del hecho de que las leyes físicas y las leyes espirituales o morales que rigen en el Universo, no solo no se contradicen, sino que se complementan y convergen con una extraordinaria precisión.

“Cuando la ciencia considera la conciencia una característica fundamental de la realidad, y la religión identifica a Dios con la luz de la conciencia que brilla en nuestro interior, las dos concepciones del mundo empiezan a converger”.

Peter Russell – Físico y Psicólogo- Libro: “Ciencia, Conciencia y Luz”

Bienvenidos sean los avances de la física de partículas, donde la conciencia del observador se muestra como el punto relevante capaz de transformar la realidad subyacente de un electrón, convirtiéndolo en energía o materia en función de si es observado o no por una conciencia independiente.

Bienvenido el avance de la memoria biológica contenida en la resonancia mórfica de todos los sistemas autoorganizados que viven, sienten, se emocionan, tienen pensamientos, y que cuando llegan por evolución al desarrollo humano adquieren voluntad, libre albedrío e inteligencia propia. En otras palabras, poseen subjetividad, experiencias y vivencias propias, con memorias interconectadas entre todos los seres de la misma especie.

Bienvenida la conexión biológica entre seres de la misma especie, estableciendo así el paralelismo con el “inconsciente colectivo” de Carl G. Jung que realiza la misma función en el área psicológica del ser humano, trascendiendo el tiempo y el espacio.

Bienvenido también el avance de la medicina, especialmente en la nueva disciplina de la psiconeuroinmunología, donde se pone de manifiesto la realidad y transformación de nuestra salud cerebral en base a las emociones y pensamientos que albergamos, como reflejo de la poderosa acción de nuestra “mente inmaterial” en las células cerebrales, capaces de modificar su estructura y el equilibrio de funcionamiento en la bioquímica cerebral y las conexiones electromagnéticas de las sinapsis neuronales.

Bienvenidos, por último, los progresos en neurobiología, donde, a consecuencia de lo explicado en el párrafo anterior, se demuestra cómo los pensamientos y emociones son capaces de modificar nuestra estructura fisiológica cerebral, además de

las más íntimas estructuras de nuestro ADN en las neuronas cerebrales, confirmando con ello que la **plasticidad neuronal es una evidencia científica** demostrada y que somos lo que pensamos, imponiendo así el dominio de la mente sobre la materia. Y, dejando al cerebro como lo que es realmente, *el receptor y emisor de la mente inmaterial, que surge de la conciencia individual humana*.

Esto forma parte del cambio de paradigma en el área de la ciencia que viene efectuándose desde hace tres décadas y que está ya sustituyendo el viejo modelo inmovilista, mecanicista y materialista, por otro concepto relativista de la realidad, donde lo inmaterial, la conciencia y la espiritualidad afloran como fuerzas predominantes.

“La física cuántica certifica por sí sola la existencia de Dios. Cualquiera que reflexione seriamente puede observar los datos y las ideas del pensamiento postmaterialista de prestigiosos científicos y eminentes místicos, descubriendo que Dios ha regresado a la Ciencia”.

Dr. Amit Goswami – Físico

Una manifestación de la unidad del cosmos es la interconexión universal: **“todo está en todo”**. La mente inmaterial transformando la materia física. Campos electromagnéticos que cohesionan y transmiten memoria, herencia y experiencia. Inconsciente colectivo que a todos nos conecta, principios energéticos inmatrimales subyacentes en toda la materia, etc., son algunas de las nuevas investigaciones que entierran el pensamiento materialista, que promocionan el estudio de la parte inmaterial y espiritual de la vida y que la ciencia esta ya abordando, al mismo tiempo que los prejuicios e influencias del pensamiento materialista científico decrecen y están en paulatino declive hasta su completa sustitución por el nuevo paradigma.

Esto es algo que ocurrirá antes de lo que pensamos, debido al extraordinario avance de la tecnología y los descubrimientos que la investigación científica libre de prejuicios está efectuando.

Estamos en la era de la investigación científica y tecnológica y también en la etapa incipiente del descubrimiento, por parte de la ciencia, de la parte espiritual y energética de la vida en todo el universo, y especialmente en el hombre. Este es el nuevo paradigma científico que ya ha llegado para quedarse: **la unión de la ciencia y la espiritualidad** como nunca se produjo en la historia de la humanidad. Y esta sencilla obra pretende colaborar en este objetivo. De la búsqueda honesta de la verdad nadie puede apartar al desarrollo de la ciencia, antes o después se llega a ella, como ocurrió en el pasado y como seguirá ocurriendo miles de años después de hoy.

Y todo ello bajo un aspecto del **primer y exclusivo debate sobre la Causa** y el Origen de todo cuanto existe: Dios. Algo que la ciencia no puede obviar: “la existencia de una Mente Superior que da origen al Universo Físico y Espiritual”. La cuestión filosófica respecto al origen ha sido resuelta mediante el apoyo de la argumentación racional en los nuevos descubrimientos de la ciencia.

“Respecto a la naturaleza lógica y ordenada del universo, los científicos apuntan hacia la Mente de Dios mediante una visión de la realidad que surge de la ciencia moderna y se impone a la mente racional. Es, sin duda, una visión que estimo irrefutable”

Anthony Flew - Filósofo - Libro: "Dios Existe"

La cuestión científica también avanza en esto: nuevos conceptos que integran la ciencia del espíritu con la ciencia material, teniendo como base de la realidad la existencia de una Mente Superior que todo lo origina.

Una de las mentes más extraordinarias de la ciencia y concretamente de las matemáticas, considerado el mayor genio de la lógica desde Aristóteles, fue Kurt Gödel, compañero y amigo de Einstein en la Universidad de Princeton, al cual ayudó notablemente con sus axiomas y ecuaciones.

Gödel afirmaba constantemente:

“El Materialismo es falso”

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO II

MENTES INTERCONECTADAS

Red Universal

“Es verdadero, completo, claro y cierto. Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo.”

Hermes Trismegisto -3.000 a.C.

Todo lo que existe en el Universo, todo lo que tenga masa o no, ocupa un lugar en el espacio: o es materia o energía. Esta definición sobre estos dos elementos generales del Universo ha venido siendo aceptada desde Newton. Sin embargo, desde mediados del siglo pasado, la física de partículas ya ha demostrado que es insuficiente, pues existen estados de la materia y la energía que trascienden las dimensiones del tiempo y del espacio.

Hoy, en las dos últimas décadas, los cosmólogos afirman que solamente conocemos el 4% de toda la materia y energía del Universo. El otro 96% está formado por energía oscura (70%) o materia oscura (26%) sin saber todavía muy bien qué son. La energía oscura surge de un campo llamado la “quintaesencia”, nombre tomado del quinto elemento que designaba en la antigua Grecia el éter universal que impregna todo en el universo.

“La teoría cuántica revela un estado de interconexión esencial del Universo, siendo este como una red interligada de relaciones físicas y mentales “.

Fritjof Capra - Físico - Libro “El Tao de la Física”

Esta controversia científica ha puesto de relieve las probabilidades de universos y dimensiones paralelas que apenas comenzamos a vislumbrar. Desde un mundo de tres dimensiones (alto, largo y ancho) llegamos a Einstein, que incorporó el Tiempo como la cuarta dimensión.

Hoy en día son numerosas las hipótesis científicas que aparecen explicando la realidad de la física como algo más complejo de lo que podemos vislumbrar; entre ellas destaca “la teoría de cuerdas”, que afecta a todo el universo indivisible, donde todas las cosas están envueltas y relacionadas, incluso aquellas que no se manifiestan materialmente. El Nobel de Física Erwin Schrödinger habla de este entrelazamiento como el trazo más característico de la mecánica cuántica.

“El universo es como un holograma: El todo es las partes y cada una de las partes contiene al todo. El orden implicado es una realidad indivisible e infinitamente profunda, cuya naturaleza se extiende desde la física hacia la filosofía, la biología y la religión”.

David Bohm - Físico

La concepción del Universo como un gran mecanismo en el que el hombre es analizado como una máquina biológica es ya insuficiente y obsoleta. El hombre está conectado permanentemente con el universo a través de su mente y su cerebro mediante sus pensamientos y emociones. El psicólogo Nathaniel Branden explica:

“Vivimos en un océano de pensamientos nutriéndonos de sustancia mental, absorbemos y proyectamos constantemente pensamientos que nos conectan con aquellos que piensan como nosotros”.

Esto es una ley universal que conocemos muy bien: la ley de afinidad y vibración, pues los pensamientos, como energía que son, vibran en determinada faja y sintonía, y aquellos que son semejantes se atraen y se interconectan, como ocurre con las frecuencias que transitan en una misma onda.

Confirmando lo anterior, el investigador Dean Radin explica: *“En un nivel de realidad más profunda, nuestros cerebros y mentes se hallan en comunión íntima con el Universo, siendo la psi la forma en que se experimenta este universo entrelazado”*.

De nuevo la ciencia viene a confirmar que el ser humano es algo mucho más que simplemente materia, y las leyes de la física de partículas, de la mecánica cuántica y de la relatividad general de Einstein acerca del tiempo y el espacio confirman a Max Planck (Nobel de Física) cuando afirmó que *“la materia no existe como aparenta..., es otra forma de energía”*.

El ser inmortal que trasciende la materia, que vibra y se manifiesta a través del cerebro, la mente y la conciencia, es el punto de encuentro donde se efectúa la conexión con esa red universal de la que formamos parte. Ese ser que llamamos alma o espíritu se desenvuelve en la dimensión que le corresponde -con cuerpo físico cuando está encarnado- o en estado espiritual cuando deja el cuerpo y regresa al espacio, donde sigue viviendo, vibrando, pensando, sintiendo, etc., hasta que le llega el momento de volver a reencarnar.

“Por un poder inmortal, todas las cosas, cercanas o lejanas, están ocultamente ligadas entre sí. Tan ligadas están, que no se puede tocar una flor sin incomodar a las estrellas”

Francis Thomson

Otras pruebas de la conexión entre mentes la ofrecen la PES (Percepción Extrasensorial), concretamente la Telepatía, la Clarividencia, la Precognición, la Psicoquinesis o la Curación psíquica si nos situamos en el campo de la Parapsicología o la Psicología Transpersonal. Y si profundizamos en otros campos encontramos las evidencias científicas de la TCI

(Transcomunicación Instrumental), la TCM (Comunicación Mediúmnica), las experiencias extracorpóreas (OBE) o las experiencias cercanas a la muerte (ECM).

Todo ello es posible -como explicó Allán Kardec de forma brillante en la obra *El Génesis*- gracias a la energía (fluido universal) o materia cósmica primitiva, como elemento que dio origen a los mundos y que interpenetra todos los cuerpos, desde una galaxia a un insecto. A esta energía o fluido cósmico le son inherentes las fuerzas que efectúan las metamorfosis y transformaciones de la materia y que rigen el mundo, la transformación de los seres y la evolución de la naturaleza. Fuerzas como la gravedad, el electromagnetismo, la cohesión, la afinidad o la ley de atracción son derivaciones de esa **sustancia primitiva universal** que es el sustrato subyacente en el Universo del que hablan los físicos.

El Universo es un todo del que formamos parte y con el que mantenemos una conexión permanente, también con los demás seres humanos. Podemos afirmar sin equivocarnos que, como seres conscientes y actuantes, nuestra forma de pensar y obrar influye en el todo debido a la conexión que tenemos con él, al mismo tiempo que somos también afectados por las propiedades de las demás partes. **“Todo está en todo”**

“Todo lo que está en nosotros está en el universo
y todo lo que está en el universo se encuentra en
nosotros”

León Denis -Filósofo

Lejos de ser este un planteamiento panteísta, es justo lo contrario. La libertad individual, de acción, relación y atracción nos permite “ser lo que somos y lo que queremos ser”. De esta forma, nuestra individualidad se acrecienta y progresa (en el panteísmo la individualidad se diluye). Y es la confirmación de la capacidad de transformación y cambio que tenemos, así como de la influencia que nuestro ser individual puede alcanzar en todo aquello que nos rodea y en las personas con las que

nos relacionamos, al pensar y actuar de una forma concreta y determinada.

Las leyes divinas nos ponen en el camino para crecer y progresar sin fin, formando parte de esa creación divina en un doble aspecto: uno es el universo físico, en el que percibimos nuestra pertenencia a un sistema material que captan nuestros sentidos, lugar donde nos encontramos, un planeta que forma parte de un sistema y unas leyes físicas que nos afectan y condicionan.

Y el segundo aspecto, el subyacente, aquel que no vemos pero que viene condicionando nuestra evolución desde hace millones de años, es la pertenencia a un universo espiritual energético que no captamos pero que sentimos y del cual formamos parte, queramos o no, y que transcurre en permanente transformación y cambio, al igual que el universo físico. Como afirmó Swedenborg en el siglo XVIII:

“El mundo natural y todo lo que contiene, surge del mundo espiritual y es sostenido por este, y ambos mundos proceden de lo Divino”

Hoy, las investigaciones de la física apuntan claramente al hecho de que el reino de la “*Potentia*” de Werner Heisenberg, la “*Espuma cuántica*” de Eugene Wigner o el “*Orden implicado*” de David Bohm, los dos primeros Nobel de Física y el último propuesto para ello, nos certifican esta realidad: *el universo material surge del universo energético, cuántico o trascendente, permanentemente interconectado.*

Una red invisible que nos impele de forma constante, y sin tener en cuenta el tiempo, hacia el progreso, el crecimiento moral e intelectual, la evolución y el perfeccionamiento de aquellos valores inmortales que nada tienen que ver con la materia y que se encuentran latentes en nuestro interior. Este impulso es permanente y propicia el avance hacia estados de plenitud superiores que nuestro ser inmortal debe alcanzar, pues todo en el universo y en las leyes que lo sustentan conspira a favor del adelanto del alma y de nuestra felicidad, presente y futura.

La fuerza permanente de energía y creación que ha originado todo esto es la causa e inteligencia suprema a la que damos

un nombre: Dios. Él es el autor de estos universos que nos afectan y los ha creado por amor, para tutelar nuestro camino hacia la única realidad que nos debería importar: el regreso hasta su casa, pero con la plenitud de facultades divinas desarrolladas en nuestra alma, donde brilla de forma sustancial el Amor, que es interconexión universal por excelencia, al ser este la auténtica naturaleza del Creador.

“El universo es una corriente de amor, en movimiento incesante. No interrumpas la fluidez de las vibraciones”

Emmanuel – Chico Xavier

Y es precisamente el Amor Universal la **“red de seguridad”** que permite la interconexión profunda con el creador. Pues, si bien estamos conectados con el universo físico a través de las leyes materiales que gobiernan el cosmos, estamos igualmente interconectados con las mentes individuales, las emociones, los sentimientos y los pensamientos de otros seres vivos.

Además de ello, el propio ser inmortal refleja en sí mismo las conquistas alcanzadas procedentes de su pasado, la solidaridad de sus vidas en la carne y las experiencias vividas que reflejan su estado actual. El “espiritualismo moderno” como lo definió León Denis, conocido como Filosofía Espiritista o Espiritismo, ofrece la versión profunda de esta relación entre el universo y los seres que lo habitan, colocando en el centro la fraternidad como ligazón y base de las relaciones entre las almas, estén donde estén y pertenezcan a los mundos o planetas que correspondan.

“El espiritismo expande el pensamiento y le abre nuevos horizontes, nos demuestra que esta vida es tan sólo un hilo en la obra del Creador. Presenta la solidaridad que liga todas las existencias del mismo ser, de todos los seres del mundo y de otros mundos, estableciendo la base de la fraternidad universal. Esa solidaridad de las partes de un mismo Todo explica lo que es inexplicable, si se considera sólo una parte “.

Allán Kardec - Libro: Evangelio según el Espiritismo, cap. II ítem nº 7

Esta interconexión con el pasado que se proyecta en el futuro tiene como compañeros de viaje al resto de los espíritus que nos acompañan en las experiencias en la carne. Somos gregarios y no podemos prescindir del prójimo para avanzar en la pureza del alma. Todos formamos parte de un mismo universo y somos hijos del mismo Padre, de ahí la importancia de la fraternidad como base de la relación humana y que es, al mismo tiempo, el sustento de la solidaridad.

Pero no es menos cierto que la mayor interconexión se va alcanzando en nuestro camino hacia la plenitud, cuando la propia elevación y registro sutil y energético del alma purificada alcanza las frecuencias superiores y quintaesencias del pensamiento y el amor divino, identificándonos con ellas y pudiendo gozar de la vibración sublime que emana del amor divino que interpenetra nuestro ser cuando somos capaces de alcanzar su frecuencia y sintonía.

“El hombre se encuentra envuelto en un océano de pensamientos nutriéndose de sustancia mental. Toda criatura absorbe, sin percibir, influencias ajenas, asimilando corrientes mentales permanentemente. Ingerimos pensamientos a cada instante, proyectando a nuestro alrededor las fuerzas que alimentamos en nosotros mismos”.

Chico Xavier, Emanuel, Libro: Roteiro

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO III

¿CIENCIA Y ALMA?

Psicología y mente

“Sólo llegaremos a comprender por completo la inteligencia humana cuando admitamos la existencia del espíritu, la “energía” que los psicólogos cuánticos llaman mente supra-consciente”

Dr. Bruce H. Lipton- Biólogo Celular

Superando sin mucha dificultad las propuestas de la psicofisiología, la Ciencia del Espíritu demostró que, mientras no se ponga el foco de cualquier estudio sobre el alma humana en la naturaleza integral de la misma, cualquier análisis del comportamiento psicológico del ser humano estará incompleto.

Esta rama de la psicología (psicofisiología) negó la posibilidad del alma como un agente responsable o individualidad originaria de todos los fenómenos psicológicos. Equivocaron el punto de partida, pues creyendo que el alma no era más que una exudación del cerebro, **confundieron el efecto con la causa.** Tanto es así que centraron sus investigaciones únicamente en los distintos estados psicológicos y en cómo estos afectaban al organismo biológico. Al no profundizar

en el origen y naturaleza del alma, su análisis respecto a la conducta humana es parcial, sesgado e imperfecto.

Negando la causa principal de los impulsos originados en el alma humana, desarrollaron por el contrario un amplio argumentario de cómo la condición psicológica influye en la fisiología del ser humano, y con ello nos explicaron el funcionamiento celular, el del sistema nervioso central y el de la bioquímica cerebral cuando se ven condicionados por diversos estados psicológicos que los afectan.

Con ello contribuyeron a una mejor comprensión de la biología humana cuando ésta se ve supeditada a la psicología, circunscribiendo toda condición psicológica a las neuronas cerebrales y la conexión que estas procesan. Al caer en la trampa del reduccionismo materialista quedaron sin explicar multitud de condicionantes y fenómenos psicológicos que afectan al ser humano, y cuyo origen no se encuentra en las células de nuestro cerebro sino en nuestra “mente” (elemento inmaterial). Joseph Rhine, padre de la parapsicología demostró en laboratorio la acción de la mente sobre la materia y afirmó:

“La mente no es física, pero actúa por vía extra-física sobre el mundo material”

Una mente inmaterial que últimamente las investigaciones conceptúan como “mente supra-consciente”. La catalogan de esta forma para situar en ella fenómenos inmateriales cuyo origen no pueden explicar las conexiones neuronales del cerebro físico. Algunos de ellos son los instintos, los reflejos condicionados del inconsciente personal, el sustrato psicológico del inconsciente colectivo que abarca creencias, mitos, tradiciones y comportamientos que condicionan la parte profunda de la psique humana, los fenómenos paranormales, etc.

Otros fenómenos que sitúan en esa poderosa **“mente supra-consciente”** es la memoria. La neurobiología ya ha demostrado que la memoria no reside en trazas del cerebro físico, aunque hay partes del mismo donde se procesa la recepción de los recuerdos. Es decir, lo que somos, lo que re-

cordamos, lo que nos condiciona no es material, es eminentemente energético, y esta maravillosa “mente supra-consciente” no es más que el Alma Humana, que todo lo archiva en el inconsciente profundo recordando sus experiencias, acciones, pensamientos, tendencias y hábitos y que afloran en cualquier circunstancia y lugar.

“Aprender es recordar lo que ya se sabe”

Platón - Filósofo s. IV a C.

Esta amplia y enorme “memoria” no es otra cosa que la memoria del espíritu, aquello que atesora después de múltiples vidas en la Tierra y que ha venido conformando su temperamento y carácter.

Somos herederos de nuestro pasado, pues el alma humana archiva, cataloga, memoriza y procesa todo aquello que percibe mediante los sentidos físicos cuando posee un cuerpo físico, además de otras muchas intuiciones, sensaciones, experiencias y percepciones no físicas, como las emociones o los pensamientos, que pasan a formar parte de nuestro íntimo acervo personal.

Por este motivo, el desarrollo de esta rama de la psicología quedó coartado y circunscrito al prescindir del verdadero agente de los fenómenos psicológicos: **el principio inteligente que es el espíritu inmortal**. Confundieron el efecto con la causa, y se quedaron únicamente con los efectos y el análisis de estos, pues ni la inteligencia, ni la conciencia, ni la emotividad, ni la percepción corresponden al cerebro, siendo este último únicamente el aparato que los capta y los transmite. En palabras del ilustre fisiólogo Claud Bernard:

“Decir que el cerebro segrega el pensamiento equivale a decir que el reloj segrega la hora o la idea del tiempo”

No existe una ciencia más completa sobre el alma humana, su naturaleza y los efectos que de ella se derivan que la Ciencia del Espíritu que para muchos representa la filosofía espiritista del siglo XIX. Allán Kardec definía el espiritualis-

mo moderno (Espiritismo) como una ciencia de observación y experimentación sobre el alma humana, sus fenómenos e implicaciones, además de una filosofía de progreso basada en el código ético-moral más perfecto existente en la Tierra: las enseñanzas de Jesús de Nazaret, auténtica expresión del Amor divino.

Se hace necesario reivindicar las acertadas explicaciones de Allán Kardec cuando, explicando la Ciencia del Espíritu, confirmaba que sólo el alma humana, encarnada o desencarnada, es el origen de los fenómenos cognitivos, psicológicos, anímicos, mediúmnicos y espirituales. Valiéndose así mismo de un cuerpo intermedio, la vía extrafísica de la que habla Rhine, denominado como periespíritu, para organizar, transmitir y recabar la información bi-direccional entre el espíritu inmortal y las percepciones y sensaciones del cuerpo biológico, siendo este el receptor último (a través de su estructura celular y nerviosa) de los impulsos del pensamiento y la emoción que tienen su origen en la voluntad del alma humana.

Esta es la auténtica Ciencia del Espíritu, aquella que se constituye en el nuevo paradigma a desvelar por la Ciencia del siglo XXI. Muchos científicos de primer nivel ya intuyen que éste es el auténtico campo de experimentación, observación y prueba que les corresponde abordar a partir de ahora. Esta área de conocimiento ha sido hasta ahora inexplorada por muchas áreas de la psico-biología, o de la física.

Sin embargo, algunos hombres de ciencia, adelantándose a su época, ya han entendido el cambio de paradigma y llevan investigando desde esta concepción holística e integral la auténtica naturaleza del alma. Muchos ya llevan algunas décadas profundizando en este nuevo paradigma, véanse las investigaciones de Groff y otros en la llamada “Psicología Transpersonal”, o las de los físicos Amit Goswami, H. Schubert o Frijot Capra respecto a la “Física del Alma”.

Los grandes avances de la biología, la genética, la nanotecnología y la inteligencia artificial que vienen produciéndose desde principios de este siglo, tienen como reto definitivo el estudio último de la naturaleza humana : el lugar donde se

generan los procesos íntimos, inconscientes, subconscientes, psicológicos y espirituales. Todos ellos afectan el área externa del hombre integral: su cuerpo biológico.

Mientras únicamente se atiendan las funciones exteriores del organismo humano, se solucionarán los efectos de las causas, pero nunca se irá al principio de estas últimas. Y si, por ejemplo, se descubre una solución definitiva para una enfermedad crónica o degenerativa al comprender el mecanismo del gen que la desarrolla, otras aparecerán en el horizonte patológico del ser humano hasta que no se llegue a la profundidad que origina el motivo de que el código genético se organice o exprese de una u otra forma.

Hoy en día la Biología Molecular ya ha descubierto que los genes son memoria, pero la activación de estos no depende de ellos mismos sino de procesos energéticos que tienen que ver con el entorno y la energía que modifican las proteínas de las células, siendo estas los auténticos motores de cambio, transformación y expresión genética.

El determinismo genético y su tiranía (dependemos de genes ciegos que se articulan aleatoriamente) **es una falacia**. No somos esclavos de nuestros genes sino libres para actuar y modificar nuestro comportamiento e incluso transformando el desarrollo celular y biológico (plasticidad).

El error sigue siendo el mismo que aconteció con la psico-fisiología. La cognición, **la emoción y la percepción tienen su origen en el principio inteligente (espíritu)**, y en función de cómo se piensa, se siente o se perciben las cosas, el ser humano desarrolla unos u otros hábitos, saludables o enfermizos.

La naturaleza de nuestros pensamientos y emociones originan patologías o, por el contrario, preservan la salud y el equilibrio celular y psicológico, retrasando el envejecimiento de las células y procurando una vida orgánica saludable hasta que la edad y el consiguiente desgaste de los órganos del cuerpo físico van provocando la pérdida de vitalidad correspondiente.

El conocimiento y profundidad en el estudio de la Ciencia del Espíritu abre enormes posibilidades para entender lo que

somos y cómo funcionamos, investigando así las causas y la naturaleza profunda de los aspectos que originan los procesos enfermizos o saludables que condicionan el bienestar psicológico y biológico, y con ello la salud y el equilibrio integral del ser humano.

No sólo aquellos que proceden de nuestros hábitos y acciones actuales, sino también de aquellas otras causas que tienen su origen en el pasado milenario de alma humana y que condicionan también la situación actual que se vive en el presente.

Por otro lado, es básico e ineludible la comprensión del profundo efecto que el periespíritu tiene en la salud y la vida humana y en la importancia transcendente que las emociones y los pensamientos tienen en este cuerpo intermedio.

Estas son algunas de las fuentes de investigación que deberán explorar los nuevos campos de la medicina, la genética y la psicología. Ya hay algunos avances al respecto; concretamente, la psico-neuroinmunología es una rama de la medicina que estudia cómo los estados emocionales afectan la salud y el bienestar psico-biológico. Este es el camino.

Y mientras la ciencia de esta década y las próximas incorporan el estudio holístico e integral del ser humano, aquellos que estudiamos la Ciencia del Espíritu como principiantes, siendo conscientes de todo aquello que todavía nos queda por aprender, continuaremos profundizando en el estudio y conocimiento del alma humana como ser consciente, libre y en constante rumbo hacia la perfección, a fin de entender mejor nuestra propia esencia inmortal y milenaria: el Ser pensante que viene perdurando, individual, único, vida tras vida, desde hace milenios.

Nuestro mundo todavía se encuentra limitado por nuestro escaso adelanto evolutivo. A medida que vayamos escalando niveles de progreso superior en inteligencia, ciencia y moralidad, nuestra comprensión será mayor acerca de la naturaleza del alma humana, y con ello comprenderemos con claridad procesos psico-biológicos ignorados hasta ahora y que afectan nuestra salud mental y biológica. A pesar del orgullo o soberbia de aquellos que creen saberlo todo dentro de la ciencia, la

Historia de la propia investigación científica demuestra que nuevas verdades se revelan y dejan obsoletas las concepciones anteriores.

De aquí que afirmemos con rotundidad que, viendo la evolución del pensamiento científico en las últimas décadas, así como el avance de las ciencias en áreas cercanas a la realidad de la Ciencia del Espíritu (o del alma), el cambio de paradigma no es una utopía sino una realidad que los propios científicos admiten. Este cambio de paradigma se instala poco a poco, con el transcurso de los avances e investigaciones que cambian la forma de enfocar los retos, las fuentes y los objetivos de investigación que los nuevos descubrimientos demandan.

No nos cabe duda alguna de que el cambio de paradigma que ya está instalándose, es la comprensión y **la certeza del alma humana como ser inmortal y pre-existente**, en un recorrido milenario que es capaz de explicar el cómo, el porqué, de dónde, hacia dónde y cómo hemos llegado hasta aquí.

Por consiguiente, el nuevo paradigma tendrá como objeto principal la comprensión de la conciencia y la mente humana (dos instrumentos al servicio del espíritu), lo que equivale a decir que la Ciencia del Espíritu inmortal será la base de apoyo del nuevo campo de avance y de progreso en este siglo siglo XXI recién comenzado.

Pregunta: ¿Las percepciones y conocimientos de los espíritus son indefinidos? ¿Saben todas las cosas?

Respuesta: *Cuanto más se acercan a la perfección, tanto más saben. Los inferiores son ignorantes acerca de todo.*

Allán Kardec - Libro de los Espíritus Item 238

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO IV

UNA GUERRA QUE TERMINA

“La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; una revela las leyes de la vida material, la otra las leyes del mundo moral. Pero teniendo las unas y las otras el mismo principio, que es Dios, no pueden contradecirse.”

Allán Kardec, Libro: E.S.E. cap. I

Desde hace dos siglos, donde el mecanicismo, el positivismo y el materialismo inició la guerra contra la espiritualidad denostando la religión como algo obsoleto y propio de mentes débiles, nunca como ahora el nuevo paradigma que se está instalando en la ciencia está dando la vuelta completa a este falaz argumento.

Es cierto que en la época a la que hacemos referencia, el siglo XIX, la religión vivía todavía secuestrada por el dogma irracional, la fe fanática, y la nueva ciencia parecía venir a sustituir la religión como la única verdad capaz de explicar el mundo, su funcionamiento y la realidad. Esto último también es otra falacia muy bien asentada todavía hoy en el imaginario colectivo de millones de personas. La ciencia abarca

la comprensión de la realidad física, pero no de toda, pues existen incógnitas a las que nunca llegará, pues el origen y causa de las mismas no es tangible, a pesar de ser tan real o más que muchos elementos físicos.

Es gratificante comprobar cómo en este siglo que vivimos, el acercamiento de la ciencia y la espiritualidad es una realidad incuestionable, comprobable y constatable desde la misma investigación y desarrollo científico. Con ello estamos enterrando la “falacia de la guerra entre la ciencia y la religión”. Einstein lo afirmó así:

“La religión sin la ciencia está ciega, pero la ciencia sin la religión está coja”

La guerra está terminando a medida que avanza la ciencia, y esto se constata porque, bajo el criterio de la espiritualidad y la religión, la causa primera de todas las cosas, Dios, crea el universo y sus leyes físicas son armónicas, equilibradas, ordenadas paralelamente a las leyes morales que afectan el ser humano. Ambas, ciencia y religión tienen el mismo origen, y este es un origen excelso, perfecto, inmutable y por ello están condenadas a entenderse y ajustarse como elementos ineludibles en el progreso del ser humano.

A poco que la inquietud por saber y comprender la realidad actualice los conocimientos y avances que el desarrollo científico está protagonizando en las dos últimas décadas, hemos de concordar necesariamente que el paradigma científico está cambiando notablemente. El antiguo modelo organicista, reduccionista, mecanicista que mira al universo y al hombre como una máquina, está siendo sustituido por un nuevo paradigma.

La tendencia a fragmentar, diseccionar y separar el análisis de la realidad que ha venido influenciando el pensamiento científico durante casi un siglo, está viéndose claramente sustituida por la tendencia a sintetizar, cohesionar y comprender la realidad como un todo interconectado; donde las partes forman el conjunto y a su vez cada una representa la totalidad de las cualidades del conjunto, como en un holograma.

“No me muestro crítico ni con la ciencia ni con los científicos. Me muestro crítico con la cosmovisión o paradigma materialista, que se ha entrelazado tanto con la ciencia que muchos son incapaces de distinguirlos. Esta postura no es ciencia, es cientifismo”

Steve Taylor, Psicólogo, Libro: “Por una ciencia espiritual”

Esta tendencia es ya una realidad: abanderada por la física cuántica (Greg Braden, David Bohm, Amit Goswami) demostrando la existencia de *un campo energético y un orden implícito* que unifica todo el universo; la Neurobiología (Gerald Hutler) que remueve los principios del origen de las especies materialista, basado únicamente en la supervivencia genética del más fuerte por el de *la evolución del amor*; la Genética (Francis Collins) que presenta el origen de la vida en la célula con *un primer motor* que algunos identifican con Dios; la Psicología Transpersonal (Stanislav Groff) que analiza los estados psicológicos contemplando *el principio espiritual*; la Neurociencia Afectiva (Richard Davidson & David Góleman) que permiten entender cómo la mente modifica incluso *la estructura biológica* del cerebro; entre otras muchas disciplinas científicas. Todos ellos doctores, algunos catedráticos, y los más, personalidades de la más alta reputación científica e investigadora.

¿Qué significa ese cambio de tendencia? Sin duda, un cambio integral en la forma de focalizar e investigar al hombre y al universo; estamos caminando a la sustitución del paradigma materialista por un paradigma espiritualista, una concepción espiritualista de la realidad del universo y el hombre a través de la nueva ciencia. Un nuevo enfoque integral, cohesionador, donde todo está conectado y donde se tienen en cuenta la sabiduría antigua, las prácticas orientales de control mental, las filosofías occidentales que colocan al hombre en su triple naturaleza biológica, psicológica y espiritual y colocando en el medio a la conciencia.

Pero si esto ya es un hecho constatable y los hechos lo demuestran, necesitamos explicar desde el otro lado; desde la otra cara de la moneda, la espiritual, cómo se comprende y se acepta la realidad de la vida, el avance científico y la comprensión de la realidad del hombre y del universo.

A la luz del conocimiento espiritual no existe ciencia más exacta, más elevada y profunda que la verdad de Dios manifestada en su creación. Si la ciencia humana trata de explicar la realidad descubriendo los mecanismos que la hacen posible, el origen de estos mecanismos son las leyes divinas; y aunque muchas de ellas sean todavía completamente desconocidas para la ciencia actual, se trata de las normas instituidas por el creador en todos los universos físicos y espirituales, gran parte de ellas ignoradas por el hombre debido a su escaso adelanto evolutivo, y algunas de las cuales comenzamos ahora a interpretar.

Y utilizamos el término “interpretar” porque la esencia de todo aquello que nos rodea, la verdad última de la realidad que podemos percibir con nuestros sentidos físicos, así como aquello que no está a nuestro alcance, sólo pertenece a la Mente Divina; y en la medida del progreso y evolución del espíritu, se nos permite vislumbrar nuevos conceptos de verdad, que se convierten a su vez en nuevos postulados científicos que abren la comprensión de la realidad al ser humano, desterrando los viejos dogmas religiosos y los reduccionismos científicos materialistas mantenidos hasta la fecha.

Así pues, lo más científico que existe es aceptar una **fuerza creadora inicial** como afirmaba Max Planck, Premio Nobel de Física en 1944:

“Como un hombre que ha dedicado toda su vida al estudio de la materia les digo: ¡No existe la materia como tal! Toda la materia se origina y existe solamente en virtud de una fuerza que hace vibrar las partículas del átomo, manteniendo unido su minúsculo sistema solar. Debemos asumir tras esa fuerza, la existencia de una Mente Consciente e Inteligente. Esta Mente es la Matriz de toda la materia”.

El espiritualismo moderno que representa la filosofía es-
pírita de Kardec nos define a Dios como la Causa primera
e Inteligencia suprema; que como fuerza creadora origina el
universo, organiza, y como Mente Divina dirige sus leyes de
funcionamiento de forma consciente e inteligente. Este pa-
ralelismo entre la física cuántica y los conceptos espirituales
son parte de este nuevo cambio de paradigma al que hacíamos
referencia arriba.

Si a ello añadimos que esta Mente Consciente e Intelligen-
te es de naturaleza espiritual, y que su máxima creación, el
hombre, posee parte de su naturaleza divina al ser un espíri-
tu o alma encarnada en proceso evolutivo, comprenderemos
que la principal sustancia del universo que perdura, trascien-
de y evoluciona no es la materia sino el espíritu.

Entendiendo la posición evolutiva del espíritu sabemos
que el razonamiento no es más que una de las muchas facul-
tades al servicio del hombre; y ni siquiera la más perfecta;
existe la intuición, la inspiración, la sabiduría, el amor, la
integración en el espíritu, la visualización de la profundidad
del alma, la percepción y la presencia de aquello que repre-
senta la divinidad dentro de nosotros mismos, los niveles de
conciencia superior, la plenitud, etc.

Muchas de estas facultades no se encuentran todavía al
alcance de la mayoría, pues nuestro nivel evolutivo aún no es
significativo. A partir del desarrollo de estas “facultades del
espíritu”, y a través de estas, se puede ir percibiendo la rea-
lidad última del universo, que pobremente podemos explicar
mediante el lenguaje; pues algunas de ellas son “experiencias
evolutivas que se viven” cuando el espíritu alcanza estados de
perfección moral superior.

Algunas de estas facultades superiores representan para el
espíritu la integración en la obra divina dirigida por el amor
universal, que es Dios, en su máxima expresión; y todo ello
sin merma alguna de individualidad, antes al contrario, en
plenitud consciente, totalmente alejado de cualquier plantea-
miento panteísta de la realidad de dilución en el todo.

Así pues, permanezcamos atentos a los tiempos que vivi-

mos; pues sin duda, el torrente imparable del avance científico y el cambio de paradigma mencionado nos hará comprobar en pocos años que el hombre y el universo no son máquinas o elementos regidos únicamente por leyes físicas o genes que compiten por trascender, sino obras extraordinarias detrás de las cuales se halla esa fuerza, esa Mente de la que hablaba Planck y que nosotros llamamos Dios.

“Si a la ciencia de la vida se le permitiera sustituir el pensamiento que la ha regido hasta ahora (analítico y divisorio) por uno sintético y cohesionador, de la antigua biología del miedo surgiría la biología futura del amor”

Gerald Huher - Neurobiólogo

El entendimiento de algunos de estos enfoques va construyendo el camino que la ciencia humana deberá afrontar en los próximos años; y hasta que esta evolución no se produzca, el hombre de ciencia seguirá enclaustrado en su cortedad de miras; en su permanentemente visión materialista; sin levantar la vista; sin elevar su pensamiento; sin comprender la magnitud, preponderancia, omnisciencia y omnipresencia del creador, causa primera de todo lo que existe.

Cuando la ciencia levante la vista y ponga su atención y esfuerzo en lo que existe por encima del hombre, iniciará el camino de la comprensión última de la realidad; algo que muchos científicos añoran, pero de lo que están muy lejos, debido a que su objeto de investigación se centra en lo concreto, en lo material, en lo fragmentado, en lo que suponen separado de lo demás.

Es precisamente justo, al contrario: cuando la ciencia ponga el foco de investigación en lo universal, en lo que cohesiona el universo físico y espiritual, en el campo energético que, como una matriz, contiene y mantiene interconectado toda la materia que conocemos, se empezarán a dar los pasos para entender que no existen la separación ni la división.

Se comprenderán entonces las fuerzas que forman esa in-

teracción; y como la mente y la conciencia humana juegan un papel preponderante (esto ya lo ha demostrado hace algunas décadas la física cuántica mediante el fenómeno de la “interacción no local” de las partículas sub-atómicas), será a partir de todas estas confirmaciones (que ya son una realidad en la ciencia más avanzada) cuando los científicos verdaderamente buscadores de la realidad tendrán acceso a parte de la verdad que añoran.

“El materialismo es insuficiente para explicar el mundo y nuestra experiencia en este. Todos los fenómenos que parecen anómalos desde la perspectiva del materialismo se aclaran con facilidad y elegancia desde la perspectiva del panespiritismo. Una cosmovisión espiritual puede cambiar nuestra relación con el mundo”.

Steve Taylor, Psicólogo, Libro: “Por una ciencia espiritual”

Mientras tanto los otros, aquellos que en su orgullo y arrogancia intelectual se mantienen inmóviles, sin percatarse del cambio de paradigma, negándose a investigar las nuevas realidades que llegan a la ciencia, seguirán instalados en el lodo de su escasa visión y amplitud de miras (*cientifismo*).

Hacia este paradigma se encamina la evolución de la ciencia en este comienzo del siglo XXI; aquellos hombres y mujeres de ciencia que sepan reconocerlo y detectarlo, avanzarán enormemente en sus descubrimientos.

Aquellos otros que permanezcan atrapados en las “verdades a medias” que los sentidos físicos -imperfectos en la percepción íntegra de las cosas- presentan en la comprensión de la realidad, quedarán obstaculizados en su avance por su propia actitud; incapaces de comprender la vida, el hombre y a Dios, así como la realidad última que nos circunda.

Vivimos un tiempo donde la tecnología permite una aldea global de interconexión total al instante, mientras que, por otro lado, la pérdida de valores, principios y conexiones emocionales entre los individuos se hace cada vez más patente,

fomentando la fragmentación, la separación, el egotismo y la soledad que de ello se deriva.

La actitud del hombre ante las relaciones con sus semejantes es clave para entender algunos aspectos que están determinando el estado alienado de la sociedad en que vivimos. Una sociedad egoísta, que en vez de fomentar los valores de solidaridad, igualdad, altruismo y vinculación entre sus componentes se dedica a fomentar el más absoluto dominio del materialismo, el individualismo, el egoísmo y el hedonismo, está detrás de la plaga de alienación mental que se sufre en todo el planeta, donde la depresión, el estrés, la ansiedad y las enfermedades psicológicas son la primera causa de infelicidad y frustración existencial al ofrecer una vida exenta de propósito.

“La cosmovisión materialista es desoladora y estéril al afirmar que la vida carece de sentido. Por el contrario, la cosmovisión espiritual nos dice que la naturaleza del universo es la felicidad”.

Steve Taylor

El rechazo para encontrar en el prójimo, en la familia, en la socialización, la clave de la convivencia y la salud mental y emocional está justo en contra de la propia evolución de la especie humana. El hombre es un ser creado y pensado para convivir en sociedad, para la interacción con sus semejantes, para relacionarse con ellos mediante los vínculos del afecto, la seguridad y el sentimiento de protección de unos para con otros.

Todo lo contrario, va en el sentido opuesto a la naturaleza humana, como ya demuestran algunos científicos y biólogos evolutivos, que han superado la etapa darwiniana en la que la selección natural de preponderancia genética y la competitividad eran consideradas como los únicos elementos de mantenimiento de la especie. Es precisamente el afecto, el vínculo de la madre con el recién nacido, la seguridad y la protección que este necesita y la transmisión de este vínculo al padre posteriormente, lo que permite al nuevo ser que

viene a la Tierra desarrollarse, crecer y estabilizar sus emociones de forma sana y coherente.

La ciencia viene en apoyo de la espiritualidad bajo sus propias normas, desterrando la competitividad y sustituyéndola por lazos del afecto; por la evolución del amor como base necesaria del desarrollo de la especie humana, incluso en el sentido biológico del término. Son estos lazos los que cohesionan el núcleo principal de la sociedad que es la familia, y a partir de ahí, permiten la socialización del individuo de forma natural.

Esto es apenas un ejemplo; pues si en la base de la biología y la evolución de la especie humana ya se nos afirma el amor como el vínculo poderoso de desarrollo de la especie, qué no decir de la psicología y de los avances en el campo de las emociones y de la conciencia. Esta última, la gran desconocida y apenas estudiada, es la base del principio espiritual; es en ella donde se encuentran escritas las leyes de Dios; y precisamente por ello era la gran desconocida de la ciencia hasta hace apenas unas décadas.

Ahora ya, con los últimos avances de la psicología transpersonal de Groff y las experiencias e investigaciones de algunos renombrados neurocientíficos como Eben Alexander, o como Richard Davidson y David Goleman acerca de la influencia de las emociones en el cambio de nuestra estructura biológica cerebral, se está demostrando y reclamando a la vez a la comunidad científica la necesidad de investigar, profundizar y revisar los conceptos científicos acerca del alma, la mente y la conciencia.

Es el camino hacia la comprensión de la realidad última y de la relación del hombre con el universo; es definitivamente la búsqueda de la realidad y la confirmación del principio espiritual en el hombre. En este campo, algunas filosofías, principios y sabidurías de épocas pretéritas están esperando.

Esperando una confirmación que no se necesita únicamente más que para la ciencia; pues ya se sabe por la razón, la intuición, o por la autoridad moral de quienes lo explicaron, por las religiones orientales y occidentales del pasado

y por una filosofía extraordinaria como la codificación de Allan Kardec, que el espíritu, el alma o la conciencia, como queramos llamarlo, es una realidad tan incuestionable como el universo, las galaxias o el aire que respiramos.

Testimonios que **anticipan el final de la guerra** a la que nos hemos referido y vienen por parte de los científicos de primer nivel. Aquí les dejamos la opinión del físico cuántico, el Dr. Amit Goswami, abogando por una nueva ciencia que tenga en cuenta los planteamientos espirituales:

“Dado que los científicos de la nueva ciencia necesitarán sumergirse en la transformación espiritual, preguntamos: ¿pueden estos científicos actuar también como maestros del espíritu?... Para todo amante de la búsqueda de la verdad, el progreso de la ciencia se presenta como la vía alternativa de comprensión de la realidad de la vida al enfoque que ofrecen las filosofías y religiones espirituales”.

CAPÍTULO V

DEL INSTINTO

A LA CONCIENCIA SOCIAL

Desarrollo en dos mundos

“El principio divino llegó a la Tierra procedente de la esfera espiritual, portando en su mecanismo el modelo al que estaba destinado. A través del nacimiento y la muerte de la forma, sufre modificaciones en las dos esferas en que se manifiesta (física y extra física) ... No obstante, para alcanzar la edad de la razón como hombre dotado de discernimiento y habiendo automatizado sus impulsos a lo largo de su itinerario, empleó nada menos que un billón y medio de años”.

Chico Xavier & Waldo Vieira, Libro: Evolución en Dos Mundos

En la primera molécula de azúcar surgida en las aguas de los océanos iniciales, a consecuencia de la ruptura del agua marina sobre las rocas, se inicia el proceso de la vida unicelular en las primeras algas o plantas marinas. Posteriormente la mitosis celular, la reproducción asexual y después la reproducción sexual darán origen a los procesos biológicos que originan la vida en el planeta a través de las distintas especies pluricelulares y el desarrollo de las plantas y los animales.

Desde ese primer momento se sustancia una evolución simultánea en el plano físico y en el extrafísico. Detrás de cada célula (organismo vivo más pequeño) existe un origen físico y otro extrafísico. El primero obedece a la formación de las condiciones que promueven la formación de los planetas y su biosfera. Hoy día podemos afirmar que, según la ciencia, procedemos de las estrellas, y como tales, todos los planetas en formación se originan de los elementos interestelares y de la combinación del carbono, el oxígeno, el hidrógeno y el nitrógeno que permiten la consolidación de atmósferas adecuadas que terminan formando planetas para el desarrollo de la vida posterior.

“Desde el primer proceso biológico existe en él un campo de fuerza organizador, un principio que se forma concomitantemente con la propia vida, capaz de almacenar su experiencia pasada y que funcionaría como un modelo organizador biológico: MOB”

Ing. Hernani Guimarães Andrade- Libro: Biología Transcendental

Lo que distingue la materia inanimada de la materia con vida o biológica es la existencia de ese sistema organizador biológico del que habla Gimaraes Andrade. Ese organizador o energía vital cohesiona las moléculas del cuerpo al que anima, dotándole de crecimiento y evolución, mientras que en la materia inanimada esas moléculas se encuentran disgregadas y tienden -por la ley de la entropía- a la desorganización y transformación energética.

El origen físico está claramente explicado, y de su evolución posterior hablaremos a continuación. Pero el aspecto extra-físico lo representa el MOB (Modelo Organizador Biológico), y el origen de este tiene que ver con la Mente Suprema que dirige y crea el universo físico-espiritual. Esta mente superior, consciente e inteligente, como afirmaba el premio nobel Max Planck, está detrás de la energía y la materia -la crea, la sustenta y la dirige- siendo así que sin la intervención de

esta Conciencia y Mente Superior que crea el Fluido Cósmico Universal (hoy lo llamaríamos energía oscura y representa el 94% del universo físico totalmente desconocido) -del que procede el MOB nada existiría por sí mismo.

Desde la formación de la gravedad, el electromagnetismo y las fuerzas cuánticas débil y fuerte, que permiten la aparición del tiempo y del espacio y con ello del universo físico, existe esta Causa Primera que podemos denominar Dios, que da origen a la vida y los universos. Todas las constantes y leyes físicas universales tienen su reflejo en valores matemáticos altamente precisos y perfectos. ¿De dónde salen estos valores? ¿Quiénes los ha creado?

Las leyes de la física explican los procesos de esta formación y evolución, pero no tienen en absoluto papel creador alguno. El diseñador está por encima de su obra; al igual que podemos comprender el funcionamiento de un vehículo sin saber en absoluto apenas nada de su inventor, lo mismo ocurre con la creación y la vida: podemos entender las leyes que la hacen funcionar sin saber apenas de la mente que la ha originado.

Así pues, desde el primer momento de la formación de nuestro universo conocido, hace ahora 13.7000 millones de años, la intervención de esa Mente Superior y de algunos arquitectos e inteligencias superiores -bajo su supervisión- han venido propiciando el desarrollo de la vida, las galaxias, los planetas y la vida en sí en los mundos que la tienen o la han tenido. Son precisamente estas potencias espirituales, encargadas de la co-creación divina de los universos, las que actúan directamente en la aparición, desarrollo y evolución de la vida en los planetas en su apartado extra-físico.

Tanto es así que, durante los miles de años que comporta la evolución de un mundo hasta que aparece la inteligencia, ellos son los que permiten, dirigen y estimulan los procesos biológico-espirituales (MOB) que darán como resultado la aparición del hombre y con él la inteligencia y el principio espiritual, que evoluciona desde los reinos inferiores hasta alcanzar el grado de autoconciencia y libre albedrío que caracteriza al ser humano.

En las primeras fases evolutivas, estas inteligencias dirigen la biogénesis (los procesos de desarrollo biológico y espiritual de los animales y plantas). Tanto es así que el principio vital y espiritual que permite la vida, y que cuando termina el ciclo de existencia regresa al fluido cósmico universal, es modificado, ordenado y dirigido en una única dirección: la del progreso y evolución de las especies, hasta la individualización del psiquismo animal que suele producirse con la aparición de los reptiles.

Antes de ello, todos los animales funcionan en base a un “psiquismo grupal”, que es tratado y modelado para conseguir los resultados posteriores que determinarán procesos de mayor evolución. Con los reptiles, el psiquismo se individualiza, aparece el cerebro reptiliano -donde residen las emociones-, y del cual todavía hoy conservamos una parte los humanos (el fenómeno de recapitulación del embrión humano prueba esta evidencia científica).

Con la evolución de estos hacia los animales superiores se va alcanzando un mayor protagonismo de la parte biológica o física y menor de la parte extra-física que, no obstante, sigue interviniendo hasta que se llega al estadio del simio chimpancé (compartimos el 98,5 de genes) y del homo sapiens. Es aquí donde aparece la inteligencia que podemos definir como “pensamiento continuo”, contrastado y procesado definitivamente por el lenguaje, que permite a los primeros homos sapiens-sapiens exteriorizar su pensamiento e interactuar con sus mismos compañeros a través de una comunicación directa donde aparece la imaginación, la creatividad y los primeros signos de conciencia.

“Con la perfección de los engranajes del cerebro, el principio inteligente sintió la necesidad de comunicación con sus semejantes y por ello surgió el lenguaje entre los animales. En un principio el fonema y la mímica fueron procesos indispensables. De la mente proviene la fuerza que accionará los implementos de la voz”

Es a partir de este momento cuando el hombre se encuentra sólo frente a sus propios actos; el libre albedrío comienza a regir su comportamiento moral y la responsabilidad de sus actos es únicamente suya. Las intervenciones del mundo extra-físico ya no intervienen directamente en la evolución del hombre, el cual busca en las primeras etapas evolutivas su propia identidad que todavía no logra encontrar, de forma que reencarna casi automáticamente, una y otra vez, a fin de acaparar experiencias y vivencias que formen un carácter y una identidad.

Esta evolución biológico-espiritual de la que hablamos es simultánea a todos los procesos de la vida biológica y se bifurca en dos ramas. La primera la del hombre, individualizado, con conciencia, inteligencia y libre albedrío, sometido desde ese momento a las leyes morales que rigen el proceso evolutivo en todos los mundos para los seres inteligentes (principio inteligente = espíritu).

Y la segunda correspondiente a los reinos restantes de la naturaleza y de la vida, que siguen siendo tutelados por la parte extra-física con la intención de servir de apoyo a la especie superior que es el hombre, este último alberga en su interior las capacidades y atributos divinos, que al igual que su creador posee de forma latente hasta su desarrollo a través de la evolución que le llevará miles de años.

Una evolución no se entiende sin la otra; y la física está sometida desde el primer instante a la evolución extra-física que, desde la primera célula, anima con la vida el desarrollo de la biología mediante el principio vital que procede del principio espiritual creado por Dios.

Cuando algunos -no todos- biólogos evolutivos nos dicen que la vida es fruto de una “fatalidad biológica”, y que somos únicamente máquinas reproductoras de ADN mediante el resultado de unos genes ciegos que compiten entre sí para sobrevivir, estamos asistiendo a una explicación que tiene más de mito que de ciencia. Y precisamente en estos últimos años el determinismo genético se halla en retroceso al haberse demostrado su falsedad en multitud de procesos del

funcionamiento humano: los psicológicos, los automatismos biológicos, las falsas expectativas de acabar con las enfermedades de raíz, etc.

En ello coinciden grandes científicos y genetistas del momento, al afirmar que las condiciones que se necesitan para la aparición y sustentación de la vida celular son tan complejas que la misma ley de probabilidades matemáticas la hace improbable. Salvo que una inteligencia superior, con un propósito concreto, haya creado y puesto esas leyes y condiciones para la aparición y el desarrollo de la vida.

Así pues, la evolución y la vida tienen siempre detrás el pensamiento, la intención y el propósito de una Inteligencia Suprema y Causa Primera de todo cuanto existe y a la que muy pobremente llamamos Dios. Él ha dado origen a la vida y propiciado esta evolución simultánea que nos hace al hombre la cúspide de su desarrollo; y la prueba de ello es la creación de nuestra propia alma o espíritu a su imagen y semejanza -espiritualmente hablando-, lo que nos dota de inmortalidad y un destino libre y venturoso hacia la plenitud, la perfección y la felicidad.

Sabido es por la antropología que el desarrollo fisiológico de la especie humana ha sufrido enormes transformaciones desde las épocas del *Ramaphitecus*; donde las formas animalescas del simio que baja de los árboles derivan, con el transcurso de miles de años, en nuestros antepasados más directos los neandertales y el hombre del cromañón.

La forma propia de andar del simio a cuatro patas va dejando paso al hombre que camina con dos piernas; la pérdida paulatina del vello, la reducción del cráneo y la modificación de sus características morfológicas a través de los siglos van desembocando en el hombre actual y, hoy día a simple vista, parece imposible la comparación entre los primates iniciales y el hombre moderno.

Pero la ciencia es irrefutable en este punto, y los miles de años de evolución y transformación del cuerpo humano permiten un desarrollo mucho mayor del cerebro humano (no en volumen y sí en capacidades neurológicas), y con ello aparecen

las habilidades que van posibilitando el avance de las sociedades primitivas.

Así como la antropología intenta aclarar el origen y la evolución de la especie humana, la neurología actual está en mejores condiciones de explicarnos cómo ha ido desenvolviéndose el avance del cerebro a través de la evolución humana; y cómo se han ido conquistando las capacidades de raciocinio, intelectivas y motricidades que interaccionan el cerebro con nuestro cuerpo humano de hoy.

Paralelamente, la psicología nos ha venido informando sobre aquellas capacidades psíquicas, mentales y emocionales que también han sufrido enormes transformaciones a lo largo de la evolución humana y que hoy forman parte del todo integral que denominamos como “ser humano”, y que condicionan la conducta por intermedio de la psique.

No obstante, el puzle no está completo si no tenemos en cuenta que **la misma evolución morfológica y antropológica del hombre viene fomentada y completada por la evolución psíquica y/o espiritual del ser que lo anima.**

Esta evolución psíquica va evolucionando en paralelo al desarrollo del cuerpo físico y de las capacidades que este va desarrollando en su periplo evolutivo. Así pues, en las primeras etapas evolutivas, la organización psíquica del ser humano viene condicionada fundamentalmente por el instinto; instinto primordial de supervivencia que, envuelto en un ambiente hostil de mundos primitivos, tiene como principal cometido la supervivencia de la especie y a ello dedica el ser humano la mayoría de sus esfuerzos en esas vidas de hombres primitivos.

“Los caminos espirituales pueden ayudarnos mediante la expansión de nuestra conciencia y por tanto, un mayor conocimiento potencial del mundo”. La espiritualidad nos despierta, nos abre a la viveza de la naturaleza y nos reconecta con el mundo”

Steve Taylor , Psicólogo, Libro: “Por una ciencia espiritual

Todavía no se alcanza la capacidad de raciocinio suficiente que le permite vivir en sociedad y que constituirá la segunda etapa que dará origen al desarrollo incipiente de la inteligencia; dedicando entonces mayores esfuerzos a la cohesión social y familiar como núcleos de apoyo y supervivencia en sociedades todavía muy violentas, pero que comienzan a entender cómo trabajar en conjunto, unificando fuerzas y delegando responsabilidades para afrontar entre los miembros del colectivo las necesidades básicas de todos.

En esta fase todavía el instinto es la base del comportamiento humano, pero poco a poco la capacidad para razonar y la inteligencia van conquistando nuevas posiciones en el comportamiento humano. La etapa que transita de la tribu a sociedades más avanzadas como la actual, es el mejor ejemplo de por dónde se desenvuelve este desarrollo social.

El avance de los derechos humanos y de las democracias desde las dictaduras antiguas, aun a pesar de sus muchas deficiencias, es un buen ejemplo de “conciencia social” que se implanta en las sociedades más avanzadas. En estas últimas prima la educación y la necesidad de desarrollar la inteligencia para aceptar la convivencia en sociedad, mediante el respeto a los derechos de los otros. Las actitudes antisociales o delictivas son reprendidas por las leyes y castigadas para evitar la anarquía y el despropósito.

En esta segunda etapa del desarrollo intelectual lleva el hombre apenas tres siglos, desde la ilustración al momento actual, donde la consecución de un importante desarrollo en las ciencias y las artes, en la tecnología y en los derechos particulares, han marcado un antes y un después en el desarrollo de la especie humana.

Sin duda, después de la etapa instintiva de los mundos primitivos y la actual, que podríamos denominar “de la razón o intelectual”, llega una tercera etapa que gran parte de la sociedad en este siglo XXI ya intuye, e incluso muchos millones de personas ya experimentan con sus actitudes y formas de vivir. Es la etapa de **la concienciación**. A partir de aquí el ser humano se encuentra sumergido en un mundo de

profundos cambios sociales, políticos y económicos que nos indican la aproximación de un nuevo cambio de rumbo planetario. Esta época de transformaciones sociales que vivimos son el preludio de una nueva etapa, una nueva humanidad más solidaria y altruista, donde el respeto por el ser humano y la conciencia de su realidad inmortal serán las bases que articulen el nuevo orden social.

“Las crisis políticas y económicas revelan los defectos del pensamiento egoísta centrado en el yo. Y los problemas sociales reflejan el sinsentido de esta concepción del mundo, donde las relaciones sociales nos desafían a superar el miedo y los prejuicios, a amar sin condiciones”.

Esto, que puede parecer una utopía, no es más ni menos utópico que lo que a los ciudadanos del medioevo podría parecerles la sociedad surgida de la ilustración, donde la abolición de la esclavitud y la instauración de los derechos universales de libertad, igualdad y fraternidad podrían parecerles ciencia ficción. Y sin embargo el cambio llegó y la sociedad cambió.

Por ello la utopía es cada vez más real cuando, sea mediante el tiempo que sea, la deriva social del egoísmo que mantiene todavía este sistema caduco y denostado está en franco retroceso ante la “conciencia social” de muchos habitantes de este planeta, que demandan mayor igualdad y fraternidad entre los pueblos de la Tierra. Demandan también una redistribución de la riqueza acorde a los criterios de solidaridad y equidad y una mayor dosis de libertad y derechos en aquellas áreas del planeta donde todavía siguen anclados en los vestigios del pasado.

Se demanda en definitiva mayor conciencia para la fraternidad y la igualdad entre los hombres. Y por extraño que pueda parecer, estos cambios que ya están produciéndose no vienen desde las instituciones o los poderes políticos, vienen del pueblo llano, de la necesidad imperiosa de sentirse “humanos” en una sociedad “inhumana” subyugada por el egoísmo de las élites financieras y políticas, y sometida a **una**

crisis moral sin precedentes en la historia.

A partir de aquí está llegando una nueva fase que se desarrolla en paralelo con la anterior: la urgencia de elevar al hombre por encima de los sistemas sociales y políticos. Este trasvase de la conciencia social a la conciencia individual del ser humano ya se está efectuando de forma imparable y vertiginosa.

“En el pasado, poseer mayor conciencia del yo personal era importante para el bienestar personal. Hoy resulta imperativo para nuestra supervivencia colectiva”

Dr. Petrer Rusell, Libro Ciencia, conciencia y luz

Analizamos el momento del cambio en el que ahora se encuentra la sociedad planetaria; cómo se está articulando de abajo hacia arriba la transformación hacia una conciencia social más humana, basada en los principios de solidaridad y fraternidad que el sistema actual, caduco y egoísta, se niega a implementar y que enfrenta el egoísmo, el materialismo embrutecedor y el hedonismo. Esa conciencia social se instala y va a ir derivando en la concienciación personal de los habitantes del planeta; auténtico motor del cambio que se avecina.

Esto último nos proporciona satisfacción interna, paz interior y el equilibrio personal que llena al ser humano cuando su psique (psicosoma, alma, espíritu, etc.) está asumiendo y completando el programa personal e ineludible que cada uno trae a la vida y que constituye la realización del ser humano en la Tierra.

Al mismo tiempo, nos permite pasar de la comprensión de “lo que somos” (conciencia de uno mismo) a la asunción de “lo que tenemos que hacer” (acción y realización del programa pre-encarnatorio. Este es el inicio de la tercera etapa: la toma de conciencia. A ello se llega después de un análisis profundo de nuestra situación en la vida y además se llega por multitud de caminos y de vericuetos. Unos religiosos,

otros sociales, personales, espirituales, etc.

Es el inicio del hombre nuevo: el **“hombre consciente de sí mismo”**, que ha superado la etapa instintiva e intelectual y que se encuentra formando su conciencia en la auténtica realidad espiritual que le prepara en un futuro para la última etapa: la etapa intuitiva o inspirativa.

Esta etapa es la de la auténtica conexión con nuestro yo superior, el ser inmortal que nos anima, nos eleva y que somos nosotros mismos a través del tiempo y del espacio. A medida que vamos sensibilizando nuestra alma, pasando del salvaje al genio, adquiriendo conciencia de nuestra realidad superior, avanzando en conocimientos, artes, desarrollando las capacidades del amor, el perdón, la tolerancia, la humildad y la fe, nuestro ser interior crece de forma expansiva.

Este avance y desarrollo nos conecta de forma permanente con la espiritualidad superior, nos hace avanzar a través de la inspiración sin miedo a equivocarnos, pues ya no somos nosotros solos, estamos permanentemente asistidos por seres de espiritualidad superior que nos allanan el camino.

Nos convertimos en instrumentos del bien, en canales de luz, en perfecta comunión con la esencia espiritual de la que formamos parte; y nuestras vidas en los planetas dejan de ser vidas de dolor para convertirse en vidas de progreso consciente, de renuncia y desarrollo personal, de ayuda constante a nuestros semejantes, ofreciendo el mejor ejemplo y aclarando dudas sobre el camino a elegir.

A partir de este momento nuestra conciencia se expande por encima de nosotros mismos; llevamos el ejemplo por donde caminamos, y perseverando en nuestros principios nos mantenemos firmes para asumir testimonios ingratos, en la seguridad de que seremos ampliamente recompensados con más claridad y plenitud, y por ende mayor felicidad.

Todavía nos queda mucho para llegar a esta última etapa, pues en el mejor de los casos, nos encontramos realizando la transferencia del hombre racional al hombre consciente; pero sabiendo a dónde tenemos que llegar y cómo hemos de hacerlo, conseguiremos la fuerza para prepararnos y seguir

avanzando en este camino de realización personal.

“Nuestro conocimiento del mundo exterior ha crecido tanto que nos permite controlar y manipular el entorno. Nuestro conocimiento del reino interior ha evolucionado con mayor lentitud, poniendo de relieve los defectos de una conciencia poco desarrollada por la creencia de que el bienestar interior depende de las circunstancias externas”.

CAPÍTULO VI

ENIGMA DESVELADO

La pregunta adecuada

“El asunto de la existencia de Dios es la cuestión más importante a la que nos enfrentamos sobre la naturaleza de la realidad”

John Polkinghorne - Físico y Matemático en Cambridge

Uno de los mayores misterios que el hombre intenta desvelar desde hace siglos supone explicar a los lectores cómo se encuentra a día de hoy, en pleno siglo XXI, el debate sobre la existencia de Dios. Es, como muy bien expresa el científico de la frase de referencia, con diferencia, el mayor enigma que podemos enfrentar a la hora de obtener una explicación de lo que existe (realidad), por qué existe o de lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Exponer las evidencias que nos sugieren su existencia o no existencia representa una consecuencia inevitable de tomar partido por una de las dos únicas alternativas: **o Dios existe o no existe**. Nada más es concebible, pues la realidad del Universo y del hombre es evidente y ante ello sólo cabe preguntarse si esta realidad es fruto del azar o de una inteligencia y causa primera.

Las opiniones y tendencias son variadas; para algunos, abordar este tema puede ser entendido como una frivolidad, pues parten de la base del **agnosticismo** al entender que no es posible alcanzar ningún conocimiento o certeza real sobre este enigma. Para los defensores del **ateísmo** es una pérdida debatir sobre ello pues, todo lo que acontece es fruto del azar o el acaso, siendo las leyes de la naturaleza las que todo lo crean y lo organizan. Estos evaden el debate cuando se les pregunta quién ha dado origen a esas leyes y cómo es posible que del azar y la casualidad aparezca una complejidad, orden, precisión y equilibrio incapaces de proceder de una mente humana.

Un tercer grupo, el de algunos religiosos, que consideran como herejía o blasfemia preguntarse sobre el origen y la naturaleza de Dios y su existencia, siendo obligatorio aceptar su existencia sin cuestionamiento alguno. Un cuarto es el abundante grupo de filósofos, teólogos y científicos que, como investigadores serios, hacen de este tema la base de sus trabajos, buscando la existencia o inexistencia de una realidad superior que está detrás de los grandes misterios de la Vida y que intentan desentrañar: misterios como el origen de la Vida o el Universo, la naturaleza de la Conciencia o de la Mente, etc.

Por último, es multitudinario y mayoritario el grupo de personas de toda procedencia, de distintas creencias religiosas, de diferentes escuelas espiritualistas y de variadas doctrinas que no sólo aceptan la existencia de un Ser Superior como causa primera de todo lo que existe, sino que como consecuencia de ello sus vidas se ven afectadas por los principios y leyes ético morales que se desprenden de la consecuencia de la existencia de un Dios que las ha creado y que a su vez ha dado origen a la Vida y al Universo.

El origen de la vida es sin duda un punto oscuro a lo largo de la historia de la ciencia y lo sigue siendo hoy. A través de profundizar en ello encontraremos explicaciones plausibles que nos acercarán a las hipótesis que sugieren la existencia de un diseñador o creador inteligente que lo produce. Los científicos honestos en este aspecto reconocen su absoluta ignorancia, lo que desafía rotundamente los postulados del ateísmo.

“La cuestión es el asunto del origen. ¿Cómo llegamos aquí? La ciencia NO sabe cómo surgió la vida y ni siquiera tiene una hipótesis plausible”

Dr. Douglas Axe - Biólogo Molecular

Últimamente, nuevas perspectivas del paradigma científico abren nuevos campos de investigación para la demostración y evidencia de una “Realidad Superior” que es adimensional (fuera del espacio-tiempo) y que es el origen de todo aquello que somos capaces de percibir como realidad en este mundo físico. Debido a los grandes descubrimientos y avances de la ciencia de vanguardia que **apuntan a la existencia de un Creador**, el planteamiento materialista de invitar a los creyentes a presentar pruebas sobre la existencia de Dios ha sido invertido, ahora son ellos los encargados de demostrar que Dios no existe y, como es obvio, no desean ni quieren entrar a ese debate que ya saben perdido de antemano.

El reduccionismo materialista y su exclusivismo están en entredicho. La mente no es materia, la conciencia no se sabe de dónde procede, el universo no es esa máquina material que nos habían presentado desde el siglo XVI derivada del mecanicismo cartesiano. La realidad es energía, que tiene una de sus manifestaciones en la materia (energía atómicamente agrupada). El átomo indivisible (paradigma de la materia) en otro tiempo, es hoy más divisible que nunca y en su estructura íntima ya no hay materia sino energía en vibración. La complejidad biológica de la célula (organismo vivo más pequeño), la información que contiene y los procesos que ejecuta para el mantenimiento de la vida nos señalan una mente inteligente extraordinaria en su diseño y aparición.

Hace ya bastantes décadas que el positivismo está en entredicho; concretamente, disciplinas científicas como la física, la cosmología, la biología molecular, la epigenética, así como la filosofía y la psicología transpersonal, y otras muchas como las llamadas ciencias de la complejidad, están poniendo en cuestión la naturaleza del universo materialista, la

función del ser humano y su relación con la existencia de una Mente Superior que es el origen de los procesos intelectuales y de conciencia que se ven reflejados como efecto en la naturaleza humana.

Dios proporcionará “suficiente luz para los que quieran ver” y “permitirá suficiente oscuridad para los que no quieran ver”.

Blais Pascal - Matemático y filósofo - S. XVII

Desde un punto de vista filosófico, a lo largo de la historia este debate permanece presente, pero en nuestra humilde opinión quizás la respuesta a la pregunta sobre la existencia de Dios depende del error en la formulación de la pregunta. Las religiones y sus teologías han condicionado las preguntas en función de la imagen, preferentemente antropomórfica, de este Ser Absoluto y Eterno.

Bajo el prisma del error en la pregunta sobre Dios, fue la filosofía espírita de Allán Kardec inspirada por los espíritus superiores en el Siglo XIX la que realizó **la pregunta adecuada** que figura como el Item primero del Libro de los Espíritus y que dice así: **¿Qué es Dios?** La repuesta, dada por los espíritus hace ahora más de siglo y medio sería refrendada hoy por multitud de filósofos, científicos, teólogos y religiosos:

“Dios es la Inteligencia Suprema, Causa Primera de todas las Cosas”

Y desde el punto de vista de las evidencias científicas de vanguardia que detallamos a continuación, sólo unas pocas, todo apunta a la existencia de un origen, de una causa primera, que todavía no alcanzamos a comprender.

Alfa (Comienzo) y Omega (Final): “Big Bang y Muerte Térmica”

“Todo lo que comienza a existir tiene una causa. El Universo comenzó a existir. Por tanto el Universo tiene una causa”

Argumento cosmológico Kalam sobre la existencia de Dios

Las últimas investigaciones sobre el Big-Bang nos afirman que fue precisamente la materia oscura, con el impulso de la gravedad, la que dio inicio a la condensación inicial que formó las primeras constelaciones y galaxias, generando los elementos necesarios para la formación de los soles y planetas que pueblan el universo. El universo físico tuvo un principio y tendrá un final. La ciencia ya ha desvelado que este universo surgió hace 13.400 Millones de años mediante la evidencia descubierta por los premios nobel Wilson y Penzias en 1968: la “radiación de fondo cósmico”.

Además, la reciente confirmación sobre la expansión acelerada del universo y las leyes de la termodinámica abocan a la muerte térmica de nuestro sistema solar cuando, aproximadamente dentro de 5.000 millones de años, nuestro sol se convierta en una enana blanca (tipo de estrella) que colapsará acabando con el sistema solar. Y sus planetas. Estas investigaciones actuales nos llevan a posicionarnos en el auténtico lugar que nuestro diminuto planeta ocupa en el universo. Si a los billones de galaxias incorporamos los trillones de planetas y exoplanetas que pululan por el cosmos podremos comprender que **la vida no es exclusiva de la Tierra.**

Investigadores actuales como el físico Paul Davis, de la Universidad de Arizona (USA), nos afirman **que la vida no nació una sola vez en la Tierra, y que únicamente el hecho de que haya tenido una segunda oportunidad, estaría confirmando que en el Universo la vida es el patrón universal** que penetra y se desarrolla en los universos conocidos y en los que todavía están por descubrir.

Nadie hoy, con mínimos razonamientos científicos, puede negar la infinitud del espectáculo que se abre ante sus ojos. El azar no puede generar ningún desarrollo armónico ni perfecto como consecuencia de su acción. La perfección es únicamente atributo de la causa que lo origina: una entidad perfecta. Por ello mismo, desconocida e ignorada en profundidad por seres imperfectos como nosotros que apenas alcanzamos a vislumbrar lo que nuestros sentidos físicos captan o experimentan.

“No hay ninguna duda de que existe un paralelismo entre el Big Bang y la noción cristiana de una creación desde la nada”

George Smoot, Astrofísico - Premio Nobel de Física en 2006

La implicación de los avances de la cosmología y astronomía confirman la hipótesis de George Lemaître (el átomo primigenio) donde **LA MATERIA, LA ENERGÍA, EL TIEMPO Y EL ESPACIO** comienzan y se originan con el Big Bang mediante **UNA CAUSA EXTERNA Y AJENA** al punto inicial que permite la gran explosión e inicio del Universo físico, que desde ese momento no ha dejado de enfriarse y expandirse.

Sea como fuere, la ciencia no se detiene y avanza confirmando las premisas filosófico-espirituales que han sido indicadas con anterioridad. Estos hechos, lejos de refutar la idea de una causa primera origen del universo, la refuerzan y confirman, añadiendo detrás de ese origen los factores esenciales de la inteligencia, universalidad y armonía de las leyes que rigen todo el cosmos. De esta afirmación, a denominar Dios a esa Causa Primera e Inteligencia Suprema, sólo media el paso del lenguaje que queramos utilizar.

Estas conquistas de las ciencias no sólo nos acercan a Dios, también nos colocan en nuestra auténtica posición en el universo. Somos diminutos, como planeta y como seres humanos; a pesar de que nuestro orgullo nos impida reconocerlo.

Así pues, el origen del hombre y de la vida no sólo se debe a la Fuerza Creadora del Universo, a la que llamamos Dios, sino que, a medida que el progreso, la ciencia y la evolución del hombre avanzan, vamos comprendiendo aspectos cada vez mayores de esa Verdad primera, esa Inteligencia y Causa Primera que trasciende la naturaleza física, psíquica y espiritual del hombre y de un Universo Armónico y Perfecto cuyas leyes comenzamos ahora apenas a vislumbrar.

Creo que el universo fue creado por Dios con la intención concreta de dar lugar a vida inteligente. Dado que en el ADN se encuentra la información molecular de todas las cosas vivas, se puede entender éste como el “Logos” que Dios ha usado para dar vida a los seres. El proceso de la evolución por selección natural durante cientos de millones de años es el “cómo” que explica la maravillosa diversidad de la vida. Pero este “cómo” no contesta a la pregunta de “¿por qué?”

Creo que Dios es la respuesta a esa pregunta.

Dr. Francis Collins - Director del Proyecto Genoma Humano

Una de las grandes noticias de la ciencia actual es, sin duda, el acercamiento de la misma a Dios, causa primera de todas las cosas; inteligencia suprema y fuente de la vida humana y espiritual. La extendida opinión de que los científicos son por principio escépticos se está viendo derrumbada a pasos agigantados por hechos relevantes. Existen estudios que confirman todo lo contrario: un análisis realizado de los premios Nobel desde su inicio reveló que el 94% de los mismos creían en Dios o en una causa primera que ha dado origen a todo lo que existe.

Muchos de ellos llegan a la creencia en Dios partiendo del ateísmo más rotundo, del más profundo escepticismo, y es precisamente cuando alcanzan el zenit de su investigación, la comprensión de las leyes que manifiestan los principios que estudian, cuando se convencen por sí mismos de la realidad de un ser creador, de una fuente de vida original, de un propósito inteligente para el universo.

La propia ciencia los acerca a Dios, el perfecto funcionamiento del microcosmos humano y del macrocosmos del universo que se presume; la auténtica realidad de la vida humana les hace comprender que no existe efecto sin causa; que detrás de tal grandiosidad y perfección no puede más que encontrarse un principio inteligente que todo lo ha previsto, que todo lo ha programado y planificado.

“Dios es verdad. No hay incompatibilidad entre ciencia y religión. Ambas buscan la misma verdad. La ciencia muestra que Dios existe”

Derek Barton - Nobel de Química 1969

Eminentes personalidades de la comunidad científica actual, algunos de ellos premios nobel, en todos ellos encontramos: o bien el denominador común de la afirmación de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, o bien la duda más que razonable de la existencia de una causa primera inteligente detrás del origen de la vida en las comprobaciones que cada uno de ellos ha efectuado dentro de su campo de investigación (Biogenética, Neuropsiquiatría, Biología molecular, Reencarnación, Terapia de Vidas pasadas, Experiencias cercanas a la muerte NDE, Universos Paralelos, Genoma Humano, etc.).

“Por parte de la ciencia, ya no hay objeciones en contra de un Dios creador”

P. Jordan, Físico, uno de los fundadores de la mecánica cuántica

Y la gran paradoja se presenta en estas primeras décadas del siglo XXI, pues cuando se afirmaba a mediados del siglo XX que la ciencia acabaría con la fe, está aconteciendo precisamente todo lo contrario.

Los científicos se están convirtiendo así en los que están acercando la ciencia a la fe sin pretenderlo de antemano, pero a medida que avanza el desarrollo científico es cada vez más patente no sólo la certeza de la perfección en el origen de la vida y el universo, sino la simbiosis de una conexión universal que nos une a todos los seres humanos, a todas las formas de vida del universo físico y espiritual: desde las estrellas más lejanas hasta la más insignificante forma de vida unicelular.

Cada vez será más evidente, en pocos años, que la notable diferencia entre el desarrollo científico y el desarrollo

ético-moral del hombre creará la gran catarsis de esta sociedad. Puesto que, mientras la ciencia avanza imparable en la búsqueda de la verdad y de la realidad, el hombre se enroca en su propio egoísmo y miseria para no aceptar que la vida es un don concedido por Dios que tiene una finalidad concreta: su propio progreso, felicidad y evolución espiritual.

Y si antes del origen nada existía (como prueban todos estos avances de la ciencia), es indudable que existe “un principio absoluto”, una “causa primera” que **“no es contingente”** y que **“sí es eterna”**, a la que podemos denominar DIOS.

Esa causa primera, al estar fuera del tiempo, del espacio y de la materia, pues son creadas por ÉL, es **un ser inmaterial, atemporal y no espacial**, que no podemos circunscribir ni definir; podemos llamarlo Dios, el Absoluto, Fuerza Creadora, Mente Suprema o Conciencia Cósmica, como queramos, esto no invalida ni su presencia ni su existencia.

“Un poco de ciencia distancia al hombre de la verdad; mucha ciencia le acerca a la verdad”

Francis Bacon, Filósofo S. XIII

ANTONIO LLEDÓ

Segunda parte

Hombre transcendente

*“El que llamas muerto, no murió,
sólo partió primero”.*

Séneca. Filósofo, s. I.

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO VII

BUSCANDO LA INMORTALIDAD

¿Algo humano es inmortal?

“La inmortalidad es el objeto principal de nuestra existencia, es tan importante que solamente aquellos que han perdido toda sensibilidad y noción de sí mismos pueden ser indiferentes a su conocimiento”

Blais Pascal, Matemático y Filósofo

A lo largo de la historia el ser humano no ha dejado de buscar la fuente de la inmortalidad. Creyendo que podría vencer a la muerte, tenemos referencias históricas, legendarias y de todo tipo que nos detallan esta búsqueda incesante.

La primera de la que tenemos noticia se remonta a hace unos 5000 años en el texto sumerio del rey Gilgamesh que gobernando la ciudad de Uruk, y a raíz de la muerte de su mejor amigo Enkidu y profundamente abatido, emprendió un viaje épico en busca de la inmortalidad. Un sabio le indicó que, a pesar de que la inmortalidad era un atributo únicamente divino, podía buscar la planta que otorga la eterna juventud en el mar; Gilgamesh la encontró, pero de regreso, tomó un baño

y la planta le fue arrebatada por una serpiente ((basándose en que las serpientes cambian de piel, y que por ello vuelven a la juventud). El héroe llega a la ciudad de Uruk, donde finalmente muere.

En la Biblia, Dios expulsa del paraíso a Adán y Eva por desobedecerle y para evitar que encuentren el secreto de la inmortalidad comiendo la manzana que les convierta en dioses. Encontramos también referencias de esta búsqueda de la eterna juventud en la mitología griega, cuando una ninfa promete a Odiseo vivir eternamente si no se marcha de Calipso, la isla donde vivía; pero el protagonista del poema que escribió Homero 800 a.c. se marchó, y con ello perdió la posibilidad de la inmortalidad.

Posteriormente, en la edad media, y según los alquimistas, la búsqueda de la piedra filosofal era no sólo capaz de convertir cualquier metal en oro, sino otorgar también la inmortalidad. Como vemos, las leyendas, las alegorías, las tradiciones y la historia ponen de manifiesto que la búsqueda del hombre por alcanzar la eterna juventud o librarse de la muerte es un anhelo permanente desde el principio de los tiempos.

Hoy podemos afirmar, al amparo de nuevas corrientes psicológicas, como la logoterapia (búsqueda del sentido de la vida humana) y de los pensamientos filosóficos de mayor sabiduría del pasado, que este deseo no es baladí; no es un capricho del ser humano, sino que se haya intrínsecamente unido a la esencia más profunda del ser; estando impregnado fuertemente en la conciencia del hombre.

Los filósofos nos confirman que el deseo de ser, de existir, de vivir después de la muerte, no es una ilusión sino un anhelo real que permite al hombre tomar conciencia de sí mismo, de su responsabilidad ante la vida y de su forma de actuar. Las ciencias del espíritu nos confirman que el impulso interior del hombre por saberse inmortal y aspirar a ello, proviene directamente de su parte espiritual más profunda; la propia alma encarnada que le ofrece la certeza de que esa inmortalidad no solo es posible, sino que es real; tan real como el mundo físico que podemos captar y percibir mediante nuestros sentidos.

Y la ciencia actual viene a confirmarnos que también podemos encontrar huellas del sentido de la inmortalidad escrito en nuestra intimidad más profunda: nuestro propio código genético. Un ejemplo es el trabajo del Dr. Dean Hamer (Biólogo Molecular) en su libro: “**El gen de Dios**” (Autotrascendencia) donde afirma que todo ser humano porta desde que nace en su acervo celular la aspiración y el impulso inconsciente de la inmortalidad. Denominado VMac2, es un gen que todos tenemos en el ADN y cuya actividad, a través de los neurotransmisores llamados monoaminas, determinan que en las personas espirituales sus conexiones son mayores, segregando en el hombre mayor sentido de su conciencia y de su trascendencia personal.

Naturalmente, las religiones han intentado aprovechar la ineludible e inevitable consecuencia de la muerte como la clave para ofrecer la inmortalidad como un remedio, no del cuerpo, pero sí del alma, a todos aquellos que siguieran sus ritos, dogmas o postulados, prometiendo a cambio el paraíso, la felicidad y la salvación “eterna”.

Sin duda, y a pesar del escepticismo y la descreencia religiosa, el hombre sigue buscando la eterna juventud y sigue intentando vencer a la muerte; y hoy, en el inicio de siglo XXI, con los avances de la medicina, la biología evolutiva, la genética, cada vez estamos más cerca de ampliar la esperanza de vida, retrasando el envejecimiento varias décadas. Existen científicos que afirman que para el 2050 los seres humanos podrán alcanzar la edad de 120-140 años en perfectas condiciones físicas y mentales, gracias a los avances de la medicina regenerativa.

En este orden, la terapia de las células madre, la terapia génica y la ciencia de regeneración de órganos que ya comienza a despuntar son las claves del *Proyecto Gilghamesh*, que para aquel que no haya oído hablar de él, se trata de un ambicioso proyecto científico que toma el nombre del antiguo rey sumerio para reivindicar dentro de la ciencia la búsqueda de la eterna juventud y el retraso del envejecimiento y la muerte.

Todo ello nos indica que, por encima de las creencias, la búsqueda de la inmortalidad es realmente un impulso imparable en el ser humano; es evidentemente una lucha denodada

por resistirse a la vejez y la muerte. La ciencia actual no busca exactamente la inmortalidad, sino alargar la vida para que esta sea mejor y más saludable, superando el envejecimiento. Y no sólo intervienen disciplinas científicas como las mencionadas arriba, sino también otras que tienen mucho que ver con la inteligencia artificial y la posibilidad de crear mentes digitales para incorporarlas a los avances tecnológicos de la informática, robótica, nano-tecnología, etc.

Sea como fuere, desde los hombres de las cavernas hasta la actualidad, el problema de la muerte y su supervivencia es la piedra angular del hombre; se quiera o no aceptar sus consecuencias. Tanto es así que aquellos que niegan un principio espiritual inmortal en el hombre se afanan en querer negar lo evidente, pretendiendo con ello que la simple negación de este hecho sea la certeza de su existencia. Usemos la frase del científico Sagan sobre la vida en otros planetas:

“La ausencia de la prueba no es la prueba de su ausencia” - Carl Sagan - Astrofísico Norteamericano (1934-1996)

Para el hombre inmaduro espiritualmente es legítimo dudar de la existencia de un alma inmortal, pues reconocer esta circunstancia implica aceptar la existencia de un creador de esta que por su propia naturaleza ha de ser igualmente eterno e inmortal. Y esto avasalla la mente del hombre orgulloso, incapaz de reconocer un poder superior a él; al mismo tiempo que le ofrece la comodidad de no sentirse responsable de aquello que hace y deshace, de bueno o malo, con relación a sí mismo y a los demás.

Pero si es legítimo dudar, no es menos cierto que, a medida que avanza la ciencia y el conocimiento humano, son menos coherentes los planteamientos nihilistas y materialistas que niegan la existencia de Dios y del Alma inmortal, pues nada de lo que existe en el universo obedece al azar o la casualidad, argumento que esgrimen estos defensores de “la nada” y que ofrecen un horizonte triste, desesperado y sin sentido a la criatura humana.

Hoy la física cuántica y la física de partículas nos confirman que todo es energía y luz en el universo, y que las manifesta-

ciones de la materia no son más que modificaciones de la energía, dejando entrever la existencia de multiplicidad de universos que apenas comenzamos a descubrir. También la astrofísica demuestra que en el Universo no existe el vacío en el espacio, pues todo está ocupado por la materia y energía oscura.

“Lo mismo que es imposible destruir la energía, ciertamente tampoco un alma podría ser aniquilada”.

Dr. Gabriel Delanne, Libro: El Alma es Inmortal

En el campo de la biología evolutiva, las células demuestran su permeabilidad a los pensamientos y emociones del ser humano, siendo estos fuente de disturbios, enfermedades, salud o bienestar en función de su naturaleza. Todo pensamiento o emoción libera corpúsculos energéticos que afectan a los núcleos de nuestras células. Si estos son pensamientos de odio, de rencor, de envidia, de ira o de emociones desequilibrantes, liberan electrones en el núcleo celular que son capaces de afectar la salud de los órganos de nuestro cuerpo, somatizando enfermedades y deteriorando la salud, a la vez que producen el envejecimiento prematuro de nuestro sistema celular.

Si los pensamientos y emociones son de orden equilibrado y armónico; si obedecen a emociones o actitudes como el amor, la gratitud, la solidaridad, la empatía, el perdón, la belleza, el arte, etc., se liberan fotones beneficiosos que revitalizan las células de nuestro cuerpo, fortaleciéndolas, dotándolas de mayor cantidad de energía revitalizante y retrasando el envejecimiento de las mismas, procurando estados de salud y bienestar.

La nueva disciplina científica de la psico-neuroinmunología ya ha demostrado lo que afirmamos en el párrafo anterior; dicho de otro modo: el estado de ánimo de la persona y su equilibrio mental y emocional son los principales factores desencadenantes de muchas enfermedades mentales y neurosis, así como de la completa salud biológica, mental, psicológica y espiritual.

Para aquellos que aceptamos la inmortalidad del alma humana, es sencillo suponer que los pensamientos y emociones

que nuestro espíritu inmortal proyecta, y cuyo receptor y transmisor es el cerebro humano, son la propia naturaleza de nuestra conciencia, y a través de ellos nos manifestamos, tanto en la vida física como en la vida espiritual.

Hoy día, científicos de gran prestigio, dedicados al estudio de las emociones y de cómo estas son capaces de modificar la estructura cerebral, no hacen más que confirmar que el cerebro es una cosa y la conciencia o la mente es otra muy distinta.

“La conciencia es independiente del cerebro, y fuera de él, hace a este último el procesador y regulador de los pensamientos.”

Dr. Eben Alexander, Neurocirujano, Autor de “La Prueba del Cielo”

La mente dirige el cerebro, y el pensamiento no es una exudación neuronal producida por la combinación de elementos electroquímicos del mismo. Es justo, al contrario, los pensamientos y emociones que nuestra mente genera, producen esas combinaciones en las sinapsis neuronales que liberan los neuro-transmisores responsables de la salud y la enfermedad cuando producen serotonina o cortisol, adrenalina o dopamina, y que llegan a nuestro torrente sanguíneo afectando a nuestro organismo por completo.

La expresión de “*somos lo que pensamos*” es cada día una realidad mayor; pero la certeza de nuestra esencia inmortal como un ser eterno, pensante, evolutivo, que trasciende el espacio y el tiempo, que supera y se manifiesta más allá de las dimensiones biológicas, psicológicas y sociales, es la gran verdad que desde antiguo han venido defendiendo los filósofos y que hoy, por fin, la ciencia heterodoxa, libre de dogmatismos y prejuicios impuestos por las culturas, creencias, tradiciones y arrogancias intelectuales, viene demostrando.

Es precisamente el principio inteligente, lo que denominamos como nuestro ser trascendente, el que piensa, siente, elabora, actúa, controla, dirige y se manifiesta en las dimensiones físicas y espirituales. Es el alma o espíritu inmortal, como le han venido llamando las religiones y las filosofías desde antiguo.

Y la esencia de este “yo superior”, “mente superior” o “conciencia”, etc., consiste precisamente en trascender los vehículos de los que se sirve para manifestarse; estos últimos son el cuerpo y sus órganos, uno de ellos el cerebro. El envoltorio fluídico que permite la conexión entre el espíritu inmortal y el cuerpo biológico es el cuerpo denominado como peri espíritu (MOB), de esencia semimaterial que acompaña nuestro ser inmortal antes de venir a la vida y después de la misma, cuando regresamos al mundo espiritual.

Hoy en día las enfermedades que más proliferan son la depresión, la angustia vital, el estrés y el vacío existencial; y las fugas psicológicas son los elementos que llevan a la insatisfacción de la vida y a multitud de suicidios en nuestra sociedad.

Todo ello pone de manifiesto nuestra realidad interna como la auténtica fuerza, el motor que, consciente o inconscientemente, dirige nuestra vida. No sólo somos el resultado de nuestro pasado y de lo que pensamos y sentimos, sino que nuestras acciones condicionan las circunstancias presentes y futuras de nuestro destino.

“Somos arquitectos de nuestro propio destino”

Albert Einstein- Premio Nobel de Física

Si a raíz del conocimiento científico y espiritual comenzamos a vislumbrar una nueva comprensión de la realidad del ser humano, viéndolo bajo el prisma de una conciencia en permanente estado de evolución y transformación, la realidad de la trascendencia e inmortalidad de esta conciencia no es más que la consecuencia necesaria del avance del mundo y la sociedad en que vivimos.

Somos realmente inmortales en cuanto a esencia, pues nuestro espíritu inmortal, como mente consciente, sobrepasa las condiciones de la vida orgánica, pasando a vivir en otros estados y dimensiones que le permiten seguir progresando y engrandeciendo su bagaje milenario de aprendizaje y experiencias.

Este es el sentido de la vida humana, vivir, experimentar y aprender, hasta conseguir la plenitud que nuestra conciencia

necesita para seguir ampliando, creciendo en conocimientos y en amor, elevando su individualidad hacia estados de mayor felicidad y creatividad.

“No sólo las actividades de los médiums, sino también el fenómeno de los ángeles respalda la idea de una mónada cuántica superviviente entre encarnaciones”.

Amit Goswami- Físico, en su libro “Ciencia y Espiritualidad”

Si consideramos al hombre como una máquina biológico-psicológica y social, y no apreciamos su parte trascendente (conciencia, espíritu o mente), es evidente que consideraremos a la mente y/o alma humana como un mero epifenómeno derivado de las conexiones neuronales de nuestro cerebro.

La ceguera social respecto a la “cultura de la muerte” pretende que al obviarla o ignorarla esta desaparezca. Existen toda una serie de protocolos, costumbres y rituales cuyo fin tiende a minimizar el aspecto de la muerte a fin de no pensar que existe y que algún día podrá afectarnos.

En el análisis profundo que el conocimiento filosófico del espiritualismo moderno nos ofrece, encontramos explicada con claridad meridiana el aspecto de la inmortalidad; pues el objetivo de venir a la vida humana es progresar mediante las experiencias que vivimos, las expiaciones y sufrimientos que padecemos (como consecuencia de nuestros errores del pasado) y las actitudes superiores que ejecutamos en pro del bien para nuestro mejoramiento y superación de las imperfecciones.

Así pues, nuestra personalidad humana, cuando estamos encarnados, presenta **una trilogía** que podría sintetizarse en **espíritu, periespíritu y cuerpo físico**. El primero es creado por Dios igual a todos los demás, sencillo e ignorante, y a través de las experiencias que le proporciona la reencarnación, evoluciona y progresa hasta alcanzar su meta final: un estado de perfección, dicha y plenitud co-creadora en el transcurso de los milenios.

El segundo elemento, periespíritu, es el intermediario o lazo

de unión entre el espíritu y el cuerpo físico; es el elemento aglutinador del principio vital que permite la vida y regula los flujos de las experiencias desde la materia hacia el espíritu y los pensamientos e impulsos del espíritu hacia el cerebro biológico. En este periespíritu está la clave de todos los fenómenos anímicos, psicológicos, mediúnicos o espirituales que podamos imaginar o conocer. Su punto de unión en el cerebro físico es la glándula pineal, a través de la cual se canalizan las energías y se procesan las funciones de simbiosis molecular entre este elemento semi-material y el cuerpo biológico.

El cuerpo biológico es la máquina perfecta compuesta de trillones de células, en un perfecto entramado fisiológico-evolutivo que también va perfeccionándose con el tiempo hasta alcanzar formas más sutiles, menos groseras, también acordes a la evolución y el progreso del espíritu que lo anima. Desde su formación en la primera célula (cigoto) en el vientre de la madre el periespíritu se une a él, y cuando se produce el nacimiento el espíritu se acopla definitivamente al cuerpo del niño.

Cuando fallecemos, nuestro peri-espíritu abandona el cuerpo junto al espíritu, y a partir de ese momento comienza la descomposición de la materia, pues el elemento que la “animaba” ya no está actuando. Es entonces cuando el espíritu inmortal regresa al que es su verdadero hogar, y en función de su grado de materialismo o espiritualidad, tendrá más fácil o difícil desprenderse del cuerpo físico y a continuación reconocer la nueva realidad que le espera.

La inmortalidad es una realidad porque la muerte no existe; el espíritu no muere nunca, pues desde que fue creado por Dios es inmortal, al ser de la misma naturaleza que su creador. La materia (cuerpo físico) se transforma, y nuestros átomos pasan a formar parte de la naturaleza que animarán otros cuerpos u otras formas de vida.

Los hábitos constructivos, mediante emociones y pensamientos nobles, altruistas, de bien común, de perdón, de amor de tolerancia, etc., preparan nuestra mente para el tránsito hacia el más allá; y este se realiza de forma sencilla, nada traumática; sin dolor moral alguno, con la ayuda de aquellos seres queridos

que nos precedieron en el viaje. La muerte es entonces dulce, sin crisis, con lucidez de conciencia y claridad de mente. Se convierte en el despertar de un apacible sueño en el que amanecemos a la auténtica realidad de nuestro ser inmortal.

Comencemos pues a entender que la inmortalidad del ser humano afecta a aquello que no puede morir: **la vida del espíritu inmortal**; creación divina por amor, que la causa primera e inteligencia suprema (Dios) tuvo la misericordia de incluir en el programa de su obra perfecta e infinita: El Universo físico y Espiritual.

“Los materialistas del siglo diecinueve y sus herederos marxistas del siglo veinte trataron de decirnos que, a medida que la ciencia proveyera más conocimiento acerca de la creación, podríamos vivir sin fe en un Creador. Sin embargo, hasta ahora, con cada nueva respuesta hemos descubierto nuevas preguntas. Cuanto mejor entendemos el plan maestro para las galaxias, más razón hallamos para admirarnos ante la maravilla de lo que Dios ha creado”.

Werner Von Braun- Ingeniero aeronáutico

CAPÍTULO VIII

UN CUERPO DESCONOCIDO

El lazo

“Un cuerpo fluidico, cuya sustancia es tomada del fluido universal, que lo constituye y lo alimenta... El periespíritu es más o menos etéreo, según los mundos y el grado de adelanto de los espíritus; es un órgano transmisor de sensaciones”

Allan Kardec - Obras Póstumas

En la trilogía de la personalidad que podemos explicar respecto a lo que constituye la naturaleza del hombre, es preciso destacar el cuerpo biológico, el alma o espíritu encarnado y un cuerpo intermedio, semi-material, flexible, expansible, penetrable, que absorbe y emite energía al que denominamos periespíritu.

A lo largo de la historia se ha conocido como el “Ka” egipcio, el “Boadhas” persa, el “Eidolon” griego, el “Imago” romano. Y entre los que hablaron de él y lo explicaron tenemos a Hipócrates que lo llamaba “Enormon”, a Pitágoras que lo definía como “Carro sutil del Alma”, a Pablo de Tarso que lo llamó “Cuerpo Espiritual”, a Orígenes que le llamó simplemen-

te “Aura”, y a otros muchos. En distintas escuelas filosóficas se le denomina cuerpo psíquico o cuerpo astral, mientras que en parapsicología le otorgan denominaciones como bioplasma, psinergia, psicosoma, etc.

Sabido es por diferentes investigaciones que este cuerpo semi-material, intermediario entre el espíritu y la materia, es un doble del cuerpo físico. Estructurado por los fluidos mentales que lo envuelven presenta una configuración humana y está perfectamente visualizado e identificado en su forma través de aparatos electrónicos como la cámara kirlian, a través de la luminiscencia y forma que proyecta.

“El ADN, en su estructura íntima, es un campo de energía exteriorizado por el periespíritu en su función organizadora del cuerpo físico”.

Divaldo P. Franco, Libro: Actualidad del Pensamiento Espírita

Otra de las investigaciones de la ciencia actual al respecto de este elemento imprescindible para la vida tiene que ver con la biología molecular y el ADN. A este respecto detallamos sucintamente algunas de las más importantes aportaciones de la ciencia de vanguardia en el reconocimiento de este campo de energía que es el periespíritu.

Este campo ha sido investigado por los científicos soviéticos de primeros del siglo XX denominándolo como “**Cuerpo Bioplásmico**” y confirmando así no sólo su existencia sino algunas de sus funciones e interacciones esenciales que forman parte de sus características mencionadas a continuación.

A mediados del siglo XX, las investigaciones del científico de la Universidad de Yale, el profesor Harold Saxton Burr denominó como “**Campos electrodinámicos**” a las estructuras bioenergéticas que rodean las células y forman un campo de influencia inevitable sobre las mismas.

Unos años después encontramos la profunda y exhaustiva investigación del profesor Hernani Guimarães Andrade, Director del Instituto de Psicobiofísica de Sao Paulo. Hernani acuñó el término psicobiofísica para denominar la disciplina

científica cuyo objeto es el estudio de los fenómenos psíquicos, biológicos y físicos en todas sus manifestaciones. Y abordando concretamente el estudio del periespíritu lo denominó como un “**Campo Biomagnético**”. Debemos también a Hernani la acuñación del término “**Modelo Organizador Biológico**” (M.O.B.) para referirnos al periespíritu como el agente que organiza, modela y dirige la formación del desarrollo del feto en el vientre de la madre desde la concepción al nacimiento.

Y por último, desde hace una década tenemos el estudio del biólogo y genetista Rupert Sheldrake donde puede establecerse el paralelismo de las funciones del periespíritu con lo que este investigador denomina como “**Campos Morfogénicos**”. Además Sheldrake va más allá, hablando de “resonancia mórfica”, una memoria interna que guardan energéticamente las especies biológicas y que puede aflorar automáticamente en los individuos de siguientes generaciones.

Esto confirma el archivo del **cuerpo causal del periespíritu** que alberga y registra todas las experiencias de vidas anteriores, pudiendo aflorar en vidas posteriores emociones, experiencias o vivencias de origen desconocido que afectan la psique y la biología del ser humano.

Una última aportación de la biología molecular que enlaza con la biología cuántica al estudiar los campos de energía en la biología humana, y por tanto con el campo electromagnético que es el periespíritu, tiene que ver con el estudio del Doctor Bruce H. Lipton que podemos encontrar en su libro: “*La Biología de la creencia*”. Además de resetear para la biología el concepto de que no es el núcleo, ni los genes, ni el ADN de la célula los que determinan los cambios celulares sino la energía de pensamientos, emociones, creencias etc. incidiendo en la membrana celular; desmitifica y entierra la falacia del determinismo genético sobre los “genes ciegos”.

Como vemos, el periespíritu, cuerpo astral, aura, carro sutil del alma, etc., como queramos llamarlo, lejos de ser desconocido ha sido estudiado y conocido a lo largo de la historia, y la ciencia actual lleva más de un siglo estudiándolo y avanzando en sus características y capacidades. Veamos con detalle la na-

turalidad del mismo y algunas capacidades que lo caracterizan, tal y como la filosofía de Kardec nos aclara y explica:

La **naturaleza de este cuerpo intermedio** entre el alma y el cuerpo físico podemos simplificarla en cuatro elementos:

- **Cuerpo Mental:** Junto al periespíritu, son envoltorios del espíritu. Creadas por la mente.
- **Cuerpo Causal o Espiritual:** El registro y archivo donde almacenamos las experiencias, hábitos, automatismos, débitos y créditos. Sería el depósito del inconsciente profundo.
- **Cuerpo Vital:** La parte que contiene el fluido o principio vital que permite la vida de los seres animados, sin él no existe la célula viva. Esta energía desaparece al morir y su reflejo es el denominado “doble etérico” y lo poseen también los animales y plantas.
- **Centros de Fuerza:** También llamados “chakras” que presentan tres aspectos: psíquicos, emocionales y vegetativos.

“El Aura de los seres vivos proviene de la irradiación del Espíritu, exteriorizándose por el cuerpo físico a través del periespíritu”.

Divaldo P. Franco, Libro: Actualidad del pensamiento espírita

Tanto es así que el aura, el doble etérico, etc. no son más que las manifestaciones lumínicas del periespíritu. El famoso nimbo, que orla a los santos de las iglesias alrededor de la cabeza, no es más que el reflejo del aura del personaje en función de sus méritos elevados; la luminosidad que irradia es reflejo del periespíritu, y de ahí las representaciones que se han hecho a través de los siglos.

Se dice que personajes de alta jerarquía espiritual que reencarnaron en la tierra (Krisna, Buda, Francisco de Asís, o el propio Jesús de Nazaret) poseían un aura que abarcaba varios kilómetros a su alrededor, consiguiendo de esa forma dulcificar el ambiente que les rodeaba allá donde iban, y ejerciendo un magnetismo extraordinario que afectaba a mentes y concien-

cias al estar bajo el influjo del mismo. Pues bien, esa aura y su irradiación energética manifestaba alta vibración y frecuencia sutilísima derivada del elevado grado de pureza de estos grandes seres que pasaron por la Tierra.

Hablemos ahora de las funciones y propiedades de este elemento intermediario. Entre las **propiedades y características** que lo definen podemos destacar las siguientes:

- **Semimaterial:** Constituido de materia sutil y energía electromagnética.
- **Invisible:** Transitoriamente puede hacerse visible.
- **Expansible:** Se proyecta fuera de los límites corporales.
- **Hipersensible:** Puede ser impresionado por energía mental o acción magnética. Hipnosis, sofrología, sugestión.
- **Plasticidad:** Puede modificar su apariencia con cambios biológicos o experiencias paranormales.
- **Irradiación:** Forma un aura luminosa a su alrededor que se contrae o se dilata en función del pensamiento del espíritu.

Y en cuanto a las **funciones que realiza** son principalmente cuatro:

- **Individualización:** Es individual y personal, no igual a ningún otro.
- **Organización:** Permite el flujo de información entre cuerpo y alma y la organización de la vida celular cuando estamos encarnados.
- **Sustentación:** Acompaña al alma en la vida física y la espiritual.
- **Instrumentación:** Articula y modela el proceso de la reencarnación, entre otras funciones.

“Insensible a las causas de distribución y destrucción que afectan al cuerpo físico, el periespíritu garantiza la estabilidad de la vida durante la continua renovación celular”

León Denís, Libro: “En lo invisible”, cap. III

Sirva esta frase de León Denís, el insigne investigador y filósofo francés, para destacar otra característica del periespíritu: resaltando la importancia del mismo en la renovación diaria que nuestras células experimentan día a día, garantizando la homeostasis que regula el equilibrio y metabolismo corporal. Sólo las células cerebrales (neuronas) se renuevan diariamente muriendo miles de ellas y naciendo otras continuamente.

Pero el periespíritu no sólo interviene en la sustentación de la vida a través de las células y los órganos que forman nuestro cuerpo. Además de todo ello, este cuerpo es vital, desde el momento en que se produce la concepción de un nuevo ser en el vientre de la madre, es el encargado de efectuar la simbiosis molecular de intercambio con la célula huevo fecundada (cigoto). Ello permite el desarrollo morfológico del feto conforme a las características energéticas, magnéticas y kármicas que imprime el periespíritu en el desarrollo celular del feto, reflejando de inmediato el programa que trae a la Tierra el espíritu que reencarna (unido al periespíritu pero fuera del mismo durante el embarazo).

Es por ello que muchos investigadores le han denominado como el **Modelo Organizador Biológico**, ya que es **el molde** que permite que el espíritu (que no tiene forma como energía purísima que es) pueda reencarnar nueve meses después, cuando se produce el nacimiento y todos los vínculos bio-genéticos, psicológicos y espirituales se hayan entrelazados.

“El periespíritu moldea el futuro cuerpo utilizando los recursos genéticos de los padres, adaptándolo a las vibraciones derivadas de sus actos morales y comportamientos mentales”

Divaldo P. Franco, Libro: Actualidad del Pensamiento Espírita

Como vemos, no sólo es el elemento que permite la continuidad de la vida del hombre en el plano físico y el espiritual. Es también el productor de todo tipo de fenómenos anímicos, físicos, psicológicos, mediúnicos y espirituales. Comprendiendo las características del periespíritu y su naturaleza semi-material,

sabemos comprender con exactitud fenómenos inexplicables considerados como milagros, que no son tales.

También el conocimiento de su funcionamiento nos aclara con exactitud y brillantez que nuestra alma inmortal regresa al mundo del espíritu después de la muerte llevando consigo aquello que ha sido, es decir, “cómo ha vivido”. Y esto es posible porque a través del periespíritu grabamos en nuestra mente y conciencia las acciones, sentimientos, pensamientos e intenciones buenas o malas que realizamos desde la más tierna infancia y que quedan guardadas en el cuerpo causal.

Y puesto que la parte más sensible del periespíritu se marcha con el espíritu al otro lado de la vida, este último mantiene muy vivo en su conciencia todas las experiencias vividas. Así pues, el periespíritu es el transmisor por excelencia de los pensamientos, emociones e intenciones del espíritu, siendo volcados hacia el cerebro (receptor de estos impulsos originados en nuestro espíritu inmortal) y procedentes de nuestro inconsciente profundo.

Si el cerebro es un reductor de vibraciones que permite que una energía purísima y extraordinaria -el espíritu o alma encarnada- pueda vivir en un cuerpo físico sin existir por ello contraindicaciones, hemos de saber que ello es gracias al periespíritu; sin él no sería posible la reencarnación, como tampoco la evolución del alma inmortal.

Las características de plasticidad, envoltura fluidica, absorción y penetrabilidad son las que permiten a este extraordinario cuerpo intermedio la simbiosis molecular con la materia y la producción de fenómenos materiales, inteligentes y espirituales que han asombrado a generaciones, confundiéndolos con milagros, hechos sobrenaturales, estados alterados de conciencia, o cuestiones sin explicación para las ciencias materiales.

El origen del periespíritu es el propio fluido universal, y en cada planeta existe bajo sus propias características y peculiaridades, en función del proceso evolutivo espiritual de los habitantes que lo constituyen. Así pues, si un espíritu de elevada condición que pertenece a otra humanidad llega a este mundo y desea manifestarse, lo primero que hará será adaptar sus características periespirituales a las que rigen en el planeta al que

llega, sin las cuales le será imposible no solo interactuar, sino ni siquiera manifestarse.

Es muy importante comprender que el periespíritu siempre está sometido a una única causa: **LA VOLUNTAD DEL ALMA QUE LO ANIMA**. Es la mente y la conciencia que reside en el espíritu la que, en el uso de su libre albedrío y voluntad, condiciona la acción del periespíritu sobre la materia y viceversa.

El periespíritu sufre a veces mutilaciones y deformaciones importantes, sobre todo porque al ser un doble del cuerpo físico, si nosotros atentamos contra este último mediante la imprudencia, los vicios que enferman nuestros órganos, las pasiones que embrutecen nuestra alma, la violencia contra nosotros mismos, etc., estas actitudes reflejan en el periespíritu un deterioro energético que conlleva una responsabilidad ulterior y consecuencias que dejarán secuelas perniciosas en el futuro.

Pongamos un ejemplo drástico: el suicida que se quita la vida de forma violenta, rompe los lazos del periespíritu de raíz, con una virulencia que le impide realizar la transición al otro lado de la vida como sería conveniente, mediante el desligamiento paulatino y sosegado de una persona que muere de forma natural.

Esta violencia inusitada no sólo perturba al alma que la ejerce sumiéndola en una gran turbación, sino que el propio periespíritu queda deteriorado, y en vidas futuras presentará el desequilibrio correspondiente al formar el nuevo cuerpo biológico que tendrá que modelar. Será entonces cuando ese deterioro grave del periespíritu se convertirá en deficiencias genéticas, fisiológicas o biológicas que condicionarán la vida del suicida más allá de la tumba y en una nueva vida.

El hombre integral ha de contemplar todos los aspectos que conforman su naturaleza, a fin de entender lo que somos, por qué estamos aquí y cómo nos afectan las decisiones correspondientes a nuestro libre albedrío y voluntad.

Cuando la ciencia se interese más profundamente por este cuerpo intermediario que tanta trascendencia tiene en la vida del hombre, las disciplinas que velan por la salud física, mental

y emocional darán un salto de gigante al poder diagnosticar con precisión el origen real de las patologías que afectan la salud y propician la enfermedad.

Es pues imprescindible el conocimiento de las características y funciones de este cuerpo o lazo intermediario entre la materia (cuerpo físico) y el espíritu (energía purísima), a fin de entender la naturaleza integral del ser humano que trasciende la vida física y se proyecta en el futuro inmortal que a todos nos aguarda.

“En razón de su naturaleza etérea el espíritu no puede obrar sobre la materia sin intermediario, este cuerpo intermedio es el periespíritu y es el lazo que une a ambos; siendo la clave de todos los fenómenos espiritistas materiales”

A. Kardec - Libro de los Médimus, cap. IV

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO IX

INSTRUMENTOS DEL ALMA

Cerebro, mente y conciencia

Hasta hace escasamente cuatro décadas las disciplinas psicológicas y neurológicas apenas prestaban atención a la emoción la consideraban un sucedáneo del pensamiento, y todo lo basaban en el C.I. (coeficiente intelectual). Hoy en día la diferenciación y estudio del **cerebro emocional** del **cerebro racional** es uno de los campos de estudio de la ciencia que más avanza y se proyecta.

Existen emociones difícilmente explicables o definidas mediante la escritura o la palabra. Quizás esta cuestión se debe, según los neurobiólogos, al hecho de que la emoción, a pesar de formar parte de la mente y tener esta última su “expresión” en distintas áreas del cerebro, es todavía un elemento inaprensible y en ocasiones sobrepuja a la razón, impulsando la actuación humana sin que nuestro razonamiento intervenga. Con frecuencia confundimos emoción con sentimiento, cuando este último es una derivación de la primera, siendo definido también como una *emoción consciente*.

El “factor emocional” permite explicar a los psicólogos que defienden la inteligencia emocional que, esta última, algunas veces “secuestra a la razón” y el hombre siente y actúa sin que

el proceso “racional” tenga intervención alguna en los primeros instantes del proceso que se inicia en la amígdala cerebral. Muchas veces **“perdemos el control de la situación y explotamos ante alguien”** con una intensidad desproporcionada e irracional, de lo que luego nos arrepentimos.

“Este secuestro tiene lugar en un instante y desencadena una reacción antes de que el neocórtex (cerebro pensante) se dé cuenta de lo que ocurre y mucho menos pueda decidir qué respuesta es la adecuada”.

Dr. Daniel Góleman, Libro: *Inteligencia Emocional*”

Traemos a colación estas referencias para que podamos comprobar que el proceso de la emoción, la sensación y la percepción que lleva a cabo el cerebro emocional a veces no tiene nada que ver con la razón (cerebro racional). Sin embargo, ambos cerebros están sometidos al dominio de la Mente, y por ello es necesaria una breve explicación sobre la misma.

Si la mente no es material, indudablemente su origen tampoco puede serlo, por ello procede de una Mente Absoluta que es la individualidad espiritual trascendente de Dios. Espiritualmente hablando, la mente humana es la *manifestación del principio inteligente* (alma o espíritu).

“La física, la neurociencia y la psicología convergen en el mismo principio: la mente no puede reducirse a la materia”.

G. Stanciu y R. Augros – Físico y Filósofo

Y precisamente el cerebro (1,5 kg. de masa, que consume el 20% de la energía corporal) es una máquina biológica y un reductor de vibraciones de la Mente encarnada. El cerebro es el órgano central del sistema nervioso que administra tres trillones de células y los órganos del cuerpo, pero es el espíritu quien

controla y ordena los movimientos del cerebro partiendo de la mente y de la voluntad.

Hasta tal punto tiene influencia y poder la energía de los pensamientos y emociones que proceden de la mente que son incluso capaces de modificar hasta la estructura fisiológica y neuronal del órgano cerebral. Científicos de la talla del Dr. Richard Davidson confirmando la plasticidad cerebral afirman: *“la transformación de la mente modifica tu cerebro”*.

El hombre es un ser complejo que, desde el punto de vista espiritual, presenta unas características capaces de explicar estos procesos, debido a que el origen de los pensamientos y las emociones está indudablemente en la mente; pero ésta, lejos de encontrarse en el cerebro humano como presuponen algunos neurólogos, no es más que **un instrumento psíquico de la conciencia**. Y siendo esta última parte del alma, es precisamente el alma o el espíritu —como se quiera— el que rige, en origen, los procesos emocionales y mentales de todo ser humano.

Es el alma encarnada la que siente y piensa, utilizando la mente como instrumento para manifestarse a través del cerebro físico. Una simple analogía lo explicará mejor: el cerebro es el aparato de televisión que recibe las ondas electromagnéticas (pensamientos y emociones) que se transforman en imágenes y sonidos. Sin ondas no existe imagen ni sonido y el televisor no funciona. Y si éste se estropea debido a un accidente (patología mental), no es a consecuencia de que el aparato produce las imágenes, sino porque los componentes físicos del televisor (cerebro) no están en condiciones de recibir las señales de onda que le permitan funcionar.

Además, la información circula también de forma inversa; y las sensaciones, percepciones y experiencias que nuestro cuerpo biológico experimenta son trasladadas mediante el periespíritu a lo profundo de nuestra psique, nuestro propio inconsciente, que archivará y guardará celosamente todos estos hitos.

“La inteligencia, los sentimientos, los valores superiores o inferiores personales, éticos o morales, no están grabados en las neuronas cerebrales sino en el ser espiritual inmortal”

La controversia entre cerebro, mente y conciencia, y la responsabilidad de los procesos y estados mentales que los científicos materialistas atribuyen en exclusiva al cerebro, está en entredicho. Los tres son instrumentos al servicio del alma humana, uno biológico (cerebro), otro psíquico (mente) y el tercero espiritual (conciencia).

“**El duro problema de la conciencia**”, como denominan muchos científicos a la imposibilidad hasta hoy de conocer su origen, y los escasos adelantos sobre la comprensión de su funcionamiento, no hace más que confirmar su inmaterialidad y su trascendencia, sobre todo cuando se producen fenómenos donde la conciencia está desligada de cualquier materia, como es el caso de las O.B.E. (Experiencias fuera del cuerpo) o las E.C.M (Experiencias cercanas a la muerte), que no hacen sino confirmar que “**la conciencia es independiente del cerebro**”.

Hoy día, cada vez más, la conciencia se desliga de la mente, no como fruto de la evolución de esta última sino justo al contrario; es la conciencia la que se sirve de la mente. Y los procesos automáticos que antes de la aparición de la “autoconciencia” dieron lugar a la evolución psíquica de la mente, están siendo cuestionados desde el origen por bioquímicos y genetistas, que ya descartan que la complejidad del órgano cerebral (del que se sabe cada vez más, pero todavía muy poco) sea el origen de la conciencia mediante “procesos automáticos ciegos”.

“¿Por qué un montón de átomos deberían tener capacidad para pensar? Nadie parece tener alguna respuesta a esto. La cuestión es que no existe respuesta científica”.

Michael Ruse – Filósofo Darwinista

Es **un mito** atribuir a los átomos cerebrales la capacidad de organizarse desde la nada y de forma aleatoria sin dirección ni organización hasta “**crear una mente**”; y a partir de aquí y mediante un proceso evolutivo de “selección natural de la mente” (que nadie es capaz de explicar) dar lugar a la conciencia. Según esta teoría se requiere de una “**creencia o fe**”

en los procesos naturales y biológicos mucho mayor y más difícil que la sencilla explicación de la dualidad del hombre; un alma, una psique, que trasciende y es el origen de los estados y procesos mentales y emocionales, al margen de la cuestión biológica y donde reside la conciencia.

Los científicos que mantienen esta creencia del azar y de la nada como origen de la conciencia están cayendo en aquello que imputan a los demás: la falta de criterio y evidencias científicas que demuestren sus postulados. **Eso no es ciencia sino creencia.** Sin embargo, hay muchos otros que desde hace tiempo mantienen otros postulados; veamos que afirmaba hace un siglo el premio Nobel de medicina Alexis Carrel:

“Decir que las células cerebrales son la sede de procesos mentales es una afirmación sin valor, pues no existe medio de observar la presencia de un proceso mental en la célula”

Todavía hoy, después de tanto tiempo y tantos avances tecnológicos y científicos en este último siglo, nadie puede desmentir esta afirmación. Es más, la explicación que se nos ofrece por parte de los científicos que no admiten el alma es peregrina; dicen así: *como la mente no es tangible*, no es material, y procede del inconsciente después de un proceso evolutivo, por eso *los estados mentales no pueden más que catalogarse por sus efectos*.

“A través de la evidencia científica y del razonamiento filosófico afirmo que el dualismo (alma y cuerpo) es necesario para explicar el fenómeno de la conciencia”.

Dr. J.P. Moreland

Es mucho más plausible, más sencilla y lógica la explicación espiritual, donde, de una conciencia y mente superior (Dios), se derivan por creación, y no por azar o generación espontánea, otras mentes y conciencias que existen por sí mismas, con plena individualidad y personalidad propia. Y son estas conciencias -que dan vida a los cuerpos biológicos- la naturaleza y

el origen de los procesos mentales y emocionales. En esta línea se mueven ya grandes científicos de la actualidad, que abogan por el diseño inteligente de la vida y del origen del universo.

Como podemos deducir, el concepto de que el hombre es una máquina biológica y que todo se deriva del cerebro no sólo es falso, sino que es una falacia tan grande que las distintas áreas de la ciencia que no cesan de avanzar en este siglo XXI están ya acercando el origen de la vida y del hombre a Dios, presentando como evidencias científicas la existencia de un alma inmortal, trascendente e individual. El Dr. Wilder Penfield, padre de la neurocirugía moderna, afirmó:

“Esperar que los mecanismos del cerebro puedan llevar a cabo lo que hace la mente, es algo absurdo”

La propia ciencia va camino de convertirse en el paradigma de la fe; no obstante, no es preciso esperar a que esto se produzca, pues la ciencia también se equivoca, y el hombre tiene otros recursos para descubrir la verdad y la realidad de lo que le rodea: la razón, la observación, la intuición, la emoción, el sentimiento, la lógica, la fe, la filosofía, la experiencia y el convencimiento interior son recursos tan valiosos o más que la propia ciencia para conocer el mundo interior y exterior que nos afecta y nos compete.

Abramos los ojos al razonamiento y la fe razonada; no es preciso creer a priori, sino llegar al convencimiento personal de forma individual. No es lo mismo un concepto de vida en la que todo es fruto del azar y no presenta sentido alguno ni esperanza u optimismo de futuro, que otro en el que se contempla que una parte de nosotros (el alma) es inmortal con un propósito, y que en ella reside la conciencia que se vale de la mente para manifestarse a través del cerebro.

Esta alma es denominada espíritu cuando trasciende el fenómeno biológico; porque la vida continúa después de la muerte debido a la naturaleza de esa alma que no es de naturaleza fisiológica sino espiritual; tal y como su creador la proyectó y la puso a evolucionar con el destino final de la plenitud y la felicidad a la que está destinada.

“La conciencia es la fuerza más poderosa del espíritu, que administra, organiza y acumula todas las energías psíquicas depositadas en la mente”

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO X

MENTE LÚCIDA Y MENTE PERTURBADA

Todo es mente inmaterial

“La preservación de la Mente en armonía con el Cosmos es la meta que debemos alcanzar para cumplir el programa evolutivo de cada ser humano”

Divaldo P. Franco , Libro: Dias Gloriosos, cap. 4

Todavía hoy, cuando llevamos un cuarto del siglo XXI y a pesar de los extraordinarios avances científicos y tecnológicos desde el año 2000, la Mente humana sigue siendo objeto de investigación y análisis. Y aunque desconozcamos su origen desde el enfoque de la ciencia, no ocurre igual desde los enfoques que la filosofía espiritual nos presenta.

La ignorancia del origen de los procesos mentales por parte de muchos investigadores proviene de un error principal en el origen del estudio: **confundir mente y cerebro**, o creer que la primera es un epifenómeno del segundo, que es capaz de originarla. Si bien el cerebro es el receptor de los procesos mentales, pensamientos, emociones, etc., que son rápidamente procesados mediante el sistema nervioso central que él mismo

dirige, sin embargo, la fuente de la Mente está fuera de él. Es más, los grandes neurocientíficos hace ya algunas décadas que descubrieron esta diferenciación.

Así se manifestaba Wilder Penfield, padre de la neurocirugía, después de miles de experimentos de trepanación craneana y estimulación eléctrica en pacientes conscientes, intentando ubicar el lugar de la Mente en el cerebro.

“A lo largo de mi carrera he luchado por probar que el cerebro es la explicación para la mente y aunque interactúan, son realmente distintos uno del otro. Qué emocionante es, entonces, que el científico pueda creer también de manera legítima en la existencia del espíritu”

Todo cambia cuando enfocamos el asunto desde el punto de vista que la filosofía espírita de Kardec nos ofrece. En este sentido, el ser humano es una creación divina que está en proceso de crecimiento y desarrollo desde el psiquismo primitivo en los reinos inferiores de la naturaleza hasta alcanzar el grado de la perfección relativa y la dicha permanente que supone su conexión con el pensamiento y el amor divino.

En la trayectoria *“del átomo al ángel”* encontramos la evolución inmortal del espíritu humano, y en ese camino milenario de permanente progreso se desenvuelven todos los atributos divinos que Dios coloca en la conciencia del hombre de forma latente, como una semilla, para irlos puliendo y desarrollando. Uno de esos atributos es “la mente humana” que, indudablemente, posee interiormente los recursos inigualables de “la mente divina” de la que procede. Somos a imagen y semejanza de aquel que nos concedió la inmortalidad en cuanto a sus capacidades y cualidades futuras, que ya se encuentran dormidas en nuestro interior esperando su afloramiento y desarrollo mediante nuestra voluntad. Las experiencias milenarias de la reencarnación nos ayudan en esa construcción de nosotros mismos.

“La Mente es una fuente generadora de energía que se manifiesta conforme sea el contenido emocional del que se reviste”

La construcción de la realidad subjetiva que cada persona tiene de manera individual e independiente se debe a nuestra manera de pensar, de la que se deriva nuestra forma de actuar. Y debido a la reiteración de nuestro comportamiento se crean los patrones de conducta que nos llevan a actuar de una manera concreta y determinada, formando nuestro carácter y construyendo alrededor del mismo la realidad que podemos percibir.

Pascal, uno de los grandes pensadores de la humanidad, matemático y filósofo, afirmaba: “**si no actúas como piensas, terminarás pensando como actúas**”. Poniendo así de manifiesto la importancia de la mente en la manera de conducirnos en la vida.

Hermes Trismegisto, hace ya más de 3.000 años, afirmaba: “*Todo es mente. El Universo en Mental*”. Con ello se adelantaba milenios a las ciencias de la complejidad que hoy están de actualidad. Y afirmaba que existe una Mente Universal que es el origen de todo cuanto existe, y que la mente humana es su creación más importante. La mente humana heredó, no sólo muchas cualidades de la Mente Divina sino la maravillosa y extraordinaria oportunidad de comprender y entender su creación, aunque sea progresivamente en función del desarrollo y adelanto del alma del cual la mente humana forma parte al ser un instrumento del espíritu.

Podríamos dar más ejemplos sobre la importancia que los sabios de la Historia han concedido a la mente, pero no es objeto de este capítulo, por lo que ahora hemos de entrar en el análisis práctico de esta cualidad del alma que poseemos para evolucionar, crecer y dirigirnos hacia etapas de mayor felicidad y adelanto.

¿Cuáles son los productos de la mente? Muchos, sin duda, pero vamos a centrar nuestro análisis en dos: los pensamientos y las emociones. Ambos caracterizan la individualidad del ser inmortal, y ambos proceden de la voluntad del espíritu, encarnado o desencarnado, y de su desarrollo evolutivo. Y es desde el espíritu y a través de la mente que son canalizados a nuestros dos cuerpos: el periespiritual y a continuación el cuerpo físico. El primero siempre nos acompaña, en estado espiritual o

reencarnados. El segundo solamente cuando estamos encarnados. Pero en ambos tiene influencia y acción la mente humana.

La doctora Candance Perth descubrió la importancia biológica de la mente humana, concretamente de las emociones, en la salud y la enfermedad del conglomerado celular neuronal, concretamente en los neuropéptidos. A raíz de sus investigaciones nació una especialidad de la medicina llamada psico-neuro-inmunología, que estudia precisamente el impacto de los pensamientos y emociones en la salud celular.

¿Cuál es la diferenciación que permite una mente lúcida de otra perturbada? Sin duda, el equilibrio mental-emocional depende del grado de adelanto del alma y de su ajuste a la armonía de las leyes morales que rigen para la evolución de aquella. Un espíritu elevado posee un notable equilibrio mental-emocional debido a su propio esfuerzo y a la superación de las imperfecciones morales que lo apartaron del dolor y le llevaron al desarrollo de las virtudes espirituales, auténticas luces y tesoros del alma inmortal que dotan de paz, salud, equilibrio y armonía al espíritu que las conquista.

De esta manera, la mente lúcida es el resultado del equilibrio mental-emocional que se traduce en un alto desarrollo de los valores superiores del alma cuando esta última conquista aspectos como el amor, el perdón, la caridad, la empatía, la tolerancia y el deseo de hacer el bien por encima de todo.

La mente trastornada o perturbada es aquella que todavía no ha despertado a la verdadera vida interior de aquello que somos: espíritus en proceso de evolución con la tarea de perfeccionar nuestras cualidades latentes eliminando la imperfección para alcanzar el desarrollo moral de las virtudes que Dios colocó en nuestra conciencia.

Esta mente genera no sólo perturbaciones psicológicas o mentales sino también enfermedades de origen psicosomático, que no son originadas por órganos defectuosos, infecciones o traumas físicos sino que proceden de la reiteración de hábitos y patrones de conducta basados en el odio, el resentimiento, la envidia, los celos, la angustia, la ansiedad, la depresión, el estrés, etc. Situaciones que la moderna psicología y psiquiatría

confirman como el origen de multitud de enfermedades que asolan a la humanidad en la actualidad.

También puede producirse el fenómeno inverso; es decir, enfermedades orgánicas que afectan al funcionamiento del cerebro y directamente a la mente del espíritu encarnado que no puede gobernar su raciocinio, memoria, o capacidad cognitiva. Un ejemplo de ello es el Alzheimer.

Todas las investigaciones de los últimos treinta años en el campo de la psiquiatría (que estudia las enfermedades mentales), de la psicología (que estudia los disturbios de comportamiento), de la neurología (que estudia las disfunciones cognitivas derivadas de procesos cerebrales) tienen en cuenta a la mente como el agente principal en el que basar sus análisis, diagnósticos y soluciones.

Lamentablemente, el estudio sesgado que se realiza, al no contemplar al ser integral en este proceso (cuerpo, periespíritu y espíritu) y al considerar que el “alma o psique” es un epifenómeno del cerebro, incapacita y distorsiona los resultados de estas investigaciones, quedándose únicamente en la superficie del diagnóstico sin profundizar en las verdaderas causas del deterioro mental, que muchas veces tiene su origen en causas preteritas provenientes de vidas anteriores o en otras procedentes del inconsciente profundo de las personas a consecuencia de hábitos y patrones de conducta malsanos arraigados durante siglos, que afloran y perturban la mente encarnada.

En el análisis de una mente sana, de las causas de la enfermedad y salud de la misma, de su funcionamiento equilibrado hemos de tener siempre presente al **“único y autentico agente que la dirige”** y que no es otro que la voluntad del espíritu inmortal, con sus antecedentes y hábitos, con sus experiencias positivas y negativas, con sus patrones de conducta y evolución de las mismas. En relación a esto, y diferenciando el cerebro de la mente o conciencia que lo dirige, el gran Psicólogo, Médico y Filósofo Williams James afirmó:

“El cerebro puede ser un órgano para limitar y determinar en cierto modo una conciencia producida en otros lugares”

Mientras no se profundice en el estudio integral del ser humano y en el triple aspecto mencionado arriba, el diagnóstico de una mente perturbada siempre será incompleto. Y mientras no entendamos que nuestra mente es un instrumento de nuestra alma inmortal que evoluciona paralelamente a nuestro crecimiento y desarrollo moral, estaremos limitados por un análisis parcial, coyuntural y temporal de los sucesos que nos acontecen, sin descubrir la auténtica raíz de los mismos y, debido a ello, sin conseguir los resultados saludables a los que todos aspiramos.

Cuidemos nuestros pensamientos y emociones, pues ellos construyen la realidad a nuestro alrededor y configuran nuestro carácter. Y así como otros aspectos humanos pueden entrenarse y desarrollarse, la mente humana es igualmente susceptible de modificaciones a mejor, mediante una vigilancia escrupulosa de aquello que nos aleja del equilibrio, la armonía y la paz mental-emocional, sustituyéndolo por pensamientos nobles, sentimientos sublimados de amor al prójimo y acciones de entrega desinteresada hacia el bien.

“El Universo es el resultado de la Mente Divina que no cesa de actuar positivamente”

En el desarrollo y evolución del espíritu, que conlleva igualmente el adelanto y crecimiento de la mente, existe un punto de inflexión en el que el ser humano se da cuenta de la importancia de equilibrar su mente *con la mente divina de la que procede*. A raíz de ello, la salud física, mental y emocional se instala definitivamente en el interior del ser humano, procurándole una vida ordenada y coherente con los compromisos aceptados antes de encarnar. Esto no quiere decir que esté exento de dificultades, pues las pruebas y expiaciones que toda vida en la Tierra conlleva seguirán presentándose si ese es el caso.

Sin embargo, la nueva actitud de alinear su mente, pensamientos, emociones y acciones con las leyes divinas, le concederán una lucidez extraordinaria para enfrentar adecuadamente los problemas, permitiéndole una solución satisfactoria a los obstáculos y contrariedades de la vida cotidiana, representando una oportunidad de crecimiento, fortalecimiento espiritual y resiliencia que le servirá notablemente en su futuro inmediato.

La mente encarnada se refleja a través de la glándula pineal y tiene sus limitaciones por la influencia reductora del cerebro. Pero la mente espiritual, procedente del alma y reflejada en el chakra coronario del periespíritu, emite sus energías hacia la glándula pineal, y en la medida en que nos conectamos y armonizamos con la mente cósmica se abren todas las posibilidades de los planos de conciencia superiores, recibiendo la ayuda directamente de aquellos que nos guían desde el otro lado y permitiéndonos una percepción real y auténtica de la verdadera vida: la vida del espíritu inmortal.

“Desde la visión trascendente del alma, la mente es independiente del cerebro y sigue funcionando con mayor capacidad, si cabe, traspasado el umbral de la vida física y reintegrados a la vida del espíritu. Son las mentes sin cerebro de aquellos que nos antecedieron que vienen y se comunican, manifestando su personalidad integral, su voluntad y su creatividad intacta”.

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XI

CONCIENCIA: LA GRAN DESCONOCIDA

Tipos, niveles y estados

“La conciencia no está compuesta de materia; y la materia, tal y como asumimos, no posee conciencia”.

Peter Russell, Libro: Ciencia, conciencia y Luz

La importancia de conocer bien la mente y la conciencia es un reto para la ciencia de este siglo. Poniendo como ejemplo el desorden mental comprobamos que este afecta no sólo a la parte psíquica del ser humano, sino también a la parte biológica, enfermando los órganos, perturbando los sistemas que regulan la homeostasis de nuestro cuerpo y creando disfunciones, dando así origen a la aparición de enfermedades varias por la somatización del disturbo mental.

Como ya hemos explicado acerca de la mente humana, los procesos cognitivos y emocionales, así como los pensamientos de diverso tenor, son energías que tienen su propio reflejo en las neuronas del cerebro, creando por repetición de estos, rutas e interacciones entre las células cerebrales y condicionando, mediante el tipo de energía que imprimen, el electromagnetismo y la bioquímica cerebral propia de cada persona.

La falacia, ya explicada con anterioridad, del origen material de la mente o la conciencia nos permite comprender un error manifiesto al entender el hecho de que *la mente no proviene del cerebro* sino que es un **instrumento psíquico de la conciencia**. Esta última es la gran desconocida de la ciencia al no tener ni siquiera hipótesis irrefutables o plausibles que abarquen no sólo de dónde procede sino cómo se procesan y afloran las facultades de la conciencia que se originan en el alma humana y que refleja nuestra mente proyectándose a través del cerebro.

¿De dónde procede la conciencia? ¿Un conglomerado de materia y átomos como es el órgano cerebral puede ser capaz de originar la conciencia, algo que tiene funciones subjetivas, y de carácter no local? Este algo inmaterial, indefinido, que trasciende el propio cerebro, que tiene su propio archivo en el inconsciente y que puede dirigir nuestra vida y nuestros procesos y decisiones sin necesidad de recurrir al pensamiento ni la emoción -subconsciente-, ¿qué es?: **¡No lo saben!**

“Nuestra incapacidad para explicar la conciencia, hará que la ciencia occidental se vea enfrentada a un cambio de paradigma”.

Peter Russell. Libro: Ciencia, conciencia y luz

Es el gran interrogante de la ciencia para este siglo XXI. Creen que haciendo simulaciones informáticas mediante Inteligencia Artificial que les permitan comprender el funcionamiento de los 100.000 millones de neuronas que componen nuestro cerebro lograrán comprender la conciencia. Y vuelven a equivocarse al no localizar el origen de donde procede.

Con supercomputadoras que aumentan mil veces la capacidad de velocidad y de memoria, el proyecto *Human Brain Project*, con una inversión de más de 1.500 millones de euros, pretendía conseguir, en un periodo de diez años (finalizando en el año 2023) los mapas de funcionamiento de las neuronas cerebrales, localizando así el origen de la conciencia y sus procesos. Nada de esto se ha conseguido. El misterio y el llamado **“problema duro de la conciencia”** continúa hoy.

Ni la conciencia ni la mente son productos del cerebro. La mente se desarrolla con la evolución del ser humano porque la conciencia -de la cual forma parte- también se amplía en la misma medida que el hombre progresa y evoluciona. Es la conciencia la clave de todo, porque la conciencia somos nosotros mismos, es el alma, el espíritu inmortal que guarda celosamente en su inconsciente todo el acervo, recuerdos, conocimientos y experiencias de miles de años.

“Desde el surgimiento de la materia primordial hasta el desarrollo de la actual cultura humana observé que, paralela a la evolución de la forma física, se había dado también una evolución de la conciencia”.

Peter Russell - Físico y Psicólogo Experimental

Si a esto le unimos la herencia genética, que el proceso evolutivo vuelca en los genes del individuo desde la formación del feto y que le condiciona de una u otra forma los rasgos biológicos que deberá llevar en la vida, entenderemos mejor la propensión de unos individuos y no otros -con la misma herencia genética como los gemelos univitelinos que proceden de la misma célula- a contraer patologías diferenciadas.

Pero aquí falta un tercer elemento que la ciencia desconoce y por ello no acierta en sus diagnósticos y curación de determinadas enfermedades mentales. Ese elemento es precisamente el “periespíritu”; un cuerpo intermedio, semimaterial, que es el modelo organizador biológico del feto en desarrollo, con el que interacciona con la psique de la madre a nivel molecular, y que ya trae, desde el inicio de la reencarnación del ser humano, las matrices kármicas que condicionarán la salud y la propensión de la persona a una u otra patología en función de sus deudas del pasado, los retos que deba enfrentar o las taras que adquirió por errores cometidos anteriormente.

La comprensión de la trilogía de la personalidad del ser humano: **espíritu** (principio inteligente, sin forma, sin sexo, energía pura creado por Dios), el **periespíritu** (donde tienen

lugar los procesos anímicos, psíquicos, espirituales, mediúmnicos, modelo organizador biológico, etc.) y el **cuerpo biológico** (máquina perfecta de más de 3 trillones de células) *¿dirigida por quien: el cerebro o la conciencia?* Veamos que pensaba al respecto uno de los científicos más reconocidos del siglo XX, Albert Einstein: “*El hombre es un conjunto electrónico regido por la conciencia*”.

Al hablar de conjunto electrónico se refería precisamente a la energía de la que están constituidos todos los átomos de nuestro cuerpo biológico. Y aquí podemos añadir así los que forman la energía más sutil del periespíritu y del espíritu (auténtica energía pura).

Así pues, mientras la ciencia no aborde el problema del origen de la mente desde el punto de vista de la conciencia como algo separado del cerebro, el avance será limitado, nunca completo. Se podrán comprender funciones, conexiones, simulaciones, pero el origen de todo seguirá siendo el espíritu inmortal, milenario, que anima cuerpos en distintas existencias y vidas, reencarnando. Y que moldea mentes a través de la conciencia, modificando la estructura cerebral a través de los pensamientos y emociones que le son propias, y cuyo origen se encuentra en **la mente dirigida por el propio espíritu** que es el principio inteligente del universo.

Estamos seguros de que el gran avance llegará por esta vía, y aquellos científicos que ya han vislumbrado el error de planteamiento, que viene desde el racionalismo de XIX que consideraba al hombre como una máquina, intentarán enfocar sus investigaciones bajo esta nueva perspectiva. Ya han existido científicos pioneros que han marcado el rumbo a seguir; por citar algunos comencemos con Carl G. Jung, Maslow, Viktor Frankl, Klubber Ross, Raymond Moody, Stanislav Groff, Eben Alexander, Brian Weis, Gina Germinara, Amit Goswami, etc. (psiquiatras, físicos, filósofos, psicólogos, médicos, neurólogos y neurocirujanos especialistas en el cerebro y la mente).

Estos pioneros quedarán en la historia de la ciencia del siglo XX como los iniciadores que se atrevieron con la ruta acertada. Estamos seguros de que, en un corto espacio de tiempo, otros

muchos que están ya trabajando seguirán esta vía que los llevará a la comprensión definitiva de la trilogía de la personalidad humana, entendiendo mejor la conciencia al vislumbrarla en su enfoque trascendente e inmortal como auténtico motor y guía de la conducta humana, y por ende como objetivo principal de las disfunciones y enfermedades de origen mental y psicológico.

Como afirma el doctor Peter Russell, uno de los más destacados investigadores en este campo en su libro “Ciencia, Conciencia y Luz”, la conciencia es la gran clave de bóveda capaz de **unir las dos grandes fuerzas de la historia: la ciencia y la espiritualidad**. Y en sus estudios pudo comprobar la evolución de la conciencia de forma paralela a la evolución del ser humano a lo largo de la historia. Fruto de este último análisis afirmó rotundamente:

“La evolución de la conciencia me llevó a concluir que el metaparadigma científico actual era incompleto y que la conciencia debería incluirse como un aspecto primordial de la realidad”

Actualmente el paradigma científico está cambiando notablemente. Tanto es así que la conciencia humana, admitida ya por muchos científicos como algo inmaterial que constituye nuestra realidad interior, se caracteriza por la posibilidad de tener experiencias interiores y supone un auténtico problema que no es capaz de resolver ninguna disciplina científica, ni la física, ni la biología, ni la psicología.

“Los científicos se encuentran con el hecho indiscutible de su propia conciencia y sin embargo no tienen forma de explicarla”

Christian de Quincey – Filósofo

Todo parte de la certeza -imposible de negar- de la experiencia interior del hombre. Lejos de ser esta la única realidad, lo que sentimos o percibimos se ve influenciado por nuestro cerebro, pero la mente participa modelando y condicionando la experiencia, es decir, cada persona contempla la realidad que su mente construye. Así pues, la mente y la conciencia no son ma-

teria ni dependen del cerebro, es justo al contrario, este último es una interfaz de la mente.

“La conciencia es independiente del cerebro”

Dr. Eben Alexander – Neurocirujano

Cuando hablamos de la conciencia solemos confundir lo que son los diversos **tipos de conciencia**, los **estados de conciencia** y los distintos **niveles de conciencia**. Estos últimos son aquellos que cada persona ha ido adquiriendo mediante su proceso evolutivo.

En cuanto a los tipos de conciencia, actualmente podemos distinguir tres, lo que no quiere decir que no existan otros que desconocemos por completo. Tenemos la **conciencia primaria** o proto-conciencia, que compartimos con los seres vivos de otros reinos de la naturaleza y que podemos detectar en la primera célula viva de animales y plantas; es el sustrato energético-espiritual que se inicia en la vida primaria.

Un segundo tipo sería la **conciencia humana**, caracterizada por ser única de la especie humana y por tener el carácter diferenciador de la autoconciencia, es decir, el hombre es consciente de sí mismo, de sus pensamientos y experiencias.

Y un tercer tipo de conciencia es la **conciencia universal**, que interpenetra e impregna todo el universo y es la conciencia cósmica de Dios. Algunos también la han denominado como “Mente Universal”, pues no debemos olvidar que la diferenciación entre Mente y Conciencia no está totalmente definida.

Brevemente explicaremos que **los estados de conciencia** pueden ser catalogados como mentales, cerebrales o alterados. Ejemplos: **un estado mental** perturbado es la esquizofrenia, mientras que un **estado cerebral** es el alzheimer. En ambos casos son estados patológicos, pero cada uno responde por su origen: el primero es enfermedad mental y el segundo es propiciado por el deterioro y muerte biológica de las células cerebrales. Un **estado alterado** de conciencia puede ser el éxtasis, el trance, la mediumnidad, etc. Y todos ellos afectan de forma singular a las personas que los poseen.

Tampoco podemos confundir los **niveles de conciencia**, que no son más que los estadios evolutivos que cada persona tiene sobre su yo personal, la realidad y la vida. Algunos de ellos son:

- **“Conciencia dormida”** (Vida Horizontal): Es la persona fisiológica que únicamente atiende a sus sentidos y necesidades inmediatas y básicas (comer, dormir, reproducirse, etc.); no existe en ella vida interior de ningún tipo, vive para sí misma y está ciega a cualquier aspiración de vida superior elevada. Los conceptos superiores de belleza, libertad, armonía, amor, empatía, solidaridad o fraternidad carecen de valor e importancia para estas personas.
- **“Momentos de conciencia”** (Despierto sin control): Es la persona que se ha dado cuenta de que la “vida humana” es algo más que las funciones básicas de un primate. Intenta controlar sus emociones y actuaciones; se percata por momentos de la existencia de las cualidades superiores del hombre y desea incorporarlas a su vida, aunque no lo consigue del todo. Comienza a dar importancia a la vida interior, a vivir y pensar en los demás, a la espiritualidad.
- **“Conciencia despierta”** (Autocontrol): Es aquella persona que vive consciente de su realidad inmortal, de la importancia de tener una vida que le permite realizarse; se autocontrola, se exige y se vuelca en el servicio altruista hacia su prójimo, de donde obtiene su felicidad, equilibrio y armonía interior.
- **“Conciencia Trascendental”** (Plenitud del Ser): Es el estado superior de conciencia al que muy pocos llegan en la Tierra. Es la plenitud de aquellos espíritus superiores que unificados con la mente divina o conciencia universal (mencionada arriba) son auténticos modelos del Amor y de la Sabiduría Espiritual, interpretando fielmente los atributos de la divinidad en la Tierra.

¿Qué es la conciencia y su relación con el espíritu o

alma humana?

Cuando nos referimos a la conciencia en sí misma, la ciencia se queda callada. No hay nada en el campo de la física, la química, la biología o cualquier otra ciencia que ofrezca una explicación razonable de nuestro mundo interior.

Atendiendo a su auténtica naturaleza y no a los estados de conciencia ni a los niveles de esta, podemos afirmar que una definición aproximada sería considerarla como: **“La fuerza más poderosa del espíritu, que administra, organiza y acumula todas las energías psíquicas depositadas en la mente”**.

Desde un enfoque ético y el aspecto moral; y respetando la libertad e importancia de la conciencia como la brújula certera del ser humano -en su ética de comportamiento-, destacamos una frase del gran político y filósofo de la Roma del siglo I a.C.:

“Mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo” Marco Tulio Cicerón, Filósofo y Político romano, s.I a.C.

Sobre esto mismo, **el Reino de Dios** al que el Maestro Jesús se refiere numerosas veces es exactamente la Conciencia, la simiente eterna y chispa divina, **la firma que el Creador esculpió en su obra humana**. Por ello la conciencia progresa y evoluciona paralelamente al avance y depuración del alma humana, y la construcción de ese reino en el interior del ser humano es la purificación del espíritu y su camino hacia la perfección.

Por último, la filosofía espírita codificada por Allan Kardec en el siglo XIX mediante su trilogía del ser humano “Alma, Perí-espíritu y Cuerpo físico”, concede especial importancia a la conciencia, pues esta acompaña la evolución espiritual del ser desde los primeros estadios evolutivos, creciendo en inteligencia y moral, archivando todas las experiencias y percepciones a lo largo de las distintas vidas que la reencarnación permite al espíritu.

En este último caso la conciencia no actúa sólo como una fuerza o como un gran ordenador que graba en la memoria

inconsciente del ser su trayectoria inmortal, sino que es fundamental su función como guía principal del progreso espiritual del hombre hacia la eternidad, ya que en ella se inscribe la huella que Dios dejó al hombre cuando lo creó: sus leyes. Por ello el profesor Rivail preguntó al respecto y así le respondieron:

Pregunta: “¿Dónde está escrita la Ley de Dios?

Respuesta: *En la conciencia.*”

Allan Kardec - Libro de los Espíritus - ítem. 621

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XII

INTELIGENCIA Y PENSAMIENTO

Expresión del alma, no del cerebro

“El pensamiento es la manifestación de la mente originado en el espíritu. Este posee la facultad mental que expresa el pensamiento y utiliza el cerebro humano para comunicar sus ideas”

Como brillantemente explicó el padre del racionalismo filosófico, René Descartes, la característica principal que define al hombre es la capacidad de pensar, y a través de ella se puede confirmar la realidad de la propia existencia. De ahí su famosa frase “*Pienso, luego existo*” (cógito, ergo sum).

La inteligencia es una facultad de la mente que nos permite no sólo pensar, sino capacidades de raciocinio, de cognición, de análisis, y el poder entender lo que ocurre a nuestro alrededor. Sin embargo, en la evolución antro-po-socio-psicológica de la especie humana, donde nuestros ancestros provienen del Homo sapiens y con anterioridad de los simios, la inteligencia apenas existía a un nivel primario, siendo el instinto el gobernador principal de las acciones y reacciones de nuestros antepasados.

El instinto en sí es otro tipo de inteligencia más rudimentaria que predomina, ampliamente desarrollada en especies inferiores como los animales. También está presente muchas veces en la vida del hombre mediante automatismos de la especie de forma inconsciente, y en contadas ocasiones de forma consciente. Es el acervo de la evolución anclado en el inconsciente profundo del ser que demuestra que somos un ser milenario, con automatismos fisiológicos y psíquicos procedentes de las experiencias de vidas anteriores, pero con un acervo todavía mayor de características psicológicas y espirituales cuyo origen se remonta varios millones de años, cuando el principio que ahora nos rige comenzaba sus primeras experiencias evolutivas en los animales unicelulares.

Así pues, el hombre es el resultado de su herencia biológica, psicológica y espiritual, y el grado de inteligencia que posee cada uno es personal, individual e intransferible, pues procede de la totalidad de procesos evolutivos por los que cada ser transcurre en su andadura evolutiva. Si prestamos atención a la ciencia, el psicólogo Howard Gardner presenta en el hombre hasta ocho tipos de inteligencia diferentes que abarcan todo un amplio campo de la cognición, la percepción, la sensación o la emoción.

“Cada ser humano tiene una combinación única de inteligencia, podemos ignorar las diferencias, pero creo que todas las personas tienen un tipo de mente distinto”

Howard Gardner – Psicólogo, Teoría de las Inteligencias Múltiples

El enfoque de la neuropsicología de Gardner es acertado al respecto de la individualidad de la mente humana y sus características diferenciadas en cada individuo, pues las capacidades cognitivas dependen en gran medida de las experiencias de conciencia y grados de aprendizaje de cada persona, de lo que se derivan hábitos y patrones mentales y cognitivos específicos que definen a cada persona como única en sus hábitos mentales y formas de razonar.

No debemos olvidar que una parte muy importante de la “manera de pensar” que cada uno de nosotros tenemos tiene que ver con nuestras experiencias pretéritas, las vivencias y aprendizajes que nuestra alma lleva incorporada desde miles de años en distintas vidas y que nuestro inconsciente profundo guarda celosamente.

En algunas ocasiones, y en función de cuestiones kármicas o de planificación reencarnatoria, el inconsciente aflora abruptamente dando lugar a situaciones incomprendidas y complejas, pues su causa se encuentra en el pasado. Esto ya está siendo investigado con profundidad por las terapias de regresión de la memoria o de vidas pasadas, confirmando de paso que **la mente es inmaterial y trascendente** pues los recuerdos y la memoria inconsciente nos acompañan siempre, sea cual sea la vida física en la que nos encontremos.

Respecto al origen de la inteligencia, los científicos naturalistas la atribuyen a una función de la mente. Esta afirmación no es del todo precisa, el problema llega a la hora de explicar el origen de la mente, pues consideran que esta última es producto de las relaciones que se establecen entre las neuronas cerebrales que dan origen al pensamiento y mediante un proceso evolutivo. Y como ya hemos explicado en capítulos anteriores y reiterado en el párrafo anterior, la mente no es un producto del cerebro ni de las conexiones neuronales sino un atributo e instrumento del alma humana, inmaterial y trascendente como atributo del espíritu.

Sin embargo, aunque la neurociencia ha avanzado espectacularmente, todavía están muy lejos de probar que las sinapsis neuronales sean las que producen la inteligencia. Tal afirmación, es más un deseo que una tesis comprobada; los hechos lo desmienten, pues la inteligencia ya no depende únicamente del Qi (Coeficiente Intelectual) sino que la emoción tiene también mucho que decir en ese proceso, y **la forma en que se procesa la inteligencia emocional** no está todavía verificada, tanto es así que en este campo, son más las sombras que las luces que puede presentar la neurociencia.

“El pensamiento es energía. Cuando es elaborado por la mente es neutro, lo que lo tipifica son las emociones”

S. Caldas Schubert

Es más, según la **“tesis fisicalista”**, una persona a la que se haya trepanado una parte de su cerebro debería perder parte de su capacidad intelectual o emocional, así como su propia conciencia e individualidad si todo esto emerge del cerebro. Sin embargo, se observa todo lo contrario; la persona puede perder recuerdos, memoria o capacidades sensitivas, pero lo que no pierde nunca es la inteligencia, la individualidad ni la conciencia propia de su existencia. Este simple ejemplo nos demuestra que la mente, como sustancia inmaterial que es, no puede ser originada por la masa material del cerebro, más bien al contrario, el cerebro es el aparato, el receptor de los impulsos de la mente que no son otros que los pensamientos y las emociones.

Además, avances tan importantes como la disciplina de la psiconeuroinmunología, puesta en candelero por la eminente neurocientífica Candance Perth, nos confirman la importancia de las emociones como lazo de unión entre lo espiritual y lo biológico, afirmando en su obra *“Las Moléculas de la emoción”*:

“Creo que las emociones son un puente no sólo entre la mente y el cuerpo, sino también entre el mundo físico y el espiritual”

Dra. Candance Pert

Comprendiendo que somos seres inmortales en cuanto a nuestro espíritu, que viene evolucionando desde hace millones de años, es todo mucho más fácil. La inteligencia es efectivamente una función de la mente, y esta no es otra cosa que un instrumento del espíritu, como la propia conciencia, siendo el propio cerebro el dispositivo que la expresa. Es la voluntad de nuestro ser inmortal y milenario la que imprime a través de la mente las

capacidades intelectivas y emocionales, así como las respuestas que damos a las sensaciones y percepciones que experimentamos y que el sistema nervioso central traslada a nuestro cerebro.

La inteligencia es así el resultado del proceso evolutivo de cada espíritu en su trayectoria milenaria. Unos más y otros menos inteligentes, no depende del tamaño del cerebro ni de los genes biológicos heredados de nuestros ancestros *-como debería ser si fuera cierta la teoría materialista-*, sino del desarrollo alcanzado por nosotros mismos en esa área intelectual a través de las diferentes experiencias en la carne, vida tras vida, asimilando, comprendiendo, razonando, creciendo intelectualmente.

Si la inteligencia fuera herencia de los genes, ¿cómo es posible que de padres, abuelos o tatarabuelos analfabetos puedan surgir genios y personas de inteligencias privilegiadas? y al contrario, ¿cómo de padres inteligentes y de mentes brillantes, pueden surgir hijos con escasa inteligencia a pesar de estar biológicamente sanos?

Sin duda la inteligencia es lo que caracteriza el **“principio inteligente”**, definición dada por Allán Kardec para explicar la característica esencial del alma humana. No sólo eso, la evolución, y con ello el desarrollo de la inteligencia presenta una doble naturaleza, animal y espiritual. La primera procede de la evolución biológica de especies inferiores, vegetal, animal y humana, mientras que la segunda hace referencia a la evolución del principio espiritual que acompaña la evolución biológica desde la primera célula. **Un principio espiritual que, al llegar a la etapa humana, se convierte en principio inteligente** y adquiere las facultades de la mente y con ello la inteligencia que lo llevará a las capacidades de auto reflexión, abstracción, conciencia de sí mismo e individuación.

El acto de *pensar sobre uno mismo* es una de las características de la mente humana que nos diferencia de los demás reinos de la naturaleza. Algunos animales también tienen pensamientos incipientes, instintivos, discontinuos, e incluso demostrado está que tienen emociones (tristeza, alegría, etc.) Sin embargo, no tienen autoconciencia, ni tampoco son capaces de reflexión, abstracción o cognición.

“Todo efecto inteligente procede de una causa inteligente”. El principio inteligente (Espíritu Inmortal o Ser pensante) procede sin duda de una causa inteligente que lo ha creado simple e ignorante, y que contiene en estado latente las capacidades de desarrollo intelectual, emocional y espiritual propias de su creador. Capacidades y cualidades que mediante el impulso y el desarrollo de la evolución a través de millones de años van elevando su potencial intelectual y moral, en rumbo permanente hacia la plenitud, la felicidad y la perfección relativa a la que todos estamos llamados.

El pensamiento humano ha ido evolucionando a través del desarrollo de la mente, y ésta no es más que un instrumento del alma. Así pues, el acto de pensar no es producto de una segregación o exudación neuronal del cerebro sino del principio inteligente que somos y que progresa y evoluciona con y sin cuerpo físico, en una trayectoria milenaria que se desarrolla durante muchas vidas en la carne, alcanzando con ello el desarrollo moral e intelectual.

“El pensamiento es un atributo del espíritu”

Allán Kardec L.E. ítem 89 a

El pensamiento emana del espíritu, y los procesos mentales que conlleva, a saber: razón, discernimiento, cognición, lógica, capacidad de comprensión, memoria, etc., culminan en la conciencia, formando así nuestra propia individualidad a través del tiempo y el espacio. Tanto es así, que la famosa frase **“somos lo que pensamos”** es una certeza incuestionable que muy pocos hombres de ciencia ponen ya en duda.

El pensamiento es energía, y como tal, vibra en determinadas frecuencias según su naturaleza o sutilidad. Y el pensamiento es también una fuerza tan poderosa que es capaz de llegar a los confines del universo, puesto que la ley de vibración nos permite comprender que todo el cosmos está interconectado, diferenciándose los seres por su grado de evolución y patrón vibratorio.

Así mismo, el poder del pensamiento es tan enorme que supera la velocidad de la luz. Es, además, el mecanismo privilegiado que usan los espíritus para desplazarse por el espacio cuando se encuentran en estado espiritual.

Hoy, la neurología prueba que la plasticidad cerebral es una realidad, y que con los pensamientos podemos modificar, no sólo nuestra forma de actuar y de conducirnos en la vida, sino los mecanismos propios de ese **“aparato replicador de la mente”** que llamamos cerebro.

Demostrado está ya por la ciencia que las neuronas cerebrales son sensibles a los cambios y transformaciones que el pensamiento impregna en ellas, creando nuevas vías y canales de información, recepción y acción que sustituyen a otros cuando el pensamiento incide de forma continua y repetida en nuevas formas y distintos hábitos de pensar.

“Si no actúas como piensas, terminarás pensando como actúas”.

Blaise Pascal – Matemático y filósofo s. XVII

Como podemos comprobar, ya Pascal, una de las grandes luminarias de la humanidad, sabía de la influencia del pensamiento en la conducta humana en una época en la que no existía ni la neurología ni la psicología. Actualmente la psicología definiría la frase de Pascal bajo el concepto de *“disonancia cognitiva”*. También hoy, científicos como el Dr. Richard Davidson, uno de los mayores investigadores sobre la influencia de las emociones y los pensamientos, confirman los cambios que el cerebro sufre en su estructura fisiológica mediante la plasticidad neuronal, como ya vimos en un capítulo anterior.

La potencia del pensamiento es tan importante que vivimos en un océano de pensamientos que nos rodean, cuantificándolo en más de 90.000 los que atraviesan nuestra mente diariamente, según nos afirman psicólogos de la talla de Daniel Góleman. Por supuesto, la mayoría de ellos pasan de forma inconsciente por nuestra mente, de manera instantánea.

Nuestra mente, vibrando en una frecuencia determinada en función de la naturaleza de nuestros propios pensamientos, atrae, como una antena, aquellos que son similares a los que nosotros tenemos, nutriendo y alimentando los que son propios. Así, por repetición, se conforman las estructuras mentales que se imprimen en las rutas neuronales del cerebro y que nos dirigen por la vida condicionando nuestra particular forma de pensar. Y este proceso de patrón repetitivo genera a su vez nuestra peculiar capacidad de cognición y de mente individualizada y diferente.

No podemos olvidar tampoco el poder creador del pensamiento, pues todo pensamiento emitido por nosotros regresa inevitablemente, queda imantado en nuestra alma, alimentado por la energía de nuestros deseos o de la atención que dedicamos a unas cosas u otras en función de lo que nos interesa y de la fuerza emocional que le acompaña.

La relación entre la salud física, el bienestar psicológico y el pensamiento es total. Nuestros pensamientos y emociones provocan en el cerebro, a través de las neuronas, las vibraciones y relaciones electromagnéticas necesarias que liberan unas sustancias llamadas hormonas; es **la función bioquímica del cerebro**, y estas son de diferentes tipos según la naturaleza de los pensamientos y emociones que emitimos.

Por ejemplo, pensamientos negativos que derivan en estados de angustia, estrés, miedo o depresión, o emociones tóxicas como el odio, el rencor, los celos, etc., liberan sustancias como el cortisol o la noradrenalina, que elevan la presión arterial, y llegando al riego sanguíneo deterioran las células y las enferman, derivando en enfermedades graves y degenerativas (cardiopatías, cánceres, alzhéimer, etc.).

Mientras que pensamientos optimistas, positivos, y emociones nobles como el amor, el perdón, la alegría, etc., llevan al torrente sanguíneo serotonina, endorfinas y otras sustancias bioquímicas que regeneran la actividad celular, sanando y equilibrando el sistema nervioso y orgánico y retrasando el envejecimiento, mejorando así no sólo la salud física sino también el bienestar psicológico.

“A semejanza de la luz que se propaga, el pensamiento, con su velocidad y constitución irradiado por la mente, y, por identificación vibratoria, alcanza los centros celulares que se preservan o se desestructuran conforme a la potencia de la energía que portan”.

Divaldo P. Franco - Libro: Jesús y Vida.

Como podemos comprobar, el pensamiento es una fuerza creadora, atributo del espíritu inmortal, que permite al ser humano modificar la realidad que le rodea, y en función de la dirección y naturaleza que le asignemos bajo nuestro libre albedrío, nos ayuda a construir un presente saludable, feliz y positivo; o, por el contrario, una realidad plagada de sombras, enfermedades, incertidumbres y sufrimiento en nuestro paso por la vida actual.

Y puesto que el pensamiento se marcha con el espíritu cuando este deja el cuerpo físico después de la muerte, sigue, en el otro lado de la vida, ejerciendo su influencia en nuestro comportamiento y forma de actuar.

De aquí la necesidad de educar la mente y controlar el pensamiento. Este es un trabajo que cuanto antes se consiga, antes se notan los beneficios a todos los niveles. En ello nos puede ayudar el conocimiento de nosotros mismos, la sustitución de pensamientos equivocados y ruines por otros nobles y elevados, y especialmente la meditación y la oración.

Estas dos últimas herramientas no sólo consiguen aquietar la mente y conocernos mejor, sino también conectarnos con la fuente superior de la mente humana que no es otra que la Mente Divina, de la que fluye permanentemente la energía del pensamiento e inteligencia suprema que dirige y coordina todos los niveles de la realidad.

“La capacidad de sintonía de la mente no es propiedad del cerebro, considerado un órgano material, este es sólo el vehículo de manifestación de la mente que evidencia un principio espiritual desarrollado desde la materia inanimada”

Dr. Moacir Costa, Físico.

ANTONIO LLEDÓ

Tercera parte

Propósito y evolución

“El espíritu no llega a recibir la iluminación divina que le permite la conciencia, el libre albedrío y la noción de su destino, sin haber pasado por la serie de los seres inferiores, entre los cuales elabora lentamente su individualidad. Y es a partir de ese día cuando el espíritu toma lugar entre la humanidad”.

Allan Kardec – Libro: “El Génesis”, cap. VI

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XIII

SENTIDO Y PROPÓSITO

Experiencia vital adecuada

“La vida es un objetivo o una meta, el significado es la manera en cómo ocurren las cosas, y si estas tienen sentido para nosotros en base al propósito final que hemos aceptado”.

Además de las religiones, las costumbres y las tradiciones de los pueblos, la historia de la filosofía nos ha mostrado a lo largo del tiempo diferentes concepciones sobre lo que es la vida.

Por exponer alguna de las más actuales: **la vida es propósito y significado**. Es propósito porque cada persona busca, directa o indirectamente realizarse, mediante un logro que suele considerar el propósito principal de su existencia. Y es también significado, porque para conseguir el propósito de la vida hay que actuar de forma que aquello que hagamos tenga un significado importante para nosotros que nos confirme que vamos en la dirección adecuada para conseguir el propósito.

Precisamente el orden, el equilibrio, la precisión y el ajuste de las leyes que rigen el funcionamiento del universo y de la vida humana son el indicador más esclarecido que nos confirma un propósito o un sentido detrás de las mismas. Lejos, muy lejos del azar o el origen aleatorio o casual que el positivismo pretende hacer creer dentro de la ciencia.

“El azar carece de causa e inteligencia que lo produzca, por lo que es improbable”

Carl G. Jung, Psiquiatra y fundador de la Psicología analítica

Todo ello lo confirman dos principios ya plenamente aceptados en la epistemología científica: **“el ajuste fino”** y **“el principio antrópico”**. Este último, confirmando la dificultad de la aparición de la vida y del hombre sin un elaborado plan, matemáticamente perfecto, que solamente puede haber sido articulado por una Mente Superior ajena a las capacidades humanas y totalmente improbable de concretizarse por las leyes de la probabilidad y el acaso.

Así como el universo y la naturaleza expresan un propósito que todavía desconocemos en profundidad, el hombre, cúspide del proceso evolutivo de los seres vivos no puede estar exento de significado y propósito, y aquí podemos explicar que existen dos tipos de propósitos: uno de carácter general de la especie humana y otro particular e individual. Ambos suelen ser abordados desde la psicología, la filosofía, la espiritualidad o la religión.

A nivel psicológico, la vida tiene un profundo sentido trascendente. El hombre quiere trascender, quiere dejar huella, mediante un ejemplo, una obra musical, literaria, siendo un buen padre, dedicándose altruistamente a una causa noble, etc. Todos ansiamos dejar huella, perseverar en la memoria de los que nos aman, aunque conscientemente no lo admitamos. Y en ese anhelo de trascendencia juegan un papel importantísimo la libertad de poder elegir y el amor; este último es un sentimiento que sublima al ser humano por encima de su propia identidad.

El gran psiquiatra de finales del siglo XX, Viktor Frankl, afirmaba que no somos únicamente materia, ni solo una máquina biológica, psicológica y social, sino también espiritual, trascendente, capaz de sublimarnos y elevarnos a través del amor. Ese es el sentido psicológico de la vida. Y esclarecía todavía más acerca del vacío existencial, que tantos suicidios

origina, con esta frase:

“El vacío existencial es la neurosis colectiva más frecuente en nuestro tiempo”

Elegir *la experiencia vital adecuada* evita enormemente la pandemia del suicidio que hoy día está tan extendida. Podemos optar por una experiencia estrictamente material que nuestra sensorialidad, apetitos y anhelos materiales nos demandan. Esto nos lleva a una vida carente de significado y llena de frustración, pues el placer es efímero y las adquisiciones materiales son objetos que nos llenan fugazmente y que siempre ambicionamos en mayor medida. Cuando pasa el placer y conseguimos aquello que anhelábamos encontramos el vacío existencial propio del que tanto habla Frankl. Y es aquí donde muchos sucumben al suicidio al no tener otras perspectivas de vida. La doctora Barbara Frederikson de la Universidad de Carolina del norte en U.S.A. afirma:

“Los placeres hedonistas son como calorías vacías: no aportan nada. A nivel celular respondemos positivamente a un bienestar psicológico basado en la conexión y el propósito”.

La otra opción de *experiencia vital* tiene que ver con la trascendencia y el descubrimiento de nuestro espíritu inmortal, que está en el interior y que es nuestro auténtico ser, que nos identifica. Descubrimos entonces que la vida es extraordinaria y maravillosa y que el amor es la argamasa, el punto de encuentro con nuestros semejantes que nos permite crecer y evolucionar conscientemente. La vida es un excepcional milagro que Dios concede al hombre para su progreso y crecimiento. Y esto nos aleja del suicidio y nos lleva a querer vivirla intensamente siendo útiles a los demás. El despertar a la realidad del alma inmortal nos permite entender que aquí estamos de paso y que *tenemos propósitos y significados concretos que llevar a cabo* durante el tiempo que vivimos en la Tierra.

Entre las hipótesis filosóficas, la que nos ofrece mayor criterio, lógica y argumentos justificados es la del espiritualismo moderno, también llamado espiritualismo de vanguardia

o bajo su nombre original: espiritismo. La filosofía espírita nos confirma que el ser humano tiene un **propósito general** para todos los seres humanos en la Tierra: **el adelanto y la purificación del alma inmortal**, que regresa una y otra vez mediante la reencarnación para seguir progresando y desarrollando las cualidades innatas que posee en su conciencia a fin de alcanzar la perfección y felicidad espiritual.

Además de ello, cuando venimos a la Tierra traemos un **propósito particular** e individual de cada cual; o lo que es lo mismo: un programa para seguir creciendo, superando las dificultades, desarrollando cualidades y enfrentando los retos, las expiaciones y pruebas, cuyas causas hemos sembrado nosotros mismos en vidas anteriores, mediante el libre albedrío del que disponemos.

Y ese propósito particular que traemos en cada vida para cumplir en la Tierra, es planificado y aceptado antes de tomar cuerpo, en el plano espiritual. Conforme avanzamos en el adelanto y progreso intelectual y moral adquirimos la capacidad de incrementar nuestro libre albedrío y con ello, decidir por nosotros mismos el camino a seguir. Madurar espiritualmente es despertar a la realidad del alma inmortal con una visión trascendente a largo plazo y nunca en base a las condiciones puntuales de una sola vida, cortoplacista y limitada por las circunstancias específicas de ese intervalo minúsculo de tiempo en comparación con la trayectoria milenaria del alma.

“La preocupación o desesperación por encontrarle a la vida un sentido valioso es una angustia espiritual, pero en modo alguno representa una enfermedad”.

Viktor Frankl, Psiquiatra

Así pues, aceptar el compromiso espiritual que traemos cuando encarnamos en el planeta es el **propósito superior que nuestra alma tiene encomendado**. Este no tiene por qué ser una gran epopeya, una obra que tenga repercusión o

fama. La mayoría de los compromisos elevados tienen que ver con el ejemplo y el sacrificio que podamos llegar a aceptar para ayudar a otros con los que venimos en los círculos familiares, de amistades, etc.

Y generalmente son situaciones anónimas, de vidas ejemplares que quedan en el anonimato más absoluto, pero tienen una enorme repercusión en aquellos que las viven o experimentan. Con ello crecemos, elevamos nuestro nivel de conciencia, saldamos débitos pretéritos, y afianzamos los lazos de amor y afecto mutuo con los seres que amamos y que perdurarán siempre, en el plano físico y posteriormente en el espiritual.

Este enfoque nos confirma que somos libres y somos igualmente dueños de nuestro propio destino, construyéndolo a lo largo del tiempo y de los siglos. Y si bien somos responsables de los aciertos y errores, siempre existe una ley moral que corrige los atentados que cometemos y actúa con soberana justicia y perfección: la ley de causa y efecto, o lo que es lo mismo, **lo que se siembra se recoge**, antes o después.

El sentido espiritual de la vida no es ni más ni menos que un **“sentido moral”**. Para el gran filósofo de la antigüedad, Aristóteles, el fin último de la educación es el **“desarrollo moral de los ciudadanos”**. En la acepción que tiene la palabra moral, despojada de connotaciones religiosas, y que significa realmente la capacidad de las personas de distinguir el bien del mal. El hombre es un ser moral porque ha sido dotado de libre albedrío; y esta libertad que nadie nos puede arrebatar, como confirma Frankl, nos permite decidir por nosotros mismos que camino escoger; el de lo correcto o el de lo incorrecto, el bien o el mal.

Algunos años antes que Frankl, y en la comprensión del eminente Carl G. Jung, padre de la psicología analítica, el discernimiento del bien y del mal constituye la base de un mayor nivel de conciencia para el alma humana.

La inmortalidad del alma es un camino de trascendencia hacia la perfección y la plenitud del ser espiritual que somos, como una escuela en la que aprendemos y nos ponemos

a prueba. Esta visión ofrece una perspectiva mayor, pues se comprende que la vida no acaba con la muerte, siendo esta última únicamente una transformación, donde prescindimos de un cuerpo biológico para seguir viviendo integralmente en estado espiritual.

También **en la vida espiritual existe un sentido**, que se halla perfectamente imbricado con el que se posee cuando tenemos un cuerpo biológico; pues en ambos casos el sentido principal de la vida es el progreso moral, el avance intelectual y el ascenso en la escala evolutiva del alma humana en otro plano de conciencia, revestidos de un cuerpo semi-material llamado periespíritu que nos ofrece todo tipo de experiencias intelectuales, psicológicas, sensitivas y espirituales.

Este elemento “semimaterial”, del que ya hemos hablado en capítulos anteriores, es el **“eslabón perdido”** que buscaba Descartes en el siglo XVII para comprender cómo un cuerpo mecánico y material como el nuestro podía ser animado por una mente o alma inmaterial cuando las sustancias de ambos elementos son tan diferentes. El estudio del ser humano debe ser abordado bajo esta premisa, de lo contrario nunca se llega a la comprensión integral de la naturaleza humana, pues esta no es sólo material sino fundamentalmente energética y espiritual. *Las diferentes formas de denominar y calificar el cuerpo intermedio* que Allán Kardec definió como “Periespíritu” no son importantes, lo relevante es que este “lazo de unión” es la auténtica clave de bóveda para entender la naturaleza humana y la conexión entre el Alma y el Cuerpo físico.

La energía a la que podemos llamar alma, espíritu, psicosoma o conciencia, es permanente e inmortal, se desarrolla, crece y vuelve a repetir el ciclo de volver a la Tierra para seguir incorporando nuevos cuerpos que le permitan adquirir experiencias, modelarse, progresar y alcanzar mayores estadios de evolución, crecimiento intelectual y moral, buscando la plenitud.

Este proceso evolutivo no está exento de significado, como ninguno de los que observamos en la naturaleza. Todo tiene su propósito y el hombre debe intentar descubrirlo para dar

así sentido a su vida y alcanzar la auto realización que nos significa como seres libres, con capacidad de poder elegir y autonomía para construir nuestro propio destino.

“Cualquier persona en cualquier circunstancia, aunque sea de sufrimiento extremo, puede aferrarse a una razón para vivir. La motivación más importante del ser humano es precisamente esa: otorgar un sentido a la vida en cualquier situación”.

Victor Frankl - Psiquiatra

El sentido último del ser humano es el de un ser consciente, plenamente desarrollado intelectual y moralmente. Sí, moralmente, pues las últimas investigaciones nos hablan de que una conducta recta, con sentido del deber, no sólo de los derechos, además de una conciencia limpia y un trabajo digno, fortalecen al ser humano llevándolo hasta límites insospechados que solamente él puede limitar.

En el crecimiento humano vemos cómo existen ejemplos de iluminación y autoconciencia extraordinarios. Seres que pasaron por la Tierra y demostraron que eso es posible para todos. Y en todos los casos incidieron en que el único método para alcanzar esta iluminación era la transformación moral y el desarrollo de los valores superiores del alma. La purificación de esas energías que somos nosotros mismos.

Cuando nos adaptamos y nos esforzamos por crecer espiritualmente y mejoramos nuestra propia naturaleza moral (pensamientos, sentimientos y acciones) todo nuestro mundo alrededor cambia, creando los “campos cuánticos o energéticos”, por aludir a una comparación, que nos rodearán de energías saludables y bienestar permanente, acercándonos a los estados interiores de paz, serenidad y felicidad que todos merecemos y a los que estamos destinados.

El hombre, ese ser creado “*a imagen y semejanza de Dios*” que nos dicen las religiones, es sin duda un ser inmortal capaz de cualquier tipo de realización. En la conciencia escribió

Dios las Leyes Morales que rigen a todos los seres inmortales del universo, en este mundo o en otros. Esa Conciencia, que la Ciencia está comenzando a descubrir en su sentido integral, es la propia Alma del hombre. Y todo ello forma parte del sentido profundo de la existencia humana: *el progreso y adelanto espiritual*.

Un hombre estudiado de forma integral en sus cuatro aspectos biológico-psicológico-sociológico-espiritual, podrá presentarse como integrante de un Cosmos universal del que forma parte, sea en el momento espacial de tres dimensiones que conocemos o en otras dimensiones que ahora se están empezando a descubrir.

Nada es inútil ni obedece al azar en el Universo, todo se encadena, todo se une, **todo sirve a un propósito**, y por ello la Mente Creadora y diseñadora de este proyecto es única, atemporal, inmaterial, eterna, inmutable, omnisciente, omnipotente, soberanamente justa y buena. Si a ello queremos llamarle Dios, podemos hacerlo. Porque sea como fuere nunca podremos escapar de la realidad de su existencia, aun negándolo una y otra vez; pues como bien dijo un sabio humanista llamado Erasmo de Rotterdam, recordando una frase de la antigüedad:

“Invocado o no invocado, Dios está presente”

(“Vocatus atque non vocatus, Deus aderit”)

Sin duda ninguna Dios tiene un propósito y un plan para el hombre que somos incapaces de comprender en su totalidad; sin embargo, sí que vislumbramos algunos rasgos de este plan al comprender cómo actúan las leyes físicas y morales que ha creado tanto para la naturaleza como para el hombre.

Un examen riguroso de estas leyes perfectas nos indica que la creación es un **“propósito de amor universal”**, pues Dios no ha necesitado del hombre para existir, al ser eterno y omnipotente, y sin embargo todo apunta, también las investigaciones de la ciencia de vanguardia, a que la creación es un acto de amor todavía ignorado en profundidad, en el que el hombre juega un papel esencial, al ser el espíritu humano el

único que puede intentar conocer a su creador.

Quizás por ello, en la auto realización del ser y en el propósito de la vida **el amor es la conquista más importante que nos vincula a nuestro origen**, un origen excelso como afirmó el filósofo. De esta forma estamos en condiciones de inferir que en el principio y el final del ser humano encontramos siempre el agente que ha diseñado, creado e impulsado la realidad y todo lo que existe con perfección, orden y amor absoluto: Dios.

“El amor es la meta más elevada y esencial a la que puede aspirar el ser humano, la plenitud de la vida está en el amor y se realiza a través de él”

Viktor Frankl, Psiquiatra

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XIV

EVOLUCIÓN SIMULTÁNEA

Del átomo al ángel

En la primera molécula de azúcar surgida en las aguas de los océanos iniciales, a consecuencia de la ruptura del agua marina sobre las rocas, se inicia el proceso de la vida unicelular en las primeras algas o plantas marinas. Posteriormente la mitosis celular, la reproducción asexual y por último la reproducción sexual darán origen a los procesos biológicos que originan la vida en el planeta a través de las distintas especies pluricelulares y el desarrollo de las plantas y los animales.

“Desde el primer proceso biológico existe en él un campo de fuerza organizador, un principio que se forma concomitantemente con la propia vida, capaz de almacenar su experiencia pasada y que funcionaría como un modelo organizador biológico (M.O.B.)”

Ing. Hernani Guimarães Andrade - Libro: Biología Trascendental

Lo que distingue la materia inanimada de la materia con vida o biológica es la existencia de ese sistema organizador biológico del que habla Hernani Guimarães Andrade. Ese organizador cohesiona las moléculas del cuerpo al que anima, dotándole de crecimiento y evolución, mientras que en la ma-

teria inanimada esas moléculas se encuentran disgregadas y tienden -por la ley de la entropía- a la desorganización y transformación energética.

Desde ese primer momento se sustancia una evolución simultánea en el plano físico y en el extrafísico. Detrás de cada célula (organismo vivo más pequeño) existe **un origen físico y otro extrafísico**. El primero obedece a la formación de las condiciones que promueven la formación de los planetas y su biosfera. Hoy día podemos afirmar que, según la ciencia, procedemos de las estrellas, y como tal, en todos los planetas en formación se originan los elementos interestelares, y de la combinación del carbono, el oxígeno, el hidrógeno y el nitrógeno que permiten la consolidación de atmósferas adecuadas se inicia el desarrollo de la vida posterior.

El origen físico está claramente explicado, y de su evolución posterior hablaremos a continuación; pero el aspecto extra-físico lo representa el MOB, y el origen de este tiene que ver con la Mente Suprema que dirige y crea el universo físico-espiritual. Esta mente superior, consciente e inteligente, como afirmaba el premio nobel Max Planck, está detrás de la energía y la materia -la crea, la sustenta y la dirige-; siendo así que sin la intervención de esta Conciencia y Mente Superior que crea el Fluido Cósmico Universal -del que procede el MOB- nada existiría por sí mismo.

“El fluído cósmico es la fuerza en la cual todos vivimos en los diversos sectores de la naturaleza. Por tal motivo se ha manifestado con absoluta razón que en Dios nos movemos y existimos”

Desde antes de la aparición de la gravedad, el electromagnetismo y las fuerzas cuánticas débil y fuerte, que permiten la aparición del tiempo y del espacio y con ello del universo físico, existe esta Causa Primera que podemos denominar Dios que da origen a la vida y los universos.

Las leyes de la física explican los procesos de esta formación y evolución, pero no tienen en absoluto papel creador alguno. El diseñador está por encima de su obra, y al igual

que podemos comprender el funcionamiento de un vehículo sin saber en absoluto apenas nada de su inventor, lo mismo ocurre con la creación y la vida: podemos entender las leyes que la hacen funcionar sin saber apenas casi nada de la mente que la ha originado.

Así pues, desde el primer momento de la formación de nuestro universo conocido, hace ahora 13.700 millones de años, la intervención de esa Mente Superior y de algunos arquitectos e inteligencias superiores -bajo su supervisión- han venido propiciando el desarrollo de la vida, las galaxias, los planetas y la vida en sí en los mundos que la tienen o la han tenido. Son precisamente estas potencias espirituales, encargadas de la co-creación de los universos, las que actúan directamente en la aparición, desarrollo y evolución de la vida en los planetas en su apartado extra-físico.

Tanto es así que, durante los miles de años que comporta la evolución de un mundo hasta que aparece la inteligencia, ellos son los que permiten, dirigen y estimulan los procesos biológico-espirituales (MOB) que darán como resultado la aparición del hombre y con él la inteligencia y el principio espiritual, que evoluciona desde los reinos inferiores hasta alcanzar el grado de conciencia y libre albedrío que caracteriza al ser humano.

En las primeras fases evolutivas, estas inteligencias dirigen la biogénesis (los procesos de desarrollo biológico y espiritual de los animales y plantas). Tanto es así que el principio vital y espiritual que permite la vida, y que cuando termina el ciclo de existencia regresa al fluido cósmico universal, es manipulado, ordenado y dirigido en una única dirección: la del progreso y evolución de las especies, hasta la **individualización del psiquismo animal** que suele producirse con la aparición de los reptiles.

Antes de ello, todos los animales funcionan en base a un “psiquismo grupal”, que es tratado y modelado para conseguir los resultados posteriores que determinarán procesos de mayor evolución. Con los reptiles el psiquismo se individualiza, aparece el cerebro reptiliano -donde comienzan las emociones-, y del cual todavía hoy conservamos una parte los humanos (el

fenómeno de recapitulación del embrión humano prueba esta evidencia científica).

Con la evolución de estos hacia los animales superiores se va alcanzando un mayor protagonismo de la parte biológica o física y menor de la parte extra-física que, no obstante, sigue interviniendo hasta que se llega al estadio del simio chimpancé (compartimos el 98,5% de genes) y el *Homo sapiens*.

“Durante el periodo de desarrollo del psiquismo animal, exteriorizado en los mamíferos más nobles y alcanzando a los pitecántropos de la era cuaternaria que antecedieron al paleolítico, el principio espiritual fue sometido a procesos de adaptación y selección, asimilando los valores de organización, reproducción, memoria, instinto, sensibilidad, percepción y preservación, penetrando así en los niveles incipientes de la razón”

Chico Xavier & Waldo Vieira, Libro: Evolución en Dos Mundos

Es aquí donde aparece la inteligencia caracterizada en lo que podemos definir como “**pensamiento continuo**” propiciado por el lenguaje, que permite a los primeros homines sapiens-sapiens exteriorizar su pensamiento e interactuar con sus mismos compañeros a través de una comunicación directa donde aparece la imaginación, la creatividad y los primeros signos de conciencia.

Es a partir de este momento cuando el hombre se encuentra sólo frente a sus propios actos; el libre albedrío comienza a regir su comportamiento moral y la responsabilidad de sus actos es únicamente suya. Las intervenciones del mundo extra-físico ya no intervienen directamente en la evolución del hombre, el cual busca en las primeras etapas evolutivas su propia identidad que todavía no logra encontrar, de forma que reencarna casi automáticamente, una y otra vez, a fin de acumular experiencias y vivencias que formen un carácter y una identidad.

Esta evolución biológico-espiritual de la que hemos habla-

do, que es simultánea a todos los procesos de la vida biológica, se bifurca en dos ramas. La primera la del hombre, individualizado, con conciencia, inteligencia y libre albedrío, sometido desde ese momento a las leyes morales que rigen el proceso evolutivo en todos los mundos para los seres inteligentes (principio inteligente = espíritu).

Y otra correspondiente a los reinos restantes de la naturaleza y de la vida, que siguen siendo tutelados por la parte extra-física con la intención de servir de apoyo a la especie superior que es el hombre. Este último alberga en su interior las capacidades y atributos divinos, que el creador colocó allí de forma latente, para que el hombre inicie y complete su desarrollo a través de la evolución que le llevará miles de años.

Una evolución no se entiende sin la otra; y la evolución física o de nuestra naturaleza animal está sometida desde el primer instante a la evolución extra-física que, desde la primera célula, anima con la vida el desarrollo de la biología mediante el principio vital que procede del principio espiritual creado por Dios. Cuando algunos -no todos- biólogos evolutivos nos dicen que la vida es fruto de una “fatalidad biológica”, y que somos únicamente máquinas reproductoras de ADN mediante el resultado de unos genes ciegos que compiten entre sí para sobrevivir, estamos asistiendo a una explicación que tiene más de mito que de ciencia.

En ello coinciden grandes científicos y genetistas del momento, al afirmar que las condiciones que se necesitan para la aparición y sustentación de la vida celular son tan complejas, que la misma ley de probabilidades matemáticas las hace improbables. Salvo que una inteligencia superior, con un propósito concreto, haya creado y puesto esas leyes y condiciones para la aparición y el desarrollo de la vida.

La propia complejidad de la célula, su capacidad de almacenamiento de información (ADN), autoregulación, orden y procesos de funcionamiento nos confirman el ajuste extremadamente preciso de la la vida y su aparición. Y esto es algo imposible de asignar al azar o la casualidad. Así pues, la evolución y la vida tienen siempre detrás el pensamiento, la in-

tención y el propósito de una Inteligencia Suprema y Causa Primera de todo cuanto existe y a la que llamamos Dios.

Él ha dado origen a la vida y propiciado esta **evolución simultánea** que nos hace al hombre la cúspide del desarrollo evolutivo; y la prueba de ello es la creación de nuestra propia alma o espíritu a su imagen y semejanza -espiritualmente hablando- lo que nos dota de inmortalidad y un destino libre y venturoso hacia la plenitud, la perfección y la felicidad.

“Al examinar el fenómeno de la reflexión sistemática, que genera el automatismo de la inteligencia, nos damos cuenta de que la marcha del principio inteligente hacia el reino humano y el viaje de la conciencia hacia el reino angélico simbolizan la expansión de la criatura que Dios creó y que merece, por Ley divina, la aureola de la inmortalidad”

Chico Xavier & Waldo Vieira, Libro: Evolución en dos mundos

Y si el principio comienza en un átomo, el final tiene como resultado la plenitud de la inteligencia en grados de perfección casi absoluta cuando el alma; después de un recorrido millenario de experiencias, pruebas y crecimiento, llega a reencontrarse de nuevo con la fuente de la que partió, pero ahora con plenitud de cualidades y capacidades semejantes a aquel que le dio la vida, para poder colaborar con Él, interpretando su pensamiento, ejecutando su obra y vibrando en la frecuencia del amor divino que el creador impregna en todo el cosmos.

Centrando nuestro análisis en la especie humana, el *Homo sapiens* es apenas una especie de nueva aparición si tenemos en cuenta que la formación del planeta aconteció hace ahora 4.500 millones de años y el *homo sapiens* apareció hace ahora únicamente 200.000 años. El ser humano, se cree el rey de la creación, pero solamente su ignorancia y orgullo puede permitirle hacerse el dueño del planeta cuando apenas tiene hollados sus pies en el mismo, en comparación con otras especies millones de años más antiguas.

Sin recurrir al conocimiento espiritual, es muy difícil responder a los interrogantes del origen de la especie humana; pero cuando se conoce el proceso evolutivo del psiquismo humano y la aparición del espíritu en la Tierra, tal como nos avanza la ciencia del espíritu, todo queda meridianamente claro.

En el estudio evolutivo del psiquismo comprendemos que los animales juegan un papel fundamental en el desarrollo del hombre; pues nuestra naturaleza psíquica debe mucho de su herencia biológica a la formación del psiquismo animal que durante millones de años va evolucionando en las distintas especies.

Pero es preciso resaltar que el psiquismo no es el espíritu; el primero forma el sustrato suficiente para que el segundo pueda incorporarse en una materia y permitir el inicio de su evolución y desarrollo. Y es en esta incorporación donde el psiquismo se ve modificado, al adquirir nuevas capacidades como la conciencia de sí mismo, la aparición de la inteligencia humana y el libre albedrío que lo distingue del resto de los animales. En esa modificación, el psiquismo animal es parte del periespíritu, que permitirá el definitivo acoplamiento del espíritu.

En las primeras etapas no existe apenas diferencia; el nuevo ser se basa casi exclusivamente en su instinto para sobrevivir; con el tiempo, las experiencias y las existencias, la inteligencia irá sustituyendo al instinto como primer motor. También en un primer estadio evolutivo el espíritu, creado sencillo, simple e ignorante, asimila el entorno que le rodea como si de otro animal se tratara; pero, habiendo heredado la socialización del clan en el que se desarrolla, va modificando la misma mediante la relación afectiva con el resto de su especie que va creciendo poco a poco en su interior.

Esta relación afectiva le dota de un sentido de pertenencia a sus congéneres y, en los primeros *Homo sapiens*, la tribu es el lugar donde todos se protegen, se alimentan, se reproducen y se ayudan. Estos primeros hombres, nómadas e ignorantes, desarrollan entre ellos estructuras sociales que incluso hoy podemos vislumbrar en las pocas tribus salvajes que aún quedan

en el planeta. Al ser eminentemente cazadores-recolectores, no tienen sentido de la propiedad privada, y el egoísmo apenas aparece más que para procurarse el mejor alimento. La naturaleza les proporcionará todo lo que necesitan para sobrevivir, y su simbiosis con la misma es la base de su supervivencia.

Con el espíritu, el sapiens no sólo habla y se comunica con sus iguales, sino que comienza a imaginar, a pensar por sí mismo, y aquí convierte su lenguaje (hablado y gestual) en algo diferente, algo que le permite distinguirse del resto de los animales que no tienen conciencia de sí mismos ni saben utilizar su lenguaje para explicar el pasado, el presente o el futuro. El sapiens lo hace, y con ello, con su imaginación y su lenguaje comienza el proceso que le distinguirá definitivamente del resto de especies animales y le encumbrará hacia el dominio de la naturaleza y del resto de las especies.

Todo este proceso no se inicia hasta que el espíritu encarna por primera vez en el cuerpo del homínido cuyo psiquismo ya ha sido individualizado. Es el momento de la intervención espiritual, y en esto consiste el trabajo de los arquitectos espirituales que, habiendo preparado las condiciones, y con la autorización de la Causa Primera, la fuente divina de la creación a la que llamamos Dios procede a acoplar el espíritu recién creado al psiquismo individualizado.

Y esta individualización, que viene dada espiritualmente por Dios al permitir encarnar una chispa divina de su propia esencia, tiene su correspondencia psíquica en el trabajo realizado por esos espíritus elevados que colaboran con Él en la evolución de los mundos y de las humanidades. Ellos preparan el psiquismo animal hasta que lo individualizan, una vez este ya tiene el desarrollo adecuado para albergar un espíritu.

Concluimos entonces en el hecho de que el origen del hombre es claramente debido a una intervención espiritual: la creación del espíritu y su incorporación a un cuerpo grosero y primitivo previa conformación del periespíritu; pero no es menos cierto que fisiológicamente procedemos de la selección natural que la teoría evolucionista de Darwin confirmó. Esta es nuestra naturaleza animal.

El investigador Russell Wallace, naturalista y descubridor al mismo tiempo que Darwin de la teoría evolutiva, se mostró más acertado al explicar que el eslabón perdido fue, sin duda, obra de una inteligencia espiritual que produjo la inclusión de la conciencia en los animales superiores. El afirmó:

“Algo en el invisible Universo del Espíritu ha intervenido por lo menos tres veces en la historia:

- 1. En la creación de la vida a partir de la materia inorgánica.**
- 2. En la introducción de la conciencia en los animales superiores.**
- 3. En la generación de las facultades del espíritu humano.”**

Se confirma una vez más que la naturaleza y la evolución de la misma, así como de los seres que la integran, es una certeza evidente que obedece al cambio, a la transformación de todo lo que existe; todo muda, todo se transforma con el transcurso del tiempo, derivando en formas más sutiles, en inteligencias más avanzadas, en procesos más perfectos.

El hombre partió de la ignorancia, del instinto y de la inconsciencia, hasta llegar a una etapa plenamente humana en la que el ser humano comienza a tener conciencia de sí mismo, va sustituyendo paulatinamente el instinto por el raciocinio y la ignorancia por el conocimiento propio y de la naturaleza que le rodea. Si añadimos a esto los estudios sobre la conciencia, la mente, y los efectos de ambas sobre la personalidad humana, independientes del cerebro biológico, estamos ante la nueva era de un hombre diferente.

“Investigadores célebres y sinceros se sumergen en la observación y la evidencia en el organismo de los hechos, concluyendo que el ser humano en su condición de energía pensante está constituido de psicología y fisiología específicas fuera de la materia. Volviéndose ellos mismos sin darse cuenta en sacerdotes del espíritu”

Divaldo P. Franco, Libro: “Días Gloriosos”

Nada va a volver a ser igual; la propia ciencia basada en conceptos trascendentes y multidimensionales del ser humano, como ya demuestra la psicología transpersonal, la biología cuántica, molecular, o la psicología de las emociones, nos ponen ante la evidencia demostrada por los grandes filósofos, sabios y fundadores de religiones de antaño que defendieron la trascendencia del hombre en su parte espiritual y de conciencia.

El proceso histórico nos pone ante la evidencia de un nuevo hombre, un *Homo sapiens* más tecnológico, pero también más humano, más sensible, más imaginativo, más sociable; y aunque el mal sigue existiendo por doquier en la Tierra, la sensibilidad ante el sufrimiento ajeno es hoy mayor que nunca. Y todo ello a pesar de que el egoísmo, la avaricia y el ansia de poder son elementos negativos que persisten por doquier; sin embargo, también observamos que cada vez son más los movimientos solidarios entre los países y las personas cuando se producen desgracias, terremotos, etc.

Esto nos habla de una nueva conciencia social que despierta de forma colectiva, de la que hemos hablado en el capítulo cinco, y esto es así porque antes ha despertado en el interior del individuo gracias a su progreso y esfuerzo personal. Nada es casual ni surge por azar, y esto refuerza notablemente el aspecto que confirma la reencarnación; pues los que vivimos en la Tierra hoy somos los mismos que la habitamos en épocas de barbarie, y que, gracias a las experiencias vividas en este planeta, vamos reconociendo nuestros errores, progresando moral e intelectualmente, alcanzando mayor sensibilidad, mayor intuición y sobre todo, mayor conciencia de nosotros mismos.

El conocimiento espiritual nos permite comprender que en nuestra trayectoria inmortal espiritual el ser atraviesa todas las etapas, del salvaje al genio, pasando por la etapa “hominal” en la que nos encontramos; comenzando a encarar nuestro futuro hasta la etapa de la “angelitud” a la que estamos destinados a llegar por nosotros mismos, bajo nuestro libre albedrío y mediante nuestro propio esfuerzo de cientos de años y miles de experiencias que todavía nos esperan.

Estamos en tiempos de cambio y transformación vertiginosa en el planeta. Un mundo afectado por una **crisis moral sin precedentes** en la historia que es la antesala de un cambio único de planeta de expiación y prueba a un mundo de regeneración. El nuevo hombre que ya está surgiendo de este proceso pasará de ser el hombre racional al hombre intuitivo y consciente, girando su visión hacia su interior para descubrir allí las capacidades del espíritu inmortal, de donde podrá entresacar la fortaleza y los recursos necesarios para convertirse en un **hombre integral**, acercándose cada vez más al camino que le lleve a un mayor perfeccionamiento espiritual y de adelanto moral.

“La persona, en su evolución hacia Dios a través de las experiencias de las existencias que vive, se vuelve consciente de su entidad espiritual; desarrollando los atributos latentes que lleva en su interior, para convertirse al final de este proceso de hombre-animal en ser-angélico”

Sebastián de Arauco, Temario: Curso de Leyes Espirituales

CAPÍTULO XV

¿IMPORTA ALGO LA MORAL?

Bien, mal o indiferencia

“Dos cosas me llenan de creciente admiración y sobrecogimiento: el cielo estrellado que hay sobre mí y la Ley Moral que hay en mi interior”

Immanuel Kant - Filósofo s. XVII

Esta frase del gran filósofo prusiano, uno de los mayores pensadores de la historia de la humanidad, refleja bien a las claras el pensamiento de muchos grandes sabios, científicos y filósofos de todos los tiempos respecto a la búsqueda de una explicación sobre la existencia y la naturaleza del hombre.

Pero también deja claramente establecido que el ser humano se rige en su interior por una **Ley Moral** de la cual apenas es consciente, y sin embargo es tan importante o más que las leyes naturales que rigen el funcionamiento del mundo a su alrededor. Veamos qué nos dice al respecto uno de los grandes eruditos (C.S. Lewis) del pasado siglo que se propuso refutar con argumentos lógicos todo lo que tuviera que ver con la fe y la existencia de una Ley Moral.

El resultado de esta investigación de varios años le llevó precisamente a renunciar a su propio ateísmo y convertirse en uno de los mayores intelectuales defensores de la existencia de Dios. Y al respecto de la Ley Moral argumenta en su libro *“Mero Cristianismo”*:

*”¿Qué te parecería si alguien te hiciera lo mismo? La persona que reprocha no está simplemente diciendo que el comportamiento del otro no llega a agradarle. Está apelando a una norma de comportamiento que supone que el otro conoce. De hecho, es como si ambas partes tuvieran en mente algún tipo de Ley, regla de juego o de comportamiento decente, o de moral, en torno a la cual realmente estuvieran de acuerdo. Y la tienen. Disputar es demostrar que el otro está equivocado y no tendría sentido a no ser que ambos estén de alguna manera de acuerdo en lo que es el Bien y el Mal. Esta Ley o Regla sobre el Bien y el Mal los antiguos pensadores solían llamarla **“Ley Natural”** y lo que querían decir es la **“Ley de la Naturaleza Humana.”***

El concepto de lo correcto y lo incorrecto parece ser universal entre todos los miembros de la especie humana. ¿Es esto una característica del ser humano o una consecuencia de las tradiciones y la cultura? ¿Existe una Ley Moral común o son normas de conducta específicas de cada cultura?

La respuesta es obvia si miramos las normas morales generales de la mayoría de las culturas, tradiciones, filosofías y religiones. En la Biblia, en el Libro de los Muertos Egipcio, en las Leyes de Manu hindúes, en el pensamiento de los estoicos, de los platónicos, de los pieles rojas, etc., encontramos las mismas condenas a la opresión, el asesinato, la traición, la falsedad y los mismos mandamientos de amabilidad y respeto a los ancianos y niños, a los débiles, y las necesidades de la caridad, solidaridad y honestidad entre los hombres. Esta es una evidencia más que suficiente para comprender que no son la cultura ni la tradición (tan distintas en las diferentes partes del mundo) las responsables del sentido moral del hombre, sino que este último está esculpido a fuego en su propia naturaleza.

“La moral es la ciencia por excelencia; es el arte de vivir bien y de ser dichoso”.

Blaise Pascal - Científico y Filósofo (1623-1662)

Es por ello por lo que esta Ley Moral existe desde que el hombre es hombre, y precisamente por ello entra en conflicto con algunos pensamientos actuales que dicen que el bien y el mal absoluto no existen, minusvalorando la ética y la moral como algo relativo y el propio relativismo es un oximoron. ¿Qué se persigue al negar la existencia del mal y del bien? La respuesta también es obvia: si no existen, no hay necesidad de ninguna ética ni moral.

Esta enorme falacia, proclamada y repetidamente divulgada, pretende desacreditar por un lado la inmortalidad espiritual del hombre, como un ser en proceso de evolución y transformación a lo largo de los tiempos mediante la reencarnación y sujeto a una norma superior de Ley Moral. Y, en segundo lugar, despojando al hombre de su esencia trascendente -el alma humana- y de cualquier responsabilidad sobre sus actos, evita tener que aceptar la existencia de un Ser Superior que ha creado todo lo que existe, e incluso ha diseñado mediante su Mente Superior un Universo con propósito y significado del cual el hombre participa.

Esta Mente Superior de la que procede la Mente Humana ha colocado en el hombre las bases de esa Ley Moral Universal que rige para todos los seres humanos. Esta es la forma en que podemos esperar que Dios se muestre a nosotros: “*dentro de nosotros mismos*”. La existencia de un Dios omnipotente fuera y en el universo -al margen del espacio y el tiempo- presenta esta característica, estar en nuestro interior y manifestar así sus leyes, invitándonos a actuar de determinada manera ayudándonos a crecer y evolucionar.

Esta es la grandeza de la Ley Moral que Dios ha esculpido en el hombre desde el principio de los tiempos y que supone una brillante luz que le guía en su trayectoria inmortal hacia la plenitud y perfección relativas, que nos esperan mediante el propio esfuerzo a través del crecimiento en inteligencia y bondad que, vida tras vida, vamos conquistando.

“El hombre es el único animal ético-moral que existe y que respeta una ley escrita en su propia naturaleza”

Es la huella de Dios en el hombre, en su mayor creación, refrendada por multitud de pensadores, filósofos, científicos y fundadores de religiones. Descartes (Matemático y Filósofo – S. XVI) afirmó en su libro “Meditaciones Metafísicas”: *“La idea de Dios se halla impresa en el hombre como la marca del obrero en su obra”*. Confirmando el mismo precepto, los espíritus confirmaron a Allán Kardec el lugar donde Dios ha esculpido su Ley para el hombre en la respuesta a la pregunta 621 del L.E (*): *“¿Dónde está escrita la Ley de Dios? – En la Conciencia”*. La frase de Jesús: *“Vosotros sois Dioses, todos podéis hacer lo que yo hago, si queréis”* es una de las mayores confirmaciones de la presencia de Dios en el interior del ser humano.

“Nadie escapa a la Ley Moral, pues está esculpida en la conciencia”

La Ley Moral forma parte de la conciencia interior del ser humano. El conocimiento que nos ofrece la filosofía de Kardec es amplio, preciso y extraordinario, pues en un resumen magnífico sobre la Ley Divina y la Ley Natural se explica, de forma sencilla y al alcance de todos, la importancia de estas leyes para la vida presente y futura del hombre como espíritu inmortal, así como las repercusiones que se derivan de transgredir o aceptar los preceptos de esta Ley Moral Universal. Es por lo que, al respecto de nuestro conocimiento del bien o del mal: **“la Ley Moral se basa en la observancia de la Ley de Dios.”** ítem. 629 – L.E. Allan Kardec.

Una Ley nos ilumina, una Ley nos guía, aquella que Dios ha colocado en el alma humana para conducirnos al bien, la felicidad y la plenitud para la que estamos destinados. Es la Ley Moral que rige la naturaleza humana más allá del espacio y el tiempo, y es la conciencia la voz que actúa recordándonos que en el discernimiento del bien y del mal encontramos el sentido profundo de esta ley.

“La Ley Natural rige a la humanidad entera, y el hombre mejora conforme comprende y practica esta Ley”

El comportamiento humano está en la base de lo que entendemos como ética y como moral. Sin duda, y aunque puedan parecer lo mismo ambos conceptos, tienen una sustancial diferencia. La ética es un conjunto de normas que valoran si el comportamiento del individuo es bueno o malo respecto a un código establecido de antemano. Así podemos poner, por ejemplo, que existe un código ético para la medicina, otro para la educación, y millares de códigos que se extrapolan a cualquier tipo de empresa. Estas normas son las que determinan si las personas actúan correctamente con arreglo a las normas que se han dado previamente en su gremio, sector, comunidad, empresa, sociedad, religión, etc.

Por otro lado, la moral coloca mayormente el acento en la definición del bien o del mal realizado por el comportamiento de la persona respecto a unas costumbres, reglas o principios que pueden ser sociales, religiosos, culturales, etc. La misma palabra “moral” deriva del latín y significa *“relativo a las costumbres”*. Es, por tanto, un error mayúsculo identificar moral con religión, como a veces se acostumbra a hacer, pues las tradiciones, las costumbres y los sustratos culturales y sociales de una comunidad son la base moral de esa misma sociedad y pueden no tener nada que ver con una religión o creencia al uso.

“La madurez del sentido moral es inherente al desarrollo del espíritu”.

Allán Kardec, Libro: Evangelio Según el Espiritismo, cap. XVII

Así pues, la moral de cada cultura o sociedad es diferente, y como tal no es extrapolable ni genérica a todo el mundo. Pongamos un ejemplo: es moral en occidente que la mujer use pantalón vaquero, mientras que en determinadas culturas de oriente este uso sería claramente inmoral en las tradiciones y costumbres de esas sociedades.

Podemos, pues, distinguir entre conceptos de **moral social y moral religiosa**; ésta última tiene que ver con un código que mantiene principios concretos por los que se guía una creencia determinada y que todos sus seguidores asumen. Es una moral que deriva de los principios que se tienen por base principal en una religión determinada. Como vemos, el tema es complejo, y la dificultad del lenguaje para establecer las diferencias lo hace un poco más complicado.

Respondiendo a la pregunta del título, podemos afirmar la importancia de la moral y de la ética como principios de responsabilidad, sentido del deber y coherencia personal respecto a la honestidad que toda persona de bien ha de tener con sus propios principios y valores superiores de la vida, es algo tan íntimo como es el alma humana, su propia conciencia y su estado feliz o desdichado.

El desarrollo biológico, psicológico y espiritual del hombre está muy relacionado con nuestro sentido moral, y es algo que se lleva a cabo casi de forma automática, sin apenas darnos cuenta, pues nuestras acciones quedan grabadas en el inconsciente que nos acompaña vida tras vida, formando parte del acervo milenario de nuestra herencia personal y trascendente como espíritus inmortales que somos.

“Valor moral es todo lo que lleva al hombre a crecer en su dignidad como persona. El valor moral conduce al bien moral. Lo que tiene que ver con un conjunto de reglas de conducta o comportamiento”

La acción positiva como mecanismo de progreso de la naturaleza moral del hombre es otro de los aspectos importantes, destacando igualmente cómo las sociedades más avanzadas son aquellas cuya moral social es la más justa y equilibrada.

Uno de los enfoques que más nos interesa destacar es la relación entre moral y salud. O lo que es lo mismo, cómo nuestros actos, pensamientos y sentimientos condicionan nuestra forma de entender el mundo y la vida y al mismo tiempo revierten sobre nosotros los efectos de las causas que

sembramos, a favor o en contra de la Ley Moral que rige en nuestro interior, repercutiendo con ello el bienestar o malestar psicológico, físico y espiritual.

El conocimiento de las leyes morales que comprenden esta Ley Natural es básico para liberarnos de la ignorancia que supone contravenirla y perjudicarnos a nosotros mismos. Y entre esas leyes morales que rigen el progreso del alma encontramos, entre otras muchas, la ley del progreso, la de igualdad, la ley de libertad, la ley de conservación y destrucción, la ley de adoración, la ley de sociedad y del trabajo, la de justicia, amor y caridad.

“Las leyes que conciernen al hombre en sí mismo, en sus relaciones con Dios y con sus semejantes y que comprenden las reglas de la vida del cuerpo y del alma son las leyes morales”

Allán Kardec, Libro de los Espíritus, ít. 617 a

El libre albedrío en nuestra actuación diaria y la voluntad para cambiar aquello que no nos gusta de nosotros mismos y nuestro entorno comienza por cultivar hábitos, costumbres y acciones que, derivadas de unos pensamientos y deseos adecuados a nuestra forma de entender la vida y el mundo, nos ajusten a estas leyes morales conduciéndonos a resultados más felices, más saludables, más coherentes con la vida y la gratitud que debemos a la misma.

Desde siempre la naturaleza moral del hombre ha estado presente en los sabios y avatares de la humanidad. Por ejemplo, podemos reflejar el siguiente pensamiento de Aristóteles, en el que se pone en evidencia la importancia de nuestras acciones en relación directa con aquello que somos y en lo que nos convertimos.

“Nuestro carácter es el resultado de nuestra conducta”

Aristóteles - Filósofo s. IV a. C.

Algo complejo para muchas personas es analizar, estudiar y buscar un código de comportamiento ético-moral que nos ayude a entender la vida, el mundo que nos rodea, nuestro propio yo y a nuestros semejantes bajo criterios de solidaridad, igualdad, justicia y fraternidad.

Sin duda, este código ya existe. Para el mundo occidental, en su mayoría, el conjunto de normas y criterios que nos conducen a una ética y moral superiores viene representado por el ejemplo y las enseñanzas del Maestro Jesús. Su mensaje de **“Sed perfectos, como mi Padre es perfecto”** encierra la mayor expresión de la moral invitándonos a seguir su ejemplo.

“Las acciones buenas perfeccionan al ser, las malas lo lesionan y degradan su dignidad”

Es de aplicación individual si queremos fomentar un desarrollo evolutivo hacia el bien y la felicidad interior, mediante actitudes saludables y resultados de paz interior que derivan de una conciencia recta y honesta con nosotros mismos. Es también fuente de salud, bienestar y equilibrio mental, emocional y físico en la vida actual. Y además va conformando unos hábitos que se convierten en temperamento y carácter que se instalan en nosotros para siempre, formando parte de nuestra manera de ser y de comportamiento durante las próximas experiencias de vida, en el plano físico (en nuevas reencarnaciones) y en el espacio (intervalo entre una y otra vida física) en el que nos hallamos en estado espiritual.

Pero, además, todo el código ético-moral de Jesús supone a nivel social la regla más perfecta de solidaridad, fraternidad y coherencia en las relaciones entre los seres humanos, pues con ello podemos construir sociedades más justas e igualitarias, simplemente con renunciar al egoísmo y el orgullo, enemigos irreconciliables de la humildad y la fraternidad y solidaridad para con nuestro prójimo.

“El hombre es un ser moral”, por encima de todo, pues esta moral interna que va construyendo con su propio esfuerzo, méritos y acciones a través de los milenios, está al margen de las morales sociales o religiosas con las que comulga en

unas u otras vidas. Y aunque estas últimas sin duda impregnan su carácter y lo influyen de muchas maneras, al final el hombre se mira a su propio espejo, en el punto de progreso en el que se encuentra, y su propio libre albedrío, voluntad y capacidad de decisión serán las que le permitirán su ascensión y progreso.

Las creencias influyen, pero también son volubles y cambiantes, como las propias vidas y los diferentes escenarios por los que transcurre el espíritu humano en sus diversas existencias. Al final, lo único que queda es lo que el hombre construye por sí mismo en su interior, en base a los principios y códigos ético-morales que va aprendiendo e interiorizando, a fin de conducirse con mayor rapidez hacia el destino para el que fue creado como un ser moral: la perfección y plenitud espiritual.

“¿Qué definición podemos dar de la moral?

Es la regla para conducirse bien, es la distinción entre bien y mal. Se basa en la observancia de la Ley de Dios”.

Allán Kardec - Libro de los Espíritus- ít. 629

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XVI

FENÓMENOS PSÍQUICOS

Reales e importantes

“Los fenómenos psíquicos se pueden distinguir entre anímicos (Facultades del Alma) y Mediúmnicos (Intervención de un espíritu), y el principio de ambos reposa en las cualidades del fluido periespiritual”

Allán Kardec - El Génesis

En base a que los fenómenos psíquicos tienen su explicación en el alma humana, son parte importante de la evolución y el propósito de la misma, por lo que una explicación sencilla y clara sobre los mismos se hace pertinente. Entre las ciencias que intentan explicar de alguna manera los fenómenos paranormales, encontramos disciplinas como la metapsíquica, la parapsicología o la psicología transpersonal. Sin embargo, hasta la fecha, todavía no se ha publicado un manual más clarificador, exacto y preciso sobre la fenomenología paranormal que “El Libro de los Médiums” de Allán Kardec, codificador del espiritismo.

En él encontramos las distinciones sobre los fenómenos psíquicos más claras y precisas. Una de ellas es la diferenciación entre los fenómenos anímicos (procedentes del alma humana) y

los fenómenos mediúmnicos (aquellos producidos por el intercambio entre dos espíritus, uno con cuerpo físico y otro sin él, en el mundo espiritual).

Los anímicos, entre los que destacan notablemente los fenómenos que son consecuencia de la emancipación del alma, los podemos definir y conceptuar como aquellos que se producen mediante la separación temporal y espacial del alma encarnada. Aquí podemos encuadrar algunos como la psicometría, la telepatía, la clarividencia, la telequinesia o los derivados del estado de sueño. Nos referiremos a ellos a fin de distinguirlos de aquellos otros fenómenos de orden mediúmnico.

“El alma posee sus facultades, como el ojo las suyas. Hay que evaluarlas por sí mismas y no por analogía”

Allan Kardec - Libro de los Espíritus - Item 455

Los fenómenos anímicos, como bien indica su definición, son fenómenos que se producen a consecuencia de la expansión del alma humana, en diferentes expresiones de la conciencia que los psiquiatras y psicólogos denominaron en tiempos pasados **“estados alterados de conciencia”**. Hoy en día, la Psicología Transpersonal ha cambiado la denominación, y lejos de considerar estos fenómenos como patologías de la mente humana, son tratados como otras formas de expresión de la conciencia.

Este planteamiento no hace más que reafirmar la línea de investigación de Carl G. Jung, el padre de la psicología analítica y codescubridor del psicoanálisis con Freud, que denominó a estos fenómenos *“expresiones numinosas del alma”*. Nunca más debían considerarse estados patológicos, sino formas diversas de expresión de la conciencia que permiten al ser humano acceder a realidades anímicas que amplían percepciones reales, extraordinarias, creativas y eminentemente satisfactorias. Aquí podríamos incluir estados de conciencia como los éxtasis místicos o espirituales, los momentos de inspiración de los artistas, las conexiones con el pensamiento cósmico, etcétera.

Todos estos fenómenos, como los mencionados arriba igualmente, tienen un denominador común: el alma humana se ve a sí misma expandida, pudiendo llegar a captar percepciones y sensaciones que no puede percibir en un estado “normal” de conciencia. La expansión del alma humana tiene mucho que ver con su desdoblamiento. Es decir, se trata de un proceso similar al que se experimenta durante el sueño, cuando nuestra alma sale del cuerpo y es capaz de viajar por el espacio y el tiempo sin mayor límite que nuestra vuelta al estado de vigilia.

En los casos que nos ocupan, el proceso es el mismo, con una pequeña pero importante diferencia: no estamos dormidos sino conscientes, con pleno uso de nuestras facultades cognitivas, racionales y emocionales. Tanto es así, que las personas que tienen capacidades de telepatía, telequinesia o psicometría, perciben sus captaciones estando plenamente conscientes. Su alma se desdobla, se expande, capta, y en el mismo estado consciente recibe las impresiones que experimenta en el instante, siendo capaz de retenerlas en la memoria y explicarlas.

Resumiendo algunas definiciones de estas facultades anímicas, podemos aclarar que la Psicometría es una capacidad que permite, al contacto con ciertos objetos, hacer una lectura o percepción de la historia de ese objeto (a quién perteneció, qué importancia tuvo, etc.). A través de su periespíritu y de forma automática, el psicómetro puede emanciparse del cuerpo y moverse en el espacio y en el tiempo hacia el pasado, entrando en conexión con la Memoria Cósmica, donde encuentra las influencias vibratorias de los objetos y lugares que le permiten la percepción (por ejemplo, psicómetras que colaboran con la policía para encontrar a personas desaparecidas a través de un objeto que les perteneció a los que se busca).

A diferencia, la Telepatía permite a la persona con esta facultad conectar con otras mentes. El proceso puede ser bidireccional, es decir, la persona con capacidad telepática puede ser receptor y/o emisor al mismo tiempo. En realidad, la Telepatía no es más que la comunicación mental entre personas, con naturalidad (ejemplo: “Usted captó mi pensamiento, eso mismo iba a decirle”). Es una proyección a distancia del pensamiento o de la imagen de una persona. Y en relación con esto, la te-

lequinesia es la capacidad de mover objetos materiales con el pensamiento.

Hoy se sabe que todo el Universo está entrelazado; la realidad física está interconectada y la telepatía es un ejemplo de esto mismo. La energía y vibración del pensamiento en determinada frecuencia permite la atracción de pensamientos o imágenes semejantes que sintonizan la conexión mente-mente. No es, pues, ningún don divino ni poder sobrenatural.

“Los fenómenos psíquicos demuestran ser la consecuencia inevitable de la existencia de una realidad física interconectada y entrelazada”.

Dr. Dean Radin

La clarividencia es el hecho diferenciado de contemplar a distancia, a lo lejos, en el espacio o simultáneamente en el tiempo, acontecimientos que se están produciendo en ese instante, sin conocimiento directo alguno de los mismos.

Hoy, con las nuevas tecnologías no es sorprendente; podemos ver al instante lo que ocurre a miles de kilómetros. Pero imaginemos en el pasado, cuando no existían medios de comunicación instantáneos.

Hombres como Swedenborg, que en el siglo XVIII visualizó el incendio de Estocolmo al mismo tiempo que estaba produciéndose, estando a más de 500 km de la capital sueca. O el inefable y extraordinario Apolonio de Tyana, que estando ofreciendo una prédica en la ciudad griega de Éfeso a más de 1000 km de Roma, tuvo la visión en ese mismo instante del apuñalamiento y muerte del tirano emperador de Roma, Domiciano, el 18 de septiembre del año 86 d. C., relatando a sus oyentes de forma precisa los detalles de lo que iba viendo en ese mismo momento.

No debemos confundir “*Clarividencia con Doble Vista*”. Esta última es empleada por Kardec para explicar y definir la percepción visual del mundo de los espíritus que poseen algunas personas. Todo sería mucho más fácil admitiendo la existencia del espíritu y la emancipación de este, pues el periespíritu, que envuelve energéticamente el cuerpo biológico, es el punto de

conexión y energía que permite la producción de todos los fenómenos psíquicos.

Si algo nos interesa destacar es que la definición de “*fenómenos paranormales*” es totalmente incorrecta, pues se trata de fenómenos perfectamente normales contemplados en la naturaleza; sólo basta saber las causas que los originan y que obedecen a leyes perfectas, lógicas, y coherentes del mundo espiritual y que conocemos a través de la filosofía espírita de Allán Kardec.

El conocimiento detallado del proceso de desdoblamiento del alma que explica Allán Kardec en el *Libro de los Espíritus* y en *El Libro de los Médiums*, es tan detallado, preciso y perfecto, que relata con una minuciosidad extraordinaria los fenómenos anímicos. Esta fue una de las bases de conocimiento que J. B. Rhine (Fundador de la Parapsicología) investigó para poner en marcha las pruebas y evidencias científicas que demostraron la telepatía, la telequinesia y la psicometría como facultades que el denominó “Psi”.

El problema principal, como en todos los casos en los que interviene el libre albedrío y el alma humana, es el hecho de que todos estos fenómenos psi no se reproducían a voluntad en el laboratorio tantas veces como se prestaban al fenómeno las personas capacitadas para ello. Estamos hablando de fuerzas del inconsciente profundo que no se pueden ejercer cuando se quiere. Este hecho no ilegitima ni desautoriza el fenómeno psi, pues las pruebas y evidencias son tan abrumadoras, reales y ciertas que son contrastadas con los resultados de estas. Además, estos estados especiales de conciencia están ya siendo demostrados por la psicología, la neurología y la genética, dependiendo de condiciones anímicas, fisiológicas y espirituales.

“En el estado de emancipación la vida consciente del cuerpo cede a la del alma. Pero no se trata de dos existencias sino de dos fases de una misma vida, porque el hombre no vive doblemente”

Allán Kardec, Libro de los Espíritus, Item 413

Una de las razones por las que la ciencia se resiste a admitir la para-normalidad como un fenómeno normal en la persona era, hasta hace poco tiempo, la inexistencia de un órgano físico que fuera el origen de los fenómenos como los estados alterados de conciencia, el trance, el éxtasis, la mediumnidad, etc.

Nadie pone en duda desde hace más de un siglo la existencia de estos fenómenos mal llamados “paranormales”. Lo que genera la controversia y donde no se ponen de acuerdo es en su procedencia, manifestación y localización. Para la psicología, la medicina, la psiquiatría o la biología evolutiva tienen su origen en diferentes causas.

Así pues, mientras la psiquiatría los vino denominando hasta el siglo pasado como “enfermedades mentales”, la moderna psicología transpersonal cambió su denominación a “estados de conciencia alterados”, dejando de considerarlos una enfermedad sino una serie de estados de la psique humana que merecía la pena estudiar no en sus derivaciones negativas, sino en aquellas positivas que también ofrecen.

“Las dimensiones espirituales de la realidad pueden ser directamente experimentadas de un modo tan convincente como nuestra experiencia del mundo material, si no más aún. Un estudio detallado de las experiencias espirituales muestra que no pueden ser explicadas como productos de un proceso patológico en el cerebro, sino que son reales”.

Dr. Stanislav Groff, Psiquiatra fundador de la Psicología Transpersonal

La biología evolutiva simplemente contempla estos fenómenos como “exudaciones neuronales” de los procesos electroquímicos del cerebro, que liberan una serie de sustancias que alcanzan el torrente sanguíneo produciendo diferentes tipos de reacciones físicas, psicológicas y químicas, capaces de alterar el normal funcionamiento del cuerpo.

Si contemplamos la interpretación de una “ciencia sin

alma”, siendo ésta apenas un epifenómeno derivado del funcionamiento de nuestro cerebro, es una explicación insuficiente y precaria, pues apenas alcanza para explicar algunos pequeños fenómenos de la paranormalidad humana; mientras que la mayoría de ellos quedan sin explicación plausible.

“La vana expectativa de que el cerebro pueda algún día dar cuenta de la mente es como el sueño del alquimista de producir oro a través del plomo”.

George Stanciou (Físico) y Rober Augros (Filósofo)

No obstante, si recurrimos a la explicación de la **“ciencia del espíritu”**, la amplitud de respuestas y conocimientos precisos se nos antojan más que suficientes al colocar en el “principio espiritual” (el alma humana independiente del cuerpo) la base y el origen de todos estos fenómenos que aparecen perfectamente lógicos, sin anormalidad alguna, propios del desarrollo evolutivo del ser.

La mediumnidad, explicada por la filosofía espiritista de Kardec es, hasta la fecha, el mejor método explicativo de todos y cada uno de los fenómenos paranormales no anímicos; esta extraordinaria ciencia del espíritu nos aclara cómo, entre el cuerpo físico y el alma, encontramos un cuerpo intermedio denominado periespíritu que es el origen de todos los fenómenos psicológicos, anímicos, espirituales, paranormales y mediúmnicos que se producen en el ser humano, siendo el responsable de los denominados estados de conciencia alterados.

Este cuerpo intermedio, de naturaleza semi-material, es capaz de interconectar las moléculas físicas del cuerpo biológico con sus correspondientes moléculas periespirituales, y a través de un órgano biológico, situado también en el cerebro, se produce la interconexión que permite toda esta serie de fenómenos que ya dejaron de ser paranormales para ser totalmente normales y capaces de ser desarrollados en cualquier persona.

Este órgano no es otro que **la glándula pineal**, situada en la parte baja del cerebro, que cumple una importancia fun-

damental hasta la pubertad de los seres humanos, pero que a partir de esas edades adolescentes restringe casi totalmente su actividad biológica. A través de este órgano se producen los fenómenos de la mediumnidad, la doble vista, la telequinesia, la telepatía, el éxtasis, el trance, etc.

Charles Richet, premio Nobel de medicina, definió la mediumnidad como **“el sexto sentido del ser humano”**. Y mucho antes que él, el gran filósofo René Descartes, padre del racionalismo en el siglo XVI, afirmaba con rotundidad que **“el alma humana se aloja en la glándula pineal”**.

Aunque hoy sabemos que no es exactamente así; pues el alma interpenetra y sobrepuja todo el cuerpo físico, como algunos fluidos impregnan todos los átomos de un cuerpo. No es menos cierto que las nuevas investigaciones realizadas sobre fenómenos psíquicos con las últimas tecnologías de escáneres cerebrales y tomografías computarizadas, manifiestan una alteración evidente, en luminiscencia, y acumulación de energía cuando el individuo, portador de mediumnidad, está en pleno ejercicio de la misma.

Mientras que los mismos individuos, cuando no están ejercitando su facultad anímica o mediúmnica presentan una glándula pineal exactamente igual al resto de las personas. Sin apenas manifestaciones destacables, sin luminosidad ni acumulación energética alguna, apareciendo la pineal con un aspecto y presentación normal.

La ciencia viene a confirmar la realidad de la filosofía Espirita cuando Kardec en el *Libro de los médiums* pregunta a los espíritus acerca del mecanismo que posibilita la mediumnidad, y estos le responden que a través de la glándula pineal se producen las manifestaciones mediúmnicas, pues en esta área cerebral se interconexionan las moléculas del periespíritu del médium con las del periespíritu del espíritu que comunica, traduciendo así los pensamientos y emociones de este último para el primero, a fin de transmitirlos por la palabra, la escritura, la vista, etc.

Así pues, tenemos que aplicar y explicar la realidad de los fenómenos psíquicos como algo natural, real, al alcance de

todo el mundo. No se trata en modo alguno de ninguna “gracia”, “ningún don divino”. No son tampoco “ningún castigo”, “no es una lacra”, “no es una enfermedad mental”. Es preciso comprender que cuando estas circunstancias se presentan tienen un porqué y un para qué; de nada sirve esconder la cabeza como el avestruz, pues se vuelve a presentar cada vez de manera más ostensible.

Es preciso pues entender su objeto, el porqué y el para qué tenemos esa hipersensibilidad. Y en ello la doctrina de Kardec nos ayuda sobre manera explicando las causas y los propósitos por los que tenemos facultades, así como la utilidad de estas para la realización personal del que la posee, su evolución y propósito en la Tierra, además de aclararnos el beneficio que con ellas se puede aportar a nuestro prójimo de manera desinteresada.

Para todos los que desean saber el porqué y el para qué de estas cuestiones, y a los que les afecta directamente les decimos que no son “seres raros o especiales” sino totalmente normales. Únicamente precisan estudiar y dar sentido a esas manifestaciones; usándolas en su propio beneficio de equilibrio, armonía y realización personal, y al mismo tiempo ejerciéndolas con prudencia, discreción, altruismo y humildad.

El conocimiento que el espiritualismo moderno nos ofrece a través de la doctrina espírita es único, extraordinariamente esclarecedor, y nos proporciona el método adecuado para convertir estas capacidades en instrumentos de progreso, crecimiento y evolución mediante la educación y desarrollo equilibrado de estos fenómenos psíquicos.

Además, al desarrollar y utilizar correctamente estas facultades, las personas que las ejercen con responsabilidad y conocimiento de causa se convierten así en la prueba evidente de la inmortalidad el alma, al permitir que **“desde el otro lado de la vida”** y por su intermedio, se ofrezcan los hechos y las pruebas de la trascendencia del ser humano y continuidad de la vida en otro plano de existencia, ofreciendo así el consuelo, la esperanza, el optimismo y la fe en el porvenir, que a todos nos aguarda sin excepción. Así como también la inefable es-

peranza del reencuentro con aquellos que nos amaron y nos aman desde el plano espiritual y que nos antecedieron en la partida hacia el mismo.

“El fin providencial de las manifestaciones es convencer a los incrédulos de que no todo acaba con la vida física, y ofreciendo a los que ya creen ideas más exactas sobre el porvenir”.

Allan Kardec. Libro: ¿Qué es el Espiritismo? Cap. II.

CAPÍTULO XVII

MUERTE INEXISTENTE Y AMOR PERMANENTE

"Semper ascendens"

“La muerte no existe en contraposición a la vida sino como parte de ella”

Haruri Murakami – Escritor Japonés

La muerte es sin duda alguna una de las cuestiones principales que preocupan al hombre. Unos la aceptan, otros la niegan, la mayoría pretende ignorarla creyendo que así se apartan de ella, y últimamente hay una tercera opción que intenta combatirla, vislumbrando la posibilidad de derrotarla.

Aunque pueda parecer una paradoja, el problema de la muerte ha condicionado la vida del ser humano desde la época de las cavernas hasta ahora mismo. La realidad del fenómeno causaba ya honda impresión en los hombres del paleolítico, que honraban y enterraban a sus muertos en señal de respeto y protección para ellos mismos.

La cultura, las religiones e incluso la ciencia han instrumentalizado la muerte, haciendo de ella un punto principal alrededor del cual gira la vida. Tanto es así que la mayoría de la población del planeta vive bajo la perspectiva y en función

de lo que creen que acontecerá después de la muerte.

La muerte, analizada desde el punto biológico, no es más que el proceso natural en el que todos vamos a desembocar por el mero desgaste de los elementos que forman nuestros órganos y nuestra energía vital con el paso del tiempo. No obstante, en los albores de este siglo XXI existen ya iniciativas, proyectos de investigación, de serios e importantes científicos que abogan por la lucha contra la muerte a fin de conseguir la “inmortalidad”.

Esto, que parece una utopía, no lo es tanto según la perspectiva de estos investigadores. Para ello se basan en algunas certezas que mencionamos a continuación; la primera es que el desarrollo de la medicina regenerativa y otras disciplinas han conseguido reducir las causas de la muerte ampliando la esperanza de vida, al combatir las enfermedades de tal forma que en un sólo siglo la esperanza de vida del ser humano se ha duplicado. Se trata de encontrar el antídoto que permita derrotar la enfermedad, alargando lo más posible el envejecimiento natural del cuerpo.

Hoy en día, en los países desarrollados la esperanza media de vida alcanza 80 años; mientras que hace un siglo, y fundamentalmente antes del descubrimiento de las vacunas, los microbios y los virus situaban esta esperanza de vida en algunas décadas menos. Hemos de hacer la consideración de que este avance no representa la capacidad de ampliar la esperanza de vida en sí, sino el desarrollo de la medicina para curar enfermedades cuyas causas producían la muerte y eran anteriormente desconocidas.

La ampliación de la esperanza de vida únicamente puede hacerse si somos capaces de regenerar órganos y tejidos dañados, o sustituirlos por otros nuevos, o eliminando de raíz las causas de las enfermedades degenerativas allí donde tienen su germen, en la propia herencia genética que las permite. Así pues, un aumento de la esperanza de vida como el que se pronostica para el año 2050, donde se cree que podremos elevar la media de los 80 a los 120 años, es bastante improbable mientras que la ingeniería genética, la nanotecnología y la

regeneración de órganos y trasplantes de nuevos elementos no se desarrollen a niveles nunca vistos.

Podemos pensar que el desarrollo exponencial de estas disciplinas en los últimos diez años -sobre todo a raíz de la decodificación del genoma humano en el año 2000- ofrece este tipo de esperanzas, y efectivamente se ha avanzado mucho, pero todavía estamos muy lejos de poder regenerar tejidos y órganos que sean compatibles en el cuerpo humano y que nos devuelvan la juventud y la vitalidad perdida que teníamos cuando cumplimos 25 años.

Nadie -con cierto conocimiento del tema- duda que el avance tecnológico posibilitará la ampliación de la esperanza de vida en décadas en este siglo que recientemente iniciamos; pero es bastante improbable que logremos alcanzar inmortalidad alguna con un cuerpo físico, por la cuestión evidente de que el hombre no es sólo biología, sino que presenta un componente espiritual que es el que vitaliza y anima el cuerpo físico, siendo la fuente permanente de la vida y responsable por tanto de la misma.

“El alma es aquello por lo que vivimos, sentimos y pensamos”

Aristóteles, Filósofo griego, s. III a. C.

Si realizamos el enfoque desde el punto de vista espiritual, se ofrecen menos problemas. No es preciso pensar en la muerte, puesto que esta no existe para el espíritu. El alma humana vive en un cuerpo físico y de repente se retira y el cuerpo comienza su descomposición al perder el componente vital que lo animaba (“ánima”). Desde ese momento el alma se desprende del cuerpo y se traslada al mundo del espíritu donde seguirá viviendo, sintiendo, progresando y experimentando hasta que tenga una nueva oportunidad de volver a la Tierra en otro cuerpo de un niño, es decir, hasta que vuelva a reencarnar.

Siempre somos los mismos, con cuerpo físico o sin él. Nuestra personalidad no se pierde, antes al contrario, vida tras vida y durante el intervalo que permanecemos en estado espiritual,

nuestros conocimientos siguen creciendo, nuestras actitudes y competencias se siguen desarrollando y nuestros defectos y virtudes siguen siendo los mismos, hasta que el progreso y la evolución personal logran agrandar nuestra conciencia y ampliar nuestras capacidades intelectivas y morales mediante el esfuerzo por mejorar.

La muerte no existe para el espíritu por otro importante motivo: el espíritu no tiene forma, no tiene sexo, no es materia, es energía purísima, una **“chispa divina”** creada por Dios a su imagen y semejanza en cuanto a los atributos divinos que porta, de manera latente, de perfección e infinitud. Por ello, desde que somos creados por Dios ya poseemos el gran objetivo que persiguen los que quieren vencer a la muerte: **“La inmortalidad”**. Esta es el atributo principal de nuestra alma.

Ya somos inmortales; nuestra conciencia trasciende a la muerte y sigue creciendo, avanzando, progresando y conquistando mayores metas de plenitud y progreso hasta que lleguemos a la felicidad y perfección relativa a la que estamos destinados mediante el desarrollo interior de nuestras capacidades divinas. Cuando la semilla inmortal de la esencia divina que anida en nosotros se desarrolla y se convierte en un árbol frondoso, las capacidades se amplían exponencialmente al amparo de la inmortalidad de la que ya gozamos.

Pasamos de ser salvajes y primitivos a ser genios y hombres de elevada condición moral e intelectual; aunque para ello necesitemos algunos milenios de experiencias, y muchas vidas de aciertos y errores, de sufrimientos o de goces. Tenemos el tiempo que precisemos, pues somos los dueños de nuestro propio destino en base al libre albedrío del que gozamos; aunque por ello seamos igualmente responsables ante las leyes que rigen el proceso de evolución, y recibamos en vidas posteriores la cosecha de aquello que hemos sembrado con anterioridad. Esta es la esencia de la ley de causa y efecto, también llamada ley del karma y que se resume así:

“La siembra es voluntaria, la cosecha obligatoria”

Así pues, mientras la ciencia persevera en conquistar la inmortalidad para el cuerpo, el espíritu agradece el avance de esta porque le permite vivir más tiempo y en mejores condiciones con el vehículo del que se sirve para progresar; ese vehículo constituido de billones de células, de un diseño extraordinario, donde cada elemento desempeña su función a la perfección para permitir a la esencia divina -el espíritu humano- la realización del progreso y avance de los atributos latentes que el creador colocó en su intimidad y siempre al amparo de la inmortalidad que posee desde que fue creado por Dios hace milenios.

La inmortalidad del alma es una realidad, no una conquista que debamos alcanzar. El cuerpo biológico podrá mejorar su esperanza de vida, viviendo más años y en mejores condiciones, pero siempre se verá supeditado al proceso evolutivo del espíritu que lo anima y le permite la vida. Es por ello que la muerte es inexistente para el alma.

“Ni temas ni desees la muerte”

Marco Valerio Marcial (40-140). Poeta romano

En la larga andadura del espíritu a través de su evolución espiritual, así como también en el desarrollo biológico del ser humano, existen una serie de constantes que se presentan en todo tiempo y lugar, así como en cada periodo de crecimiento.

La primera y más importante es la de la transformación y el cambio constante; hoy la ciencia demuestra que todo está en permanente cambio y modificación; desde las neuronas cerebrales que mueren por millares a diario y son sustituidas por otras nuevas, así como las modificaciones que se experimentan en los universos físicos, microscópicos o macroscópicos como en las transformaciones de las galaxias y el cosmos en general.

Esta impulsión que induce a todo lo que existe a la constante modificación y transformación ha cambiado el paradigma del estudio de la materia; esta era hasta hace unas décadas el único objeto de la realidad y se ha visto sustituida por la energía como patrón exclusivo de todo lo que existe; pues has-

ta la propia materia, según la física cuántica y de partículas, no es otra cosa que energía en diferentes grados de vibración y frecuencia.

Esa impulsión física se traduce en el espíritu en el impulso inmanente que le impele a progresar de forma constante. No podemos olvidar que el espíritu humano es también energía; una energía sutil, purísima, que al igual que las ondas electromagnéticas o fuerza de la gravedad, son invisibles a nuestros ojos. La física está llegando a la conclusión de que **lo invisible es más real que lo visible**. Pues todo lo que no vemos se debe a nuestra percepción sensorial en tres dimensiones, lo que nos impide captar multitud de realidades, tan presentes en nuestra vida diaria como el aire que respiramos (que tampoco vemos) ni la atmósfera de la que nos servimos (sin la cual no existiría vida en la Tierra).

Existen multitud de dimensiones que los científicos ya han demostrado y que no son perceptibles a nuestros cinco sentidos. Y son tan reales, tan importantes y nos afectan tanto o más que aquellas que vemos o percibimos. Estamos rodeados, inundados y constantemente influenciados por energías que desconocemos y no percibimos.

La realidad del espíritu humano, así como su pensamiento y sus emociones, forman parte de energías que ya pueden medirse, comprobarse y certificarse desde hace más de un siglo. Y si hemos avanzado que la transformación y el cambio de la materia es constante y nadie puede detenerlo, el espíritu, energía permanente, surgida de un acto de creación, inmortal como la esencia de la que procede, está también sujeta a unas leyes de cambio, progreso y transformación que le permiten desarrollar aquellas cualidades latentes que, como una semilla, alberga en su interior a falta de desarrollar.

Estas cualidades no son otras que los atributos de la perfección y la divinidad que el creador puso en el espíritu para que, por sí mismo, bajo los parámetros del libre albedrío, la voluntad y la consciencia, y únicamente mediante su propio esfuerzo, alcance la plenitud y la dicha. Siendo su naturaleza espiritual, energética, inmortal e inextinguible, su energía es

así mismo imperecedera; se renueva de forma constante, en el espacio y en la Tierra; es decir, encarnando en un cuerpo físico o en estado de liberación cuando regresa al mundo del espíritu.

La muerte física es sólo un proceso de transición que inevitablemente necesitamos para volver a nuestro verdadero hogar, el lugar del que procedemos. De ahí que, cuando nacemos, abrimos la puerta a una nueva experiencia en la carne procedentes del mundo espiritual, y cuando morimos, cerramos la puerta de esa etapa para volver de nuevo al lugar de procedencia. Es la preexistencia y la inmortalidad del alma que tan bien definió Jesús con esta frase:

“El espíritu es como el viento, no se sabe de dónde viene (pre-existencia) ni a dónde va (inmortalidad)”

Y es la reencarnación la herramienta que permite la evolución y el adelanto en las primeras etapas de progreso del alma. Esta ley universal es igual para todos y se presenta tantas veces como necesitamos experimentar en la vida física, corregir nuestras debilidades, adquiridas como hábitos perniciosos en el pasado, y aumentar nuestras capacidades, virtudes y recursos intelectuales y morales.

El espíritu necesita Elevarse y Ascender (**semper ascens**) en la escala evolutiva mediante el desarrollo de esas cualidades latentes mencionadas; y ellas son fundamentalmente dos: **el Amor y la Sabiduría**. Creciendo en el amor se identifica y armoniza con la fuente de poder del Universo físico y espiritual; esa fuente a la que llamamos Dios y que apenas podemos definir, es amor universal.

De tal forma que cuando nuestros pensamientos, emociones, acciones y obras se ven guiadas por sentimientos nobles, caritativos, altruistas, desinteresados, de ayuda al prójimo, etc., emitimos vibraciones de una determinada frecuencia que nos permiten conectar con las franjas superiores del mundo espiritual, recibiendo a cambio la energía vivificadora, poderosa y eterna del amor universal, además de la ayuda directa de seres que vibran en esa sintonía y frecuencia que con nues-

tra forma de proceder estamos emitiendo.

La comprensión del fenómeno de la muerte nos permite entender que con ella nada termina; el ser inmortal trasciende el túmulo con todas sus capacidades, debilidades y recursos propios. Nuestra individualidad y conciencia permanece intacta, simplemente cambiamos de la dimensión física para manifestarnos en otra que no requiere de un cuerpo físico que acabamos de abandonar por desgaste, enfermedad o accidente. Nos hemos desprendido de un traje deteriorado, pesado y viejo para revestirnos de otro más sutil, con mayor capacidad de expansión y alcance en todas nuestras características y cualidades personales.

La muerte nada cambia, por ello el amor se sigue experimentando con más fuerza si cabe al otro lado de la vida, cuando traspasamos el umbral de la vida física. Al no tener ya el reductor de energía y vibraciones que supone un cuerpo físico de varios trillones de células, el alma humana se libera y se expande, de tal forma que los pensamientos, emociones y sentimientos alcanzan expresiones incomprensibles cuando tenemos un cuerpo.

Es por ello por lo que, en el otro lado de la vida, los lazos de afecto y amor que teníamos en la Tierra se mantienen y se amplían. Y también por ello mismo nos reencontramos en el otro lado con aquellos que nos precedieron y que nos aman igualmente, ya que nuestra frecuencia vibratoria, nuestro pensamiento y nuestra emoción amorosa nos atrae y nos reúne. Son las “familias espirituales” de la que nos habla la literatura espiritual, que se reúnen por afinidad de sentimientos y pensamientos, que se siguen amando y procurando ayuda mutua desde el otro lado.

Algunas veces los lazos de la carne no se corresponden con los afectos y desafectos de las almas. Por ello, los auténticos lazos que permanecen son los del amor auténtico, sean en el plano o dimensión física o en el plano espiritual.

Esta energía amorosa **“recarga las baterías del espíritu”**, permitiéndole afrontar nuevos compromisos, por difíciles que estos sean o supongan cualquier tipo de desgaste. El ca-

mino más directo hacia la elevación y ascensión del espíritu humano es pues el amor. Pero este no puede caminar sólo, le es preciso conocer, aprender, encontrar las cualidades que la razón, la intuición y el conocimiento le proporcionan para saber discernir, para no equivocarse, para no confundirse sobre las decisiones a tomar en tal o cual circunstancia.

Este conocimiento no se adquiere en la escuela formal, se adquiere en el desarrollo de la conciencia; y esta llega al hombre cuando es capaz de afrontar sus deberes con responsabilidad, con gratitud, con equilibrio y honradez.

La conciencia y su desarrollo permite al hombre **“alcanzar sabiduría”**; una palabra usada con frecuencia, pero muy poco comprendida. La sabiduría no sólo acompaña al amor en el recorrido que permite la elevación y ascensión del espíritu, sino que a veces, sus determinaciones son contrarias a la razón humana; no así a las leyes divinas, que respeta y engrandece de forma notable.

La elevación del espíritu humano es pues la tarea que todo ser tiene desde que es creado por Dios. Y hacia ella debemos encaminar todos los esfuerzos, todas las energías de que disponemos. Hoy la ciencia viene en auxilio de la espiritualidad; y así como el mundo de los espíritus es una realidad desde que existe el hombre, la verdad de las leyes que rigen el mundo se abre paso como un torrente a través de los nuevos paradigmas científicos del siglo XXI. La evolución biológica ya **“no se comprende sin el desarrollo del amor entre los seres humanos”**, y no únicamente de la competitividad o supervivencia del más apto que los materialistas enarbolan como única fuerza del cambio y la transformación de las especies.

La aparición de la vida en la Tierra tampoco se entiende sin **“la intervención de una causa primera”** (como afirmó Russell Wallace), un “diseño inteligente” realizado por una Mente Superior que proyecta y dirige la vida en los diferentes universos, galaxias y espacios cósmicos que conocemos y aquellos otros que todavía ignoramos. La propia célula, elemento primigenio de la vida, presenta a los investigadores del genoma humano la realidad última de “un primer motor”

capaz de activarla y desencadenar su evolución, desarrollo y reproducción. Y la causa del origen de la vida, de la célula, de la materia y la energía, no es otra que ese arquitecto universal al que llamamos Dios.

El azar dejó hace tiempo de ser una explicación; pues todo efecto tiene una causa. Y el determinismo genético (los genes ciegos que anulan la libertad del hombre) tan famoso a finales del siglo pasado se ha demostrado como una gran falacia por grandes biólogos moleculares y genetistas de prestigio como el doctor Bruce Lipton.

Así pues, todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. Esto es lo que aplicamos al espíritu humano. Inteligencia creada por una inteligencia suprema. Y con ello se encuentran las explicaciones precisas y necesarias que le permiten cumplir el objetivo para el que fue creado el ser humano: formar parte de la obra más extraordinaria jamás pensada, jamás concebida por mente humana; y además hacerlo en plenitud de conciencia, con total individualidad alcanzando la dicha permanente y eterna que sólo el amor (la fuerza más poderosa del universo) es capaz de otorgar.

La muerte es inexistente en todo el universo físico y espiritual, pues nada desaparece para siempre, todo se transforma y se modifica para adoptar nuevos estados de manifestación y de vida. Y la segunda ley de la termodinámica nos confirma que todo es energía y que esta no se crea ni se destruye, tan solo se transforma. Podemos pues inferir que **“todo es vida en el universo”**, aunque nuestras limitadas capacidades todavía nos impidan vislumbrar las diferentes modificaciones, transformaciones y expresiones de la vida y la energía a lo largo de las galaxias, las constelaciones o las micropartículas que forman los átomos de nuestro cuerpo y que estamos ahora conociendo en profundidad gracias a la mecánica cuántica.

Existe sin embargo un elemento diferencial que permea, interpenetra y expresa toda la expresión de vida que se conoce o se pueda llegar a conocer. En capítulos anteriores explicábamos que el universo es una obra de amor, con un propósito

claro y definido. Si el amor es la característica esencial del ser que ha creado todo lo que existe, es lógico que su huella esté de forma permanente y perenne en su obra.

La conquista del amor es la gran asignatura pendiente que precisa alcanzar el ser humano. Y la tarea principal del alma en cada vida en la Tierra y también en el espacio sin cuerpo físico es **“aprender a amar”**. Y el amor trasciende la muerte, la supera y la minimiza como una fatalidad biológica temporal y coyuntural en un proceso de evolución.

La identificación con el amor, **“la fuente del poder del universo”**, permite al espíritu humano Elevarse y Ascender en el camino que le llevará a la plenitud; aunque antes, y por milenios, debamos desarrollar esas cualidades que Dios puso en nosotros como una semilla, para que a través de las experiencias en las vidas físicas y en el mundo espiritual podamos alcanzar por nosotros mismos, con total justicia y merecimiento, ese estado de conciencia elevada que sólo distingue a los espíritus perfectos, llenos de amor y de sabiduría.

“El amor es la fuerza que Dios deposita en el corazón de todos los seres humanos, a cada uno corresponde decidir vivir como un paladín o un cobarde, como un conquistador o un conformista, como un ser excelente o un mediocre, como un ser lleno de luz o quien permanece por siempre en la oscuridad; el amor hace nacer la fuerza para atrevernos a ser auténticos colaboradores en la grandeza de la creación.”

Anónimo

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XVIII

HERRAMIENTA IMPRESCINDIBLE

"Reencarnación es la respuesta"

“Las experiencias en vidas pasadas son numerosas y es obvio que marca mucho saber que uno es inmortal, y que va a renacer una y otra vez”.

Dr. Brian Weis, Jefe Psiquiatría Hospital Monte Sinaí, USA

En la trayectoria y trascendencia del alma inmortal existe un elemento imprescindible e inevitable que es una ley universal plenamente aceptada desde el principio de los tiempos por la mayoría de los pueblos y culturas de la Tierra. Nos referimos a las “vidas sucesivas” por las que el alma debe transitar desde los primordios de su evolución para ir adquiriendo experiencia, conciencia, y el desarrollo de las cualidades intrínsecas que Dios colocó como una semilla en su interior.

Hoy día, en términos numéricos absolutos, la mayoría de la población de la Tierra que admite la inmortalidad del alma acepta la reencarnación, independientemente de su filiación religiosa o espiritual. Así vemos cómo existen cristianos, musulmanes, budistas, hinduistas, taoístas, y es-

piritualistas en general que, aun manteniendo sus propias creencias, admiten la vuelta a la vida una y otra vez en nuevos cuerpos para seguir progresando, superándose a sí mismos y saldando deudas procedentes del pasado que la ley de causa y efecto (Karma) les demanda a fin de encontrar el equilibrio, la armonía y el camino de la paz y de la autorealización.

No podemos resumir en breve espacio todo lo que la reencarnación representa para el alma humana, siendo una herramienta de la que se sirve la ley de Evolución para procurar el adelanto del hombre inmortal que trasciende la muerte. No obstante, valoraremos a continuación las cuestiones más relevantes, desde las evidencias científicas que prueban la reencarnación como también los argumentos filosóficos que la sustentan y la justifican. Terminaremos recordando algunos episodios de la historia donde personajes relevantes han defendido y apoyado la ley de las vidas sucesivas.

En este último punto debemos consignar que las “desigualdades humanas” y las “aparentes injusticias” que la vida presenta son elementos poderosos que refuerzan el ateísmo y el agnosticismo, y que son diluidos y explicados de manera lógica, coherente y esclarecedora por la reencarnación, junto con sus causas y sus consecuencias.

La causa y la justicia divina que la idea de reencarnación nos explica sobre las aparentes diferencias, aptitudes, características e igualdad de oportunidades entre los humanos es la más clara y evidente argumentación del amor de Dios para con el hombre. Cada cual recibe lo que sembró en el pasado, y el presente no es más que el resumen de lo que fuimos, así como el porvenir será aquello que sembramos en esta vida en la Tierra.

Desde la ciencia establecemos ya como aceptadas algunas evidencias que vienen siendo objeto de investigación desde hace décadas. Detallamos a continuación una clasificación de las mismas según su tipología.

Evidencias Directas e Indirectas

Se subdividen en varios grupos claramente diferenciados:

1. **Casos de reencarnación comprobada** (se dan por cientos en los últimos años).
2. **Recuerdos espontáneos** de vidas anteriores (miles de personas recuerdan espontáneamente episodios procedentes de una vida anterior).
3. **Informaciones mediúnicas**, que proporcionan pruebas directas de reencarnación que pueden verificarse sin error alguno.
4. **Birthmarks**, marcas de nacimiento que no tienen un origen fisiológico o genético, procedentes de una fuerte impresión emocional a consecuencia de la muerte violenta en una vida anterior.
5. **Niños prodigio**, miles, a lo largo de la historia demuestran a corta edad conocimientos y aptitudes imposibles de adquirir sin la instrucción y el tiempo necesario. ¿Dónde se aprenden a tan corta edad esas habilidades, ideas y tendencias que ni siquiera sus progenitores poseen en la madurez?

Evidencias Experimentales

Muchas personas sufren trastornos emocionales y desórdenes mentales debido a causas ignoradas que surgen al someterse a terapias de regresión de la memoria, descubriendo el origen de estas patologías en hechos traumáticos de la infancia, en el periodo pre-natal, e incluso mucho antes, en una vida anterior. Muchos psiquiatras, médicos, psicólogos clínicos e hipnoterapeutas se encuentran con episodios donde el paciente relata sus experiencias de vidas anteriores y allí se localiza el origen del trauma o la patología que sufre actualmente. Y una vez consciente el paciente

del problema, este se soluciona en la mayoría de los casos. Esto ha propiciado la aparición de una disciplina científica denominada T.V.P. (Terapia de Vidas Pasadas) que aborda estos problemas y confirma de paso la veracidad de la reencarnación.

Otra evidencia experimental que confirma la reencarnación es la denominada **“memoria extra-cerebral”**, demostrando que los recuerdos y la mayor parte de la memoria no son producción del cerebro sino de la mente (inmaterial), trascendiendo el proceso neurológico propiamente dicho. Es la memoria instalada en nuestro inconsciente, el “disco duro” de nuestra psique que guarda celosamente las experiencias felices y traumáticas de nuestra trayectoria inmortal de cientos de vidas en la carne.

Una última experiencia experimental que confirma hechos y pruebas de la reencarnación es la referida a la **“alteración de estados de conciencia”** (éxtasis, trances, sonambulismos, experiencias espirituales, sueños proféticos). A través de estos estados de emancipación del alma es posible recordar vidas y existencias anteriores propias y ajenas, donde muchos detalles pueden ser confirmados al regresar al estado de conciencia normal.

Evidencias Complementarias

Por último, existen evidencias complementarias que confirman la reencarnación como conclusión lógica y cierta de muchas informaciones que aportan. Entre estas podemos destacar la T.C.I. (transcomunicación instrumental), que consiste en la recepción de informaciones del plano espiritual a través de dispositivos y aparatos electrónicos (“vidicom”, “spiricom”, psicofonías, etc.) y no de personas físicas. Las O.B.E. (experiencias fuera del cuerpo o desdoblamientos astrales) donde se puede obtener igualmente información del pasado reencarnatorio en algunas ocasiones.

Y por último las **E.C.M** (Experiencias cercanas a la muer-

te). Miles y miles de casos investigados por distintos neurólogos, médicos y psiquiatras confirman esta realidad. Y precisamente ofrecen patrones similares en porcentajes muy altos de coincidencia cercanos al 90%. Uno de esos patrones es el contacto con seres queridos ya desencarnados que recuerdan al que sufre la ECM que su misión en la Tierra no ha terminado y que debe volver para cumplir lo que prometió antes de encarnar, para seguir así el programa establecido para esta reencarnación.

“La reencarnación es un hecho biológico que está siendo actualmente verificado rigurosamente por métodos científicos legítimos y absolutamente independientes de circunstancias histórico-religiosas”.

Ingeniero H. Guimarães Andrade, Libro: Muerte, Renacimiento y Evolución

Existen igualmente algunas investigaciones actuales, multidisciplinarias, que están profundizando en áreas como la embriología, la bioquímica cerebral y la importancia de la glándula pineal en el desarrollo fetal, como pruebas fehacientes de la intervención directa de la energía del periespíritu como el molde energético (M.O.B: modelo organizador biológico) que dirige y coordina el cuerpo que nacerá en base a patrones procedentes de una planificación anterior a la concepción. Todo apunta a una precisión y origen que está íntimamente relacionado con la vida anterior del alma que reencarna.

Entre los interrogantes que la reencarnación suscita, el olvido del pasado tiene especial importancia. Sabemos con certeza la inferioridad ético-moral del hombre actual, y conocemos igualmente que la venida a la Tierra tiene como propósito principal el progreso del alma y el rescate de deudas anteriores modificando igualmente nuestro carácter en la búsqueda de la paz y la felicidad. No venimos a sufrir, pero sí venimos a reparar lo que hicimos mal por un estricto sentido de justicia que la ley de causa y efecto nos exige.

Así pues, el olvido del pasado, lejos de ser un impedimento es una bendición para el alma endeudada. Muchos crímenes y actos aberrantes cometidos en el pasado impedirían en el presente un cambio hacia mejor. Nuestra conciencia nos reprocharía constantemente nuestro pasado culpable y restaría fuerzas al trabajo de rehabilitación que debemos afrontar. Como confirma el doctor Ian Stevenson, uno de los grandes pioneros en la investigación de la reencarnación:

“Morir con el peso de emociones y problemas no resueltos, vigoriza los recuerdos de tal manera que pueden influir en las vidas siguientes”.

Y esto es precisamente lo que ocurriría si tuviéramos conscientemente el recuerdo permanente de nuestras acciones equivocadas en contra de los demás o de nosotros mismos. A ello deberíamos añadir que, si los demás tuvieran el mismo acceso a la memoria espiritual, muchas reconciliaciones serían imposibles, el perdón y la compasión que el olvido del pasado nos permite llevar a cabo se vería cuestionado y en muchas ocasiones retomariamos viejas rencillas y odios que perturbarían en gran medida el objetivo de toda vida en la Tierra: el adelanto y progreso del alma inmortal.

Por último, debemos retrotraernos hacia el inicio de las civilizaciones conocidas, donde encontramos claramente explicado el **proceso reencarnatorio**. Actualmente podemos incluso comprobar en el templo de Karnak en Egipto una imagen extraordinaria. Allí se observa al Dios creador egipcio khunm moldeando en un torno de alfarero el periespíritu junto al cuerpo físico mientras la Diosa Isis mantiene en sus manos el “Ka” (alma) para incorporarlo en el momento del nacimiento. Ya hace más de 3.000 años se conocía el proceso reencarnatorio y los elementos que en él intervienen: el alma, el periespíritu y el cuerpo físico.

En todas las civilizaciones antiguas, India, China, Japón, Egipto, Grecia, Roma, etc., se ha conocido y explicado la reencarnación. Desde los vedas en la india hasta Pitágoras con su doctrina sobre la transmigración de las almas que aprendió de Egipto y de los magos caldeos a los que visitó.

En el antiguo Israel existen vestigios del conocimiento de esta ley (la cábala explica y afirma la reencarnación). Y en Jesús encontramos a uno de los principales defensores de la reencarnación. En el concilio de Nicea (325 d.c.) se pusieron en cuestión algunas doctrinas del cristianismo primitivo y de los padres de la Iglesia como Orígenes y Clemente de Alejandría que defendían la pre-existencia del alma y la reencarnación. Y definitivamente en el 553 (d.C.), con el emperador Justiniano y su esposa Teodora, se celebró el II Concilio de Constantinopla donde se promulgó el edicto que condenaba definitivamente dentro de la iglesia la ley de la reencarnación, anatematizando a todos aquellos que siguieran manteniendo esta idea como esencia del mensaje del maestro de galilea.

Fue Jesús el que adoptó **la reencarnación como base de su doctrina** para explicar la justicia de Dios y las desigualdades aparentes que el mundo nos presenta. E incidiendo en ella, no dudó en asignar a Juan el Bautista como la reencarnación del espíritu del profeta Elias para cumplir con la profecía que anunciaría su propia llegada al pueblo de Israel (*Mateo Cap. XVII v- 10-13*) Tampoco dudó ni regateó explicaciones para con Nicodemo, el doctor en la la ley de Moises que fue a preguntarle, de noche y a escondidas, cuál era el secreto para entrar en el Reino de los Cielos, respondiéndole que el secreto del alma es volver una y otra vez a la vida, a lo que este respondió: ¿Cómo puede uno volver al vientre de su madre?

Y tampoco dejó de reseñar y mencionar ejemplos de todo tipo como el del ciego de nacimiento (*Juan cap. IX v. 1-3*), para poner en evidencia cómo funcionan las leyes de Dios, y en particular la ley de causa y efecto: “*A cada cual según sus obras*”. Como vemos, hasta el siglo VI (553 d.C.) los cristianos primitivos seguían el pensamiento de Jesús y una de las claves de su doctrina de amor y justicia divina cuando afirmó a Nicodemo:

“Para entrar en el reino de los cielos te es necesario nacer de nuevo”

Juan cap. III, v. 7

ANTONIO LLEDÓ

Cuarta parte

Encuentro inevitable

“Los descubrimientos de la ciencia glorifican a Dios en vez de rebajarlo; y sólo destruyen las ideas absurdas que de Dios se han hecho los hombres”

Allan Kardec

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XIX

BIOLOGÍA Y ESPÍRITU

Naturaleza animal y espiritual

“Dios es el actor que desencadena la Evolución,
como una especie de primer motor en la célula”

Dr. Francis Collins, Genetista

A la hora de abordar la relación entre biología y espíritu, solemos enfocar el tema a nivel humano. Cuando adoptamos un contexto más general que tiene que ver con la evolución biológica, sin duda hemos de remontarnos a los aspectos que también afectan a otros reinos de la naturaleza, es decir, los animales y las plantas.

Comprendiendo algo de la evolución biológica, el paradigma mayor que la ciencia incorporó a finales del siglo XIX fueron las aportaciones de Charles Darwin y su teoría de la evolución de las especies y de la selección natural. No es nuestro objetivo explicarlas; sin embargo, desde su aparición hasta ahora han ido sucediéndose distintas evidencias científicas que confirman que la evolución es una realidad, pero también que no afecta por igual a todas las naturalezas ni puede explicar en absoluto la totalidad del origen biológico y su desarrollo posterior.

Darwin desconocía la biología molecular y la genética, motivo por el cual sus análisis, en líneas generales acertados, abrieron un camino, pero en absoluto han de ser tomados como una verdad incuestionable. De hecho, muchos científicos discrepan de algunos de sus postulados pues se han demostrado erróneos en su aplicación universal; no así en una mayoría de los procesos de selección natural y evolución biológica en los que sí son perfectamente válidos.

Ofrecemos esta explicación porque al igual que con Darwin se abrió un nuevo paradigma para la ciencia biológica, por sus mismas fechas apareció la codificación de Allan Kardec -1857- (concretamente tres años antes de publicar Darwin “El origen de las Especies”, Kardec presentaba en París “El Libro de los Espíritus”). La visión religiosa del origen del hombre, que presentaba la iglesia de la época nacido del barro y del soplo divino, quedó defenestrada con los descubrimientos de Darwin al demostrar que la naturaleza del hombre era animal y procedente de los simios.

Sin embargo, la visión kardecista amplió el horizonte de forma extraordinaria. Al definir al hombre por su doble naturaleza: el cuerpo (naturaleza animal) y el alma (naturaleza espiritual), Kardec reconoce la evolución en su doble aspecto. (1) El vínculo que une a ambas es el periespíritu (una envoltura semimaterial), que no es otra cosa que el Modelo Organizador Biológico (2) que permite la vida y la evolución, organizando el funcionamiento y la estructura celular desde los primeros estadios evolutivos de los distintos reinos de la naturaleza.

Tanto es así que ya recoge la posibilidad de proceder de ancestros animales en lo que respecta al cuerpo, mientras que afirma la evolución espiritual al colocar el principio espiritual en permanente evolución desde el origen de las formas más simples y primitivas con vida orgánica (animales unicelulares, virus, bacterias, etc.).

La diferenciación biológico-psicológica-espiritual del hombre sobre otros reinos de la naturaleza vendría dada por la inclusión del espíritu (principio inteligente), una vez que el principio espiritual ha llegado a desarrollar en una etapa

pre-humana todos los aspectos necesarios para albergar las cualidades superiores de la mente. Esa chispa divina sólo se incorpora en la especie humana en ese momento, nunca antes, y procede directamente de Dios.

Así pues, la evolución del principio espiritual se inicia en los primeros estadios de la naturaleza; es famosa la frase *“el alma duerme en el mineral, siente en la planta, se emociona en el animal y piensa en el hombre”*. Este aspecto espiritual tiene así una evolución paralela a la evolución biológica de las especies explicada por Darwin y Wallace.

“El ADN, interiormente, es un campo de energía exteriorizado por el periespíritu permitiendo la función organizadora del cuerpo físico y de su estructura molecular constituido por antipartículas atómicas”

Con el transcurso del tiempo, y a pesar de las corrientes naturalistas que niegan un origen o principio espiritual en la biogénesis (3), cada vez más se confirma que en la intimidad de la célula, el ADN contiene códigos de información que se combinan dando como resultado las distintas organizaciones celulares que forman toda vida orgánica, vegetal, animal o humana.

Los ateos naturalistas, para quienes no existe nada más que genes ciegos combinados aleatoriamente y responsables de las formas debido a las modificaciones que la selección natural produce para preservar en la herencia del más fuerte, suelen confundir códigos con patrones. Ellos consideran que un patrón se repite y da origen a una transición de fase que produce los distintos tipos de vida biológica.

Sin embargo no explican cómo en la intimidad del ADN los patrones son la consecuencia de unos códigos que se auto organizan por sí mismos y que no responden a ningún patrón establecido. ¿Quién ha colocado esa información codificada en la célula? ¿Por qué se articulan en multitud de formas diferentes dando origen a distintos tipos de células, cada una de las cuales cumple su función? ¿Quién ordena, por ejemplo, que una célula del hígado cumpla su función hepática

y no la función que realiza una célula del corazón? ¿Cómo se explican funciones inteligentes y plenamente desarrolladas en las neuronas cerebrales y las diferencian de aquellas otras neuronas que tenemos en nuestro aparato digestivo?

La información es la marca de la mente. Allí donde hay un efecto inteligente, su causa es inteligente. De la materia no puede surgir la inteligencia, ni siquiera la vida. Confirmando esto, tenemos también que muchos genetistas abogan por una causa originaria, un primer motor que es el que pone en marcha el mecanismo y crea la información.

Así pues el Dr. Dean Hammer, en su libro *“El Gen de Dios”*, especifica que todos los seres humanos, independientemente de su raza, religión, sexo, ateísmo o agnosticismo, poseemos un gen que él denomina Vmat2 en el que se encuentra el sustrato y el recuerdo celular de esa causa primera que pone en marcha la vida.

“El gen VMat2 es un gen que todos tenemos en el ADN y cuya actividad a través de los neurotransmisores llamados mono-aminas determinan que en las personas espirituales sus conexiones son mayores, segregando en el hombre mayor sentido de conciencia y de trascendencia personal”

El mayor especialista en el genoma humano, el Dr. Francis Collins, que presentó este proyecto en la Casa Blanca junto al presidente Clinton en el año 2000, opina lo siguiente en su obra *¿Cómo habla Dios?*:

“Dios tuvo un plan para crear unas criaturas con las que pudiera relacionarse, en las que pudiera inspirar una ley moral, en las que pudiera infundir un alma, y a las que pudiera dar una voluntad libre para tomar decisiones sobre nuestro comportamiento; un don que a menudo utilizamos para hacer lo que no debemos. Creo que Dios utilizó el mecanismo de la evolución para conseguir su objetivo”.

Simplemente estas dos opiniones deberían hacernos pensar respecto al origen de la vida biológica y de la causa que la provoca. Con cada avance de la genética y de la biología molecu-

lar encontramos nuevas evidencias acerca de la imposibilidad de crear vida partiendo de la materia. Es más, por mucho que multitud de investigadores expliquen a la perfección el desarrollo y evolución de los sistemas biológicos y de las leyes que los articulan, el origen sigue siendo el gran misterio, la gran incógnita, pues las leyes no se crean a sí mismas, obedecen a un orden natural codificado que ha sido creado y puesto a funcionar en la primera célula.

Es pues acertado suponer que ese primer motor que origina la vida en la célula tiene una causa ajena a la materia, evidentemente un principio vital que la anima y le posibilita la vitalidad. Este principio vital en el hombre está localizado en el periespíritu (Modelo Organizador Biológico) que dinamiza desde la concepción del cigoto el desarrollo vital del hombre a través de sus centros de fuerza o energía electromagnéticos (chakras). Cuando los órganos, como consecuencia del transcurso del tiempo van perdiendo la vitalidad, enferman, y la energía de esa envoltura semimaterial va disminuyendo, de tal forma que cuando el principio vital se extingue, sobreviene la muerte.

Es preciso el estudio profundo del sistema electromagnético de este cuerpo que como un lazo une el cuerpo físico y el alma. Cuando esto se lleve a cabo en profundidad el avance de la biología y del origen de la vida estará más cerca de comprenderse. Algunas terapias alternativas trabajan directamente sobre los centros de fuerza del periespíritu (por ejemplo acupuntura, reiki y otras), reactivando la energía deteriorada y restaurando de esa forma el equilibrio celular perdido, dando así mayor vitalidad.

“Para que la vida humana se exprese plenamente, es indispensable la presencia del espíritu, cuyo órgano modelador y organizador es el periespíritu, que estimula las células conforme a las necesidades de naturaleza kármica, obedeciendo a la ley moral de causa y efecto”

Divaldo P. Franco, Libro: Actualidad del pensamiento espírita

También afirmaremos que el origen biológico de la vida es imposible sin un principio vital que la sustente, y que siempre está presente en la materia orgánica. Junto a este principio, aparece otro de origen espiritual que permite esta evolución simultánea biológico-espiritual a través del tiempo y las especies.

Esta evolución culmina en el hombre, donde se incorpora la chispa divina (conciencia, inteligencia, libre albedrío y voluntad) cuando la psiquis (principio espiritual) alcanza su máximo desarrollo procedente de estadios inferiores. A partir de aquí aparece la etapa humana caracterizada por el “principio inteligente” (principio espiritual desarrollado) que es el alma, ya preparada para iniciar su proceso evolutivo con conciencia de sí misma.

Y la causa primera que origina el proceso no es otra que un Creador, una Inteligencia Suprema, que mediante un sentido y propósito desconocido para nosotros articula el origen de la vida y pone a evolucionar los seres vivos, desde la ameba al hombre.

“Todo lo que necesitas saber está dentro de ti, y los secretos del universo se imprimen en las células de su cuerpo”.

Dan Millman - Escritor

En la comprensión de la memoria como una de las funciones del cerebro humano, siempre existen lagunas todavía no resueltas por parte de la biología y la neurología. La principal es aquella que tiene que ver con su origen. Hoy en día se comprenden las funciones cerebrales que tienen que ver con los recuerdos y la memoria, e incluso se determinan las áreas cerebrales que procesan la información al respecto. Sin embargo, el planteamiento exclusivo de entender únicamente al cerebro como productor de la mente y la conciencia restringe el avance acerca del origen de la memoria inconsciente o extra-cerebral.

Si no se contempla la parte trascendente del ser humano, y

se tiene en consideración que tanto la mente como la conciencia son instrumentos del alma -del yo superior que somos y que trasciende el fenómeno de la muerte- entonces el planteamiento respecto a las funciones de la mente queda totalmente cercenado y restringido a sus efectos, no a las causas que las producen.

La memoria es patrimonio del alma, del espíritu encarnado. Y la memoria traspasa el velo de la existencia física, como lo demuestra a menudo la T.V.P. (Terapia de Vidas Pasadas). Nuestro yo es la suma de las experiencias adquiridas a través de milenios, en diferentes apariciones en la Tierra animando distintos cuerpos a través de la reencarnación. No obstante, siempre somos nosotros mismos, nuestra individualidad no se extingue con la muerte, no desaparece con el tiempo, pues somos inmortales respecto a nuestra esencia espiritual. Esto permite que nuestro inconsciente guarde celosamente la memoria de nuestras vivencias y aprendizajes en vidas anteriores.

Somos la suma de la experiencia antro-po-psi-co-sociológica vivida a lo largo de milenios. Y en la memoria espiritual (extra-cerebral) se encuentran archivadas nuestras actitudes, comportamientos, méritos y deméritos, fortalezas y debilidades conquistadas durante tanto tiempo. Al reencarnar, las leyes que rigen el proceso evolutivo del ser humano nos impiden el acceso consciente a esta memoria espiritual, quedando a nivel inconsciente la información a la que se puede llegar mediante diversas técnicas de retro-cognición.

Pero el hecho de que no se recuerden conscientemente no implica que no determinen nuestra forma de ser; antes al contrario, los impulsos mentales y los reflejos que nuestra mente transmite a través del cerebro al resto de nuestro cuerpo y nuestro consciente condicionan nuestra vida a cada momento; pues “no podemos evitar ser como somos”, pero sí “podemos cambiar cómo somos”.

Al igual que nuestro cerebro puede recibir y transmitir las instrucciones de la mente -cosa que hace permanentemente al resto de nuestra sensación y percepción, esta información es archivada convenientemente en nuestro inconsciente, forman-

do así la personalidad que adoptamos en cada una de nuestras apariciones en el mundo físico. Este archivo consolida nuestra memoria ancestral; y, dependiendo de cómo ejerzamos nuestro libre albedrío, modificando nuestras imperfecciones hacia el bien o persistiendo en el mal, grabamos en nuestro propio interior las causas de nuestro destino futuro.

“La reencarnación se inicia en el momento de la fecundación, a partir del cual el periespíritu comienza a imprimir en los genes y cromosomas todas las características y equipamientos que necesita el espíritu para su evolución”

Siendo así, nuestra propia organización celular se encuentra condicionada desde el primer instante de la fecundación y desarrollo del feto por las actitudes y condicionantes de lo que hemos sido anteriormente, de aquello que hemos sembrado en nuestro pasado, y que a través de la imantación energética de la célula huevo (embrión) por parte del espíritu que reencarna, se atrae por vibración y afinidad la herencia genética implementada en el espermatozoide adecuado que coincide en la misma frecuencia vibratoria que el óvulo magnetizado transmite en su atracción.

Esta circunstancia provee al nuevo ser que se forma en el vientre de la madre de las características físico-psicológicas que sus células tendrán en su desarrollo, aportando la carga de la herencia de sus ancestros en las células biológicas y las características que le son propias en su espíritu inmortal en las células espirituales que conforman su cuerpo periespiritual, auténtico modelo organizador biológico del niño en el vientre de la madre.

Para reencarnar, para vivir, es preciso comprender que entre el alma y el cuerpo existe un cuerpo espiritual intermedio, de naturaleza semi-material que podemos denominar peri-espíritu, que es un doble exacto de nuestro cuerpo biológico, pues es el encargado de modelar, moldear e implementar las características biológicas que el niño desarrollará desde que es fecundado hasta que alcance los siete u ocho años de edad, momento en el que la especie humana sale de la niñez y adquiere la consciencia de la realidad mediante la plena incorporación del yo superior.

Somos energía, además de materia. Y tanto nuestra alma, como nuestro periespíritu y cuerpo biológico forman la trilogía de la personalidad del ser humano. Este cuerpo intermedio que facilita la incorporación del espíritu al cuerpo biológico en cada reencarnación, está formado por células de tipo energético-espiritual, que, al igual que las células biológicas que conforman nuestros órganos y tejidos, contienen memoria de sus procesos de crecimiento, desarrollo, nutrición, muerte y regeneración.

Esta memoria celular implementada en las células físicas y en las espirituales son las que permiten la vida, el pleno trasvase de la energía del espíritu al cuerpo biológico, y el recorrido inverso de las experiencias físicas al archivo infinito de nuestra memoria espiritual ubicado en nuestro inconsciente. La simbiosis entre ambas formas de vida físico-espiritual (la célula es el elemento de menor tamaño que alberga vida) permite la mayoría de los procesos energéticos, mentales, psicológicos y espirituales entre el espíritu y el cuerpo biológico del ser humano.

La bioquímica cerebral capaz de liberar las hormonas y sustancias que necesita nuestro cuerpo; los impulsos electromagnéticos de las sinapsis neuronales que permiten los procesos de cognición y razonamiento; los estados mentales equilibrados o patológicos, los estados de conciencia alterados, todo está subordinado a las leyes energéticas que nuestra mente (instrumento del espíritu que no es producto del cerebro) transmite al cuerpo físico a través del cuerpo periespiritual.

“Toda la genética a nivel bioquímico está sujeta a leyes a nivel energético”

Escritor Dr. R. Bernardi - Libro: Gestación, sublime intercambio

Esto se lleva a cabo mediante la activación u oclusión energética de los centros de fuerza que el periespíritu contiene; son varios principales: coronario, frontal, laríngeo, cardíaco, digestivo, esplénico y genésico (en oriente se denominan chakras y son utilizados y manipulados para restablecer la salud, el

equilibrio energético de la persona y su vitalidad a través de técnicas milenarias como la acupuntura, el reiki, etc.).

Sería imposible de obtener resultado alguno si no existiera esa simbiosis energética entre las células biológicas (tres trillones que contiene nuestro cuerpo físico) y las células periespirituales de ese cuerpo intermedio, que habilitan la fuerza vital mediante la energía que nuestro espíritu transmite a la materia a través de la mente y del resto de centros de fuerza o energía mencionados.

Así pues, somos energía inmortal, y con el transcurso de la vida, la fuerza vital va disminuyendo y los órganos físicos perdiendo vitalidad, porque la vamos consumiendo desde que nacemos en un proceso previamente establecido por nuestra herencia genética condicionada por las circunstancias espirituales y los objetivos que traemos a cumplir en la vida. La disminución de la energía vital tiene que ver con el uso y explotación que nuestros órganos físicos hacen de ella, no con la fuente que la produce que es infinita y se regenera constantemente (el fluido vital que aporta el espíritu).

Un abuso de nuestro cuerpo físico, una distorsión de sus funciones debido a los vicios, los excesos de toda índole o las actitudes equivocadas, así como una exposición permanente a los vicios mentales, las obsesiones, los odios, las envidias, los desequilibrios emocionales, etc., desgastan la energía vital que se activa en las células del periespíritu y, afectando a las células biológicas que le son recíprocas, producen la distonía de las mismas dando lugar a las enfermedades que desequilibran el sistema. Así pues, la frase de que “no existen enfermedades sino enfermos” adquiere toda veracidad bajo el conocimiento del funcionamiento e interacción del espíritu-mente-cuerpo.

Nuestras células son como microscópicos motores eléctricos responsables de la vida, y están perfectamente integradas con los centros y núcleos semimateriales del periespíritu y sus leyes energéticas que las condicionan desde su formación en el útero materno. Y así como el ADN y el RNA están impresos en los genes y son los encargados de la herencia biológica, el periespíritu es el dinamizador del proceso, el modelo organi-

zador biológico que imprime y dirige la morfología, las combinaciones, funcionamiento y características esenciales en el futuro cuerpo del niño.

El día que la medicina tradicional llegue a investigar las causas y la etiología de las enfermedades mirando más allá del cuerpo biológico, se abrirá para la salud una nueva etapa, una época de regeneración y comprensión del ser humano integral, holístico, en su triple aspecto físico-psicológico espiritual.

“El periespíritu moldea el futuro cuerpo del niño necesario para la evolución utilizando los recursos genéticos de los padres y adaptando las vibraciones que él mismo lleva y que se derivan de los actos morales y los comportamientos mentales del espíritu en sus vidas anteriores”

CAPÍTULO XX

PSICOLOGÍA Y ESPÍRITU

Inconsciente: El archivo del alma

“Si no fuera un hecho de experiencia que los valores supremos residen en el Alma, la Psicología no me interesaría en lo más mínimo, ya que el Alma sería entonces un miserable vapor”.

Carl G. Jung - Psiquiatra y padre de la Psicología Analítica

Una de las disciplinas científicas que avanza a pasos agigantados en busca de nuevos paradigmas que implementen la conciencia y la realidad del espíritu en el método científico es la Psicología, y más concretamente la Psicología Analítica, Humanista y Transpersonal.

Todo comenzó con Carl G. Jung que, al contrario que Freud, y siendo ambos los impulsores del Psicoanálisis, avalaron sus investigaciones mutuamente pero no llegaron a coincidir en las tesis principales sobre la fuente de energía de la psique humana. Para Freud únicamente eran los impulsos biológico-sexuales, mientras que Jung sumaba además los impulsos del inconsciente personal y colectivo.

Tampoco coincidió en el diagnóstico de las patologías men-

tales que Freud atribuía única y exclusivamente a impulsos y deseos sexuales reprimidos del subconsciente y cuya mayoría tenían su origen en la infancia -complejos de Edipo y Electra-, todo ello basado en el Eros y Tánatos que condicionaban la psique humana por completo. En otras de las investigaciones sobre el inconsciente ambos estaban plenamente de acuerdo, por ejemplo, en el capítulo de los sueños y su influencia. Y al respecto de la importancia del tiempo para la psique humana Jung afirmaba:

“El Inconsciente no tiene tiempo. No hay problemas acerca del Tiempo en él. Parte de nuestra Psique no está en el tiempo ni en el espacio. Estos son solo una ilusión, Tiempo y Espacio, y así en parte de nuestra Psique el tiempo no cuenta para nada”

Esta opinión sobre la atemporalidad del inconsciente es plenamente coincidente con la postura de la filosofía espiritualista de Kardec, donde el periespíritu, depositario del inconsciente profundo del ser humano, no tiene tiempo y trasciende las etapas físicas y espirituales, es decir, las distintas reencarnaciones y su estancia en el plano espiritual. Todas las experiencias almacenadas en nuestro inconsciente profundo forman parte de nuestro acervo personal para siempre, sin tiempo, desde el mismo momento en que acontecen.

Por esto mismo, situaciones o vivencias del pasado pueden florecer en cualquier momento o en distintas vidas futuras, pues nada se pierde, todo lo vivido está dentro de nosotros.

Jung añadió el “estudio del alma”, permitiendo así la introducción del espíritu como elemento trascendente de la naturaleza y de la psique humana, abriendo caminos para otros que llegaron después. Tanto es así que, como psiquiatra, y al estudiar profundamente los estados alterados de conciencia, llegó a afirmar que algunas de estas circunstancias no son patologías mentales sino otros estados de la realidad que la conciencia experimenta y que son tan reales como los que se viven normalmente; debiéndose los mismos a un aspecto especial del alma humana que él denominó como “estado numinoso”.

“El Estado Numinoso es un Orden Mayor de Realidad de la Conciencia Humana”

Así pues, Jung es el impulsor de un nuevo paradigma dentro de la psicología. Unos años después, Abraham Maslow propuso la Psicología Humanista para alejarse de Freud en todo aquello que suponía colocar en el cajón de las patologías aquellos fenómenos psicológicos que no eran comprendidos. Maslow, junto a Stanislav Grof, dieron inicio a la Psicología Transpersonal, también llamada la cuarta fuerza de la psicología, donde ya sí se contempla el espíritu o alma humana como factor integrante de determinados estados psicológicos y de conciencia.

Al igual que Jung, Grof investigó a fondo las patologías de algunos esquizofrénicos llegando a la misma conclusión: algunos estados alterados de conciencia (trance, éxtasis, mediumnidad, etc.) no son patologías mentales sino otra realidad de la conciencia a la que acceden estas personas, y que es tan real y profunda que deja huellas en el alma de manera importante. No son patologías que haya que tratar mediante terapia, sino fenómenos que se deben orientar y educar correctamente para que la persona pueda llevar una vida plena, sin alteración alguna, disfrutando de las distintas realidades de conciencia a las que puede tener acceso.

Groff demostró con su técnica de “Respiración Holotrópica” que todas las personas pueden acceder a estos estados de conciencia propios del alma humana, del espíritu que es preexistente a la vida intrauterina y trascendente después de la muerte. Es más, la condición psicológica de la vida prenatal viene condicionada por los contenidos de la psique que el alma ha ido experimentando en vidas anteriores.

Si la vida del alma es preexistente, esto supone otra confirmación que abre paso a la certeza de vidas anteriores, a la reencarnación como elemento de progreso que permite al alma crecer mediante distintas experiencias que va acumulando vida tras vida.

Comprobamos así el amplio espectro; el campo de investigación que el estudio del alma humana y del espíritu permite

recorrer a la ciencia cuando se toma conciencia de ello. Este es el reto de esta década; todo se encamina al paradigma de la inmortalidad representado por el principio inteligente (espíritu). Lo que nos lleva a preguntarnos, y de paso confirmar, que la ciencia espírita, codificada por Allán Kardec en el siglo XIX, sigue plenamente vigente en toda su integridad hoy mismo, comprobando su total actualidad e interés científico.

Sin duda son millares los científicos en distintas áreas de la ciencia que comprueban a diario en sus experiencias e investigaciones la importancia de la mente, la conciencia o el espíritu, elementos que nada tienen que ver con la materia, el naturalismo o la biología exclusivamente.

“La materia es una hipótesis. Cuando decimos Materia, creamos un símbolo para algo desconocido, como también puede ser el Espíritu o incluso Dios”.

Carl G. Jung – Psiquiatra

Es por ello por lo que el reto está servido: en los próximos años seremos sorprendidos por el avasallamiento y la potencia de las nuevas investigaciones sobre la conciencia. Hasta que no se coloque al ser trascendente e inmortal (alma o espíritu) en el centro del debate y como el objeto prioritario de estudio e investigación, no se resolverán todos los interrogantes sobre el origen y desarrollo de la conciencia, así como los distintos estados que esta puede vislumbrar y atender.

El estudio del consciente, subconsciente e inconsciente que formó las bases del psicoanálisis iniciado por Freud, tuvo su continuidad con Jung y sus arquetipos (modelos), donde destacó el papel del inconsciente profundo como “sede del alma” y alumbró la hipótesis del “inconsciente colectivo”, substrato que está impregnando la psique humana desde el principio de los tiempos y a lo largo de la historia.

Tanto uno como el otro son elementos inmateriales que condicionan el comportamiento humano de forma tan real y exhaustiva que, a pesar de no poderlos medir, pesar o deli-

mitar, son elementos reales que nadie niega hoy en día y que cada vez más demuestran su fuerza, pulsión e influencia en el desarrollo psicológico del ser humano.

Desde un punto de vista particular y espiritual, conectando el alma con el cuerpo y el periespíritu, ya explicado con anterioridad en otros capítulos, podemos afirmar que el inconsciente profundo de cada ser humano viene a representar el llamado cuerpo causal del periespíritu, donde se archivan y registran todas las experiencias que el alma va experimentando vida tras vida.

Preferentemente aquellas que por su impacto emocional han destacado sobre otras y que quedan indeleblemente grabadas para siempre en nuestra psique. Este registro permanente posibilita el afloramiento en cualquier tiempo o lugar de esas experiencias, positivas o negativas, que condicionan el carácter de la persona, que pueden proveer de recursos excepcionales en momentos de necesidad porque ya se dispone de ellos profundamente en nuestra psique.

E incluso a veces afloran en forma de patologías graves, distorsiones mentales como la esquizofrenia, muchas de ellas derivadas de una conciencia de culpa procedentes de actos ejecutados en el pasado del alma que quedaron sin sanción, pero cuyo peso emocional, de remordimiento y de gravedad quedaron fuertemente impresos en la psique y que en una vida posterior pueden aflorar en cualquier instante.

Esto confirma la viabilidad de muchos resultados de la hipnoterapia y la terapia de vidas pasadas realizadas por multitud de terapeutas y psiquiatras donde localizan los traumas del pasado en vidas anteriores, y una vez realizada la catarsis correspondiente, el paciente recupera el equilibrio y la paz perdida.

Es pues nuestro inconsciente profundo el archivo de nuestra alma, de donde proceden muchas veces los reflejos condicionados de nuestra psique (la forma como reaccionamos) o los automatismos a la hora de pensar o actuar. Y así como existen automatismos biológicos procedentes de la especie a la que pertenecemos, los automatismos psíquicos son igual-

mente importantes, pues ponen de manifiesto las limitaciones y los recursos que nuestro ser inmortal ha ido desarrollando, repitiendo, convirtiendo en patrones de conducta o en formas de reacción específicas.

Uno de los retos es sin duda investigar el campo molecular y electromagnético del periespíritu. Ya están trabajando en ello investigadores de prestigio, y cuando logren afianzar las evidencias que ya se tienen con los avances respecto a la mente y la conciencia, tendremos el modelo completo que se precisa para certificar la realidad trascendente de la vida y del alma.

El “Proyecto Cerebro” que se estaba desarrollando en Europa y EEUU para cartografiar los 100.000 millones de neuronas cerebrales y que estaba previsto concluir en el 2023 ha demostrado que la Mente y el origen de la Conciencia siguen siendo el gran misterio, el problema irresoluble cuando se inicia bajo parámetros de estudio equivocados.

Mientras los investigadores sigan partiendo de la base de una “mente o conciencia de naturaleza material”, la resolución del problema estará lejos. No obstante, ya se vislumbran nuevos planteamientos y enfoques iniciales basados en la energía y no en la materia. Y algunos de ellos tienen que ver con la biología cuántica. Esta es la ruta adecuada que ya está siendo explorada y analizada por investigadores, biólogos, neurólogos, fisiólogos y psiquiatras de prestigio. Es otro punto de encuentro entre la espiritualidad y la ciencia cuando, al final del camino, descubran que el origen y funcionamiento de esa energía se debe a un agente excepcional llamado “Alma Humana”.

Sin duda, la ciencia desvelará en breve las evidencias que todavía no son suficientes para algunos a la hora de aceptar que somos seres inmortales, trascendentes e involucrados en un proceso evolutivo de crecimiento y progreso personal.

Aquellos que lo comprendemos y lo sabemos desde hace tiempo tenemos la obligación moral de divulgarlo, a fin de ayudar a salir de la ignorancia a millones de personas que, embutidas en el feroz materialismo instalado en la sociedad

actual, se encuentran a sí mismas insatisfechas e infelices en sus vidas al no vislumbrar su auténtica realidad.

La certeza de la transcendencia e inmortalidad del alma obliga a una reflexión profunda, y la persona abandona la incertidumbre del futuro o la tristeza del presente al dejar de creer que es únicamente una colección de genes ciegos sin sentido ni propósito alguno. La falacia del determinismo genético ya ha sido demostrada y puesta en evidencia desde el descubrimiento del genoma en el año 2000 por Francis Collins y su equipo de genetistas y biólogos.

Y en el más profundo sentido psicológico, asistimos a las investigaciones de psiquiatras, neurólogos y psicólogos que están acuñando el término “memoria supra-consciente”, que trasciende las capacidades de la conciencia ordinaria para referirse a las características genuinas del alma humana (inmaterial y trascendente). Bienvenidas sean todas estas líneas de investigación que usan su propia nomenclatura pero que en las definiciones que utilizan no hacen más que confirmar el avance y encuentro inevitable entre la psique y el espíritu.

“El espíritu le da significado a su vida, y la posibilidad de su más grande desarrollo. Y la vida es esencial para el espíritu, ya que su verdad no es nada si no puede vivir”

Carl G. Jung

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XXI

MATEMÁTICAS, FÍSICA Y ESPÍRITU

Dios: Matemático excepcional y la materia mental

“Para percibir la estructura y propiedades de las partículas elementales, es necesario hacer intervenir un espacio-tiempo particular presentando las características de un espacio-tiempo del Espíritu, acompañando el de la materia”

Jean Charon – Físico, Libro: “El espíritu, este desconocido”

En capítulos anteriores hemos abordado paralelismos, interacciones y funciones que, dentro de determinadas disciplinas científicas, biología, psicología, neurología, cosmología, etc., nos permiten vislumbrar que no es la materia únicamente la que rige o articula las características simplemente orgánicas, psíquicas o espirituales del ser humano, ni tan siquiera las correspondientes a las leyes inmutables y universales que rigen y explican los procesos principales en la naturaleza.

Las áreas de investigación que permiten abordar este problema son muchas, y ya hemos visto los ejemplos de la biología, la psicología, o la neurología. No obstante, los avances en matemáticas y preferentemente en física cuántica permiten deducir respuestas a los interrogantes mencionados arriba.

El descubrimiento de las constantes universales (electromagnetismo, gravedad, velocidad de la luz, fuerza nuclear fuerte, débil, etc.) ha puesto de manifiesto la inmutabilidad de esas leyes que rigen de igual manera en todo el universo conocido. Pero lo realmente asombroso es comprobar cómo todas ellas tienen su correspondencia en unos valores numéricos que sólo las matemáticas descifran con una exactitud, precisión y grado de equilibrio incapaz de ser siquiera imaginado por mente humana alguna. De ahí la admiración de Albert Einstein cuando afirmó:

“Lo verdaderamente incomprensible es que el Universo sea comprensible”

En el proceso de descubrimiento de estos valores numéricos, una de las conclusiones evidentes fue comprobar que todo expresa un orden y un ajuste tan excepcional que solo una Mente Superior, perfecta y omnipotente ha podido diseñar un Universo con estas características. Esto reafirma la propuesta de una causa primera y al mismo tiempo nos avanza la expresión de un conocimiento muy superior que todavía causa mayor admiración al permitir la comprensión de esas leyes y los valores numéricos que las permiten.

Todo parece aventurar que el creador de este universo lo pensó y diseñó para que pudiéramos comprenderlo y entenderlo poco a poco, conforme vamos avanzando en mayores capacidades, descubrimientos e inteligencia. De aquí la opinión de grandes mentes de la ciencia al respecto como Paul Dirac, que llegaron a afirmar:

“Dios es un matemático de primer orden, que utilizó unas matemáticas muy avanzadas para construir el Universo”.

Las matemáticas es quizás la única disciplina científica capaz de no tener límites, y sin embargo, y a pesar de ello, no todo lo que sabemos cierto como expresión o verdad matemática puede ser demostrado. En esto consiste el “principio de incompletitud” del mayor genio de la lógica y extraordinario matemático, compañero de Einstein en Princeton: Kurt Gödel.

Gödel no sólo demostró mediante axiomas y lógica matemática la precisión y certeza del argumento ontológico de San Anselmo sobre la existencia de Dios, sino que evidenció con sus propias hipótesis matemáticas, todavía no refutadas, el hecho de que existen verdades matemáticas que nunca podrán ser demostradas. Lo que equivaldría a decir algo así: hay cosas que sabemos que son ciertas, pero que nunca podremos probar ni demostrar.

“La hazaña de Gödel en la lógica moderna es única y monumental... con total certidumbre, la materia de la lógica ha cambiado completamente su naturaleza y sus posibilidades con el logro de Gödel”

John Van Newman -

Ingeniero, Físico y Matemático, nombrada “Persona del Siglo” en 1999

Los descubrimientos de la relatividad de Einstein y las aportaciones de Planck dieron lugar el siglo pasado a un conocimiento mayor de las partículas subatómicas y con ello a la comprobación de “nuevas dimensiones de existencia” hasta entonces desconocidas, que permiten comprender con mayor claridad dónde puede ubicarse la conciencia y de qué forma nuestra alma puede manifestarse en otras dimensiones y ser tan real o más que si interactuara únicamente en la realidad tridimensional que conocemos. De hecho, después de Einstein, una cuarta dimensión hizo su aparición en la realidad de la física: el tiempo.

El principio de incertidumbre de Heisenberg, donde se demuestra la imposibilidad de fijar la posición y el movimiento de las partículas simultáneamente y el comportamiento de las mismas, unas veces como materia y al instante como energía, es la demostración científica de que la materia y la energía tienen que ver con la mente y la conciencia más de lo que llegamos a suponer.

Con ello se prueba que ni el espacio ni el tiempo tienen repercusión, pues las partículas pueden relacionarse al instante sin conexión alguna y a miles de kilómetros de distancia. Se

altera así toda la concepción mecanicista de la materia como elemento único de realidad. Lo que sirve para las evidencias de la mecánica clásica de Newton en el macrocosmos (movimiento y gravedad de los planetas, por ejemplo) no es válido para la física de partículas elementales de la materia.

Si la materia a nivel microscópico se confunde con la energía, y el espacio y el tiempo no tienen la repercusión que observamos en el mundo que nos rodea, es mucho más fácil comprender y aceptar que una energía, como es el espíritu humano (la energía no se crea ni se destruye, tan sólo se transforma: Principio elemental de la termodinámica) es algo permanente, eterno, que cambia de forma o estado (con cuerpo -materia o sin él -espíritu-), pero que “siempre es”.

“Algunas de las cosas que descubrimos en la ciencia son tan impresionantes que he decidido creer en Dios”

Anton Zeilinger – Nobel de Física, 2022

Y si a este axioma le añadimos que no es precisa una conexión física o material entre partículas para que estas se comporten igual a miles de kilómetros de distancia, ¿no será mucho más fácil comprender la relación entre cuerpo material y espíritu-energía unidos por ese extraordinario cuerpo periespiritual (semimaterial) que participa de ambos en cuanto a su estructura y moléculas afines?

La comprensión del periespíritu (bioplasma, cuerpo astral, etc.) es la prueba evidente de la relación del espíritu y la materia. Es también la respuesta definitiva a aquellos que, para refutar el “dualismo” alma-cuerpo de las religiones, negaban la realidad del espíritu afirmando que la materia y la energía no podrían tener una interacción conocida por tratarse de distintas sustancias. Esa relación es este cuerpo intermedio, el periespíritu, que posee moléculas materiales y energéticas, capaces de vincular, unir y relacionar íntimamente los dos aspectos del ser humano: su cuerpo y su alma.

Estas reflexiones nos deben hacer pensar qué fácil sería para la ciencia actual demostrar la realidad del espíritu y su inmortalidad tan sólo aplicándose al estudio molecular y electromagnético de ese cuerpo llamado periespíritu que une ambos principios: el energético (espíritu) y el material (cuerpo físico). Estamos a las puertas de nuevas realidades científicas y en próximos años comprobaremos las evidencias de las mismas.

Por si esto fuera poco, el físico y premio nobel Niels Bohr otorga la cualidad de la materia y la energía a “la conciencia del observador”. Es decir, la conciencia y la mente del observador es la que determina la naturaleza de la materia o la energía. Esto supone introducir la conciencia en el núcleo de la física cuántica. En relación con esto último veamos qué opina al respecto de la mente y la materia uno de los físicos más importantes de las últimas décadas, David Bohm:

“Lo mental y lo material constituyen dos aspectos de un proceso conjunto, únicamente separados en el pensamiento y no en la realidad. Existe más bien una única energía en la base de toda realidad... No existe división entre lo mental y lo material”

David Bohm -Físico

Así pues, estas nuevas concepciones de la física permiten perfectamente implementar el aspecto de la conciencia en distintas realidades y dimensiones desconocidas hasta ahora. Esto sería una evidencia clara de cómo se pueden comprender aspectos como la fenomenología paranormal o mediúmnica, y cómo determinados estados de conciencia, aparentemente alterados, no son tales, sino tan reales como los que podemos percibir en el ámbito de las tres dimensiones físicas que conocemos.

El predominio de la mente sobre la materia es evidente y constatable. ¿Cómo es posible? La mente es de naturaleza “no local” e “inmaterial” y no se origina en el cerebro, y aunque cuando estamos con un cuerpo en la Tierra mente y cerebro es-

tán interconectados, después de la muerte seguimos pensando, y nuestra “mente sin cerebro” sigue actuando como un atributo más del Alma humana que la caracteriza.

Hay que tener en cuenta que el principio inteligente se encuentra en el espíritu y no en la materia. Por ello, la mente es un instrumento al servicio del espíritu inmortal, siendo el pensamiento su expresión más genuina que utiliza el cerebro para su manifestación cuando tenemos un cuerpo. Por ello, cuando prescindimos del cuerpo nuestra mente sigue activa, pudiendo transmitir y recibir pensamientos en estado espiritual. Es lo mismo que decir que nuestra conciencia sigue activa a pesar del cuerpo físico, pues la mente y la conciencia están íntimamente relacionadas.

“La materia del Universo es materia Mental”

Arthur Eddington- Astrónomo

Esto aportaría un campo de investigación amplísimo sobre la transcendencia de la conciencia después de la muerte, además de la supervivencia en otras dimensiones de vida y la posibilidad de interconexión de esa conciencia con otras que se hallan encarnadas. Expresado de otro modo: la supervivencia e inmortalidad del alma, además de la certeza de la comunicación de las almas que ya partieron con aquellas otras que permanecen todavía en nuestra dimensión física. Ambas cuestiones: inmortalidad del alma y comunicación con otras almas en el otro lado de la vida son dos de los principios esenciales de la filosofía espírita de Kardec.

Física y espíritus unidos por las leyes que rigen la naturaleza en los principios esenciales de la materia y la energía. Imaginemos cuando estos postulados (confirmados por la ciencia espírita hace ahora 150 años) sean estudiados en profundidad por los científicos del momento, colocando la conciencia y el espíritu humano como fuente principal de los fenómenos que acontecen. Será entonces cuando el nuevo paradigma científico-espiritual sustituirá definitivamente al paradigma materialista que todavía impera en una gran parte de la comunidad científica. Confirmamos así la opinión del Nobel y padre de la Física cuántica Max Planck:

“Toda la materia encuentra su origen y existe solo en virtud de una fuerza. Detrás de esa fuerza existe un espíritu consciente e inteligente”

Esto ya es una realidad; no habrá que esperar mucho tiempo más, pues ya se está implementando una generación de investigadores en distintas áreas de la ciencia que profundizan cada vez más en el nuevo paradigma que sitúa a la conciencia como la base de la vida y de todo lo que existe. Conforme avance la investigación en esta década, se irán confirmando los postulados e hipótesis de muchos científicos que ya afirman la realidad del espíritu y su transcendencia inmortal.

La conciencia es la fuerza más poderosa del espíritu humano, por ello, el avance de todos los descubrimientos de vanguardia sobre la misma nos conducirá inevitablemente al encuentro con la más profunda espiritualidad y transcendencia del ser humano.

Disciplinas como las matemáticas y la física están entrando en el estudio de áreas incognoscibles de la energía y las dimensiones desconocidas que se empiezan a vislumbrar. Y con ello se acercan cada vez más a la certeza de una Mente Superior que ha creado este universo bajo leyes perfectas de orden y equilibrio. Y justamente a través del estudio holístico y completo de la obra cumbre de este creador: el ser humano, su naturaleza integral y su transcendencia, se llegará a la evidencia incuestionable de la relación entre la ciencia y el espíritu.

“El mundo no es caótico ni arbitrario, la ciencia demuestra que la mayor regularidad y orden reinan por todas partes. El orden es una forma de racionalidad. La ciencia muestra que nuestro mundo, los planetas y estrellas han tenido un comienzo y tendrá un final...y si el mundo está organizado de forma racional y tiene significación, entonces debe haber otra vida”.

Kurt Gödel - Carta a su Madre

ANTONIO LLEDÓ

CAPÍTULO XXII

SALUD, EMOCIONES Y ESPÍRITU

Mente somatizada y cerebro sano

“No existen enfermedades, existen enfermos”

Hipócrates - (Padre de la Medicina) Siglo V a. C.

La salud *“es el estado de completo bienestar físico, mental y social”*. Esta es la definición de la Organización Mundial de la Salud y un primer análisis sobre la misma nos permite comprender con facilidad que los tres aspectos que la integran no siempre van unidos en un estado similar.

Antes al contrario; la inmensa mayoría de las personas identifican la salud únicamente con el primer aspecto, el físico-orgánico, sin prestar atención ni entender los estados mentales y los factores psico-sociales como componentes incuestionables de la salud integral del individuo. La salud se identifica así, por la mayoría de las personas, como la ausencia de enfermedad biológica.

El desarrollo de la medicina ha ido otorgando mayor importancia a la salud mental únicamente desde hace apenas ciento cincuenta años. Con anterioridad al siglo XVIII, los enfermos

mentales eran considerados disminuidos y retrasados, no existiendo otra terapia para ellos que encerrarlos y apartarlos de la sociedad.

Tuvo que ser a mediados del siglo XX y bajo un enfoque integral y holístico del ser humano, cuando afloraron dentro de la psicología, psicoterapias distintas y diferentes disciplinas, como la psicoterapia de la Gestalt. También el tratamiento de las enfermedades mentales tuvo un enfoque muy interesante con la aparición de la Psicología Transpersonal de Stanislav Grof. Estas disciplinas y algunas otras intentaron cambiar el foco de análisis y estudio de la enfermedad mental, visualizando al hombre desde su triple aspecto: Biológico, Psicológico y Espiritual.

“Si alguien busca la salud, pregúntale si está dispuesto a evitar en el futuro las causas de la enfermedad; en caso contrario, abstente de ayudarlo”.

Sócrates - Filósofo s- IV a. C.

Este preámbulo nos sirve para explicar hacia dónde se encamina el avance de las ciencias de la salud y de la mente en occidente. Pues, cada vez más, la investigación pone de manifiesto que no se puede fragmentar el estudio de la enfermedad únicamente bajo el prisma del síntoma, sino que hay que evaluar el diagnóstico de la enfermedad teniendo en cuenta que el hombre no es sólo biología, sino mente, conciencia, psiquismo y espiritualidad.

Existe todo un campo científico destinado al estudio de la comunicación entre la mente y el cuerpo llamado **psiconeuroinmunología**. Esta disciplina pone de manifiesto la importancia de la mente y sobre todo de las emociones en el desarrollo de las enfermedades mentales y deficiencias inmunológicas; también en la enorme influencia que el desequilibrio emocional y mental posee en el origen y aparición de patologías como el stress, la ansiedad, la depresión y diversas neurosis.

“Los pensamientos y las emociones nos pueden curar o nos hacen enfermar, y es nuestra conciencia la que determina la realidad que experimentamos”.

Dra. Candance Perth, Pionera de la Psiconeuroinmunología

Las últimas evaluaciones de la neurología ponen de manifiesto que la enfermedad y la salud son los dos polos de un mismo espectro en el que los pensamientos, las emociones y nuestra reacción ante los mismos son capaces hasta de modificar nuestra estructural neuronal y cerebral, produciendo estados armónicos que generan bienestar y salud en los órganos de nuestro cuerpo, o por el contrario, estados desarmónicos que facilitan la aparición del desequilibrio celular y con ello de las enfermedades y patologías de diversa índole, no sólo mentales sino también fisiológicas.

Demostrado está que la somatización de determinadas emociones desequilibradas produce trastornos en el hígado, los riñones, el corazón, el sistema glandular y el sistema nervioso, e incluso el sistema circulatorio, alterando la presión arterial y los niveles de stress, ansiedad y depresión. Esto pone de manifiesto que no es posible disociar la mente del cuerpo y que la interacción entre ambos es constante y necesaria para conseguir un equilibrio psíquico.

Además de todo esto, el karma, procedente de nuestras acciones equivocadas del pasado en otras vidas, condiciona muchísimo el grado de salud y enfermedad que acontece en nuestras vidas actuales. Con ello corregimos las deudas y equilibramos nuestra economía moral con las leyes de justicia divina y causa y efecto. Leyes educativas y nunca punitivas.

“Las alteraciones biológicas, derivadas de los mecanismos kármicos, son responsables del equilibrio o desarmonía del binomio salud/enfermedad con relación a las necesidades evolutivas impuestas por el periespíritu.”

Divaldo P. Franco Libro: Actualidad del Pensamiento Espírita

Como podemos comprobar, las distintas vidas son solidarias entre sí, y todo conspira para el progreso y adelanto del alma humana, educando nuestra conducta espiritual mediante el dolor o el amor, en base a la elección que realizamos mediante el libre albedrío que poseemos. Recordemos: *“la siembra es voluntaria, la cosecha obligatoria”*. Y confirmando así la plena justicia de las leyes de Dios que conceden a cada cual según sus obras, sin privilegios ni arbitrariedades de ningún tipo.

Al mismo tiempo, los factores psico-sociales son cada vez más importantes en fomentar la enfermedad o propiciar la salud. Son tanto o más importantes que la propia herencia genética factores como la educación, las expresiones afectivas, la interrelación personal.

Los resentimientos, la rebeldía interior, las pasiones perturbadoras, el stress, las ambiciones y la falta de amor generan toxinas perturbadoras en el cerebro que a través del sistema nervioso contaminan varios órganos, dando origen a la enfermedad de los mismos.

Mientras tanto, el recto pensar, la armonía mental, los sentimientos de alegría, de amor y de paz generan descargas saludables de energía y sustancias bioquímicas en el torrente sanguíneo que son transportadas por las moléculas en forma de endorfinas; regenerando la estructura celular, sanándolas y estimulando los leucocitos que mejoran el sistema inmunológico.

Y mientras tanto, el pensamiento alcanza un protagonismo esencial, afectando a todas las células a través del sistema nervioso simpático. La naturaleza de nuestros pensamientos determinará mayor salud o una propensión a la enfermedad derivada de nuestro desorden mental.

La enfermedad del siglo XX por antonomasia es la depresión (actualmente hay 450 millones de personas en todo el mundo diagnosticadas por depresión, y no todo el mundo puede ser diagnosticado). Y en este nuevo siglo XXI las enfermedades mentales son el primer factor desequilibrante de la salud en este planeta, mucho más que las patologías cardiovasculares.

El espíritu, que es el ser pensante, se vale de las neuronas y sus conexiones; y constantemente envía mensajes de distin-

ta naturaleza, afectando a toda la organización biológica que constituye nuestro cuerpo físico.

Así pues, la clave de una buena salud fisiológica y mental, amén de un estado psicológico sano, se sitúa siempre en la posibilidad de modificar nuestro comportamiento mental con los sentimientos y pensamientos adecuados, asumiendo al mismo tiempo una conducta moral elevada.

Si, como ya demuestra la neurología, somos capaces de modificar nuestra estructura cerebral y nuestro propio cerebro en función de nuestros hábitos mentales y el control de las emociones y pensamientos positivos, descartando los negativos, entonces tenemos en nuestra mano los recursos para adquirir la plena salud, el bienestar que nos libere del sufrimiento y de la enfermedad.

“Somos lo que pensamos”; y nuestro espíritu, manifiesta a través de nuestra constitución psicofísica, sus defectos y virtudes; sus fortalezas y debilidades, sus cualidades y deficiencias. Está en nosotros procurar el cambio hacia una vida mental armónica y ordenada, hacia un equilibrio emocional que nos vendrá dado cuando seamos capaces de prescindir de las emociones negativas y perturbadoras como la ira, el miedo, el odio, los celos, las envidias, el egoísmo, etc.

“Cuerpo y Mente están inextricablemente vinculados en una única entidad”
Dra. Candance Perth

La referencia de la Dra. Candace Perth respecto al hecho de que la conciencia determina nuestra realidad no sólo es pertinente, sino que enlaza precisamente con la preponderancia que el pensamiento y la emoción tienen en la vida real del ser humano dando validez a la afirmación anterior respecto a que el pensamiento construye la realidad.

Y sabiendo que tanto el pensamiento como la emoción proceden de la mente, y no del cerebro, aunque se expresan por medio de este último, debemos colocar en el sitio adecuado la

importancia del agente que lo origina: el alma humana, que tiene entre sus instrumentos a la mente (*por la que se expresa*) y a la conciencia (por lo que es).

Los antiguos griegos conocían el poder de la oración, no sólo como un producto de la mente, sino en su importancia para conseguir un estado mental armonioso y equilibrado. Al conectar, por intermedio de la plegaria, el elemento pensante (alma o espíritu) con la fuente de la vida y de la creación, verificaban la importancia del pensamiento como energía y vehículo de fuerza y transmisión. Así pues, tanto la oración como la meditación son herramientas que pueden ayudarnos a equilibrar, armonizar y ordenar nuestra mente.

Transmutando nuestra vida moral, nuestra organización celular se beneficiará notablemente, pues nuestro espíritu irá alcanzando cada vez más conocimiento de sí mismo, más progreso, más capacidad de amar, de empatizar, de conectar. Está en nosotros evitar la aparición de la enfermedad con hábitos saludables en nuestras relaciones personales, en las interacciones sociales que procuramos a diario, en la comprensión de los beneficios que una vida mental y emocional ordenada puede proporcionarnos.

Si comenzamos el edificio educándonos y trabajando en nuestra armonía y equilibrio interior mediante un comportamiento moral adecuado, los estados mentales y emocionales derivados de esta actitud nos permitirán una vida física saludable, ayudándonos a construir psicológicamente un carácter positivo, optimista y generador de las energías vitales necesarias para combatir eficazmente la enfermedad.

Como podemos comprobar, esa extraordinaria maravilla de la naturaleza llamada ser humano está perfectamente ensamblada por trillones de células biológicas que responden a la naturaleza de los estímulos, positivos o negativos, que el ser pensante vierte continuamente sobre ella. Este ser pensante, alma, espíritu o conciencia, es indisociable, motivo por el cual, cuando la ciencia siga avanzando en el estudio profundo de su naturaleza y de la influencia que ejerce en la salud, habremos conquistado la última frontera de la medicina, situando el origen de la enfermedad desde donde realmente procede.

“He visto que la base de un cerebro sano es la bondad, y la entrenamos en un entorno científico, algo que no se había hecho nunca”.

Dr. Richard Davidson

La deshumanización y el materialismo instalado en la sociedad actual han llevado a la comprensión de las emociones, en lo que se refiere a su origen, a un enfoque sistemáticamente equivocado. Con frecuencia se suele argumentar que se trata de fenómenos sociales derivados de la educación, la cultura y el medio ambiente donde se desarrollan las personas, que se ven influenciadas por sus sistemas de creencias, para desarrollar unas u otras.

El problema viene respecto al origen de estas, pues a pesar de proceder de la mente humana, son procesadas junto al pensamiento, de tal forma que hay quien afirma que las emociones son el mismo pensamiento tipificado en una u otra categoría que lo distingue. Y también es preciso diferenciar claramente la emoción del sentimiento.

Para ello recurramos a la cita de Juana de Ángelis en el libro psicografiado por Divaldo P. Franco *“Encuentro con La Paz y la Salud”*. Aprovechamos la reciente desencarnación del eminente divulgador del espiritismo para rendir nuestro homenaje y gratitud más profundo por la ejemplar labor realizada en la Tierra en esta su última encarnación, donde, además de ser embajador de la filosofía de Kardec durante más de 60 años en todo el mundo, deja el legado de una obra de caridad extraordinaria que comenzó hace ahora 70 años denominada “Mansión del Camino”.

La mentora de Divaldo aclara así nuestras dudas sobre emoción y sentimiento y la diferencia entre ambos conceptos:

“Los sentimientos son vivencias percibidas a través de una emoción de manera consciente. La emoción es un efecto espontáneo del organismo ante cualquier acontecimiento, produciendo descargas de adrenalina al torrente sanguíneo. La emoción produce el sentimiento (júbilo, descontento, etc.).

La emoción funciona automáticamente sin conciencia, mientras que los sentimientos son percepciones conscientes de lo que ocurre”.

En esta cita encontramos la relación directa entre emoción, salud y bienestar celular derivada de los procesos bioquímicos que se producen en el cerebro a raíz de los procesos emocionales que experimentamos, y que la ciencia viene a confirmar a través de investigaciones como las que hoy exponemos aquí.

La psiconeuroinmunología aborda esta área de investigación a través de los “neuropéptidos” que la Doctora Candance Perth puso en primer plano a la hora de transmitir la influencia de las emociones en la bioquímica cerebral, y con ello en las consecuencias de las distintas sustancias hormonales que el cerebro segrega como consecuencia (adrenalina, cortisol, serotonina, dopamina, etc.).

Las emociones perturbadoras han sido fuente y origen de numerosas patologías mentales estudiadas por el psicoanálisis y la psicología; sin embargo, es curioso observar que hasta hace bien poco no existía ningún estudio profundo acerca de las influencias de las emociones positivas en la mente humana, en lo que atañe al funcionamiento del cerebro y las neuronas (células cerebrales).

Esto sorprendió profundamente al Dr. Richard Davidson cuando, decidido a estudiar este campo de investigación, consultó la Biblioteca del Congreso Norteamericano y le informaron que emociones como la ternura, la gentileza o la bondad no son objeto de estudio de la medicina ni de la biología, sino de la sociología o la psicología social, al estar catalogadas como “fenómenos sociales” y no “fenómenos biológicos”.

Estimulado por el extraordinario éxito de sus investigaciones anteriores acerca del cerebro y la influencia de la meditación en el cambio celular, el ADN y la plasticidad cerebral, Davidson inició un nuevo experimento sobre la influencia que las emociones positivas tienen en la mente y el cerebro humano, para confirmar que no son un fenómeno social y sí un fenómeno biológico capaz de modificar la estructura celular de nuestro cerebro, la bioquímica cerebral y la propia expresión del ADN de nuestras neuronas.

“Descubrí que una mente en calma puede producir bienestar en cualquier tipo de situación. Desde la neurociencia me dediqué a investigar las bases de las emociones, y me sorprendió ver cómo las estructuras del cerebro pueden cambiar en tan solo dos horas”

Dr. Richard Davidson

El experimento fue realizado con dos grupos de voluntarios, por un lado, niños y por otro adultos, a los que sometió a diversos tipos de experiencias emocionales basadas en las reacciones a las tres emociones antes mencionadas, ternura, gentileza y bondad. La definición de cada una de ellas fue así: La ternura fue conceptuada como la disposición de aliviar el sufrimiento de aquellos a los que apreciamos o tenemos un vínculo afectivo.

La gentileza fue definida como el impulso de ayudar a personas a las que no conocemos y precisan de ayuda en un momento determinado (por ejemplo, ceder un asiento a una persona mayor en un autobús). Y la bondad (equivalente a compasión) se conceptuó como el impulso de ayudar y paliar el dolor de todas las personas, aunque no sean de nuestro agrado o incluso puedan ser contrarias a nosotros. No confundir con la empatía.

“Hay una diferencia sustancial entre empatía y compasión. La empatía es la capacidad de sentir lo que sienten los demás. La compasión es un estadio superior, es tener el compromiso y las herramientas para aliviar el sufrimiento. Los circuitos neurológicos que llevan a la empatía o a la compasión son diferentes”.

Richard Davidson

Todas las experiencias fueron sometidas a controles cerebrales mediante RSF (Resonancias Magnéticas), a seguimientos sobre la modificación bioquímica de las sustancias que exudaba el cerebro debido a las emociones, y a la propia modificación

genética del ADN comparado de la neurona, antes y después.

Los resultados fueron tan extraordinarios que extrajo de ellos varias conclusiones. Una de ellas es el hecho de que las personas bondadosas, lejos de ser débiles o ingenuas como la corriente social parece divulgar, son mucho más fuertes y resistentes en su capacidad neuronal, eliminando con más facilidad las toxinas que acumulan las neuronas procedentes del gasto energético y que provocan el envejecimiento celular. De tal forma que son más fuertes y resistentes a las enfermedades, al poseer un cerebro mucho más sano.

Confirmó que un cerebro sano debe tener como base la bondad de la persona, intentando esforzarse en adquirir este hábito, liberándose así de las neurosis y psicosis que afectan a tantos millones de personas en el mundo que padecen enfermedades mentales. Esto está al alcance de todo el mundo, y no hay que poseer características específicas para conseguirlo.

Pudo demostrarse que las emociones no son producto de la educación o las creencias, aunque sin duda estas últimas influyen en el desarrollo emocional de las personas, pero se constató que se trata de un fenómeno biológico que se procesa mediante su origen mental, siendo este de carácter especial cuando los pensamientos y las emociones se orientan hacia aspectos positivos del comportamiento humano.

Sin duda, el hombre no es un predador egoísta y desarrollado para la competencia salvaje que impone la sociedad materialista de consumo actual, sino que posee en su interior las capacidades emocionales y mentales propias de su “condición humana”, que son otorgadas por el alma inmortal, ya que tanto la mente como el cerebro no son más que meros instrumentos al servicio del alma humana.

“Una de las cosas más interesantes que he visto en los circuitos neuronales de la compasión es que la zona motora del cerebro se activa: la compasión te capacita para moverte, para aliviar el sufrimiento”.

Richard Davidson

Podemos afirmar entonces que aquellas grandes enseñanzas sobre la vida buena, la ética de la virtud y el comportamiento bondadoso respecto a nuestros semejantes ya no son únicamente actitudes de comportamiento que afectan al alma humana, sino que también mejoran la salud mental, el bienestar psicológico y el equilibrio emocional. Además, la aplicación de la regla de oro **“haz a los demás lo que quieras que se te haga”**, supone una pauta de actuación que eleva al hombre a su aspecto más humano y le ayuda en su progreso espiritual que, a fin de cuentas, es el objetivo principal de la vida humana.

Realizo a continuación un paralelismo de la actitud que la bondad puede suponer para el ser humano, al citar una máxima de Jesús que nos invita a reflexionar.

“Bienaventurados los mansos y pacificadores, ellos heredarán la tierra y serán llamados hijos de Dios”.

S. Mateo, Cap. 5

A través de esta bienaventuranza, el Maestro de Galilea convierte en Ley la dulzura, la bondad, la mansedumbre, la afabilidad y la paciencia. Además, la herencia a la que hace referencia es, por un lado, la que se deriva de esa actitud: Paz interior, al otorgar más importancia a los bienes del cielo que a los de la Tierra. Y por otro, el ser llamados hijos de Dios no es más que la garantía de que se les hará justicia, heredando el derecho de formar parte de la nueva humanidad cuando el estado de la Tierra haya sido transformado, convirtiéndose en un mundo feliz mediante la expulsión de los espíritus y almas perversos. (*Evangelio según El Espiritismo* – cap.IX)

Que la neurociencia y la biología confirmen los beneficios de estas emociones positivas sobre el organismo biológico no hace más que evidenciar y justificar una realidad mayor: **la mente como instrumento del espíritu inmortal es la que dirige su proceso biológico-psicológico**, y, si somos capaces de consolidar hábitos mentales saludables como la adquisición de la compasión y la bondad, estos nos acompañarán conti-

nuamente, proporcionando felicidad y paz interior, además de salud y armonía.

El principio inteligente es eterno e inmutable, acumula de forma milenaria en su inconsciente profundo sus cualidades mentales y emocionales y las arrastra vida tras vida, creciendo y progresando, ampliando su inteligencia y su conquista de las cualidades superiores del alma, entre las cuales la bondad destaca por ser la expresión genuina del progreso espiritual, por alcanzar el desarrollo del amor en acción.

Así pues, la ciencia viene en apoyo de la espiritualidad, demostrándonos que el ser humano no es una máquina biológica, psicológica y social, sino que mediante su voluntad y su trabajo puede modificar su conducta, de forma que cuando orienta sus esfuerzos hacia el bien y las emociones superiores del alma, encuentra el bienestar físico, psicológico y el equilibrio espiritual que tanto le identifica con su auténtica naturaleza, la de un ser en progreso constante rumbo a la plenitud y la realización integral.

“El ser humano es un espíritu inmortal resultado de lo que piensa, hace y habla. En el área de la salud, el pensamiento del propio espíritu produce equilibrio o genera desarmonía, expresándose esta última en enfermedad que afecta al cuerpo, la emoción o el psiquismo”

CAPÍTULO XXIII

FELICIDAD Y ESPÍRITU

Patologías sociales como obstáculos

El ser humano comprenderá que todo se resume en la búsqueda de la felicidad cuando despierte realmente a la conciencia de sus responsabilidades, comprendiendo con lucidez que la felicidad es infinita y que el placer es ilusorio y transitorio. Ese despertar tendrá lugar cuando él lo desee.

Uno de los ideales de muchos que quieren mejorar su vida interior alcanzando así la felicidad es llegar a la autorealización o autoiluminación; un estado indefinible que Buda calificó como el nirvana; y que Jesús lo definió como el del amor y la comunión con el Dios interno que cada uno de nosotros llevamos dentro.

Sin duda, existen caminos para llegar hasta allí, y el ejemplo que ofrecen estos grandes personajes nos confirma que es posible. Ahora bien, ¿se trata de una técnica determinada? ¿Es acaso una actitud ante la vida? ¿Es quizás la pertenencia a esta o aquella filosofía o religión la que nos lleva hasta allí?

Sinceramente, no lo sabemos hasta que no llegamos. Lo que sí es cierto es que estudiando y aprendiendo sobre la naturaleza del hombre, vamos comprendiendo mejor lo que somos y en base a ello podemos poner los medios para alcanzar ese

estado de felicidad y plenitud que está en el horizonte de todo ser humano si se lo propone, como demostraron los grandes avatares de la humanidad.

Existen métodos que nos ayudan a mejorar interiormente y a crecer paulatinamente en nuestro interior hacia la comprensión de la realidad profunda del ser; una realidad que está bastante lejos de la inmediatez, las ilusiones materiales y las conquistas externas que aparentemente otorgan la felicidad y que el ser humano identifica e idealiza como: alcanzar la fama, tener una situación económica privilegiada, conseguir honores y reconocimiento social, realizar un buen matrimonio, ostentar el poder, etc.

Todo lo anterior es satisfactorio, pero no otorga la felicidad al ser humano, ya que la felicidad es un estado interno, derivado de una conciencia recta, un sentido del deber adecuado y una paz interior, alcanzada mediante el propio esfuerzo en nuestra relación con el prójimo, todo ello derivado de la propia responsabilidad y madurez de la persona.

La ambición y la confusión del “Tener” con el “Ser” es otro de los factores que, unidos al propio egoísmo humano, han conducido a la etapa de materialismo embrutecedor que impera por doquier. El hombre cree que la felicidad consiste en “Tener”, en acaparar bienes materiales para distinguirse de los demás, y con ello reforzar su ego y su orgullo. Se fomentan todo tipo de posturas egocéntricas, y se tiene como paradigma del hombre triunfante al que ha conseguido posición, fama, dinero o poder.

“La sociedad en la que hemos nacido se fundamenta en el egoísmo. Los sociólogos lo llaman individualismo, aunque existe una palabra más simple: vivimos en la sociedad de la soledad. Ya no hay familias, ya no hay pueblos, ya no hay Dios. Estamos abandonados a nosotros mismos, incapaces de interesarnos por nada excepto por nuestro propio ombligo”.

Frederic Beigbeder – Escritor francés

En la actualidad, existen fuerzas que conspiran socialmente contra la felicidad y autorealización del ser humano. Ya no hablamos de los comportamientos egoístas individuales sino de aquellas cuestiones que la sociedad impulsa o alienta y que podemos calificarlas como “pandemias sociales”, que, lejos de ayudar en la conquista de la felicidad, la paz y la serenidad interior, propician todo lo contrario: el desasosiego, la angustia vital, las distorsiones mentales y emocionales, la frustración permanente y el problema existencial de millones de vidas exentas de significado.

Estas pandemias sociales suelen ser la causa profunda que lleva a millones de personas al suicidio, al no encontrar en la realidad que viven los recursos internos para superar las dificultades al abandonarse a la “corriente social” que estas pandemias sociales impulsan y promocionan.

El individualismo y la ambición por el poder es la primera de las pandemias sociales que queremos destacar. La persona individualista suele ser generalmente egoísta y *compite* ferozmente por lo que anhela. La persona solidaria *coopera* eficazmente por alcanzar el bien común. El poder puede ser político, económico, empresarial, social, grupal, personal, etc., y es otro de los hijos del individualismo y del egoísmo.

Por ejemplo, aquellas personas que son egoístas y que tienen poder económico, ambicionan en muchos casos el poder político para imponer sus criterios a los demás, para dominar y someter a sus criterios al resto. Ello sin duda viene de la alta concepción que sobre ellos mismos tienen, y de la ausencia de humildad que atesoran. El poder es tan tentador como la riqueza, e incluso mucho más.

De aquí se deduce la segunda de las pandemias sociales que queremos mencionar: **el consumismo**. Derivado del afán de “Tener y acaparar”, es preciso consumir; y así se retro-alimenta el sistema que el propio individualismo propicia. Somos incapaces de darnos cuenta de que cuanto más tenemos, más deseamos. Y tampoco nos percatamos de que, si cometemos el grave error de compararnos con otros, nunca conseguiremos satisfacer nuestras ansias egoístas por tener y acaparar, pues siempre

habrá quien tenga mejor coche o casa que nosotros, quien tenga más dinero, quien ostente más fama o poder.

Esto último es una de las causas de mayor frustración psicológica en el ser humano actual. Al no poder llegar a todas nuestras expectativas, al no poder satisfacer nuestros deseos materiales, al compararnos con otros, las pasiones y las debilidades humanas se incentivan hasta grados superlativos, crecen las envidias, los crímenes, los abusos, las traiciones; todo vale con tal de conseguir el fin que nos hemos propuesto.

“No es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita”

Desde hace siglos, en las filosofías orientales se identifica el deseo como una de las mayores debilidades del carácter humano. Aquellas personas que no son capaces de controlarse emocionalmente respecto a esta debilidad sufren terriblemente. Pues el deseo exacerbado produce apego excesivo a las cosas materiales sin las cuales se nos hace difícil vivir, y la falta de ellas o la pérdida de las mismas por los reveses de la fortuna generan un sufrimiento y una angustia en la persona cuando ésta considera que estos son los objetos que le aportan la felicidad en su vida.

Conformarse con lo necesario para llevar una vida digna es el antídoto para el consumismo que todo lo devora; este último es el hijo predilecto del materialismo y avanza implacable potenciado por los intereses de todos: políticos, empresas, élites de poder, instituciones, estados, etc.

“Nos hallamos en una situación en la que, de modo constante, se nos incentiva y predispone a actuar de manera egocéntrica y materialista.”

Zygmunt Bauman - Sociólogo polaco

Y la tercera de las enfermedades sociales que desde nuestro punto de vista empobrece y denigra la sociedad en la que se ha convertido esta humanidad del planeta es la **sexolatría**. Sin

duda, el tema del sexo ha alcanzado su máxima expresión entre las necesidades impuestas por la sociedad y que todo el mundo acoge con naturalidad. La “función fisiológica y gratificante” del sexo es exaltada de tal forma que se la conduce a registros de auténtica obsesión para aquellos que no tienen acceso a la misma o que no se satisfacen con lo que pueden alcanzar. Nunca se ha “deificado” tanto esta función, confundiéndola algunas veces con un derecho sobre los más débiles, que son explotados en todas partes del planeta.

Prostitución, pederastia, pedofilia, promiscuidad, trata, transexualismo, bisexualismo. Son términos que forman parte del lenguaje coloquial de nuestro tiempo en todas partes y en cada momento. Nada tienen que ver unas cosas con otras; y la función represora de algunas de estas tendencias es tan perniciosa como la propia permisividad que se tiene sobre otras de las mencionadas, que no son debidamente corregidas en muchos países.

En aras de la defensa de los derechos de las minorías, se terminan normalizando conductas e intervenciones sexuales que no tienen nada que ver con el equilibrio y la armonía psicológica de la persona en su desarrollo integral y por edad, niños, adolescentes, etc. Las legislaciones que deberían procurar el bien común se han demostrado incapaces de proteger a los desfavorecidos y víctimas en estos casos: los niños, la prostitución infantil y juvenil, etc., confundiendo supuestos derechos con el normal desarrollo y educación sexual que cada franja de edad debería tener.

Es tanta la confusión al respecto, que hay quien todo lo enfoca desde el punto del “derecho a disfrutar de su cuerpo” sea como sea; sin pararse a pensar en los derechos de aquellos sobre los que realiza el estupro, o la inocencia del niño del que se abusa mediante una posición de poder. Hay otros que, en sus pasiones descontroladas, no son capaces de albergar la más mínima ética personal o fidelidad a los compromisos contraídos con sus propios cónyuges.

Y por poner otro ejemplo de confusión: hay doctrinas o religiones que condenan como “enfermos” a aquellos que tienen

tendencias sexuales contrarias a lo políticamente correcto entre personas libres, maduras y responsables.

Estas tres patologías sociales: individualismo, consumismo y sexolatría, están en el origen de las muchas conductas éticamente reprobables. Si les unimos el afán de poder y el egoísmo tenemos el cóctel explosivo que impedirá un avance solidario e igualitario de la sociedad del siglo XXI. Pues por mucho que avancen las ciencias, la tecnología y el desarrollo social, si estas lacras siguen incentivándose en las sociedades de nuestro planeta, los desórdenes llegarán debido al aumento de la desigualdad que el individualismo y el egoísmo propician en todas partes.

Estas pandemias sociales evidencian el diagnóstico de la verdadera crisis que sufre hoy la humanidad, una crisis que no es política, ni económica, ni social. Estamos en una etapa de la humanidad con la mayor **“crisis moral”** de la historia. En la antigüedad, estas crisis se circunscribían a los imperios que terminaban cayendo por sí mismos. Hoy, la globalización ha extendido a todo el planeta esta crisis moral que se retroalimenta constantemente.

Atendiendo a una de las mentes más pleclaras de la humanidad, el filósofo Artístoteles ya hace 2.350 años advertía **que la educación tiene como finalidad principal “el desarrollo moral de los ciudadanos”** con el propósito de construir sociedades justas, equilibradas y armónicas donde el bien triunfe sobre el mal mediante el discernimiento de ambos principios.

El único antídoto es una conducta de reforma moral que partiendo desde uno mismo, sea capaz de entender que, si vivimos y convivimos en sociedad, **el individualismo ha de ser sustituido por la solidaridad y el altruismo. El consumismo ha de ser proporcionado a las necesidades reales** de los individuos, a fin de no convertirse en una obsesión y en una lacra de inestabilidad emocional y psicológica al quedar apegados al “tener” en vez de al “ser”.

Y la sexolatría ha de ir dejando de tener preponderancia en nuestras mentes y en nuestras actitudes, valorando la función sexual en su grandeza y expresión de amor, fuente de equilibrio, alegría y paz, sin convertirlo

en instrumento de dominio, de poder o de fuga psicológica para remediar nuestras propias frustraciones y debilidades de carácter.

“Buscamos la felicidad en los bienes externos, en las riquezas, y el consumismo es la forma actual del bien máximo. Pero la figura del consumidor satisfecho es ilusoria: el consumidor nunca está satisfecho, es insaciable y, por tanto, no es feliz. Podemos buscar la felicidad en el triunfo, en la fama, en los honores. Pero ¿no es todo eso sino pura vanidad, en definitiva, nada o casi nada?”

José Luis López Aranguren - Filósofo español

Cuando el hombre comienza a comprender que es algo más que un trillón de células biológicas perfectamente engarzadas, su concepción de la vida cambia, pues palabras como: inconsciente, memoria extra-cerebral, estados de conciencia, transcendencia, diversos planos de vida, etc., comienzan a tener otro sentido muy diferente.

Desde aquí reivindicamos siempre la inmortalidad del alma, la supervivencia del hombre después de la muerte; no bajo un concepto religioso, sino bajo un prisma evolutivo de crecimiento, progreso y sentido universal del ser; inmerso en la vida por la causa primera que lo crea y que le permite alcanzar la felicidad con el esfuerzo personal, atendiendo a unas leyes naturales que rigen en el universo, respetando su libre albedrío y la más estricta justicia perfecta e inmutable.

La comprensión del hombre desde esta óptica ofrece no sólo esperanza en el porvenir, sino que nos permite abandonar los temores a la muerte, al comprender que esta no existe. Nos ayuda a superar las aflicciones y sufrimientos, dotándonos de los recursos mentales, psicológicos y espirituales que nos permitan afrontar las vicisitudes que la vida nos presenta.

Es la búsqueda de la felicidad el objetivo del hombre, y desde nuestra perspectiva, esta comienza con la conquista de la

paz interior. Sin esta última, nadie puede ser feliz. Y esta paz se alcanza cuando nuestra alma se encuentra concordante con nuestra propia conciencia, cuando la serenidad y el equilibrio mental y emocional presiden nuestros actos de cada día.

“La mejor almohada es una buena conciencia”

Sócrates - Filósofo

Cuando somos solidarios, fraternos y tolerantes con nuestros semejantes; cuando realizamos esfuerzos por combatir nuestro egoísmo e ignorancia, es entonces, y sólo entonces, cuando avanzamos en nuestra capacidad de amar y comprender. Cuando nos enfrentamos a las pasiones propias de nuestra naturaleza primitiva e instintiva, procedentes de la evolución psíquico-biológica que nos acompaña desde hace milenios, nos convertimos en héroes de una lucha personal que es la más compleja, la más difícil, pero a la vez la más gratificante; comenzamos a ser auténticamente libres dejando la esclavitud a la que nos someten los deseos irracionales y las pasiones exacerbadas que generan apego y frustración.

En todo ello se encuentra el crecimiento de ese ser que llamamos hombre: en la libertad interior y exterior, libertad de pensamiento, de conciencia, de acción y de decisión; en la capacidad de amar renunciando al egoísmo, en la capacidad de tolerar las incomprendiones y debilidades del otro, en la capacidad de discernir el bien del mal, lo que nos beneficia y nos perjudica en esa **búsqueda de la felicidad** que todos deseamos.

Felicidad y humanidad, entendida esta última en el sentido de la sensibilidad y compasión para con las desgracias ajenas, son dos términos preciosos y precisos que hemos de incorporar a nuestros principios personales como objetivos prioritarios de nuestra vida. Ambos son la conclusión maravillosa del sentido de la vida humana, la búsqueda de la felicidad interior (la única posible) y la necesidad de ser más humanos al precisar de los demás; pues el hombre fue creado para vivir en sociedad, para relacionarse con sus iguales, y de ellos extraer la comparación, la experiencia, el conocimiento y el discernimiento que le ayude

en su crecimiento personal.

Busquemos el sentido de la vida en la comprensión de nuestra inmortalidad y en el aspecto de la trascendencia, entendiendo las leyes que propician el crecimiento evolutivo, la libertad y la felicidad que nos espera en nuestro destino final; pero utilicemos el motor de búsqueda en nuestro interior, a fin de que nos permita abrirnos a nuestros compañeros de viaje, el resto de la humanidad, colaborando en el mejoramiento de la sociedad a través de nuestro propio ejemplo y adelanto personal.

“Lo que la humanidad observa en el hombre verdaderamente moral es su energía plena de vida, que le empuja a dar su inteligencia, sus sentimientos, sus actos, sin pedir nada a cambio”.

Piotr Kropotkin (Pensador político Ruso)

Desde siempre, los grandes pensadores y sabios de la historia han remarcado que la felicidad se encuentra en el interior del ser humano, pero también nos han dejado detallado el camino a seguir para alcanzar esos objetivos. Los grandes fundadores de religiones, los maestros espirituales, los líderes sociales y conductores de pueblos nos han puesto de manifiesto que a través del Amor, “en mayúsculas”, se alcanza la plenitud, pero su ejemplo ha servido para comprender que ese estado no está exento de un importante sacrificio personal y de renuncia, que no todo el mundo está dispuesto a efectuar.

Aquí es donde debemos centrar nuestros objetivos, cada uno en su medida, cada persona a su nivel y en función de sus circunstancias personales. Es evidente que todo cambio supone una resistencia por fuerzas contrarias al mismo. La propia psicología cognitiva pone de manifiesto que el hombre por sí mismo se resiste a cambiar porque, aunque se trate de situaciones sufrientes o dolorosas, quiere mantener un modelo de comportamiento que le es cómodo y se aferra a él.

Tanto es así que, ante problemas nuevos que se presentan intentamos solucionarlos con métodos viejos que a nada nos conducen, empeñándonos incluso en renunciar a nuestros idea-

les o principios. Todo esto ocurre por una cuestión muy sencilla: **lo que menos deseamos modificar es lo que más necesitamos cambiar.** Esta cuestión debemos tenerla presente para poder crecer y mejorar; para poder avanzar es preciso renovarse. Siempre podemos cambiar en los tres niveles que nos está permitido: a nivel físico, a nivel mental y a nivel espiritual.

Este último es el que, de momento, más nos interesa, y el cambio espiritual exige renuncia y sacrificio interior. La lucha contra nosotros mismos parte del conocimiento que tengamos de cómo somos en realidad. **“Si quieres salvarte del abismo concóctete a ti mismo”** decían los clásicos griegos; y efectivamente así es ayer y hoy. Es preciso conocernos íntimamente, detectar nuestras debilidades e imperfecciones para cambiarlas, modificarlas, transmutarlas y sublimarlas por las virtudes opuestas.

Esto, que parece a simple vista fácil, no lo es. Es el gran trabajo del espíritu, vida tras vida: el esfuerzo por doblegar nuestras tendencias negativas, unas heredadas del pasado y otras adquiridas en nuestra vida presente. Esto es importantísimo. Conocer si somos orgullosos, soberbios, envidiosos, iracundos, insolidarios, egoístas, etc., y en qué medida podemos corregirnos. Es el trabajo principal de todo hombre consciente de su necesidad de progreso y evolución derivada de su trascendencia después de la muerte.

Sabemos que venimos a la Tierra a cumplir compromisos, a expiar faltas y a probar nuestras capacidades; pues bien, en la base de la pirámide se encuentra el trabajo personal de nuestra reforma interior; sin ello, todo lo demás se cae por su propio peso y volvemos a tropezar una y mil veces en la misma piedra.

La meditación y la oración pueden ayudarnos sobremanera en este trabajo tan arduo, tan difícil y básico, tan necesario. Con la primera alcanzaremos la comprensión de dónde hemos de poner un mayor esfuerzo. Sabremos que imperfección moral es la dominante en nuestro carácter y aplicaremos nuestros mayores esfuerzos en intentar erradicarla. Con la oración alcanzaremos la lucidez y la ayuda precisa para saber cómo hacerlo, con las mejores soluciones de voluntad y trabajo, sin desmayo,

obteniendo los recursos necesarios para cuando caigamos de nuevo y debamos levantarnos para seguir luchando.

Para alcanzar la felicidad a la que podemos aspirar en la Tierra proponemos un trabajo de reflexión y meritocracia espiritual basado en la renuncia a nuestros egoísmos: la mejor forma de alcanzarlo es dándonos a los demás. En la capacidad de servicio hacia nuestro prójimo obtenemos la renuncia a nuestros propios egos, la transmutación hacia el bien, la paz y felicidad interior que nos proporciona la armonía con las leyes del amor que impregnan el universo y la evolución espiritual del hombre.

Así pues, por un lado, sabemos qué debemos hacer, sabemos cómo hemos de hacerlo, podemos proponernos conseguirlo en base a nuestro libre albedrío y voluntad consiguiendo así mayores estados de paz y felicidad interior. Por el contrario, podemos seguir sin querer cambiar, permaneciendo instalados en el error y el sufrimiento que nos proporcionan nuestros atavismos negativos e imperfecciones, nuestras mezquindades y defectos, nuestras pasiones que nos esclavizan a las posesiones materiales.

Invitamos pues estimado lector, al cambio mental y espiritual mediante una reflexión personal que proporcione las claves de la salud psíquica, del control emocional, del cumplimiento de compromiso espiritual que hemos traído.

Los ejemplos los tenemos; todo mérito exige esfuerzo: la puerta estrecha. Seamos capaces de entender nuestra necesidad de cambio, apliquemos nuestra voluntad y seremos capaces de recorrer el camino que nos lleva a nuestra propia felicidad.

Jesús de Nazareth: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”

CAPÍTULO XXIV

ENCUENTRO CON LA REALIDAD

Ciencia y espíritu

“La Ciencia y la religión juntas ofrecen la visión más completa de la realidad”.

Joseph Selbie- Libro: La Física de Dios

Desde antiguo la palabra paradigma se asocia con el concepto de modelo o ejemplo a seguir en determinadas áreas o experiencias. En el caso concreto de la ciencia, suele referirse a los patrones o los modelos de trabajo que asumen los investigadores.

Esta cuestión ha sido cambiante a lo largo de la historia a medida que la filosofía y la ciencia han propiciado el avance del conocimiento humano y la comprensión de la realidad y de las leyes que rigen este universo. Existe siempre una realidad subjetiva que posee cada individuo y que tiene su origen en su grado de adelanto espiritual, en sus capacidades cognitivas, emocionales, psicológicas, etc. En función de todo esto, la percepción de la realidad es exclusiva de cada persona. Sin embargo, esta “percepción” no cambia ni modifica la “realidad objetiva” que subyace

en la naturaleza y que obedece a las leyes físicas que la rigen.

Es por ello que, partiendo las leyes físicas del mismo origen y principio (Dios) que las leyes morales, ambas se complementan y se integran porque no pueden contradecirse, pues son inmutables y perfectas. La incompatibilidad que se ha querido ver entre ambas obedece a una falta de observación y a un exacerbado exclusivismo de ambos lados: la ciencia y la religión.

Así pues, cuando en la historia han sobrevenido acontecimientos que han cambiado el progreso de las ideas y de la ciencia, desterrando viejos supuestos, se ha instaurado un nuevo paradigma a nivel del pensamiento filosófico-científico. Y con ello el progreso se ha orientado con mayor precisión en nuevas áreas de descubrimiento que han permitido la evolución del conocimiento.

Ejemplos de paradigmas fueron el pensamiento heliocéntrico de Copérnico, el dualismo de Descartes, la mecánica de Newton, el evolucionismo de Darwin o más recientemente el pensamiento relativista de Einstein. Estos y otros avances en el pensamiento e investigación científica propiciaron cambios de rumbo significativos en el conocimiento de la realidad, del ser humano, de la vida y de las leyes que la rigen.

“Deberíamos distinguir el sistema de creencias del materialismo científico del proceso de descubrimiento de mentalidad abierta de la ciencia”.

Pero como podemos deducir, el mundo continúa, la ciencia sigue avanzando y los progresos en la investigación continúan sin detenerse jamás. Sin duda es la prueba de que todavía estamos a las puertas de nuevos paradigmas que irán sustituyendo a los anteriores a medida que avancen las ciencias y el desarrollo del pensamiento humano.

Nada es, pues, definitivo. A medida que se investiga se proponen nuevas hipótesis que han de ser sustentadas con los hechos empíricos que el método científico avala. En el siglo anterior y en los comienzos de este, un nuevo paradigma parece querer asomar en el horizonte, pretendiendo retar al principio

materialista-mecanicista que la ciencia ha venido sosteniendo desde el siglo XIX y a fin de contextualizar y definir algunos de los grandes interrogantes que todavía se plantea el hombre de ciencia: ¿cuál es el origen de la conciencia? ¿El alma es transcendente?

En nuestras reflexiones de capítulos anteriores profundizamos en el origen de las características psicológicas, éticas, morales y de comportamiento que presenta el ser humano en todas sus expresiones, descartando un origen hereditario único o un automatismo biológico exclusivo de la especie. Ninguna característica moral o ética pertenece al dominio de la materia, sino al del espíritu que con su libre albedrío y voluntad decide cual es su comportamiento a seguir y puede modificar su conducta cuando le plazca sin estar sometido a unos “genes ciegos” que nadie sabe cómo actúan ni de que manera nos condicionan.

Desde los inicios del siglo XX y ahora con mucha mayor fuerza, muchos físicos han llegado a la conclusión de que **la conciencia es el fundamento oculto de la realidad**. La relatividad demostró la equivalencia de la materia y la energía, $E=mc^2$, y con ella, los conceptos de espacio, tiempo y materia fueron modificados. La constatación de que la presencia de un observador modifica la forma en que se presenta la onda de

“El Universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina. La mente es la creadora y gobernante del reino de la materia. Y debemos aceptar, pues, la conclusión inapelable: El Universo es inmaterial-mental y espiritual”.

Sir James Jeans

materia (como energía o como materia) llevó a muchos físicos a concluir que la **conciencia crea la materia**.

Los grandes físicos Planck, Heissenberg, Bhom, Wheeler, Einstein, etc., han terminado por aceptar y confirmar que el materialismo científico es incompleto. Y la mayoría de ellos, junto a las nuevas generaciones de físicos como Goswami, Kapra o

Kaku, abogan por la presencia de una **conciencia inteligente** para poder explicar científicamente y por completo la realidad.

A esa conciencia inteligente, los espiritualistas la denominamos Dios. Y nuestro universo se crea continuamente a partir de esa inteligencia consciente y pura. La conciencia humana, así como la mente humana, están hechas a semejanza de esa conciencia inteligente universal pues proceden de ella.

Es por ello que al estar hechos a imagen y semejanza de Dios, compartimos sus capacidades: nuestros pensamientos organizan nuestra **plantilla energética (periespíritu o molde)** “no local” y esta proyecta después nuestro cuerpo a la forma física.

“La conciencia es el tan ansiado puente entre la Ciencia y el Espíritu”

Dr. Peter Russell , Libro: Ciencia, conciencia y luz”

Los místicos de oriente y occidente, y en todas las épocas, descubrieron la manera de trascender los sentidos físicos para experimentar realidades de conciencia reunificada. Pero esto es algo al alcance de todos, como lo demuestran las experiencias de conciencia alterada de las que hablamos en capítulos anteriores (éxtasis, trances, desdoblamientos espirituales, experiencias cercanas a la muerte, etc.)

Y aquellos que lo consiguen, relatan experiencias de éxtasis de suma alegría, paz inmensa, amor puro y compasión absoluta.

“Para mí es evidente que existimos en un plan que se rige por reglas establecidas y configuradas por una Inteligencia Universal, y no por el azar”.

Michio Kaku , Físico y Teórico de Cuerdas

Hablan de Dios como algo infinitamente presente y consciente, como una inteligencia que crea y sostiene toda la creación.

En el orden de las explicaciones ofrecidas y siguiendo la coherencia que se nos exige, la confirmación de una Mente, Conciencia o Inteligencia Universal que ha creado y sustenta este universo físico y sus leyes, pone de manifiesto la inoperancia e

inexistencia del azar y, por lo tanto, la más que evidente relación entre la ciencia y la espiritualidad.

Si esa conciencia inteligente ha creado un universo y le ha dado forma mediante sus leyes físicas y espirituales, todo se atiene a las mismas en base a un plan diseñado por esa Mente Superior. Y lo que poco a poco vamos vislumbrando de ese plan no es otra cosa que un progreso y avance inevitable y constante de nuestra parte inmortal y trascendente: a la que llamamos Alma.

Todo sugiere estar diseñado y adaptado para el crecimiento, evolución y reencuentro con esa Conciencia Universal en plenitud de facultades.

Es, tal y como afirmábamos en capítulos anteriores, retornar al punto de partida pero con una gran y enorme diferencia. Salimos de Él ignorantes y sencillos, pero con las cualidades latentes heredadas de su naturaleza integradas en nuestra conciencia y pendientes de desarrollar.

Hemos de volver a Él una vez desarrolladas esas capacidades, recursos y valores superiores, a fin de convertirnos en co-creadores y colaboradores de su obra universal, interpretando su pensamiento con fidelidad, ejecutando sus directrices, vibrando en la máxima expresión de su Amor puro y manteniendo nuestra individualidad e identidad en constante expansión, llegando a niveles de perfección relativa que alcanzaremos con el desarrollo de la sabiduría y el amor.

Este es **el plan divino de Dios para con el hombre**, un plan de inmortalidad, dicha, felicidad y amor en constante progreso y evolución, gozando de la capacidad creadora que nos permitirá en el futuro ser constructores de mundos, tutores de humanidades, creadores de vida y orientadores de otras almas y espíritus más atrasados que necesitarán de nuestro apoyo y ejemplo, tal y como nosotros mismos hemos recibido de aquellos enviados por Dios a la Tierra en todas las épocas de la humanidad. Una reflexión poética de la instrucción de Dios al hombre sobre este proceso evolutivo sería esta:

“Id, recorred los desiertos, montañas y mares. Apoderaos de cada molécula viva que encontréis en el camino y creced, creced y creced y volved a mí

convertidos en constructores de mundos, en guías de humanidades”.

Si la ciencia se encarga de descubrir las leyes naturales y el funcionamiento del universo físico, la espiritualidad nos informa de las leyes morales que afectan a la relación del hombre con su creador y a la evolución y progreso del alma. Ambas parten del mismo principio, ambas son coherentes, inmutables y perfectas.

Y ambas son creadas por Dios para facilitar el progreso y avance de los mundos y de las criaturas que estudian en ellos como alumnos de una escuela, a la que deben volver una y otra vez mediante la reencarnación en las primeras etapas evolutivas para aprender quiénes son, de dónde proceden y hacia dónde se dirigen.

Una vez han comprendido las leyes que los gobiernan y dirigen su comportamiento, aprenden a usar su libre albedrío en favor de sí mismos, equilibrando sus comportamientos y experiencias con las leyes divinas para no transgredirlas y avanzar más rápidamente en la conquista de la iluminación y la paz interior que les llevará a estadios de mayor progreso y responsabilidad.

Lo que definitivamente puede aproximar la ciencia y la espiritualidad es **el conocimiento de las leyes que rigen y entrelazan el mundo espiritual con el corporal**. Pues, cuando se ha comprobado por la experiencia y la observación este conocimiento, un nuevo esclarecimiento ha llegado, propiciando que la fe se dirija a la razón y que esta última no encuentre nada ilógico en la primera. Con esto se produce la victoria sobre el materialismo, que en palabras del matemático y genio de la lógica Kurt Gödel quedaría resumido así: **“El Materialismo es falso”**.

Y al respecto del sentido de la realidad que el espiritualismo moderno nos puede ofrecer, dejo aquí un texto del reconocido espírita Divaldo Pereira Franco, que recientemente partió hacia la patria espiritual, y que resume a la perfección la aportación que el Espiritismo puede ofrecer en la comprensión de la realidad:

“La realidad para el Espiritismo se compone de los valores confirmados como legítimos por la investigación científica. La doctrina espírita es esencialmente científica, siendo sus bases demostrables en laboratorio, aunque su instrumentación varía de la ciencia convencional, pues esta última no tiene recursos para hacer un análisis profundo del Espiritismo porque le falta la mediumnidad.

A través de este sexto sentido alcanza la evolución antropolopsicológica, por lo que podemos decir que el Espiritismo tiene su propia metodología. Por ello el Espiritismo puede hoy analizar las propuestas de la investigación científica que culminan en la visión profunda de nuestra civilización.

El Espiritismo puede ofrecer una contribución valiosa a la Antropología, la Genética, la Física, la Biología, la Astrofísica, y principalmente a las doctrinas del comportamiento (Psicología, Psiquiatría, etc.), porque nos hablan de cómo vivimos y cómo nos relacionamos para alcanzar la meta de cada cual. El Espiritismo puede enfrentar la duda en cualquier aspecto que se le presente”.

ANTONIO LLEDÓ

EPÍLOGO

“El futuro de la civilización depende, por encima de todo, de la manera en que las dos fuerzas más poderosas de la historia, la ciencia y la religión, se relacionan entre sí”.

Alfred North Whitehead, Matemático y Filósofo

Esta sencilla obra ha pretendido mostrar algunas de las coincidencias, paralelismos, evidencias y descubrimientos de la ciencia de vanguardia que relacionan la nueva realidad de las investigaciones con la espiritualidad, la trascendencia del ser humano y la causa primera que da origen a todo lo que existe. En absoluto hemos pretendido convencer, tan sólo exponer, razonar y ofrecer puntos de encuentro entre estas dos fuerzas: la espiritualidad y la ciencia.

Creemos que hay materia más que suficiente para trazar una hoja de ruta que acabe por integrar, en un futuro más bien cercano, el descubrimiento del origen de la vida y la conciencia con los verdaderos agentes que la producen: Dios y el Alma humana. Por ello, el encuentro de ambas áreas de la vida es inevitable, y como tal vamos acercándonos cada vez más a la

comprensión de la realidad inmaterial, energética, espiritual y trascendente que conduce al hombre a la inmortalidad y la evolución constante. Nada muere, todo se transforma.

“Cuando la investigación científica termine por constatar la inmortalidad del alma, se reafirmarán las conquistas de la Ciencia Espírita, cuyas bases tienen como consecuencia reflexiones filosóficas y morales ineludibles”

Las extraordinarias conquistas de la ciencia y la tecnología de hoy permiten que el ser humano contemple el firmamento y se deslumbre con la magnitud del macrocosmos, al mismo tiempo que observa con asombro como en el reino del microcosmos de las partículas elementales, la materia se descompone en energía retomando su forma constantemente. Este aparente milagro de las combinaciones de elementos básicos del universo como el orden, la magnitud, la profundidad y precisión de las leyes físicas nos colocan ante la gran realidad, que es Dios, el artífice de todo lo que existe.

Bajo esta premisa, surge la filosofía de vanguardia que representa el espiritismo y que ofrece respuestas a multitud de interrogantes en las investigaciones, reforzando así la creencia espiritual que le permite comprender la causalidad absoluta de donde todo se origina. El espiritismo representa así un puente que une ciencia y espiritualidad, además de ofrecer una guía ética basada en el código moral de Jesús que ayuda al hombre a encontrarse más fácilmente con su creador.

Las evidencias e investigaciones científicas presentadas, así como las hipótesis, argumentos, y conceptos filosóficos vertidos en las páginas anteriores encuentran especial resonancia y confirmación en los **principios básicos de la filosofía espírita de Allán Kardec**. Indudablemente, una doctrina de hace más de siglo y medio precisa actualización en las opiniones, enfoques y argumentos de los autores, que deben ser debidamente contextualizados al tiempo que vivimos y los conocimientos del siglo XXI.

Sin embargo, como acabo de mencionar, los principios básicos de esta filosofía de vanguardia no sólo no necesitan actuali-

zación ninguna, sino que obtienen cada día más verificación y evidencia constatable a medida que avanza la ciencia y la tecnología. *Así pues, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la reencarnación, la comunicación con los espíritus y la pluralidad de mundos habitados*, son los cimientos fuertes y extraordinarios del Espiritismo que la ciencia está verificando paso a paso, en las diferentes disciplinas que hemos abordado y con nuevos enfoques y definiciones que no cambian el hecho sustancial de su evidente realidad, acercando así la ciencia al espíritu.

Llegados a este punto, era el momento de cerrar este ensayo con un epílogo concluyente sobre la idea principal que subyace en la intención de esta obra. Y reflexionando al respecto, ningún epílogo me pareció más adecuado que el texto realizado por Allán Kardec, hace ahora ya 160 años en el capítulo primero de la obra *“El Evangelio Según el Espiritismo”*, donde, adelantándose a su tiempo, con preclara intuición y extraordinaria lucidez previó, antes que nadie, la futura alianza de la ciencia y la religión.

Si no es de nuestro agrado el término religión, cambiémoslo por espiritualidad, más adecuado a los tiempos que hoy vivimos, debido a las connotaciones y prejuicios que todavía mantienen muchas personas al respecto de las actuaciones de los representantes de las religiones a lo largo de la historia, y que nada tienen que ver con las bases genuinas de las religiones en sí mismas que promueven la fraternidad, la creencia en Dios y la inmortalidad del alma. No es por casualidad que el propio Kardec afirmó repetidas veces que el “espiritualismo moderno” no es una religión al uso, pues carece de ritos, dogmas, jerarquías o sacerdotes, sino una **filosofía espiritualista con base científica y repercusiones morales**.

Una alianza que es la base del nuevo paradigma desde finales del siglo pasado y las dos primeras décadas del presente siglo XXI, y que sin duda contribuirá a entender el Universo, la Vida y el Hombre de forma holística, integral y completa, abarcando la materia y el espíritu y formando parte de una realidad mayor creada por una Mente e Inteligencia suprema que es causa primera de todo lo que existe y a la que llamamos Dios.

Reproducimos a continuación el esclarecedor texto del maestro Allán Kardec.

“Alianza de la ciencia y la religión”

La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; la una revela las leyes del mundo material, la otra las leyes del mundo moral; pero teniendo **"las unas y las otras el mismo principio, que es Dios"**, no pueden contradecirse. Si una es la negación de la otra, la una tiene necesariamente razón y la otra no, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creído ver entre estos dos órdenes de ideas, se debe a una falta de observación y al sobrado exclusivismo de una y otra parte; de esto se ha seguido un conflicto del que han nacido la incredulidad y la intolerancia.

Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Jesús deben recibir su complemento, en que el velo echado a propósito sobre algunas partes de esas enseñanzas debe levantarse; en que la **ciencia**, cesando de ser exclusivamente materialista, debe tomar en cuenta el elemento espiritual, y en que **la religión**, cesando de desconocer las leyes orgánicas e inmutables de la materia, **apoyándose la una en la otra y marchando** estas dos fuerzas **de acuerdo, se presten mutuo apoyo**. Entonces la religión, no siendo ya desmentida por la ciencia, adquirirá un poder inquebrantable, porque estará conforme con la razón y porque no podrá oponérsele la irresistible lógica de los hechos.

La ciencia y la religión no han podido entenderse hasta hoy, porque mirando cada uno las cosas desde su punto de vista exclusivo, se rechazaban mutuamente. Faltaba algo para llenar el vacío que las separaba, un lazo que las aproximase; este lazo consiste en el conocimiento de las leyes que rigen y entrelazan el mundo espiritual con el mundo corporal; leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los seres.

Una vez patentizadas estas relaciones por la experiencia, se ha hecho una nueva luz, **la fe se ha dirigido a la razón, la razón no ha encontrado nada ilógico en la fe, y el materialismo ha sido vencido**. Pero en esto, como en todo, hay personas que se quedan rezagadas, hasta que son arrastradas

por el movimiento general que les aplasta, si quieren resistir, en vez de entregarse a él.

Es una verdadera revolución moral la que se opera en este momento y trabaja a los espíritus; después de haberse elaborado durante más de dieciocho siglos, toca a su cumplimiento y va a marcar una nueva era de la humanidad. Las consecuencias de esta revolución son fáciles de prever; debe introducir en las relaciones sociales inevitables modificaciones, y no está en el poder de nadie el oponerse a ellas, porque entran en los designios del Todopoderoso y son consecuencia de la ley del progreso, que es una ley de Dios.

“El Espiritismo y la ciencia se complementan recíprocamente; la ciencia sin el espiritismo se encuentra en la imposibilidad de explicar ciertos fenómenos sólo por las leyes de la materia; al espiritismo, sin la ciencia, le faltaría el apoyo y el examen”.

Allán Kardec, Libro: La Génesis, cap. I

ANTONIO LLEDÓ

APÉNDICE

¿Es posible un planeta diferente?

“La Tierra no es una herencia de nuestros Padres sino un préstamo de nuestros Hijos”

A no ser que los poderes económicos comenzaran de inmediato a implementar nuevas concepciones de desarrollo económico que respeten la naturaleza y el equilibrio medioambiental, abogando por una redistribución de la riqueza más justa y equitativa, las expectativas respecto al futuro del planeta son verdaderamente sombrías. En el corto plazo de unas pocas décadas, este ser vivo, esta casa que es de todos, el planeta llamado Tierra, puede alcanzar un punto de no retorno a la vida y la naturaleza conocida desde hace millones de años.

Este tema es de amplia repercusión en muchos ámbitos intelectuales, científicos y espirituales. Hoy nadie duda, al amparo de la ciencia, que el hombre ha ido roturando el planeta y empobreciendo la naturaleza y el hábitat a medida que la explotación desenfrenada de los recursos ha ido extendiéndose por todo el globo.

Son muchas las causas: deforestación, contaminación ambiental y atmosférica, destrucción de la capa de ozono, explo-

tación desmesurada de los recursos naturales sin preservación del ecosistema, desertización, aumento de la temperatura del planeta, deshielo polar, aumento del nivel del mar, etc.

Para muchos científicos que vienen reclamando un cambio de modelo, la alarma social debiera ser más evidente, pues el propio planeta empieza a resentirse y dar señales de una catarsis evidente que comienza a producirse y se refleja en multitud de desequilibrios ambientales como los maremotos, terremotos, huracanes, climatología descontrolada, etc. Esto modifica el ciclo de la vida de las plantas y por consecuencia de los animales, derivando en multitud de anormalidades en el devenir de los procesos naturales.

Por todo ello es precisa la concienciación de que nuestra casa se está deteriorando a marchas forzadas; el agua se envenena, el aire se torna irrespirable, la comida viene contaminada y nuestra salud y forma de vida se ven amenazadas seriamente. En absoluto pretendemos dramatizar ni confundir a nadie, solo exponer una realidad incuestionable. Ahora bien, deberíamos preguntarnos: ¿Quién debe parar esto? ¿Quién debe proponer, liderar e intentar cambiar esta situación? ¿Es posible un planeta diferente?

Un cambio de rumbo es posible si previamente se produce un cambio de pensamiento; de inversión de valores que ahora se centran en aspectos como el egoísmo, el individualismo, la codicia, la avaricia sin conciencia ni ética social. Una revolución de pensamiento y de acción, que proponga la conservación de la naturaleza y del hombre en armonía con ella, como elemento prioritario de la vida en sociedad y como instrumento de respeto al ecosistema que nos rodea que, no lo olvidemos, no es nuestro, simplemente lo estamos disfrutando para desarrollar nuestra vida y nuestro paso transitorio por esta existencia.

Nunca antes como ahora en la historia de la humanidad hemos sido tan conscientes del deterioro, la manipulación, la sobre explotación y la deriva de la que nuestro planeta está siendo objeto. Comencemos por adoptar la cuestión como algo propio; como una responsabilidad que se nos exige por la oportunidad de vivir y progresar en esta “casa de todos”, creada y formada

para albergar la escuela superior del progreso espiritual del individuo a través de la reencarnación.

La comprensión de que el planeta es también un ser vivo que progresa y evoluciona, debe ser para nosotros la certeza necesaria de cuidarlo, embellecerlo, preservarlo y prepararlo para que lo disfruten las generaciones futuras; y sin duda, al amparo del conocimiento espiritual, nosotros mismos también lo disfrutaremos, en próximas vidas o reencarnaciones en un mundo de regeneración limpio de contaminantes no sólo físicos sino también psíquicos y espirituales.

Adoptemos pues la actitud adecuada en este tema para comprender que la naturaleza no es de nuestra propiedad, sino que se nos ha dado para disfrutarla, usarla en nuestro propio provecho y beneficio físico y espiritual. Y conociendo la ley de causa y efecto, las actuaciones equivocadas en este sentido también tendrán su repercusión, siendo más difícil recuperar todo aquello que se haya destruido en este cambio de ciclo que se avecina.

Entonces, contestando a la pregunta ¿es posible un planeta diferente? respondemos: **no sólo es posible, sino que nos encaminamos hacia él de forma vertiginosa.** Es el nuevo mundo que se avecina del que solamente formarán parte aquellos que lo merezcan, aquellos cuyo nivel moral sea el necesario para conformar una sociedad justa, respetuosa con el prójimo y con el entorno, cuidadosa del medio ambiente y basada en principios espirituales y morales de rango superior, basados en la fraternidad, la paz, la libertad y la solidaridad.

Mientras esperamos con alegría ese momento, no permanecemos pasivos, actuemos; hagamos todo lo posible mediante nuestro ejemplo por limpiar, construir y preservar con cariño aquello que se nos ha dado y de lo cual formamos parte como elementos vivos y conscientes de la naturaleza y el universo que nos rodea.

“La Tierra proporciona lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre, pero no la codicia de cada hombre”.

Ghandi

Transmutar los aspectos negativos por solidaridad, ética, conciencia y responsabilidad social, añadiendo libertad de pensamiento y revolución individual en las personas y bajo los aspectos del altruismo, respeto, compromiso y principios morales, son sin duda las necesidades urgentes de la sociedad y el individuo para cambiar la mentalidad de un planeta enfermo de egoísmo y avaricia.

Sin un cambio de conciencia individual, se hace francamente difícil un profundo cambio social; no obstante, la historia nos demuestra cómo el empeño y la obstinación de los pueblos en modificar su destino alcanza a veces éxito. Muchos movimientos han surgido en las últimas décadas que abogan por la exigencia de un cambio de rumbo en lo social, en lo económico, en lo ambiental.

“Cuando nos comprendemos, comprendemos nuestra conciencia, también comprendemos el universo y la separación desaparece”

Amit Goswami – Físico

No obstante, además de los movimientos sociales, la ciencia y la espiritualidad vienen en auxilio del hombre para ofrecernos las salidas adecuadas que nos permitan la opción de poder elegir aquello que queremos para nuestros hijos.

En el capítulo de la ciencia los nuevos descubrimientos de la física cuántica vienen a confirmar que la realidad de la relación entre todo lo que existe nos abre un abanico de posibilidades respecto a la influencia de las acciones individuales sobre las colectivas.

Según los últimos descubrimientos, existe un campo de energía que conecta toda la creación. Y este campo tiene un papel de contenedor, un puente y un espejo de las creencias que tenemos en nuestro interior. Según esta realidad, cada parte está conectada con las demás, y a su vez refleja la totalidad en escala menor. La manera en que actuamos y nos comunicamos con este campo de energía universal que todo lo impregna y a todo alcanza es a través de nuestra mente y nuestras emociones.

Vendría a ser como una gran mente universal o fluido cósmico que se encuentra presente en todo y del que todos formamos parte. Retomando la sabiduría de la antigüedad, comprobamos que esta concepción de la física cuántica se parece mucho al primer principio de las leyes del Kybalión de Hermes Trismegisto (3.000 a.C.): **“Todo es mente, el Universo es mental”**.

Y más cercano en el tiempo, y quizás más exacto en su paralelismo, es similar a la concepción kardeciana del “Fluido Cósmico Universal” que, animado por la Mente Divina (Inteligencia suprema y Causa Primera), la filosofía espírita explicó de manera detallada como la base de la creación en todo el universo, a través de la cual se manifiesta la materia y los diversos tipos de energía.

“Nada hay vacío en el espacio universal, todo se halla ocupado por una materia (energía) que se sustrae a tus sentidos y a tus instrumentos”

Allán Kardec – ítem 36 Libro de los Espíritus

Incluso el “Principio Vital” que anima los seres orgánicos posibilitando la vida es una energía que proviene del F.C.U. mencionado arriba, tal y como le respondieron los espíritus a Kardec en la pregunta 65 del *Libro de los Espíritus*.

Según las últimas investigaciones realizadas en Física Cuántica en la última década, este campo de energía no sólo existe, sino que conecta toda la creación. De forma que cualquier parte de él está conectada con las demás. La concepción errónea de la separación entre las cosas y los seres vivos queda definitivamente enterrada por los biólogos cuánticos que comprobaron en 1997 que el ADN es capaz de modificar y alterar la constitución de la materia, hasta sus más pequeñas partículas como el fotón.

Algo que parece ciencia ficción y que desde hace una década está siendo comprobado por la ciencia. La gran pregunta es: si todo lo que hacemos, sentimos y pensamos tiene sus efectos sobre el universo del cual formamos parte, ¿qué impide entonces que las intenciones, emociones y pensamientos puedan modifi-

car el universo que nos rodea, incluso la propia sociedad? Nada, absolutamente nada.

¿Sería entonces posible alcanzar ese mundo ideal, ese cambio de conciencia social, esa sociedad más solidaria, responsable y libre que instaure un nuevo orden social en el planeta que lo proteja, lo respete y cuide a su vez en armonía y equilibrio a los seres que lo habiten? ¿Sería posible que el cambio individual, personal y consciente de los individuos de una sociedad llegara a cambiar la forma en que se gobierna?

El nuevo paradigma científico de la última década se basa en **“la ciencia de la conciencia”** y demuestra que la conciencia, mente, espíritu o como queramos llamarla, es realmente la base de construcción de la realidad que nos circunda, y no la materia como se creía desde Newton. Es la conciencia la que crea la realidad y a partir de ella incluso se organiza la materia desde sus partes más ínfimas hasta las galaxias, estrellas y planetas.

Extrapolando al conocimiento espiritual estos descubrimientos, comprendemos con mucha facilidad que ciencia y espiritualidad son caminos paralelos en la búsqueda de la verdad. Ambos perfectamente compatibles, a pesar de que con Descartes (S. XVII) se separó la fe de la ciencia por considerar esta última que sus métodos y principios, basados en la experiencia y la observación, eran antagónicos con los dogmas religiosos de la época.

La tendencia ha cambiado; el foco se vuelve a encontrar en aquellas concepciones de la sabiduría espiritual que han acompañado al hombre desde el principio de los tiempos y a las que, ahora sí, un nutrido grupo de avanzados hombres de ciencia está dedicándole el respeto que merecen y la observancia necesaria. Esto permite compaginar esos dos caminos paralelos en la búsqueda de la verdad; y, olvidando las posturas excluyentes de ambos lados, vienen a auxiliar al hombre en sus necesidades de progreso y evolución.

La Mente Superior que organiza e impregna todo lo que existe es el Dios de la antigüedad; el que, como causa primera, origina el universo conocido y desconocido; su principio consciente e inteligente es el que permite la vida y la interacción de

esta con la materia. Nosotros, como seres creados a su imagen y semejanza en su naturaleza esencial que es conciencia, mente o espíritu, somos no sólo eternos, sino también cooperadores necesarios en el desarrollo y creación de la realidad.

Nuestro espíritu no tiene límites, pues su propia esencia es conciencia, que impregna no sólo nuestro espacio físico sino toda una serie de campos de energía en los que todo está conectado. Cuando comprendemos todo esto nos damos cuenta de que cualquier cambio es posible. Solamente se trata de entenderlo y ser capaces de llevarlo a la vida diaria.

“El conocimiento tecnológico ha proporcionado al hombre grandes conquistas que disminuyen el sufrimiento de los pueblos de la Tierra. Con el desarrollo moral de los seres humanos se diluyen las cargas kármicas y van desapareciendo los factores que generan sufrimientos colectivos.”

Nuestros principios, creencias y emociones tienen una influencia principal en el cambio que pretendemos operar; en función de cuál sea su naturaleza, así conseguiremos inclinar la balanza hacia uno u otro lado. Y en el caso que nos ocupa, una actitud positiva y responsable de mejora del planeta y de la sociedad se verá reflejada de inmediato a medida que la vayamos incorporando en nuestros hábitos de vida.

La fuerza de esta energía poderosa en la mente de muchos individuos y en su interacción con el medio que les rodea logrará transformar no sólo la atmósfera psíquica del planeta Tierra, sino igualmente las ideas y prioridades de los hombres respecto a su cuidado y conservación. Nuestra conciencia y nuestra mente son fuerzas inigualables capaces de transformar aquello que parece imposible.

Añadiendo a esto la selección espiritual que, como cambio de ciclo, se avecina al planeta, comprenderemos las posibilidades reales de construir un mundo sin maldad, un mundo sin egoísmos ni bajezas morales, pues los individuos que lo formen únicamente albergarán en sus conciencias el deseo del bien, de perfeccionamiento y de progreso científico y sobre todo moral.

Si entendemos que el planeta no es de nuestra propiedad, sino de los más de 100.000 millones de personas que han pasado por él desde que existe el hombre sobre la Tierra, sabremos entender las necesidades del cambio personal; del nuevo paradigma basado en las más sencillas bases del respeto, la fraternidad y la solidaridad, a fin de legarlo a la posteridad en mejores condiciones de como lo recibimos. Muchos de los que lo habiten en el futuro serán los mismos que lo disfrutaron o lo disfrutaron en el pasado, la reencarnación se encargará de ello.

Así pues, sí es posible un planeta diferente si comenzamos a construirlo en nuestro interior, mediante los hábitos necesarios que nos ayuden a respetar no sólo la naturaleza que nos rodea sino principalmente nuestros pensamientos, emociones y acciones.

Esta actitud nos permitirá conectar íntimamente con esa matriz interior, ese Dios interno que todos llevamos dentro y que nos permite edificar no sólo nuestra conciencia de la realidad, sino la realidad misma que nos afecta externamente, condicionando nuestra salud, mental y fisiológica, nuestra vida y la relación con nuestros semejantes.

“En estos tiempos, el planeta Tierra prosigue su proceso de adaptación, de transformación molecular, alterando el clima y la constitución, por lo que pasará de ser un mundo de pruebas y expiación a mundo de regeneración, no siendo posible evitar mediante la tecnología catástrofes y calamidades en distintas regiones de la Tierra”

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- “Dios existe”** Antony Flew
- “Dios, la Ciencia, las Pruebas”** Belloré & Bonnassies
- “Disparando contra Dios”** John C. Lennox
- “Evidencias científicas sobre la existencia de Dios”** J.C. González
- “¿Cómo habla Dios”** Francis Collins
- “Búsqueda de Dios y Sentido de la Vida”** Viktor Frankl
- “El hombre en búsqueda de sentido”** Viktor Frankl
- “El Caso del Creador”** Lee Strobel
- “La física de Dios”** Joseph Selbie
- “Por una ciencia Espiritual”** Steve Taylor
- “Gestación: Sublime intercambio”** Ricardo Di Bernardi
- “Muerte, Renacimiento, Evolución”** Hernani G. Andrade
- “La molécula del espíritu”** Rick Strassman
- “Biología de la Creencia”** - Bruce Lipton
- “La Ciencia y las prácticas espirituales”** Rupert Sheldrake
- “El Espejismo de la Ciencia”** Rupert Sheldrake
- “El fin del materialismo”** Charles Tart
- “Ciencia de Vida después de la muerte”** Moreira&Costa& Schubert
- “Después de la Muerte”** Bruce Greyson
- “La prueba del Cielo”** Eben Alexander

- “La Conciencia infinita”** Eben Alexander
- “El proceso de la presencia”** Michael Brown
- “El poder de la Mente”** H. Benson
- “Vida después de la Vida”** Raymond Moody
- “Ciencia, conciencia y luz”** Peter Russell
- “Psicología Traspersonal”** Stanislav Groff
- “La auténtica felicidad”** Martin Seligman
- “La Ciencia de la inmortalidad”** Alejandro Navarro
- “El Alma es inmortal”** Gabriel Delanne
- “Las Vidas Sucesivas”** Gabriel Delanne
- “Tres Enfoques Sobre la Reencarnación”** Sebastián de Arauco
- “Usted ya estuvo aquí”** Edith Fiore
- “Nuevos descubrimientos sobre Reencarnación”** Gina germinara
- “Veinte Casos que sugieren la Reencarnación”** - Ian Stevenson
- “Las Vidas Sucesivas”** Albert de Rochas
- “Reencarnación”** A. Bernabé, Mayo Khale y M. A. Santamaria
- “Otras vidas, otras identidades”** Robert Wolgher
- “Muchos cuerpos, una misma alma”** Brian Weiss
- “A través del tiempo”** Brian Weiss
- “Reencarnación: eslabón perdido del cristianismo”** E. C. Propeth
- “La Vida antes de nacer”** J. Luis Cabouli
- “Vidas Sucesivas: Causa y Justicia”** Antonio Lledó
- “Misioneros de la Luz”** Chico Xavier & Waldo Vieira
- “Evolución en dos Mundos”** Chico Xavier
- “Nacer y Renacer”** - Chico Xavier
- “Reflejando el Alma”** Divaldo P. Franco
- “Días Gloriosos”** - Divaldo P. Franco
- “Espejos del Alma: Jornada terapéutica”** Divaldo P. Franco
- “Actualidad del Pensamiento Espírita”** Divaldo P. Franco
- “El Libro de los Espíritus”** Allán Kardec
- “El Génesis”** Allán Kardec
- “El Libro de los Médiums”** Allán Kardec

“El Evangelio según el Espiritismo” Allán Kardec

“El Cielo, el infierno y la Justicia Divina” Allán Kardec

“¿Qué es el Espiritismo?” Allán Kardec

“Después de la Muerte” León Denís

“En lo Invisible” León Denís

“El Gran Enigma” León Denís

“El problema del ser y del destino” León Denís

“Los fundamentos del Espiritismo” Jon Aizpúrua

“Educación para la Muerte” J. Herculano Pires

“Quién tiene miedo a la muerte” Richard Simonetti

“El impacto de las emociones en el ADN” Nathalie Zamatteo

“Mentes Interconectadas y la Ley de Atracción” Suely C. Schubert

“Evolución, Creación y Regeneración” Antonio Lledó

“Revista Espírita” Allán Kardec

“Revista Amor, Paz y Caridad” As. Grupo Villena

GRATITUD

Mi más sincero reconocimiento y gratitud a todos aquellos que han ayudado a mejorar esta obra. Especialmente a Jesús Fernández y J. Colás por sus correcciones ortográficas y gramaticales, a Manuel Fuster por el diseño de portada y a Benjamin Durán por la maquetación y edición. Gracias por vuestra altruista y fraterna colaboración.



Es autor de varias obras de contenido científico, divulgativo y espiritual, entre las que destacan las siguientes: "Evolución, creación y regeneración: La tercera vía", "Uno entre quinientos", "Ciclo milenario", "Benet de Canfield", "Vidas sucesivas: Causa y justicia", y "Ciencia y espíritu: Encuentro inevitable".

Ha dictado conferencias en diferentes países de Europa y América, participando durante varias décadas en simposios, congresos y eventos de carácter nacional e internacional. Ha realizado diversos programas de radio y televisión sobre temas relacionados con la espiritualidad, la inmortalidad del alma y la reencarnación, tema que conoce y domina en profundidad.



Facebook Antonio Lledó



Un nuevo paradigma está transformando la ciencia del siglo XXI: el encuentro entre la **realidad física y la espiritual**. Este libro explora cómo la ciencia de vanguardia comienza a avalar conceptos antes exclusivos de la religión, confirmando una realidad trascendente.

Claves del Cambio

Superación del Materialismo: El determinismo genético y el materialismo científico pierden fuerza frente a la evidencia de que la **Mente Humana** modela su propio mundo a través de pensamientos y creencias.

Avances Multidisciplinarios: Investigaciones en física cuántica, neurobiología y epigenética contradicen el positivismo tradicional, desvelando que un **Universo Espiritual** subyace al físico.

El Regreso de la Metafísica: La filosofía y la ciencia vuelven a conectarse; los físicos teóricos reconocen hoy la importancia de la argumentación razonada sobre una **Mente Superior** como origen de todo.

El Enigma de la Conciencia

Cuestiones como el origen de la vida y la naturaleza de la conciencia no pueden ser resueltas por el materialismo, ya que poseen un principio **espiritual e inmaterial**.

El Legado de Allan Kardec

El **Espiritismo**, codificado por Allan Kardec hace más de 150 años, ya utilizaba un método experimental para confirmar la inmortalidad del alma. Esta obra invita al lector a descubrir cómo la "Ciencia del Espíritu" y la ciencia moderna caminan hacia un **encuentro inevitable**.



Depósito legal: A-90-2026

DISTRIBUCIÓN GRATUITA